

**CULTO SECRETO
Y OTROS RELATOS**
ALGERNON BLACKWOOD



Biblioteca de fantasía y terror
Alianza Editorial

Annotation

Pese a que ALGERNON BLACKWOOD (1869-1951) nunca se sintiera propiamente integrado dentro del género, lo cierto es que ocupa por derecho propio un lugar destacado dentro del panorama de la literatura fantástica y de terror del siglo XX. El presente volumen recoge cinco relatos sumamente representativos de la atmósfera y los motivos presentes en la obra de este autor, a quien Lovecraft definiera como "maestro absoluto e incuestionable de la atmósfera espectral". Si "El hombre al que amaban los árboles" y "Descenso a Egipto" son

narraciones en que la creación de una atmósfera numinosa e inquietante prevalece sobre la peripecia, "Complicidad previa al hecho" y CULTO SECRETO muestran la escalofriante vecindad entre la normalidad y lo inimaginable, mientras que "El ocupante de la habitación" juega con nuestros terrores más profundos.

CULTO SECRETO Y OTROS RELATOS

**Pese a que
ALGERNON
BLACKWOOD (1869-1951)
nunca se sintiera
propiaamente integrado
dentro del género, lo cierto
es que ocupa por derecho**

propio un lugar destacado dentro del panorama de la literatura fantástica y de terror del siglo XX. El presente volumen recoge cinco relatos sumamente representativos de la atmósfera y los motivos presentes en la obra de este autor, a quien Lovecraft definiera como "maestro absoluto e incuestionable de la atmósfera espectral". Si "El hombre al que amaban los árboles" y "Descenso a Egipto" son narraciones en que la creación de una

atmósfera numinosa e inquietante prevalece sobre la peripecia, "Complicidad previa al hecho" y CULTO SECRETO muestran la escalofriante vecindad entre la normalidad y lo inimaginable, mientras que "El ocupante de la habitación" juega con nuestros terrores más profundos.

Traductor: García Bercero, Borja
Autor: Algernon Blackwood

©2000, Alianza Editorial, S.A.

Colección: El libro de bolsillo.

Biblioteca de fantasía y terror,8158

ISBN: 9788420637181

Generado con: QualityEPUB v0.30

**CULTO
SECRETO Y
OTROS
RELATOS**

ALGERNON BLACKWOOD

EL HOMBRE AL QUE AMABAN LOS ÁRBOLES

Pintaba árboles guiado por una intuición extraordinaria que le permitía adivinar sus cualidades esenciales. Los comprendía. Sabía, por ejemplo, por qué en un robledal cada individuo era completamente distinto de los demás, o por qué no había en el mundo entero dos hayas que fueran idénticas. La gente le invitaba a sus casas de campo para que les pintara su tilo o su abedul favorito, pues al igual que hay artistas capaces de captar la personalidad de un caballo, él sabía captar la personalidad de un árbol. Cómo se las arreglaba para conseguirlo

era un verdadero misterio; carecía de formación pictórica, su dibujo era en extremo impreciso y, aunque su percepción de una Personalidad arbórea era vívida y certera, la representación que hacía de ella podía en ocasiones rayar en lo ridículo. Con todo, el carácter de un determinado árbol brotaba de sus pinceles lleno de vida: deslumbrante, adusto o soñador, según fuera el caso; cordial u hostil, bondadoso o perverso, lo cierto es que surgía.

No había ninguna otra cosa en el mundo que supiera pintar; las flores y los paisajes los despachaba con unos cuantos borrones; era una auténtica nulidad cuando se trataba de pintar la

figura humana y otro tanto le ocurría con los animales. A veces conseguía defenderse mejor con los cielos, o con el efecto del viento sobre el follaje; pero, por lo general, se abstenía por completo de incluir estos motivos en sus cuadros. Se limitaba a pintar árboles, obedeciendo sabiamente una intuición que venía guiada por el amor. Era verdaderamente fascinante aquella capacidad que tenía de hacer que un árbol pareciera casi un ser sensible. Era algo casi sobrenatural.

«Desde luego, este Sanderson sabe lo que se trae entre manos cuando pinta árboles», pensó el viejo David Bittacy, un antiguo funcionario del Departamento Forestal y miembro de la Honorable

Orden del Baño. «¡Si es que casi se oye su murmullo! ¡Se le puede oler! ¡Se puede escuchar cómo gotea la lluvia entre las hojas! ¡Casi puede verse cómo se mueven las ramas; sentir cómo crece!» Era así como daba rienda suelta a su satisfacción, en parte para convencerse a sí mismo de que las veinte guineas que había pagado estaban bien empleadas (pues su mujer era de la opinión contraria), y en parte para explicarse la misteriosa sensación de vida que desprendía la imagen del viejo y espléndido cedro que colgaba enmarcada sobre la mesa de su estudio.

Lo cierto es que, por lo general, se tenía al señor Bittacy por un hombre de espíritu adusto, por no decir taciturno.

Pocos eran los que habían descubierto en él aquella pasión secreta y tenaz por la naturaleza que se había ido forjando durante los años que había pasado en los bosques y junglas del Oriente. No era algo normal en un inglés, y puede que algo tuviera que ver en ello la presencia de un antepasado eurasiático en la familia. A escondidas, como si le causara cierta vergüenza, había mantenido viva una sensibilidad ante la belleza que no se correspondía con el tipo de persona que era y que sorprendía por su vigor. Eran los árboles, sobre todo, los que alimentaban esa sensibilidad. También él los comprendía y sentía, además, una sutil comunión con ellos, nacida quizá a lo largo de los

años en que había vivido ocupándose de su cuidado —guardándolos, protegiéndolos, atendiéndolos—, años de soledad pasados bajo la sombra de aquellos seres descomunales. Como es natural, trataba de mantener aquella pasión en secreto, pues no ignoraba en qué clase de mundo vivía. También procuraba, en la medida de lo posible, ocultársela a su mujer. Sabía que era algo que se interponía entre los dos, algo que a ella le asustaba y a lo que se oponía. Pero lo que desconocía —o al menos no se daba plena cuenta de ello— era hasta qué punto su mujer captaba el poder que los árboles ejercían sobre su vida. Su temor, pensaba, venía motivado simplemente por el recuerdo de los años

que habían pasado en la India, cuando debido a su profesión, tenía que pasar varias semanas seguidas en la jungla lejos de su esposa, mientras ella se quedaba en casa imaginándose que a él le ocurrían todo tipo de desgracias. Ahí se encontraba, sin duda, la explicación de ese rechazo instintivo que le producía aquella pasión por los bosques; una pasión que desde entonces nunca le había abandonado y que seguía ejerciendo una gran influencia sobre él. Tal actitud era una secuela lógica de aquellos días de soledad en que había esperado angustiada el regreso de su marido sano y salvo.

Porque la señora Bittacy —hija de un pastor de la Iglesia Evangélica— era

una mujer abnegada y, en la mayor parte de los casos, asumía con gusto el deber de hacer suyas las penas y las alegrías de su marido, hasta llegar incluso a anularse a sí misma. Tan sólo en aquel asunto de los árboles no había tenido tanto éxito como en los demás. Seguía siendo un tema en el que era difícil que se pusieran de acuerdo.

Él sabía, por ejemplo, que no era en realidad el precio que había pagado por el retrato del cedro lo que le había parecido mal a su mujer, sino la circunstancia de que dicha transacción pusiera de manifiesto de forma tan enojosa aquella brecha que existía entre sus intereses comunes; era la única que había entre ellos, pero era profunda.

Sanderson, el artista, no sacaba mucho dinero de su extraño talento. Cheques como aquél rara vez llegaban a sus manos y, si lo hacían, era muy de tarde en tarde. Los propietarios de árboles magníficos o interesantes que se tomaban la molestia de encargarse de que los pintaran individualmente eran muy escasos; y los «estudios» que realizaba por el puro placer de disfrutar pintándolos, los conservaba para su disfrute personal. Aunque le salieran compradores, no los vendía. Tan sólo los más íntimos de entre sus amigos llegaban en alguna ocasión a verlos, pues le disgustaba oír las críticas carentes de criterio de las personas que no entendían del tema. No es que le

importara que se burlaran de su técnica —lo aceptaba con desdén— pero las observaciones sobre la personalidad de un árbol podían fácilmente herirle o enfurecerle. Cualquier comentario despectivo sobre ellos le ofendía, como si se tratara de un insulto dirigido a un amigo suyo que no pudiera defenderse por sí mismo. De forma inmediata se aprestaba para el combate.

—Es *verdaderamente* asombrosa esa capacidad que tiene usted de hacer que un ciprés parezca un ser dotado de personalidad, cuando en realidad todos los cipreses son *absolutamente* idénticos —dijo una mujer que se las daba de entendida.

Y aunque aquel halago

intencionado había estado a punto de expresar la auténtica verdad, Sanderson enrojeció de ira, como si hubieran hecho un desaire a un amigo delante de sus propias narices. Bruscamente se cruzó delante de ella y puso el cuadro de cara a la pared.

—¡Es casi tan extraño como que usted, señora, suponga que su marido tiene una personalidad cuando lo cierto es que todos los hombres son absolutamente iguales! —respondió con malos modos, imitando el ridículo tono enfático que ella había empleado.

Dado que lo único que diferenciaba a su marido de la plebe era su dinero — razón por la cual ella había contraído aquel matrimonio— las relaciones de

Sanderson con esa familia se acabaron en aquel preciso instante, y con ellas, cualquier expectativa de futuros encargos. Es posible que su susceptibilidad fuera un tanto morbosa. En cualquier caso, estaba claro que la forma de acceder a su corazón era por medio de los árboles. Incluso podría decirse que los amaba. Desde luego sacaba de ellos una inspiración espléndida; y criticar la fuente de inspiración de un hombre, sea ésta la música, la religión o una mujer, conlleva siempre ciertos riesgos.

—No sé querido, la verdad es que me parece un lujo excesivo, sobre todo cuando nos hace tanta falta un cortador de césped —dijo la señora Bittacy, en

referencia al cheque del cedro—. Pero si te hacía tanta ilusión...

—Sabes, Sofía, me recuerda a cierto día hace ya mucho tiempo —replicó el viejo caballero, mirando orgulloso a su mujer y dirigiendo luego una mirada cariñosa al cuadro—. Me recuerda a otro árbol; a un prado de Kent en primavera, donde los pájaros cantaban entre las lilas, y a una persona con un vestido de muselina que esperaba pacientemente a la sombra de cierto cedro; no el del cuadro, ya lo sé, pero...

—No estaba esperando —replicó indignada—, estaba recogiendo piñas para encender la estufa del aula.

—Cariño, los cedros no dan piñas, y en mis años mozos al menos, no solían

encenderse las estufas de las aulas en junio.

—Bueno, de todos modos, no es el mismo cedro.

—Pero ha hecho que le tenga cariño a todos los cedros y, además, me recuerda que sigues siendo la misma chiquilla de entonces —respondió.

Ella cruzó la habitación y se puso a su lado; juntos contemplaron a través de la ventana el jardín de su casa de Hampshire, donde se alzaba solitario el recortado perfil de un cedro del Líbano.

—Sigues siendo el mismo soñador de siempre —le dijo ella con dulzura—, y no me arrepiento en absoluto de lo del cheque, de verdad. Es sólo que habría resultado más auténtico si hubiera sido

el mismo cedro.

—Hace mucho que lo derribó el viento. Pasé por ahí hará un año y ya no quedaba ni rastro de él —le respondió con ternura.

En ese momento, ella se soltó de su marido, se acercó a la pared y, con mucho tiento, se puso a quitar el polvo a aquel cuadro en el que Sanderson había retratado al cedro que ahora tenían en su jardín. Pasó su diminuto pañuelo alrededor de todo el marco, poniéndose de puntillas para alcanzar el borde superior.

«Lo que más me gusta es cómo consigue que parezca vivo», se dijo para sí el señor Bittacy, una vez que su mujer hubo abandonado la habitación. «Por

supuesto que todos los árboles lo están, pero fue un cedro el que me enseñó por primera vez que los árboles poseen» “algo” que les permite advertir mi presencia cuando estoy entre ellos y los observo. Supongo que si entonces lo sentí fue porque estaba enamorado, y el amor descubre vida en todas las cosas». Echó un vistazo al cedro del Líbano, cuya figura se destacaba lóbrega y adusta entre las sombras del anochecer. Una expresión nostálgica pasó fugazmente por sus ojos. «Sí, Sanderson ha sabido verlo tal como es —musitó—; entregado con solemnidad al sueño de su existencia secreta y oscura frente al lindero del Bosque, y tan distinto de cualquier otro árbol de Kent como lo

pueda ser yo... del vicario, por ejemplo. Además este árbol es un perfecto desconocido. En realidad no sé nada de él. Al otro cedro lo amé, pero a este viejo compañero lo respeto. Sin embargo, es un amigo; sí, en su conjunto expresa amistad. Ha sabido captar perfectamente esa sensación de amistad. Ha sabido verla. Me gustaría conocer mejor a ese hombre, añadió, me gustaría preguntarle cómo ha podido darse cuenta con tanta claridad de que ese árbol, aunque parezca sentir más apego por nosotros que por la densa espesura que tiene detrás, se alza entre la casa y el Bosque como si fuera una especie de mediador. De eso no me había dado cuenta antes. Pero ahora, a través de su

mirada... lo veo. Ahí está, erguido como un centinela, protegiéndonos».

Con un movimiento brusco se dio la vuelta para mirar por la ventana. Vio la masa de oscuridad circundante del Bosque que bordeaba su pequeño jardín. Envuelto en tinieblas su cerco parecía aún más estrecho. La presencia en aquel lugar de aquel jardín tan cuidado, con sus arriates de flores dispuestos regularmente, resultaba casi una impertinencia: era como un pequeño insecto de vivos colores que pretendiera instalarse sobre un monstruo dormido, o una abigarrada mosca que bailoteara con descaro a la orilla de un gran río al que le bastaría lanzar la más mínima de sus ondas para engullirla. Sí, aquel Bosque,

cuyo profundo ser se había ido esparciendo tras miles de años de crecimiento, era como una especie de monstruo durmiente. Su casa y su jardín se hallaban demasiado cerca de la extensión continua de sus labios. Y cuando los vientos soplaban con fuerza y levantaban sus sombrías faldas de color negro y púrpura... le encantaba sentir que el Bosque tenía una personalidad; siempre le había encantado.

«¡Es extraño —reflexionó—, es verdaderamente extraño que los árboles me transmitan la sensación de que poseen una vitalidad inmensa y oscura! Recuerdo haberla sentido sobre todo en la India, y también en los bosques de Canadá; pero nunca en los pequeños

bosques ingleses, hasta que vine aquí. Y Sanderson es la única persona que conozco que también lo siente. Aunque nunca me lo haya dicho, ahí está la prueba». Se volvió de nuevo hacia el cuadro que amaba. Al contemplarlo, sintió en su interior una inusitada descarga de vitalidad. «¡Dios mío, me pregunto si, si... un árbol, en el sentido estricto del término, está... vivo! — pensó— ¡Recuerdo que, hace mucho, un tipo que escribía libros me contó que hubo una época en que los árboles fueron seres capaces de desplazarse, como una especie de animales que, al permanecer durante mucho tiempo alimentándose, durmiendo, soñando o lo que fuera en un mismo lugar, habrían

terminado por perder su facultad de movimiento...!»

Aquellos pensamientos fantásticos revoloteaban en desorden por su mente y, tras encender un puro, se dejó caer en un sillón junto a la ventana abierta y se abandonó a ellos.

Al otro extremo del jardín cantaban los mirlos entre los macizos de arbustos. Le llegaba el olor de la tierra, de los árboles, de las flores; el perfume del césped cortado y de los pequeños claros de matorral que crecían en el corazón del bosque. Entre las hojas soplaba una leve brisa veraniega. Pero el gran Bosque Nuevo apenas levantaba sus amplios faldones de sombras negras y purpúreas.

El señor Bittacy tenía un conocimiento detallado y profundo de cómo era aquella espesura por dentro. Conocía cada una de sus rojizas cañadas: salpicadas de ondulantes matas de tojo, impregnadas del dulce aroma del enebro y del mirto, y reluciendo con cristalinas charcas que miraban al cielo con ojos oscuros. Sobre ellas se cernían los halcones, volando en círculos durante horas, y revoloteaba el avefría, cuyo trinar, petulante y melancólico, ahondaba la sensación de quietud. Conocía los pinos solitarios — achaparrados, empenachados, vigorosos — que al más mínimo viento respondían con un canto; nómadas como los gitanos que levantaban bajo ellos sus tiendas

semejantes a arbustos. Conocía los ponis lanudos, cuyos potros parecían crías de centauro; y los parlanchines arrendajos, y el meloso reclamo del cuco en primavera, y la algarabía de los avetoros que llegaba desde la soledad de los pantanos. También conocía al acebo que vigila entre la maleza, extraño y misterioso, lleno de una oscura y sugerente belleza, y el centelleo amarillento de sus pálidas hojas caídas.

Aquí todo el Bosque podía vivir y respirar seguro, a salvo de cualquier mutilación. La amenaza del hacha no perturba la paz de su vasta vida subconsciente ni el terror a las devastaciones de los seres humanos le afligía con el espanto de una muerte

prematura. Se sabía soberano y se desplegaba orgulloso, sin ningún recato. Sus copas no remataban en penachos que pudieran lanzar una señal de alarma, pues los vientos no avisaban de ningún peligro a aquel Bosque que se elevaba majestuoso hacia el sol y las estrellas.

Pero una vez que se dejaban atrás sus frondosos pórticos, los árboles de la campiña tenían que hacer frente a una situación muy diferente. Las casas los amenazaban; se sabían en peligro. Los caminos ya no eran veredas de silencioso césped, sino ruidosas y crueles vías que traían a hombres dispuestos a atacarles. Estaban civilizados, se les cuidaba; pero tan sólo para un día darles muerte. Incluso en los

pueblos, donde el solemne e inmemorial reposo de los castaños gigantes remedaba una apariencia de seguridad, las sacudidas de un abedul, que ante la más mínima ráfaga de viento se golpeaba inquieto contra una de aquellas moles, traían un mensaje de advertencia. Las hojas del gigante estaban cubiertas de polvo. El hormigueo interno de su reposada existencia se había vuelto inaudible en medio del estridente y chirriante fragor del tráfico. Los árboles de la campiña anhelaban y suplicaban que se les dejara entrar en la gran Paz del Bosque, pero no podían moverse. Sabían, además, que el Bosque, desde su augusta y profunda majestad, no sentía por ellos sino conmiseración y

desprecio. No eran más que una de esas cosas que se plantan en los jardines artificiales, pertenecían a la misma categoría que los arriates de flores, todos ellos forzados a crecer en una misma dirección...

«Me gustaría conocer mejor al artista ese. ¿Le importará a Sofía que venga a pasar algún tiempo con nosotros?» Aquella idea hizo que, finalmente, volviera a ocuparse de las cuestiones de la vida práctica. Al sonar el gong, se levantó, y tras quitarse la ceniza que le había caído encima, se estiró su chaleco moteado. Era un hombre de figura esbelta y enjuta, cuyos movimientos denotaban una gran energía. En aquella penumbra, de no ser

por su bigote plateado, bien podría haber pasado por un hombre de unos cuarenta años.

«Al menos se lo voy a proponer», decidió mientras subía al piso de arriba para vestirse. En realidad, lo que estaba pensando era que, probablemente, Sanderson podría explicarle todo ese mundo de sensaciones que siempre le producían los árboles. Un hombre capaz de pintar así el alma de un cedro tenía que saberlo todo al respecto.

—¿Por qué no? —fue el veredicto que dio la señora Bittacy mientras tomaban un budín de pan—. Pero, ¿no crees que le aburrirá estar aquí sin más compañía que la nuestra?

—Se pasará el día pintando en el

Bosque, querida. Además, me gustaría sonsacarle algunas cosas, si es que puedo manejarle.

—Tú puedes manejar a quien te propongas, David —fue su respuesta; pues aquel matrimonio sin hijos, y ya entrado en años, se trataba con una cortesía afectuosa que hacía mucho tiempo que había caído en desuso. Sin embargo, lo cierto es que aquel comentario la molestó e hizo que se sintiera tan inquieta que no prestó atención cuando su marido, sonriendo de placer y satisfacción, replicó: «Excepto a ti y a nuestra cuenta corriente».

Hacía mucho que aquella pasión por los árboles constituía su particular manzana de la discordia, aunque fuera

una discordia muy leve. A ella le asustaba. Ésa era la verdad. En la Biblia, su guía para todo lo divino y lo humano, no se hacía mención alguna al respecto. Su marido, aunque le seguía la corriente, nunca lograba modificar ese temor instintivo. Podía llegar a tranquilizarla, pero nunca conseguía que cambiaran sus sentimientos. Para ella los bosques no eran más que unos lugares agradables para estar a la sombra o ir de merienda, pero, a diferencia de él, no los amaba.

Después de la cena, sentados en torno a una lámpara junto a la ventana abierta, él leía en voz alta el Times, que había venido con el correo de la tarde, seleccionando aquellos extractos que

creía que a ella podrían resultarle de interés. Era una costumbre que se repetía todos los días excepto los domingos, cuando, para complacer a su esposa, leía soñolientamente algo de Tennyson o de Farrar, según fuera el estado de ánimo en que se encontraran. Mientras él leía, la señora Bittacy se ocupaba de su labor, le hacía algunas preguntas con mucha discreción, le decía que «leía con una voz muy bonita» y disfrutaba de los pequeños debates que a veces se suscitaban, porque él siempre la daba por vencedora con un: «¡Ah, Sofía!; nunca antes lo había contemplado desde ese ángulo, pero ahora que lo dices, tengo que reconocer que tienes bastante razón...».

Y es que David Bittacy era un hombre sensato. Fue mucho tiempo después de casarse, durante los meses de soledad que pasaba entre los árboles y los bosques de la India mientras ella le esperaba en el bungalow, cuando esa otra vertiente más profunda de su personalidad desarrolló aquella extraña pasión que su esposa no alcanzaba a comprender. Y tras dos intentos serios de compartirla con ella, se dio por vencido y aprendió a ocultársela. Esto es, aprendió a hablar del tema sólo de pasada; pues dado que ella sabía de su existencia, guardar un silencio absoluto al respecto no habría hecho sino aumentar su dolor. Por eso, de vez en cuando, trataba el asunto muy por

encima con la única intención de dejarla que le mostrara en dónde radicaba su error y que llegase a creer que se había salido con la suya. Seguía siendo un terreno en el cual era muy problemático llegar a un acuerdo. Escuchaba pacientemente sus críticas, sus digresiones y sus temores, consciente de que, de esa manera, su esposa se daba por satisfecha sin que por ello él tuviera que cambiar en lo más mínimo. Se trataba de algo demasiado profundo y verdadero para que pudiera cambiar. Pero, para preservar la paz, era deseable que existiera algún punto de encuentro entre los dos, y era así como lo había conseguido.

Aquella manía religiosa heredada

de su educación era el único defecto que a sus ojos tenía su mujer y, en realidad, tampoco era algo excesivamente grave. En ocasiones, una emoción profunda podía conseguir quitársela de la cabeza. Si se aferraba a ella era porque se trataba de algo que le había enseñado su padre, y no porque fuera fruto de sus propias reflexiones. De hecho, como suele ocurrirle a muchas mujeres, no se puede decir que «pensara» en el sentido estricto del término, sino que, más bien, se limitaba a reflejar un pensamiento ajeno al que se había acostumbrado. Así pues, como buen conocedor de la naturaleza humana, el viejo David Bittacy asumía el dolor de verse obligado a mantener una parte de su vida

interior separada de la mujer a la que amaba profundamente. A su modo de ver, las pequeñas frases bíblicas que ella solía citar no eran más que rarezas que seguían adheridas a un alma, por lo demás grande y espléndida. Vendrían a ser como esos cuernos y demás adminículos inútiles que algunos animales no han perdido todavía en el curso de la evolución, aunque ya hayan dejado de cumplir cualquier función.

—¿Qué te ocurre, querido? ¡Me has asustado! —preguntó de pronto ella, irguiéndose en su asiento con tal brusquedad que su gorra le cayó a un lado hasta casi cubrirle una oreja. El crujir del periódico que ocultaba a David Bittacy había quedado

interrumpido por una aguda exclamación de sorpresa. Había doblado la hoja y la miraba fijamente por encima de sus lentes dorados.

—Escucha esto, por favor —dijo con un tono de voz que denotaba entusiasmo—. Escucha esto, querida Sofía. Es parte de una disertación de Francis Darwin en la Royal Society. Ya sabes que es su presidente y, además, el hijo del gran Darwin. Escucha atentamente, te lo ruego. Es muy significativo.

—Ya te estoy escuchando, David —dijo con cierta perplejidad mientras alzaba la vista.

Interrumpió su labor y echó una rápida ojeada a su espalda. De pronto la

habitación le parecía cambiada. Aquella sensación la despabiló del todo, pues hasta hacía un instante había estado adormilada. Eran la voz y la actitud de su marido las que habían introducido aquel cambio. Sus instintos se pusieron alerta.

—Venga, léelo de una vez, querido.

El señor Bittacy respiró profundamente y, antes de empezar, volvió a mirar por encima del borde de sus gafas para cerciorarse de que le prestaba atención. Era evidente que se había topado con algo de verdadero interés; aunque a ella, particularmente, los pasajes de esas «disertaciones» solían resultarle bastante pesados.

Comenzó a leer con voz profunda y

enfática.

—«Es imposible saber si las plantas poseen o no conciencia; pero está en concordancia con la doctrina de la continuidad que en todos los seres vivos haya un componente psíquico, y si aceptamos este punto de vista...»

—Si... —le interrumpió ella, olfateando el peligro.

Estaba tan acostumbrado a esas interrupciones, que la pasó por alto sin darle la más mínima importancia.

—«Si aceptamos este punto de vista —prosiguió—, hemos de creer que en las plantas existe, cuando menos, un ligero reflejo de lo que entendemos por consciencia».

Dejó el periódico y la miró

fijamente. Sus miradas se encontraron. Había subrayado la última frase.

Durante uno o dos minutos ella ni replicó ni hizo comentario alguno. Se quedaron mirándose el uno al otro en silencio. El señor Bittacy esperó a que su esposa asimilara el enorme alcance de aquellas palabras. Después, bajó la vista, y leyó de nuevo una parte de las mismas, mientras ella, viéndose libre de aquella mirada penetrante y extraña, volvía a echar instintivamente un vistazo a su espalda. Tenía casi la sensación de que alguien había entrado en la habitación sin que ellos se dieran cuenta.

—«Hemos de creer que en las plantas existe, cuando menos, un ligero

reflejo de lo que entendemos por consciencia».

—Si... —repitió ella sin mucha convicción, pues sentía que tenía que decir algo ante la mirada insistente de aquellos ojos escrutadores, aunque todavía no hubiera conseguido ordenar del todo sus ideas.

—Conciencia —repuso. Y después añadió con seriedad—: Esto, querida, es lo que afirma un científico del siglo XX.

La señora Bittacy se inclinó hacia delante, de tal modo que los volantes de seda de su vestido produjeron un crujido más sonoro aún que el del periódico. Hizo un ruido característico —mitad resoplido, mitad resuello— juntó los pies, y puso las manos sobre las

rodillas.

—David, a mí me parece que lo que le pasa a esos científicos es que han perdido la cabeza —dijo en voz baja—. Que yo sepa la Biblia no dice absolutamente nada de eso.

—No, Sofía, tampoco yo recuerdo que diga nada —respondió con paciencia. Después, tras una pausa, añadió como si hablara consigo mismo y no con ella—: Ahora que lo pienso, Sanderson me dijo en cierta ocasión algo muy similar.

—En tal caso, el señor Sanderson es un hombre sensato y juicioso; y si dijo eso, también una persona de fiar —se apresuró a decir su mujer.

Creía que su marido se refería al

comentario que ella había hecho sobre la Biblia y no a su valoración de los científicos. No la sacó de su error.

—Además, querido, una planta no es lo mismo que un árbol —le dijo tratando de arrimar el ascua a su sardina—. No tienen nada que ver, no señor.

—Es cierto, pero ambos pertenecen al gran reino vegetal —dijo David con tranquilidad.

Se produjo una breve pausa antes de que ella respondiera.

—¡Bah, valiente cosa es eso del gran reino vegetal! —exclamó mientras sacudía su bonita cabeza. En sus palabras había tal grado de desprecio que, de haberlas escuchado el propio reino vegetal, bien podría haberse

sentido avergonzado de cubrir un tercio del mundo con su prodigiosa maraña de raíces y ramas, con sus delicadas y temblorosas hojas, y sus millones de copas que atrapan el sol, el viento y la lluvia. Su propio derecho a existir había sido puesto en entredicho.

Según lo convenido, se invitó a Sanderson y, en conjunto, su breve estancia fue un éxito. Que aceptara aquella invitación constituyó un auténtico misterio para todos lo que se enteraron de ello, pues nunca hacía visitas y, sin duda, no pertenecía a ese tipo de personas que tratan de halagar a los clientes. Tenía que haber visto algo en el señor Bittacy que le había agradado.

La verdad es que la señora Bittacy se alegró de verle marchar. En primer lugar, no había traído traje de etiqueta,

ni tan siquiera una chaqueta de esmoquin; usaba unos cuellos excesivamente bajos y unas corbatas grandes y sueltas, al estilo francés; y, además, llevaba el pelo demasiado largo para su gusto. No es que aquellas cosas tuvieran mucha importancia, pero consideraba que eran indicios de que en aquel hombre había algo un tanto anómalo. ¡Qué necesidad había de llevar las corbatas tan sueltas!

De todos modos era un hombre muy interesante y, a pesar de sus excentricidades en el vestir y de algunas otras cosas, todo un caballero. «Quizá —meditaba la señora Bittacy en su corazón auténticamente generoso—, las veinte guineas son para una buena causa,

¡atender a una hermana inválida o a su anciana madre!» No tenía ni idea de lo que costaban los pinceles, los bastidores, las pinturas y los lienzos. Los hermosos ojos azules del artista y su contagioso entusiasmo también hacían más fácil pasar por alto otros detalles. ¡Había tantos hombres de treinta años que ya estaban desencantados de todo!

En cualquier caso, cuando terminó su estancia se sintió aliviada. Ella no mencionó para nada la posibilidad de una segunda visita, y advirtió con satisfacción que tampoco su marido parecía haber hecho ninguna sugerencia al respecto. Porque, a decir verdad, la forma que tenía aquel joven de acaparar la atención del hombre de más edad —

haciéndole pasar horas y horas en el Bosque, reteniéndole en el jardín para hablar a pleno sol o cuando la humedad del crepúsculo se filtraba desde los bosques, sin tener para nada en cuenta su edad o sus hábitos— no le hacía ni la más mínima gracia. Naturalmente, el señor Sanderson no podía imaginar la facilidad con que se reproducían los accesos de las fiebres indias, aunque — ahora que lo pensaba— era bastante probable que David se lo hubiera mencionado.

Se pasaban hablando de árboles de la mañana a la noche; y aquello hizo que la señora Bittacy volviera a descubrir dentro de sí esa antigua senda de terror subconsciente que, invariablemente,

conducía a la oscuridad de los grandes bosques. Tales sentimientos, como le había enseñado su temprana formación evangélica, constituían una tentación. Contemplantos desde cualquier otro ángulo era jugar con fuego.

Mientras miraba a aquellos dos hombres, sintió cómo su mente se poblaba de extraños temores que, al resultarle incomprensibles, la asustaban todavía más. Le parecía una insensatez tomarse tanto interés por aquel cedro viejo y roñoso. Hacerlo suponía ignorar el sentido de la medida que la divinidad había instaurado en el mundo para guiar al hombre por el buen camino.

Incluso después de cenar tenían que salir a fumarse los puros sentados en

aquellas ramas bajas que se inclinaban hasta tocar el césped. Finalmente, se decidió a apremiarles para que entraran dentro. Había oído decir que los cedros no eran seguros después de la puesta de sol; que no era bueno estar demasiado cerca de ellos; y que dormir a su sombra hasta podía resultar peligroso, aunque no recordaba muy bien en qué consistía el peligro. Confundía el cedro con la upa.

En cualquier caso llamó a David para que entrara, y poco después, vino también Sanderson.

Antes de tomar tan drástica medida, había estado un buen rato observando en secreto a su marido y al huésped desde la ventana del salón. El crepúsculo les

envolvía con su húmedo velo de gasa. Distinguía el resplandor de la punta de los puros y oía el sonsonete de sus voces. Los murciélagos revoloteaban por encima de ellos y las mariposas nocturnas, grandes y silenciosas, zumbaban suavemente entre las flores de los rododendros. Mientras les observaba, se le ocurrió de pronto que en los últimos días encontraba cambiado a su marido; en concreto desde la llegada del señor Sanderson. Se le notaba distinto, aunque no sabía precisar en qué consistía aquella diferencia. Lo cierto es que no estaba muy segura de querer averiguarlo. Aquel miedo instintivo volvía a actuar sobre ella. Siempre y cuando se tratase de un

cambio pasajero prefería no saber nada. Claro que había algunos detalles en los que sí que se había fijado; algunos pequeños signos externos. Por ejemplo, había dejado de leer el Times y ya no se ponía sus chalecos moteados. A veces parecía como despistado y mostraba cierta desidia en las cuestiones prácticas, cuando antes se había mostrado siempre lleno de iniciativa. Y además... había vuelto a hablar en sueños.

Ésta —y una docena más de pequeñas rarezas— le vinieron repentinamente a la cabeza con todo el ímpetu de un ataque combinado. Al pensar en ellas sentía una vaga angustia que hacía que se estremeciera. Mientras

sus ojos trataban de distinguir a la luz del crepúsculo a aquellas dos oscuras figuras, cubiertas por el cedro y con el Bosque justo a sus espaldas, su mente iba pasando del sobresalto a la confusión. Había sido entonces, cuando sin darle tiempo a pensar ni a buscar ese consejo interior al que siempre solía acudir, pasó por su cerebro como una centella un susurro sofocado y apremiante: «Esto es cosa del señor Sanderson. ¡Llama a David y dile que venga inmediatamente!»

Y eso era precisamente lo que había hecho. Su voz aguda cruzó el jardín y se perdió en el Bosque que rápidamente la silenció. No le devolvió ningún eco. Su sonido se estrelló contra

aquella muralla formada por miles de árboles vigilantes.

—Esta humedad se le mete a uno en los huesos, incluso en verano — murmuró cuando, obedeciéndola, llegaron los dos. Estaba un tanto sorprendida de su propia audacia, y también algo arrepentida. Habían acudido dócilmente a su llamada—. Verá, mi marido es muy sensible a las fiebres del Oriente. No, por favor, no apaguen los puros. Podemos sentarnos junto a la ventana abierta y disfrutar del atardecer mientras ustedes siguen fumando.

Durante un rato ese nerviosismo subconsciente hizo que se mostrara muy locuaz.

—Se respira tanta tranquilidad; una tranquilidad tan maravillosa... — prosiguió, en vista de que nadie hablaba —. Hay tanta paz, y el aire es tan dulce... y Dios siempre está cerca de aquellos que necesitan su ayuda — aquellas palabras se le habían escapado sin que se diera plena cuenta de lo que estaba diciendo, aunque, afortunadamente, pudo bajar la voz a tiempo y nadie las oyó. Puede que fueran una expresión instintiva de alivio. El mero hecho de haberse atrevido a decirlas le ponía nerviosa.

Sanderson le trajo el chal y la ayudó a colocar las sillas; y ella, tras darle las gracias con aquellos modales corteses y anticuados, declinó su

ofrecimiento de encender las luces.

—¡Creo que atraen a las mariposas y a los insectos!

Los tres se sentaron a la luz del ocaso. El bigote blanco del señor Bittacy y el chal amarillo de su esposa relucían en cada uno de los extremos de la herradura que formaba el grupo; Sanderson, con su cabello negro todo revuelto y sus ojos brillantes, se sentaba entre ambos. El pintor siguió hablando en voz baja, evidentemente continuaba la conversación que había iniciado con su anfitrión bajo el cedro. La señora Bittacy, en estado de alerta, le escuchaba... llena de inquietud.

—Verá, los árboles tienden a ocultarse durante el día. Tan sólo se

revelan plenamente una vez que el sol se ha puesto. Nunca sé cómo es un árbol — y en aquel momento se inclinó ligeramente hacia la señora de la casa como disculpándose por decir algo que quizá pudiera molestarla o resultarle difícil de comprender— hasta que lo he visto de noche. Pongamos por caso su cedro —dijo, dirigiéndose de nuevo a su marido, de modo que la señora Bittacy pudo captar el destello de sus ojos al volverse—. Al principio fracasé con él, porque lo pinté de día. Ya verá mañana lo que quiero decir; aún conservo el primer bosquejo arriba en mi carpeta; es un árbol completamente distinto del que usted compró. Esa imagen la capté de noche, a eso de las dos de la madrugada,

bajo la tenue luz de la luna y la estrellas —inclinándose hacia delante y bajando el tono de voz, añadió—: Entonces vi su ser desnudo...

—¡Señor Sanderson, no me diga que salió usted a esas horas! —exclamó la vieja señora con un tono en el que se combinaban la estupefacción y un ligero matiz de reproche. El adjetivo que había empleado el pintor no había sido precisamente de su agrado.

—Me temo que a lo mejor me tomé una libertad excesiva, considerando que estoy en casa ajena —respondió cortésmente—. Pero me desperté a esa hora por casualidad, vi el árbol por la ventana, y bajé.

—Tuvo suerte de que Boxer no le

mordiera; duerme suelto en el salón — dijo ella.

—Nada de eso. El perro salió conmigo. Confío en que el ruido no les molestara —añadió—. Aunque me temo que ya es un poco tarde para pedir disculpas. De todos modos, no sabe cuánto lo siento. —El destello de sus blancos dientes en medio de la oscuridad indicaba que sonreía. Un olor a tierra y a flores entró por la ventana impulsado por una corriente de aire.

La Señora Bittacy no dijo nada de momento.

—Los dos dormimos como troncos —apuntó su marido con una carcajada—. Pero, la verdad, señor Sanderson, es usted un hombre valiente; y válgame

Dios, ese cuadro lo justifica todo. Pocos artistas se hubieran tomado tantas molestias, aunque creo haber leído en cierta ocasión que Holman Hunt, Rossetti, o algún otro de aquel grupo, se pasó toda una noche pintando en su jardín para conseguir un efecto de claro de luna.

El señor Bittacy siguió hablando. A su mujer le reconfortaba oír su voz; hacía que se sintiera más tranquila. Pero, al cabo de un rato, el artista volvió a tomar la palabra, y a la señora Bittacy le invadieron de nuevo los pensamientos sombríos y los celos. Sentía un temor instintivo al efecto que aquellas palabras pudieran tener en su marido. Los misterios y las maravillas

que esconden los bosques, las espesuras y todas las grandes concentraciones de árboles se volvían patentes y reales mientras hablaba.

—De una u otra forma la noche lo transfigura todo —dijo el artista—, pero nada de manera tan profunda como los árboles. Emergen desde detrás del velo que les cubre durante el día y se muestran tal como son. Es algo que, en cierto modo, les ocurre incluso a los edificios, pero con los árboles es más evidente. De día duermen y de noche despiertan, se manifiestan, se vuelven activos... ¡viven! ¿Recuerda usted lo bien que lo entendió Henley? —dijo, volviéndose de nuevo hacia su anfitriona.

—¿No se referirá usted al socialista ese? —inquirió la señora. La entonación que había dado a aquel sustantivo hacía que sonara a algo delictivo. Lo había pronunciado con una especie de siseo.

—Pues sí, al poeta, al amigo de Stevenson; ya sabe, Stevenson, el que escribió esos encantadores poemas infantiles —respondió el artista con mucho tacto.

Recitó en voz baja los versos a los que había hecho referencia. Por una vez, se trataba del momento, el lugar y el escenario adecuados, todo a una. Las palabras flotaban a través del jardín hacia aquel muro de oscuridad azul que se levantaba donde la curva

interminable del gran Bosque rozaba al pequeño jardín como si se tratara de un litoral. Desde la distancia un rumor similar al del oleaje acompañaba a su voz, era como si el viento también se regocijara al oírle:

*No será a la mirada del Día,
por más que con obstinada insistencia
lo demande su violenta y poderosa voz,
a quien esas dulces criaturas, inmensas
y multitudinarias
-los árboles, los centinelas de Dios
revelen
su colosal e inefable identidad.*

.....

Mas al oír el mandato de la Noche

*-la Noche, antigua y sacerdotal;
la Noche de múltiples secretos, cuyo
efecto
transfigurador, iniciático y pavoroso
sólo ellos perciben en su
totalidad tiemblan
y se transforman.*

*Huraña y amenazadora,
ignota y esencial, brota en cada uno de
ellos
su alma individual;
y sus presencias corpóreas,
imbuidas de desaforada
transcendencia,
vistiendo la oscuridad cual librea
de una misteriosa y formidable
hermandad,
se ciernen amenazantes, terroríficas.*

Fue finalmente la voz de la señora Bittacy la que rompió el silencio que siguió a la declamación del poema.

—Me ha gustado la parte que habla de los centinelas de Dios —susurró.

En su voz no se apreciaba aspereza alguna; sonaba apagada y tranquila. La verdad que aquellos versos expresaban con tanta musicalidad había hecho enmudecer la estridencia de sus reparos, aunque no por eso hubiera disminuido su inquietud. Su marido no hizo ningún comentario; la señora Bittacy se fijó en que tenía el puro apagado.

—Concretamente los árboles viejos —prosiguió el artista, como si hablara para sí— suelen tener una

personalidad muy marcada. Se les puede ofender, herir o agradar; desde el momento en que uno se encuentra bajo su sombra se siente si se acercan o se retraen —se volvió bruscamente hacia su anfitrión—. Sin duda usted conoce el singular ensayo de Prentice Mulford, «Dios en los árboles». Puede que sea un tanto extravagante, pero es de una belleza formidable. ¿No lo ha leído usted?

Pero fue la señora Bittacy quien respondió; curiosamente, su marido seguía sumido en un profundo silencio.

—¡Yo nunca! —Aquella exclamación brotó como un chorro de agua fría desde aquel rostro embozado en el chal amarillo. Hasta un niño habría

sabido completar el resto del pensamiento que había quedado sin expresar.

—Pero Dios está en los árboles — dijo suavemente Sanderson—. Al menos un aspecto de Dios muy sutil, y a veces —sé por propia experiencia que los árboles también pueden expresar eso— algo que no es Dios; algo oscuro y terrible. ¿No se ha fijado alguna vez con qué claridad los árboles expresan sus deseos o, por lo menos, eligen a sus compañeros? ¿Cómo las hayas, por ejemplo, no dejan que la vida se desarrolle en sus proximidades, cómo alejan de sus ramas a los pájaros y a las ardillas y no permiten que nada crezca bajo ellas? ¡El silencio de un bosque de

hayas puede llegar a ser aterrador! ¿No se ha dado cuenta de que a los pinos les agrada tener matas de arándanos a sus pies, incluso pequeños robles? ¿Cómo cada árbol escoge a sus compañeros con sumo cuidado y claridad, ateniéndose siempre a unas mismas pautas? Y por supuesto, también hay árboles —es algo verdaderamente extraño y notable— que prefieren la compañía humana.

La vieja señora se enderezó ruidosamente en la silla; aquello era más de lo que estaba dispuesta a tolerar. Su tieso vestido de seda parecía emitir pequeñas detonaciones.

—Sabemos, pues así se nos ha dicho —respondió—, que Él paseó por el jardín a la brisa de la tarde —el

nerviosismo con que tragó saliva denotaba el esfuerzo que le estaba costando hablar—. Pero en ningún sitio se habla de que se escondiera en los árboles ni nada que se le parezca. Al fin y al cabo, no debemos olvidar que los árboles no son más que plantas grandes.

—Es cierto, pero todo lo que crece tiene vida; es decir, posee un misterio que desafía todo intento de desentrañarlo —respondió con suavidad—. Me atrevo a asegurar que el prodigio que se oculta en nuestras propias almas también puede esconderse tras la estupidez y el mutismo de una vulgar patata.

Aquella observación no pretendía ser graciosa. De hecho no hizo ninguna

gracia. Nadie se rió. Al contrario, aquellas palabras transmitían, casi demasiado literalmente, el sentimiento que se cernía sobre la conversación. Aunque cada uno experimentara una sensación distinta —de belleza, de fascinación o de alarma—, todos los presentes se daban cuenta de que, de algún modo, la conversación había hecho que el reino vegetal en su conjunto se encontrara más próximo al de los seres humanos. Se había establecido una especie de nexo entre ambos. No era muy sensato hablar de forma tan directa cuando el Gran Bosque les escuchaba a las mismas puertas de la casa. Mientras lo hacían, el Bosque parecía aproximarse.

La señora Bittacy, deseosa de romper aquel horrible hechizo, trató de conjurarlo súbitamente con una sugerencia de carácter práctico. No le gustaba el prolongado silencio de su marido, su quietud. Se le notaba muy cambiado y con una actitud muy negativa.

—David, me parece que ya sientes la humedad —dijo alzando la voz—. Empieza a hacer frío. Ya sabes lo rápido que te vienen las fiebres, creo que lo más sensato será traer la tintura. Iré a por ella inmediatamente, querido. Será lo mejor. —Y antes de que pudiera objetar nada, abandonó la habitación para traer una de aquellas dosis homeopáticas en las que ella tenía tanta

fe, y de las que su marido, con objeto de agradarla, se tomaba un vaso entero cada semana.

Una vez que salió y cerró la puerta, Sanderson empezó a hablar de nuevo, aunque ahora en un tono muy distinto. El señor Bittacy se retrepó en su silla. Era evidente que los dos hombres se disponían a reanudar la conversación — la verdadera conversación que se había visto interrumpida cuando estaban bajo el cedro— dejando a un lado aquella parodia que no había sido más que una treta para distraer la atención de la vieja dama.

—Los árboles le aman, de eso no cabe duda —dijo con mucha gravedad—. El servicio que les prestó durante

todos esos años que pasó en el extranjero ha hecho que le conozcan.

—¿Que me conozcan?

—Así es —hizo una breve pausa y añadió—: Ha hecho que sean conscientes de su presencia; conscientes de que existe una fuerza externa a ellos que, de manera explícita, busca su bienestar, ¿no se da cuenta?

—¡Dios mío, Sanderson...! Eso que dice expresa en un lenguaje muy claro algunas sensaciones que nunca antes me había atrevido a formular en palabras. Sería un poco como si trataran de ponerse en contacto conmigo, ¿no? —se aventuró a decir, riéndose de su propia frase, aunque su risa no pasó de sus labios.

—Exactamente —respondió al instante con rotundidad—. Tratan de fundirse con aquello que, de forma instintiva, sienten que es bueno para ellos, que puede serles útil a su ser esencial, favorecer su mejor expresión... su vida.

—¡Por Dios, caballero! —se oyó decir Bittacy a sí mismo—. Está usted expresando con palabras mis pensamientos. Sabe, hace años que siento algo parecido. Es como si... —miró a su alrededor para asegurarse de que su mujer no estaba presente y concluyó la frase—: como si los árboles fueran a por mí.

—«Amalgamamiento» quizá sea el término más adecuado —dijo Sanderson

lentamente—. Quieren arrastrarle hacia ellos. Verá, las fuerzas del Bien siempre aspiran a unir; las del Mal a separar. Por eso, finalmente, el Bien suele imponerse... siempre. A la larga, la acumulación de fuerzas lo hace invencible. El Mal tiende a la separación, a la disolución, a la muerte. El carácter gregario de los árboles, ese instinto que les lleva a agruparse, es un símbolo de vida. Los árboles en grupo son benignos; aislados —al menos por lo general— son... digamos que peligrosos. Fíjese en la araucaria, o mejor aún, en el acebo. Fíjese en él, obsérvelo atentamente y trate de comprenderlo. ¿Ha visto alguna vez una encarnación más evidente de un pensamiento

maligno? Son perversos. Hermosos también, ¡desde luego! A menudo el Mal posee una extraña y equívoca belleza...

—¿Entonces, el cedro...?

—No, no es maligno; más bien raro. Los cedros suelen formar bosques. Este pobre desgraciado se ha perdido, eso es todo.

Se estaban adentrando en un terreno muy profundo. Sanderson, que sabía que el tiempo corría en su contra, hablaba a toda velocidad. Todo estaba demasiado condensado. Bittacy apenas había podido seguir el hilo de lo último que había dicho. No tenía las ideas tan claras y tan ordenadas como el artista, y su mente avanzaba a trompicones; pero, de pronto, una nueva frase de Sanderson

le sorprendió tanto que captó toda su atención.

—Sin embargo, ese cedro que tienen ahí le protegerá; ustedes dos lo han humanizado al pensar en él con tanto cariño. En cierto modo es como si los demás árboles no pudieran sobrepasarlo.

—¡Protegerme! —exclamó—

¿Protegerme de su amor?

Sanderson se rió.

—Me parece que nos estamos embarullando un poco —dijo—. Estamos hablando de esto utilizando unos términos que, en realidad, no se le pueden aplicar. Mire, lo que quiero decir es que el amor que sienten por usted, esa «conciencia» que tienen de su

personalidad y de su presencia, entraña también el deseo de ganarle a usted — de hacerle cruzar la frontera— y llevarle con ellos a la esfera en que se desarrolla su vida. Entraña, por así decirlo, apoderarse de usted.

Las ideas del artista circulaban vertiginosas por su mente. Era como si, de pronto, un laberinto hubiera adquirido movimiento. Los giros de sus intrincadas líneas le confundían. Iban tan rápidas que tan sólo le daban una explicación parcial de cuál era su destino. Seguía primero una, después otra, pero siempre que trataba de orientarse surgía a toda velocidad una nueva línea que le interceptaba antes de que pudiera llegar a alguna parte.

—Pero la India está muy lejos de este bosquecillo inglés —dijo al cabo de un rato en voz más baja—. Y además, los árboles, ¿no son acaso completamente distintos?

El frufú de una falda le avisó que la señora Bittacy se acercaba. Afortunadamente aquella era una frase a la que podía dar un significado distinto en caso de que se presentara de golpe y pidiera una explicación.

—Existe una comunión entre los árboles a lo largo y ancho de todo el mundo —fue su extraña y apresurada respuesta—. Siempre lo saben.

—¡Siempre lo saben! ¿Entonces, cree que...?

—¡Son los vientos... esos

grandiosos y raudos mensajeros! Tienen antiguos derechos de paso por todo el mundo. Un viento del este, por ejemplo, puede, por así decirlo, transportar un mensaje por etapas; ir uniendo mensajes y significados que ha oído en distintas tierras, igual que hacen los pájaros... un viento del este.

La señora Bittacy irrumpió en la habitación con el vaso.

—Aquí tienes, David, esto te protegerá contra cualquier principio de ataque —dijo—. Basta con una cucharada, cariño. ¡Oh, oh, todo no! —Como de costumbre, se había tomado de un solo trago la mitad del contenido—. Otra dosis antes de acostarte, y el resto por la mañana, nada más despertarte.

Se volvió hacia el invitado, que le cogió el vaso y lo puso en la mesa que tenía junto a su codo. Les había oído hablar del viento del este, y quiso hacer hincapié en aquel aviso que había interpretado erróneamente. La parte privada de la conversación acabó de inmediato.

—Eso es lo que peor le sienta; un viento del este, y me alegra oír que es usted de la misma opinión, señor Sanderson—dijo ella.

Siguió después un profundo silencio, en medio del cual se oyó el sordo canto de un búho en el bosque. Una gran mariposa chocó contra una de las ventanas con un nervioso aleteo. La señora Bittacy se sobresaltó ligeramente, pero nadie habló. Sobre los árboles se vislumbraban algunas estrellas. A lo lejos se oía el ladrido de un perro.

Bittacy, tras volver a encender el puro, rompió aquel breve período de silencio que se había apoderado de los tres.

—Resulta muy reconfortante pensar que estamos rodeados de vida por todas partes y que, en realidad, no existe una línea divisoria entre eso que llamamos materia orgánica e inorgánica —dijo mientras arrojaba la cerilla por la ventana.

—Sí, verdaderamente el universo es todo uno —dijo Sanderson—. Nos confunden los espacios vacíos que nos impiden ver lo que hay más allá, pero creo que, de hecho, no existen tales espacios vacíos.

La señora Bittacy comenzó a moverse con una inquietud que no auguraba nada bueno, aunque de momento conservó la calma. Le asustaban las palabras largas que no

entendía. Detrás de las palabras con demasiadas letras acechaba el nombre de Belcebú.

—En las plantas y en los árboles, concretamente, alienta una vida magnífica que, por el momento, nadie ha conseguido demostrar que sea inconsciente.

—Ni tampoco consciente, señor Sanderson —terció con rotundidad la señora Bittacy—. Sólo el hombre fue hecho a su imagen y semejanza, no los arbustos y las cosas...

Su marido intervino de forma inmediata.

—No se trata de que estén vivas de la misma manera en que lo podemos estar nosotros —le explicó con voz

suave—. Y además —dijo, con el ojo puesto en su esposa—, no creo que haya nada de malo, querida, en afirmar que todos los seres creados contienen una cierta proporción de la vida de su Creador. Me parece muy hermoso pensar que Él no creó nada muerto. ¡Eso no nos convierte en panteístas! —añadió en tono tranquilizador.

—¡Dios mío, no! ¡Confío en que no! —aquel término la había alarmado. Era peor incluso que la palabra «Papa». Por su mente confusa cruzó sigilosa una imagen temible y peligrosa... como una pantera.

—Me gustaría creer que incluso en la descomposición existe vida —murmuró el pintor—. La desintegración

de la madera podrida genera un cierto tipo de sensibilidad orgánica; en la caída de una hoja seca hay fuerza y movimiento, de hecho, la hay en todo aquello que se disgrega o se rompe. No hay nada más inerte que una piedra y, sin embargo, rebosa calor, peso y toda clase de potencialidades. ¿Qué hace que sus partículas se mantengan unidas? Lo comprendemos tan poco como la fuerza de la gravedad o la razón por la que las agujas magnéticas señalan siempre al «Norte». En ambos fenómenos puede haber un tipo de vida...

—¿Cree usted que una brújula tiene alma, señor Sanderson? —exclamó la señora, acompañando sus palabras con un crujir de volantes de seda que

expresaba su indignación de forma aún más patente que su tono de voz. El artista sonrió para sí en la oscuridad, pero fue Bittacy quien se apresuró a responder.

—Lo que nuestro amigo trata de sugerir es, simplemente, la posibilidad de que estos misteriosos procesos se deban a algún tipo de vida que no somos capaces de comprender —dijo con tranquilidad—. ¿Por qué el agua sólo corre cuesta abajo? ¿Por qué los árboles crecen hacia el sol y siempre en ángulo recto con respecto a la superficie de la tierra? ¿Por qué los planetas giran siempre sobre sus ejes? ¿Por qué el fuego cambia la forma de todo lo que toca sin llegar verdaderamente a

destruirlo? Decir que todos los elementos obedecen las leyes que rigen su propia naturaleza es no decir nada. El señor Sanderson se limita a sugerir —de un modo poético, querida, por supuesto — que todo ello puede responder a una manifestación de vida, aunque de una vida en un estadio distinto al nuestro.

—«Les insufló el hálito de la vida», eso es lo que se nos ha dicho. Y esas cosas no respiran —dijo con un tono triunfal.

Entonces intervino Sanderson. Sus palabras, más que intentar ser una réplica seria a la alterada dama, parecían dirigidas a sí mismo o a su anfitrión.

—Pero, verás, es que las plantas

también respiran —dijo—. Respiran, se alimentan, digieren, se desplazan y se adaptan a su entorno igual que hacen los hombres y los animales. También tienen un sistema nervioso... o al menos, un complejo sistema de núcleos celulares que posee algunas de las cualidades propias de las células nerviosas. Puede que incluso tengan memoria. En cualquier caso, no cabe ninguna duda de que responden activamente a los estímulos. Y aunque puede tratarse de algo fisiológico, nadie ha demostrado todavía que sea sólo eso y no algo psicológico.

Aparentemente, no se percató del grito ahogado que se oyó detrás del chal amarillo. Bittacy se aclaró la garganta,

tiró su puro apagado al jardín, y cruzó y descruzó las piernas.

—Y en los árboles —prosiguió el artista—, detrás de un gran bosque, por ejemplo —y señaló hacia la espesura—, quizá se halle un Ente poderoso que se manifiesta por medio de millares de árboles; una inmensa vida colectiva, organizada con la misma minuciosidad y delicadeza que la nuestra. Bajo ciertas condiciones puede llegar a mezclarse y fundirse con nosotros, de modo que, al formar parte de ella, aunque sólo sea por algún tiempo, lleguemos a comprenderla. Es posible incluso que pueda absorber la vitalidad humana en el inmenso torbellino del vasto sueño de su existencia. La atracción que ejerce un

gran bosque sobre un hombre puede ser tremenda, absolutamente irresistible.

Se oyó a la señora Bittacy cerrar la boca con un chasquido. Su chal, y sobre todo su ruidoso vestido, manifestaron sonoramente la protesta que le abrasaba por dentro. Estaba demasiado disgustada para sentirse sobrecogida, pero también demasiado confundida ante aquel cúmulo de palabras y significados que sólo comprendía a medias, como para que le vinieran a la mente de forma inmediata palabras con las que expresarse. Cualquiera que fuese el verdadero sentido del lenguaje que utilizaba el artista, y cualesquiera que fueran los sutiles peligros que encerraba, no cabía duda de que, por el

momento, había conseguido tejer una especie de encantamiento que, unido a la luz trémula que les envolvía, los tenía a los tres atrapados junto a aquella ventana abierta. Los aromas del césped cubierto de rocío, de las flores, de los árboles y de la tierra también formaban parte de aquel embrujo.

—Los estados de ánimo que las personas suscitan en nosotros se deben a que su vida oculta afecta a la nuestra — prosiguió—. Lo profundo llama a lo profundo. Imaginemos que estamos solos en una habitación y de repente una persona se une a nosotros; ambos cambiamos de manera inmediata. El recién llegado, aunque no haya abierto la boca, ha provocado un cambio en

nuestro estado de ánimo. ¿Por qué no habrían de afectarnos y conmovernos los estados de ánimo de la Naturaleza en virtud de una prerrogativa similar? El mar, las montañas, el desierto, despiertan en nosotros sentimientos de pasión, de gozo o de terror, según el caso; e incluso en algunas personas unas emociones de un esplendor arrebatado y extraño que no me siento capaz de describir —al decir aquello había echado una mirada muy significativa a su anfitrión, de modo que la señora Bittacy pudo constatar de nuevo cómo cambiaba la expresión de sus ojos—. Pues bien... ¿de dónde proceden estos poderes? ¡Desde luego, de nada que esté... muerto! El influjo de un bosque,

el dominio y el extraño ascendiente que puede ejercer sobre algunas mentes, ¿no revela acaso una manifestación directa de vida? Si no es así, esa misteriosa emanación de los grandes bosques carece de toda explicación. Claro que también hay naturalezas que parecen provocarlo de forma deliberada. El poder de una hueste de árboles —su voz adquirió un tono solemne al decir aquellas palabras— es algo innegable. Y creo que aquí se siente de manera especial.

Cuando dejó de hablar se podía palpar la tensión en el ambiente. No había sido la intención del señor Bittacy que la conversación llegara hasta esos extremos. Se habían dejado llevar. No

quería ver a su mujer triste o asustada; se daba perfecta cuenta de que los sentimientos de su esposa se hallaban en un estado de agitación preocupante. Algo en ella —como él mismo se dijo— «estaba a punto de explotar».

Trató de llevar la conversación hacia temas más generales para diluir la tensión acumulada.

—Suyo es el mar, por Él fue creado —sugirió vagamente, con la esperanza de que Sanderson cogería la indirecta—, y lo mismo ocurre con los árboles...

—En lo que respecta al conjunto del reino vegetal, seguramente es así —dijo el artista tomando el relevo—. Todo él está al servicio del hombre,

para proporcionarle alimento, abrigo y cumplir otras mil funciones útiles para su vida diaria. ¿No es acaso sorprendente que una forma de vida perfectamente organizada, aunque inmóvil, que tenemos siempre a nuestro alcance y que nunca puede salir huyendo, ocupe una superficie tan grande de nuestro planeta? Pero, a pesar de todo, no es tan fácil apropiarse de ella. Hay personas que no se atreven a arrancar flores, otros a cortar árboles. No deja de ser curioso que la mayoría de las leyendas y las historias sobre bosques sean sombrías, misteriosas y un tanto aciagas. En ellas las criaturas del bosque rara vez son alegres o inofensivas. Normalmente se percibía la

vida de los bosques como algo terrible. El culto a los árboles aún sobrevive en nuestros días. Los leñadores, por ejemplo... los que le quitan la vida a los árboles... tienen un aura de raza maldita.

Su voz se quebró bruscamente con un extraño temblor. Antes incluso de que hubiera pronunciado las últimas frases, Bittacy ya había sentido algo. Su esposa —estaba seguro— lo habría sentido con más fuerza todavía. Porque fue en medio del profundo silencio que siguió a estos últimos comentarios, cuando la señora Bittacy se levantó violentamente de la silla y atrajo la atención de los demás hacia algo que se movía en dirección a ellos cruzando el jardín. Una silueta amplia y extrañamente dispersa se

aproximaba en silencio. Parecía encontrarse a gran altura, pues el trozo de cielo que había sobre las matas de arbustos, teñido todavía con el pálido resplandor del crepúsculo, se oscureció al pasar delante de él. Con posterioridad la señora Bittacy aseguró que se movía «formando rizos», pero lo que seguramente quería decir era que se movía en «espiral».

Dejó escapar un chillido ahogado.

—¡Al final ha venido! ¡Y lo ha traído usted!

Presa de un gran nerviosismo, asustada y furiosa a un tiempo, se volvió hacia Sanderson. Había pronunciado aquellas palabras con un jadeo entrecortado, dejando a un lado toda

cortesía.

—Lo sabía... si usted continuaba...
Lo sabía. ¡Oh! ¡Oh! —y gritó de nuevo
—. ¡Han sido las cosas que usted ha
dicho lo que le ha hecho salir!—. El
terror que se reflejaba en su voz
temblorosa producía verdadero espanto.

Sin embargo, la confusión de
aquellas vehementes palabras pasó
inadvertida ante el primer efecto de
sorpresa que causaron. Durante un
instante nada ocurrió.

—¿Qué es lo que crees haber visto,
querida? —preguntó su marido,
asustado. Sanderson, en cambio, no dijo
nada. Los tres se inclinaron hacia
delante; los hombres no llegaron a
levantarse, pero la señora Bittacy se

abalanzó hacia la ventana y se colocó, aparentemente a propósito, entre su marido y el jardín. Señalaba algo. Su pequeña mano trazaba una silueta en el aire; el chal amarillo colgaba de uno de sus brazos como una nube.

—Pasado el cedro... entre las lilas —su voz, que había perdido su tono agudo habitual, sonaba débil y apagada—. Allí... mirad, ahora vuelve a darse la vuelta ... se va, ¡gracias a Dios!... regresa al Bosque. —susurró con un temblor; y, finalmente, tras soltar un gran suspiro, repitió—: ¡Gracias a Dios! ¡Al principio... pensé... que venía aquí... a por nosotros! ¡A por ti... David!

Se fue alejando de la ventana; andaba con paso vacilante, palpando en

la oscuridad en busca de una silla donde apoyarse; pero, en su lugar, encontró la mano que le tendía su marido.

—Agárrame cariño, agárrame muy fuerte... por favor. No me sueltes. — Estaba, como su marido diría más adelante, «con los nervios totalmente alterados». La sujetó con fuerza mientras la ayudaba a sentarse en una silla.

—Sofía, querida, ha sido el humo —le dijo rápidamente, procurando que su voz sonara tranquila y natural—. Sí, ya lo veo. Es humo que sale de la granja del jardinero...

—Pero David, hacía ruido —ahora se notaba un nuevo horror en su voz—. Lo sigue haciendo. Lo oigo, suena algo así como riss. —Riss, chiss, rass, o

cosa similar, fue la onomatopeya que utilizó—. David tengo mucho miedo. ¡Es algo espantoso! ¡Ese hombre lo ha traído!

—Chsss, chsss —susurró su marido, mientras acariciaba su mano temblorosa.

—Está en el viento —dijo Sanderson en voz muy baja, hablando ahora por primera vez. En aquella oscuridad no se podía distinguir la expresión de su rostro, pero su tono era suave y no denotaba temor. Al oír el sonido de aquella voz, la señora Bittacy volvió a sufrir una violenta convulsión. Su marido corrió un poco su silla hacia adelante para impedir que le viera. También él se sentía un tanto perplejo,

sin apenas saber qué hacer o qué decir. Todo era muy extraño y había ocurrido de forma demasiado repentina.

La señora Bittacy tenía un susto de muerte. Le parecía que lo que había visto procedía del bosque que rodeaba el jardín. Había emergido en secreto y había avanzado hacia ellos, moviéndose furtivamente y con dificultad, como si albergara alguna intención oculta. Y, de repente, algo lo había detenido. No había podido avanzar más allá del cedro. Tenía la impresión —y aquello se le quedaría grabado en la memoria— de que el cedro le había impedido seguir avanzando, le había mantenido a raya. Como un mar embravecido, el Bosque se había lanzado por un instante en

dirección a ellos al amparo de la oscuridad; aquel movimiento visible había sido su primera oleada. Así era como ella se lo imaginaba... Igual que los misteriosos cambios de marea que tanto la fascinaban y asustaban durante sus estancias en la costa de niña. El empuje externo de alguna energía descomunal era lo que había sentido... algo contra lo que se rebelaban todos los instintos de su ser porque suponía un peligro para ella y para los suyos. En aquel momento percibió la Personalidad del Bosque con una intensidad... amenazadora.

Se levantó, y mientras se alejaba tambaleándose de la ventana para acercarse a donde estaba la campana,

apenas si captó la frase que Sanderson —¿o era su marido?— dijo en un murmullo, como hablando consigo mismo:

—Vino porque hablamos de ello; nuestro pensamiento hizo que cobrara consciencia de nosotros y lo sacó. Pero el cedro lo detiene. Ya sabe, no puede cruzar el jardín...

Ahora los tres se encontraban de pie; los dedos de la señora Bittacy se disponían ya a tocar la campana, cuando oyó de pronto la voz de su marido que con tono autoritario le decía:

—Querida, yo no le diría nada a Thompson —la angustia que sentía se reflejaba en su voz, pero, exteriormente, había recobrado la calma—. El

jardinero puede ir...

Entonces Sanderson le interrumpió.

—Permítame —dijo rápidamente—. Veré si ocurre algo anormal. — Antes de que ninguno de ellos pudiera responder o hacer alguna objeción ya había salido, saltando por la ventana abierta. Vieron su figura cruzar corriendo el jardín y perderse en el bosque.

Un momento después, en respuesta a la campana, entró la doncella, y con ella llegó el sonoro ladrido del terrier desde el recibidor.

—Las lámparas —dijo escuetamente el señor de la casa. Mientras la doncella cerraba suavemente la puerta al salir, oyeron el

canto quejumbroso de los vientos que daban vueltas en torno a los muros de la casa. Un rumor de hojas distantes le acompañaba.

—Ves, se está levantando el viento. ¡Era el viento! —la rodeó con el brazo para tranquilizarla, angustiado de ver que ella seguía temblando. Sin embargo, sabía que también él temblaba, aunque no de alarma, sino poseído más bien de una extraña sensación de júbilo—. Y era humo lo que viste acercarse, vendría de la caseta de Stride o de la hojarasca que estarán quemando en el huerto. El ruido que oímos era el rumor de las ramas mecidas por el viento. Ya ves que no hay motivo para que estés tan nerviosa.

Su esposa le respondió con un hilo

de voz:

—Tenía miedo por ti, querido. Algo hizo que temiera por ti. Me preocupa y me intranquiliza que ese hombre te influya tanto. Ya sé que es una tontería pero... no sé, creo que estoy cansada; me siento tan alterada, tan inquieta... —las palabras brotaban atropelladamente de sus labios y mientras hablaba se daba la vuelta de vez en cuando para mirar por la ventana.

—La tensión de tener visita te ha afectado —le dijo en tono tranquilizador—. No estamos acostumbrados a tener gente en la casa. En fin, mañana se marcha —calentó las manos heladas de su mujer entre las suyas mientras las acariciaba tiernamente. Por más que

quisiera no podía hacer o decir más. El gozo que le producía aquel insólito entusiasmo interior hacía que su corazón latiera aceleradamente. No entendía lo que le estaba ocurriendo. Lo único que quizá supiera era de donde provenía.

La señora Bittacy estudió atentamente su rostro en la oscuridad, y dijo algo muy extraño:

—Por un momento, David, pensé... que parecías... distinto. Tengo los nervios de punta esta noche. —Del invitado de su marido ya no volvió a hacer mención alguna.

Un sonido de pasos que venían del jardín avisó al señor Bittacy de la llegada de Sanderson, y se apresuró a responderla en voz baja:

—No me pasa nada, puedes estar segura; no me he sentido mejor ni más feliz en toda mi vida.

Thompson trajo consigo las lámparas y, con ellas, llegó la luz; acababa de volver a salir cuando Sanderson entró trepando por la ventana.

—No hay nada —dijo con tono despreocupado mientras cerraba la ventana—. Alguien ha estado quemando hojas y el humo se está dispersando entre los árboles. Además —añadió, dirigiendo una mirada significativa a su anfitrión, pero con tal discreción que la señora Bittacy no se dio cuenta de ello —, el viento ha empezado a bramar... allá lejos... en el Bosque.

Pero la señora Bittacy sí que

advirtió en él dos cosas que no hicieron sino aumentar su inquietud. Se fijó en el brillo de sus ojos, porque una luz similar había iluminado de pronto los de su marido; y también se fijó en que había pronunciado aquellas simples palabras, «el viento ha empezado a bramar... allá lejos... en el Bosque», de una forma que parecía indicar que encerraban un significado más profundo. Le quedó la desagradable impresión de que quería darles un sentido distinto al que aparentemente tenían. El tono en que las había dicho parecía implicar algo muy diferente. En realidad no era del «viento» de lo que hablaba y, fuera lo que fuera, tampoco iba a permanecer «allá lejos»... sino que más bien se

estaba acercando. Otra impresión que tuvo —aún menos grata— fue que su marido había comprendido aquel significado oculto.

—David, querido —le comentó con delicadeza tan pronto como se quedaron solos en su habitación—. Ese hombre me produce una horrible sensación de inquietud. No puedo librarme de ella. —El temblor de su voz le llenó de ternura.

Se volvió para mirarla.

—¿Qué clase de inquietud, querida? ¿No será que a veces eres un poco fantasiosa?

—Creo que... en fin, ¿no será un hipnotizador, o una de esas personas llenas de ideas teosóficas o alguna cosa

por el estilo? Ya me entiendes... —dijo con voz vacilante y tartamudeando un poco; todavía estaba confundida y asustada.

Estaba muy acostumbrado a esos vagos temores suyos y, por regla general, no intentaba disiparlos mediante una explicación convincente ni corregir las imprecisiones de su lenguaje, pero esta noche se daba cuenta de que ella necesitaba que se la tratara con mucho cuidado y cariño. De modo que procuró tranquilizarla lo mejor que pudo.

—Pero, aunque fuera así... ¿qué hay de malo en ello? —replicó con voz sosegada—. Mira, querida, éstos no son más que los nombres actuales de unas

ideas muy antiguas. —En su voz no se apreciaba ningún signo de impaciencia.

—Precisamente por eso —replicó—. Él es una de esas cosas contra cuya llegada se nos ha prevenido; uno de los seres de las Postrimerías. —Tras sus palabras subyacía la innominable multitud de textos que él tanto temía. Su pensamiento seguía plagado de los viejos fantasmas del Anticristo y las Profecías, y por poco no había mencionado también el Número de la Bestia. El blanco al que solía dirigir sus dardos era el Papa, porque lo entendía; era una diana obvia y sencilla contra la que disparar. Pero todo aquel asunto de los bosques y de los árboles era demasiado vago, demasiado horrible. Le

aterrorizaba.

—Me hace pensar en los Principados y Potestades de las altas regiones y en seres que caminan en la oscuridad —prosiguió—. Eso que dijo de que los árboles cobran vida de noche y todas esas cosas, no me gustó nada; me hace pensar en lobos con piel de cordero. Y cuando vi esa cosa horrible en el cielo sobre el jardín...

Pero él la interrumpió de inmediato, había decidido que era preferible no hablar de aquello. Desde luego lo mejor sería no seguir dándole vueltas al tema.

—Sofía, creo que lo único que quería decir —dijo con seriedad, aunque esbozando una sonrisa— es que

los árboles pueden tener un cierto grado de vida consciente (lo cual, en lo sustancial, es una idea bastante agradable) algo parecido, recuerdas, a lo que leímos la otra noche en el Times; eso, y que un gran bosque quizá posea una especie de personalidad colectiva. No olvides que es un artista, un temperamento poético.

—Es peligroso —dijo enfáticamente—. Me parece que es jugar con fuego, una insensatez y un riesgo.

—¡Pero si es para mayor gloria de Dios! —insistió con delicadeza—. No debemos cerrar nuestros oídos y nuestros ojos al conocimiento, sea del tipo que sea ¿no te parece?

—David, tú siempre construyes la

realidad con tus deseos —replicó ella—. Igual que un niño que en vez de decir «padeció bajo el poder de Poncio Pilatos» dice «apareció bajo el poder de Poncio Pilatos», la señora Bittacy solía confundirse cuando reproducía algún dicho. En cualquier caso, tenía la esperanza de que aquella cita le sirviera de aviso—. Además, siempre hemos de poner a prueba los espíritus para saber si es Dios quien los envía —añadió para tantearle.

—Claro, querida, siempre debemos hacerlo —asintió mientras se metía en la cama.

Pero tras un breve silencio, durante el cual David Bittacy aprovechó para apagar la luz y buscar una postura

cómoda para dormir, y mientras sentía su sangre bullir presa de una emoción novedosa e increíblemente placentera, cayó en la cuenta de que quizá sus palabras no habían bastado para tranquilizarla. Ella permanecía tumbada a su lado despierta y todavía asustada. El señor Bittacy se incorporó en la oscuridad.

—Sofía, en cualquier caso, no debes olvidar —dijo con suavidad— que entre nosotros y cualquier otra... cosa, se abre un abismo infranqueable... mmm... al menos mientras conservemos nuestra forma corpórea.

Al no obtener réplica alguna, se quedó tranquilo pensando que ella dormía ya feliz. Pero, en realidad, la

señora Bittacy no estaba dormida. Aunque había oído aquella frase no había dicho nada, porque tenía la sensación de que era preferible no expresar en voz alta sus pensamientos. Le daba miedo oír sus propias palabras en la oscuridad. Afuera, el Bosque permanecía a la escucha y también él podía oírlas; el Bosque... que «bramaba allá lejos».

Y lo que pensaba era lo siguiente: ese abismo sin duda existía, pero, de algún modo, Sanderson había tendido un puente sobre él.

Fue aquella misma noche, aunque bastante más tarde, cuando la señora Bittacy, tras un sueño agitado e inquieto, se despertó y oyó un sonido que hizo que

todo su cuerpo se pusiera a temblar de miedo. El sonido pareció desaparecer de forma inmediata al despertar del todo, pues por más que aguzó los oídos, lo único que consiguió escuchar fue el rumor inarticulado de la noche. Debía haberlo escuchado en sueños, y con los sueños se había desvanecido. Sin embargo, aquel sonido era inconfundible; se trataba del mismo que había oído antes atravesando rápidamente el jardín, sólo que esta vez sonaba mucho más cerca. Mientras dormía había sentido que un murmullo, similar al de unas ramas que se mecieran dentro de la misma habitación o al susurro del follaje, pasaba por encima de ella. La frase «viajando por

las copas de las moreras» le vino a la memoria. Había soñado que se encontraba en algún lugar desconocido, tumbada bajo las extensas ramas de un árbol que le susurraba algo a través de miles de suaves labios verdes. Por lo visto, aquel sueño se había prolongado unos instantes después de haber despertado.

Se recostó en la cama y miró a su alrededor. La parte superior de la ventana estaba abierta y a través de ella se divisaban las estrellas. La puerta, recordó, estaba cerrada como siempre y, naturalmente, no había nadie más en la habitación. El profundo silencio de las noches estivales se extendía sobre todas las cosas, roto tan sólo por otro sonido

que, en esta ocasión, provenía de las sombras que rodeaban la cama. Era un sonido humano y, sin embargo, antinatural; un sonido que se apoderó del miedo que había sentido al despertarse e inmediatamente lo incrementó. Aunque le resultaba familiar, al principio no fue capaz de identificarlo. Tuvieron que pasar algunos segundos —unos segundos que se le hicieron eternos— antes de que se diera cuenta de que era su marido, hablando en sueños.

La procedencia de aquella voz la confundía y le intrigaba, porque al revés de lo que había imaginado al principio, no sonaba a su lado. Venía de más lejos. Un minuto después, iluminada por la

mortecina luz de la vela, distinguió la blanca silueta de su marido de pie en medio de la habitación, no muy lejos de la ventana. La luz de la lámpara se fue haciendo más intensa y vio cómo se aproximaba a la ventana con los brazos extendidos. Le pareció que balbuceaba algo en voz baja, pero aquellas palabras sonaban demasiado juntas para resultar comprensibles.

La señora Bittacy se estremeció. Eso de hablar en sueños le parecía algo muy misterioso y le producía verdadero espanto; era como oír hablar a un muerto, una mera parodia de lo que es una voz viva, algo antinatural.

—¡David! —susurró, asustada de escuchar su propia voz y temiendo que,

al interrumpirle, volvería hacia ella su rostro. No podía soportar la visión de aquellos ojos abiertos de par en par—. ¡David, estás andando dormido! ¡Vuelve a la cama, querido, por favor!

Aquel susurro pareció atronar en medio del silencio de la oscuridad. Al sonar su voz, su marido se detuvo y se volvió lentamente hacia ella. Sus ojos, completamente abiertos, se clavaron en los suyos sin reconocerla. Su mirada le atravesaba como si contemplara algo que se encontrara detrás de ella; parecía como si identificara la dirección del sonido pero no pudiera verla. Se fijó que sus ojos tenían el mismo brillo que había visto en los de Sanderson hacía unas horas. Su rostro estaba

congestionado y tenía una expresión de sufrimiento; la ansiedad se reflejaba en todos y cada uno de sus rasgos. Se dio cuenta de que tenía fiebre y, de inmediato, las consideraciones de tipo práctico hicieron que, de momento, olvidara su terror. Finalmente, su marido llegó a la cama sin despertarse. Le cerró los párpados, y él se puso cómodo para dormir, o mejor dicho, para dormir más profundamente. La señora Bittacy se las ingenió para conseguir que tomara unas gotas del vaso que estaba junto a la cama.

Luego, se levantó sin hacer ruido para ir a cerrar la ventana, al notar que el aire nocturno, demasiado frío y cortante, entraba en la habitación.

Colocó la vela en un lugar donde la luz no le diera a su marido, y al ver allí al lado la gran Biblia de Baxter, se sintió un poco reconfortada, aunque por su ser más profundo seguían circulando extraños mensajes de alarma. Entonces, mientras cerraba el pasador con una mano y tiraba de la cuerda de la persiana con la otra, su marido volvió a incorporarse en la cama y pronunció unas palabras que, en esta ocasión, eran perfectamente audibles. De nuevo tenía los ojos abiertos del todo. Señalaba algo. Ella permaneció completamente inmóvil y se dispuso a escuchar; su sombra se reflejaba distorsionada en la persiana. Contrariamente a lo que había temido en un principio, su marido no se

le acercó.

El susurro de aquella voz sonaba nítido y horrible; no se parecía a nada que ella conociera.

—Braman en el Bosque, allá lejos... y yo ... tengo que ir a ver — mientras decía aquello, sus ojos parecían atravesarla y mirar hacia el bosque—. Me necesitan. Han enviado a por mí... —Luego, tras volverse y dejar que su mirada vagara por los objetos de la habitación, cambió súbitamente de propósito y se tumbó. Ese cambio también fue horrible, aun más incluso, pues ponía de manifiesto que él se movía en un universo perfectamente definido que no tenía nada que ver con el suyo.

Aquella frase tan rara le heló la sangre; durante un momento se sintió absolutamente aterrorizada. En la voz de sonámbulo de su marido, cuya diferencia con su voz normal era tan leve y, a la vez, tan inquietante, descubría la presencia de algo maligno. El mal y el peligro acechaban detrás de esa voz. Temblando de pies a cabeza se apoyó en el antepecho de la ventana. Por un instante tuvo la espantosa sensación de que algo se estaba acercando para apoderarse de él.

—Bien, todavía no —oyó que decía desde la cama con un tono más bajo—, más adelante. Será mejor así... Iré más adelante.

Esas palabras reflejaban una parte

de los temores que le venían obsesionando desde hacía tanto tiempo y que, con la llegada y la presencia de Sanderson, parecían a punto de alcanzar un clímax en el que ni tan siquiera se atrevía a pensar. Le daban forma, lo aproximaban y hacían que sus pensamientos se tornaran hacia su Dios en una oración sentida y desesperada en la que rogaba que se le concediera ayuda y consejo. De forma inconsciente, su marido acababa de revelarles que existía un mundo de intenciones y aspiraciones íntimas que reconocía como propias, pero que guardaba casi exclusivamente para sí.

Cuando se acercó a él y sintió el reconfortante roce de su mano,

comprobó que había vuelto a cerrar los ojos, en esta ocasión por sí mismo, y que su cabeza reposaba en calma sobre la almohada. Estiró suavemente las sábanas y, tapando con cuidado la luz de la vela con una mano, se quedó observándole durante unos minutos. En su rostro se dibujaba una sonrisa que transmitía una extrañísima sensación de paz.

Luego, apagó la vela, se arrodilló, y estuvo un rato rezando antes de volver a la cama. Pero no consiguió dormirse. Se pasó toda la noche despierta, pensando, haciéndose preguntas, rezando, hasta que por fin, cuando comenzó el coro matinal de los pájaros y los primeros rayos del amanecer

dieron en las verdes persianas, el agotamiento hizo que se rindiera al sueño.

Pero mientras dormía, el viento continuó bramando allá lejos, en el Bosque. Sonaba cada vez más cerca; a veces incluso demasiado cerca.

La partida de Sanderson hizo que la relevancia de aquellos extraños incidentes disminuyera considerablemente, pues el estado de ánimo que los había producido ya había pasado. Al poco tiempo, la señora Bittacy terminó por considerar que les había dado una importancia desproporcionada y que, en gran medida, todo había sido producto de su propia imaginación. No le sorprendió la rapidez con que se produjo aquel cambio, puesto que sucedió de una forma perfectamente natural. Por un

lado, su marido nunca habló del asunto, y por otro, ella misma recordó cuántas veces a lo largo de su vida había ocurrido que algo que en su momento le pareció extraño e inexplicable, finalmente había resultado ser del todo banal.

Como es natural, achacó a la presencia del artista y a sus descabelladas y sugerentes charlas la principal responsabilidad de lo sucedido. Con su anhelada partida, el mundo se volvió de nuevo un lugar normal y seguro. Las fiebres, aunque como de costumbre duraron poco tiempo, no permitieron a su marido levantarse para despedirse, y fue ella quien tuvo que transmitirle sus disculpas

y decirle adiós de su parte. El aspecto que tenía el Señor Sanderson por la mañana no podía ser más normal. Con su sombrero de hombre de ciudad y sus guantes —así vestía cuando ella le vio partir— parecía un ser dócil y totalmente inofensivo.

«¡Al fin y al cabo —pensó, mientras le observaba alejarse en un carro tirado por dos ponis—, no es más que un artista!» Su exigua imaginación no se aventuró a desvelar qué otra cosa había pensado que pudiera ser. El cambio que se había producido en sus sentimientos era muy saludable y reconfortante. Se sentía un poco avergonzada de su comportamiento anterior. Cuando él se agachó para

besarle la mano, le dirigió una sonrisa —sincera, pues sincero era el alivio que sentía— pero no hizo mención alguna a la posibilidad de una segunda visita, y para su tranquilidad y satisfacción, su marido tampoco había dicho nada al respecto.

Aquella pequeña familia volvió a caer en la soñolienta y cotidiana rutina a la que estaba acostumbrada. El nombre de Arthur Sanderson apenas salía a relucir. Por su parte, ella tampoco mencionó a su marido el incidente de su sonambulismo ni las insensateces que había dicho en aquella ocasión. Pero olvidar era igualmente imposible. Lo ocurrido era el misterioso síntoma de algo que permanecía sepultado en lo

más hondo de su ser, como el foco de una enfermedad que tan sólo esperaba una oportunidad para propagarse. Todas las mañanas y todas las noches rezaba para que no fuera así; para que pudiera llegar a olvidarlo; para que Dios librara a su marido de todo mal.

A pesar de aquella insensatez aparente, que muchas personas tomarían quizá por un signo de debilidad de carácter, la señora Bittacy era en realidad una persona equilibrada, sensata e imbuida de una fe sincera y profunda. Valía mucho más de lo que ella pensaba. Para ella, el amor que sentía por su marido y el que sentía por Dios, venían a ser la misma cosa, y eso es algo que sólo está al alcance de un

alma verdaderamente noble.

Cuando finalmente llegó el verano lo hizo lleno de belleza y violencia. De belleza, porque las lluvias nocturnas refrescaban la atmósfera, prolongaban el esplendor de la primavera y lo extendían a lo largo del mes de julio, manteniendo el verdor y la juventud del follaje; y de violencia, porque los vientos que azotaban el sur de Inglaterra afectaban también al resto del país y lo lanzaban a una danza frenética. Zarandeaban los bosques de una forma impresionante y los tenían bramando sin parar con una voz grandiosa. Sus notas más graves nunca abandonaban el cielo. Cantaban y gritaban, mientras las hojas arrancadas pasaban volando a toda velocidad,

mucho antes de que hubiera llegado su hora. Fueron muchos los árboles que, tras varios días de bramidos y danzas, se desplomaron exhaustos contra el suelo. Dos ramas del cedro del jardín cayeron en días sucesivos y justo a la misma hora... antes del ocaso. Era entonces cuando el viento soplaba con más fuerza, para no amainar hasta que salía el sol. Sus enormes ramas, como un par de oscuros despojos, cubrían la mitad del jardín. Estaban tendidas transversalmente, apuntando en dirección a la casa. Habían dejado un horrible vacío en el árbol, hasta tal punto que el cedro del Líbano parecía inacabado, casi destruido; una especie de monstruo al que se le hubiera

arrebatado su antigua gallardía y magnificencia. La parte del Bosque que se podía ver ahora era mucho mayor, y a través de aquella brecha abierta en las defensas, parecía asomarse para echar un vistazo. Desde las ventanas de la casa —sobre todo desde las del salón y el dormitorio— se tenía ahora una vista directa de los claros y las espesuras que se extendían a lo lejos.

La sobrina y el sobrino de la señora Bittacy, que se encontraban entonces pasando unos días con ellos, se divirtieron de lo lindo ayudando a los jardineros a retirar los restos del árbol. Emplearon dos días en hacerlo, porque el señor Bittacy insistió en que se retiraran las ramas enteras. No permitió

que las cortaran, y tampoco consintió que se usaran para hacer leña. Bajo su supervisión, aquellas pesadas moles fueron arrastradas hasta el extremo del jardín y colocadas en la línea fronteriza que le separaba del Bosque. A los niños aquella idea les pareció estupenda y se sumaron a ella con entusiasmo. Había que asegurar a toda costa una defensa contra el avance del Bosque. Se habían dado cuenta de que su tío se lo tomaba todo muy en serio y percibieron, además, que debía tener algún motivo oculto; de ese modo, una visita que por lo general no solía hacerles mucha gracia, se convirtió en el gran acontecimiento de las vacaciones. En esta ocasión fue tía Sofía la que les

pareció una aburrida y una mandona.

—Se ha convertido en una vieja maniática —manifestó Stephen.

Pero Alice, que había advertido en aquel disgusto sordo de su tía algo que le resultaba un poco alarmante, dijo:

—Creo que tiene miedo de los bosques. ¿Te has fijado? Nunca nos acompaña cuando vamos al bosque.

—Razón de más para que hagamos que este muro sea inexp... muy gordo, y muy grueso, y muy sólido —concluyó él, incapaz de pronunciar aquella palabra tan larga—. Entonces nada —absolutamente nada— podrá atravesarlo. ¿Verdad que no, tío David?

Y el señor Bittacy, que se había desprendido de la chaquetaytrabajaba

con el chaleco moteado puesto, se acercó resoplando en su ayuda, y se puso a colocar aquella inmensa rama del cedro a modo de seto.

—Venga —dijo—, ya sabéis que esto tiene que estar terminado antes de que se haga de noche sea como sea. El viento ya ha empezado a bramar allá lejos en el Bosque.

Y Alice, haciéndose eco de la frase de su tío, añadió en voz baja:

—Stevie, date prisa, no seas vago. ¿No has oído lo que ha dicho el tío David? ¡Va avenir y nos atraparé antes de que hallamos terminado!

Trabajaban como mulas, y entretanto, sentada bajo la mata de glicina que trepaba por el muro sur de la

casita del jardinero, la señora Bittacy, labor en mano, les observaba y, de vez en cuando, les hacía pequeñas advertencias y les daba consejos. Consejos de los que, naturalmente, hacían caso omiso. Aunque lo más probable es que ni tan siquiera los oyeran, pues aquella cuadrilla de trabajadores estaba totalmente enfrascada en su tarea. A su marido le advertía que no sudara, a Alice que no se rompiera el vestido, a Stephen que no forzara la espalda al tirar. Su mente fluctuaba entre el botiquín homeopático que tenía en el piso de arriba y la ansiedad por ver acabada cuanto antes aquella obra.

La caída de las ramas del cedro

había hecho que sus preocupaciones volvieran a despertar de su letargo. El recuerdo de la visita del señor Sanderson, que llevaba bastante tiempo hundido en el olvido, volvía a cobrar vida. De nuevo le venía a la memoria la extraña y detestable forma de hablar que tenía aquel hombre, y muchas cosas que confiaba no tener que volver a recordar asomaban ahora a su cabeza desde esa región del subconsciente donde nada se olvida. Aquellas cabezas la miraban y asentían. Seguían estando bien vivas; no parecían dispuestas a que se las dejara a un lado y se las enterrara para siempre. «¡Escucha! —susurraban— ¿Acaso no te lo habíamos advertido?» Simplemente habían estado esperando a que llegara el

momento de reafirmar su presencia. Aquella vaga angustia que antes sintiera volvió a apoderarse de ella. La ansiedad y el desasosiego regresaron. El espantoso abatimiento también.

Aunque el incidente de la mutilación del cedro carecía de importancia, la actitud que había adoptado su marido parecía dotarlo de una enorme transcendencia. No es que hubiera dicho, hecho o dejado de hacer nada en concreto que la hubiera asustado, pero aquel aire de gravedad que irradiaba le parecía totalmente injustificado. Daba la sensación de que, para él, aquello era algo muy importante. Se le veía preocupado. Ese interés y ese desasosiego, de los cuales

no había visto ni percibido nada a lo largo de todo el verano, hacía que ahora se diera cuenta de que se los había estado ocultando intencionadamente; los había mantenido en secreto a propósito. En lo más hondo de su ser circulaba una corriente de pensamientos, de deseos y de esperanzas muy distintos a los que mostraba hacia fuera. ¿Cuáles eran? ¿A dónde le conducían? El accidente que había sufrido el árbol ponía todo aquello de manifiesto de una forma muy desagradable y, seguramente, mucho más de lo que él mismo se daba cuenta.

Se quedó mirando el rostro serio y grave de su marido mientras trabajaba en aquel lugar con los niños, y cuanto más le observaba, más se iba asustando.

Le irritaba que los niños trabajaran con tanto ahínco. De manera inconsciente le estaban apoyando. Ni se atrevía a ponerle un nombre a su miedo. Pero allí estaba, esperando.

Por otra parte, en la medida en que su confusión mental le permitía hacer frente a unos temores tan vagos e incoherentes, lo cierto es que la caída de las ramas del cedro contribuía a hacer que los sintiera más próximos. El hecho de que tuviera conciencia de ellos, a pesar de lo incomprensibles e informes que eran, y de que los sintiera vivos y activos aunque estuvieran fuera de su alcance, la llenaba de un asombro en el que se mezclaban la confusión y el espanto. Su presencia era real, su fuerza

arrebatadora, su ocultación parcial abominable. Entonces, de entre las brumas de su mente, rescató una idea y vio como se destacaba nítidamente ante su ojos. Le costaba trabajo expresarla en palabras, pero su significado venía a ser el siguiente: aquel cedro era una presencia amiga; su caída presagiaba algún desastre; a raíz de ello una especie de influencia protectora que rodeaba a la casa, y especialmente a su marido, se había debilitado.

—¿Por qué te asustan tanto los vientos fuertes? —le había preguntado él varias veces hacía unos días, cuando el viento soplaba con especial violencia. A ella misma le sorprendió su respuesta mientras la decía. Una de

aquellas cabezas se asomó de forma inconsciente, y dejó escapar la verdad:

—David... porque me producen la sensación de que... traen con ellos el Bosque —balbució—. Arrastran consigo algo que hay en los árboles... y lo introducen en nuestras mentes... en nuestra casa.

Durante un instante se le quedó mirando fijamente.

—Será por eso que los amo —respondió—. Esparcen las almas de los árboles por el cielo como si fueran nubes.

Ahí se acabó la conversación. Nunca antes le había oído hablar así.

En otra ocasión, cuando trató de convencerla para que le acompañara a

uno de los claros más próximos, ella le preguntó por qué se llevaba el hacha pequeña, y para qué la quería.

—Para cortar la hiedra que se agarra a los troncos y les va quitando vida —dijo.

—¿Pero eso no es tarea de los guardabosques? Para eso se les paga, ¿no?

Él le respondió explicándole que la hiedra era un parásito, que los árboles no sabían cómo combatirla por sí mismos, y que los guardabosques eran descuidados y no hacían las cosas a conciencia. Daban un tajo aquí y otro allá, dejando que fuera el árbol el que se ocupara del resto, si es que podía.

—Además, me gusta hacer cosas

por ellos. Me encanta ayudarlos y protegerlos —añadió; sus palabras fluían envueltas por el murmullo del follaje mientras paseaban.

Aquellos comentarios dispersos, unidos a su actitud hacia el cedro roto, revelaban ese cambio extraño y sutil que se estaba operando en su personalidad. De forma lenta, pero imparable, había ido creciendo a lo largo de todo el verano.

Estaba creciendo —y de sólo pensarlo se sobrecogía— exactamente igual que un árbol. Aunque la evidencia externa que se apreciaba día a día era tan ligera que pasaba casi desapercibida, aquella marea creciente era profunda e irresistible. La alteración

se extendía por todo su ser y se manifestaba tanto en su mente como en sus actos; a veces incluso en su rostro. En ocasiones podía llegar a ser algo tan patente que la asustaba. Era como si la vida de su marido se estuviera ligando estrechamente a la de los árboles y a todo lo que los árboles significaban. Cada vez coincidían más sus intereses y los de ellos, su actividad cada vez estaba más relacionada con la de ellos, sus pensamientos y sus sentimientos se parecían más a los de ellos, y lo mismo ocurría con sus objetivos, sus esperanzas, sus deseos, su destino...

¡Su destino! Al pensarlo, la sombra de un terror inmenso e indefinido se proyectó sobre ella. Algún instinto

profundo de su corazón, al que temía infinitamente más que a la muerte —que, al fin y al cabo, no era para el alma más que una dulce traslación— hacía que, de forma gradual, pensar en su marido quedara asociado con pensar en árboles, sobre todo con los árboles de aquel Bosque. A veces, antes que pudiera afrontarlo, quitárselo de la cabeza o conjurarlo con alguna oración, descubría que al pensar en su marido la idea del Bosque le venía inmediatamente a la cabeza; los dos estaban íntimamente ligados y unidos, cada uno de ellos era parte y complemento del otro, formaban un único ser.

Aquella idea era demasiado difusa para poder contemplarla cara a cara.

Hasta la mera posibilidad de intentarlo se esfumaba en el momento en que trataba de concentrarse en ella para desentrañar cuál fuera su verdad. Era demasiado esquivada, demasiado descabellada y proteica. Bastaba con someterla a un minuto de atención para que su propio significado se desvaneciera, se volatilizara. En realidad, por más que se esforzara no podía encontrar palabras con que expresarla; quedaba fuera del alcance de cualquier pensamiento concreto. A su mente le era imposible asimilarla. Mientras se desvanecía, el rastro que había dejado al aproximarse primero y desaparecer después, parpadeaba durante unos instantes ante su trémula

mirada. El horror, ciertamente, permanecía.

Reducidos a la sencillez de una formulación en los términos humanos a los que ella, por su propio temperamento, tendía de forma instintiva, sus temores podrían expresarse de la siguiente manera: su marido la amaba, pero también amaba a los árboles; ahora bien, los árboles estaban en primer lugar, tenían acceso a unas partes de él que ella desconocía. Si ella amaba a Dios y a su marido, él amaba a los árboles primero y después a ella.

Era así, bajo la apariencia de un acuerdo frágil y angustioso, cuyas condiciones resultaban particularmente

conflictivas, como su mente perpleja se planteaba la cuestión. Se estaba librando una batalla sorda y oculta que, por el momento, se encontraba todavía lejos. La desmembración del cedro no era sino un episodio externo y visible de un combate, distante y misterioso, que, día a día, se iba acercando más a ellos. Ahora el viento, en lugar de bramar allá lejos, en el Bosque, se aproximaba; sus ráfagas intermitentes retumbaban ya en todos los límites y fronteras.

El verano, entre tanto, languidecía. Cruzaba ya los bosques el suspiro de los vientos otoñales; el color rojizo de las hojas empezaba a adquirir tonos dorados y el anochecer se adelantaba con su acogedor cortejo de sombras,

cuando hizo su aparición el primer signo de algo verdaderamente alarmante. Lo que ocurrió entonces se manifestó con una violencia áspera y tajante que indicaba que llevaba mucho tiempo madurando. No fue algo impulsivo o poco meditado. En cierto modo era previsible, incluso inevitable. Faltaban sólo quince días para que, siguiendo su costumbre anual, se mudaran a Seillans, un pueblecito junto a St. Raphael —algo tan habitual en los últimos diez años que ni siquiera merecía comentario alguno entre ellos— cuando, de pronto, el señor Bittacy se negó a ir.

Tras poner la mesa para el té, Thompson había colocado el quemador bajo su urna, bajado las persianas con la

agilidad y el silencio que la caracterizaban y, finalmente, había salido de la habitación. Las lámparas estaban todavía sin encender. El resplandor del fuego del hogar se reflejaba en los sillones de zaraza y Boxer dormía tumbado en la negra alfombra de crin. En las paredes, los marcos dorados de los cuadros brillaban débilmente, mientras que los lienzos quedaban en penumbra. La señora Bittacy había calentado ya la tetera y se disponía a echar agua en las tazas para calentarlas, cuando su marido, alzando la vista desde su silla y mirando hacia el otro extremo de la chimenea, dio a conocer bruscamente su decisión.

—Querida, de veras, es

absolutamente imposible que vaya. — dijo, como si hubiera seguido un razonamiento del cual a ella sólo le llegaba la última frase.

Fue algo tan brusco y tan incoherente que en un primer momento lo interpretó de forma errónea. Creyó que hablaba de ir al jardín o a los bosques. En cualquier caso, al oírlo, le dio un vuelco el corazón. El tono de su voz no hacía presagiar nada bueno.

—Claro que no —respondió— no sería nada sensato. ¿Por qué ibas a tener que...? —pensaba en la neblina que siempre se extendía por el jardín en las noches de otoño; pero antes de que hubiera acabado la frase ya sabía que él hablaba de algo distinto. Y entonces, por

segunda vez, el corazón le dio un vuelco terrible.

—¡David! ¿No te referirás a ir al extranjero? —dijo con un grito ahogado.

—Sí, querida, a eso me refiero.

Esa forma de hablar le recordaba al tono que solía emplear hace años cuando se despedía antes de una de esas expediciones a la jungla que ella tanto temía. En aquellas ocasiones su voz siempre sonaba así de resuelta, así de seria. Con idéntica resolución y seriedad sonaba ahora. Durante un rato no se le ocurrió qué decir. Se entretuvo jugueteando con la tetera. Llenó una taza con agua caliente hasta que rebosó, y luego la vació lentamente en el cuenco de los posos, poniendo el máximo

empeño en que él no se diera cuenta del temblor de su mano. La luz de la chimenea y la penumbra de la habitación le ayudaron a conseguirlo. Pero, de todos modos, él difícilmente lo habría advertido. Sus pensamientos se encontraban muy lejos...

La casa en la que vivían nunca había sido del agrado de la señora Bittacy. Prefería un campo más llano y abierto, en el que todas las vías de acceso estuvieran bien a la vista. Le gustaba ver qué era lo que se acercaba. Aquella casa de campo, situada justo en el lindero de los antiguos terrenos de caza de Guillermo el Conquistador, nunca se había ajustado a su idea de lo que es un lugar agradable y seguro en el que vivir. Algún lugar en la costa, con unas colinas peladas a la espalda y un horizonte despejado enfrente, como

Eastbourne por ejemplo, era su ideal de lo que debe ser un hogar como Dios manda.

Aquella aversión instintiva que tenía a sentirse rodeada, sobre todo de árboles, era algo extraño, casi una especie de claustrofobia; y, como ya se ha señalado, seguramente se remontaba a los días pasados en la India, cuando los árboles le arrebataban a su marido rodeándole de peligros. En aquellas semanas de soledad había ido madurando ese sentimiento, y aunque había intentado hacerlo frente a su manera, no lo había conseguido.

Cuando ya lo creía dominado, siempre se las arreglaba para metérsele otra vez dentro bajo una nueva

aparición. En este caso concreto, al haber cedido al intenso deseo que había manifestado su marido con respecto a la casa, creía haber ganado la batalla, pero el terror de los árboles regresó antes de que hubiera pasado un mes. Los árboles se reían de ella en su misma cara.

Siempre tenía presente que su casa estaba rodeada por una formidable muralla formada por centenares de leguas de bosque; una presencia, multitudinaria y vigilante, que permanecía a la escucha y les cerraba todas las salidas que permitían escapar hacia la libertad. Al no ser una persona de inclinaciones morbosas, hacía todo lo posible por desterrar tales pensamientos, y dado lo sencilla y lo

poco artificial que era su mente, conseguía borrarlos de su cabeza durante varias semanas seguidas. Pero, de pronto, volvía a asaltarla con una ráfaga de una realidad desoladora. Por otra parte, no era algo que existiera exclusivamente en su pensamiento o que dependiera de cuál fuera su estado de ánimo; aquel miedo tenía vida propia, iba y venía, pero cuando se marchaba... lo hacía tan sólo para observarla desde otro ángulo. Se mantenía al acecho... esperándola a la vuelta de la esquina.

El Bosque nunca llegaba a dejarla en paz del todo. Siempre estaba dispuesto a meterse en su terreno. A veces se lo imaginaba alargando todas sus ramas en una misma dirección, hacia

su pequeña casa y su minúsculo jardín, como si quisiera arrastrarlos y fundirlos consigo. Al grandioso espíritu que alentaba en el corazón del Bosque le molestaba la presencia de aquel jardín tan coqueto justo a sus puertas, le parecía una ofensa, una insolencia, una provocación. Si podía lo absorbería y lo asfixiaría. Los atronadores mensajes que proclamaban los vientos a través de la inmensa caja de resonancia que formaban un millón de árboles en movimiento, comunicaban ese mismo propósito. Aquel poderoso espíritu estaba molesto. Su bramido, profundo e incesante, expresaba el sentir de su corazón.

Todas estas cosas nunca las llegaba

a expresar en palabras; las sutilezas del lenguaje no estaban a su alcance. Pero, instintivamente, las sentía; y más que sentir las, le turbaban profundamente. Sobre todo a causa de su marido. De haber sido algo que tan sólo le afectara a ella, tal pesadilla le hubiera dejado indiferente. Era aquel extraño interés que David tenía por los árboles lo que la provocaba.

Finalmente, los celos, en su aspecto más sutil, vinieron a fortalecer la repugnancia y la animadversión que le producían los árboles, pues se presentaron de una manera a la que ninguna esposa sensata habría podido poner objeción alguna. La pasión de su marido, pensaba, era algo natural e

innato en él. Había determinado su vocación, alimentado su ambición y nutrido sus sueños, sus deseos y sus esperanzas. Los mejores años de su vida los había dedicado al cuidado y la vigilancia de los árboles. Los conocía, sabía los secretos de su vida y de su naturaleza, era capaz de «manejarlos» intuitivamente, igual que otras personas «manejan» a un perro o un caballo. No podía vivir alejado de ellos durante mucho tiempo sin sentir una extraña e intensa nostalgia que le robaba la tranquilidad de espíritu y la fortaleza física. Un bosque le hacía sentirse feliz y en paz; le cuidaba, le nutría, le tranquilizaba. Los árboles incidían en las mismas fuentes de su vida, frenaban

o aceleraban el propio latir de su corazón. Separado de ellos languidecía, como languidece tierra adentro quien ama el mar o se consume el montañero en la plana monotonía de las llanuras.

Aquello era algo que hasta cierto punto llegaba a entender y con lo que podía mostrarse indulgente. Se había plegado sin quejarse, dulcemente incluso, a la elección que había hecho su marido de su hogar en Inglaterra, a pesar de que, en la pequeña isla, no hay ningún lugar que evoque tanto las selvas de las tierras vírgenes como el Nuevo Bosque. Posee esa atmósfera y ese misterio genuinos, la profundidad y el esplendor, la soledad y, aquí y allá, el carácter fuerte e indómito de los bosques

antiguos que Bittacy había conocido cuando trabajaba para el Departamento Forestal.

Tan sólo en una cuestión se había plegado él a sus deseos. Accedió a que la casa estuviera en el lindero y no en el corazón del Bosque. Ya llevaban más de diez años viviendo felices y en paz al borde de aquella extensa masa que cubría cientos de leguas con una maraña de ciénagas, páramos y ancianos y majestuosos árboles.

Sólo durante los dos últimos años, poco más o menos —debido quizá al natural envejecimiento y al consiguiente declive físico— se había producido un significativo aumento de su apasionado interés por el bienestar del Bosque.

Ella, que lo había visto crecer, al principio se lo había tomado a risa, después se había mostrado comprensiva —en la medida en que su sinceridad se lo permitía— más tarde había discutido levemente y, por fin, se había dado cuenta de que aquel tema la desbordaba y había terminado por cogerle un miedo atroz.

Como es natural, cada uno de ellos veía las seis semanas que todos los años pasaban lejos de su casa inglesa de muy distinta manera. Para su marido significaba un doloroso exilio que no hacía ningún bien a su salud; echaba de menos sus árboles... su visión, su sonido, su aroma; pero para ella significaba liberarse de un terror

obsesionante... escapar. Renunciar a las seis semanas en la resplandeciente y soleada costa francesa, era algo que aquella mujer, a pesar de su generosidad, no quería ni plantearse.

Tras la sorpresa inicial que le produjo aquella decisión, se puso a reflexionar con toda la profundidad que le permitía su naturaleza: rezó, lloró en secreto... y tomó una determinación. Se daba perfecta cuenta de que la voz del deber la orientaba hacia la renuncia. La penitencia sin duda sería muy severa — ¡por el momento no quería ni imaginarse lo severa que podría llegar a ser!— pero aquella cristiana auténtica y consecuente tenía las cosas muy claras; aceptó, sin proferir suspiros de mártir,

aunque al hacerlo demostrara un coraje digno de una verdadera mártir. Su marido no tenía que descubrir jamás el precio que había pagado por ello. Quitando aquella pasión, la generosidad de su marido era siempre tan grande como la suya. El amor que ella le había profesado durante todos estos años, como el amor que profesaba a su deidad antropomorfa, era profundo y verdadero. Siempre estaba dispuesta a sufrir por cualquiera de los dos. Además, su marido había planteado las cosas de una forma muy singular. No parecía tratarse de una mera preferencia egoísta. Desde un principio daba la impresión de que lo que estaba en juego era algo mucho más serio que un mero conflicto entre dos

voluntades que trataban de encontrar una solución de compromiso.

—Tengo la sensación, Sofía, de que no sería capaz de soportarlo —dijo lentamente mientras lanzaba una mirada al fuego por encima de la punta de sus botas embarradas—. Mi deber y mi felicidad están aquí, con el Bosque y contigo. Mi vida está profundamente enraizada en este lugar. Hay algo, no sabría cómo definirlo, que conecta mi ser interior a estos árboles, y la separación me haría enfermar... podría incluso matarme. Mi apego a la vida se debilitaría; mi fuente de energía está aquí. No sabría explicarlo mejor. —La miraba fijamente a la cara desde el otro extremo de la mesa, de tal modo que ella

podía ver la gravedad de su expresión y el brillo que desprendían aquellos ojos que tenía clavados en los suyos.

—¿David, así de fuerte lo sientes?
—inquirió. Se había olvidado por completo de ocuparse de las cosas del té.

—Sí —respondió— así lo siento. Y no es algo meramente físico. También lo siente mi alma.

Como si se tratara de una presencia física, la realidad que se insinuaba tras sus palabras se introdujo en la habitación en penumbra y se colocó a su lado. Aunque no había entrado por los paneles de cristal de la puerta, había ocupado todo el espacio que se extendía entre las paredes y el techo. El calor del

fuego que tenía delante de ella desapareció al instante. De pronto tuvo frío y se sintió un poco confusa y asustada. Casi le parecía oír el rumor de las hojas mecidas por el viento. Aquel ser estaba allí, entre ellos dos.

—Creo que hay cosas... ciertas cosas... —dijo con voz entrecortada— que no nos está permitido conocer. —En aquellas palabras se resumía su actitud general ante la vida y no simplemente en lo que hacía a este incidente en particular.

Tras varios minutos de silencio, su marido, pasando por alto aquella crítica, como si no la hubiera oído, le respondió con voz grave:

—Verás, no puedo explicarlo

mejor. Pero sé que existe un vínculo profundo y formidable... hay una fuerza secreta que emana de ellos que hace que me sienta bien, feliz... y vivo. Si no puedes comprenderlo, confío en que al menos sabrás... perdonarme. —Su tono se volvió tierno, dulce, suave—. Soy consciente de que mi egoísmo no tiene disculpa posible. Pero es algo que, por alguna razón, no puedo evitar; estos árboles y este anciano Bosque parecen estar entrelazados con todo lo que me hace vivir, y si me fuera...

En su voz se apreciaba un ligero abatimiento. Se calló bruscamente y se recostó en la silla. Su esposa, con un nudo en la garganta que apenas podía controlar, se acercó hasta él y le rodeó

con sus brazos.

—Querido, Dios nos guiará. Aceptaremos su consejo. Siempre nos ha mostrado cuál era el camino que debíamos seguir —le susurró.

—Me duele ser tan egoísta... — empezó a decir él, pero su esposa no le dejó continuar.

—David, Él nos guiará. Nada te hará daño. Jamás has sido egoísta, y no puedo soportar oírte decir esas cosas. Se nos mostrará el camino que sea mejor para ti... para los dos —le besó; no quería dejarle hablar; se le encogía el corazón. La compasión que sentía por él era mucho mayor que la que sentía por sí misma.

Luego él le sugirió que se fuera ella

sola a la casa de campo de su hermano, aunque fuera por menos tiempo, para así estar con los niños, Alice y Stephen. Como ella bien sabía, allí siempre era bien recibida.

—Necesitas un cambio, lo necesitas tanto como yo lo temo —le dijo, una vez que la doncella salió tras encender las lámparas—. Ya me las arreglaré hasta que regreses, además, así no me sentiré tan culpable. Quiero demasiado a este Bosque como para abandonarlo. Querida Sofia, creo incluso que... —se incorporó en la silla, la miró, y acabó la frase casi en un susurro— nunca podré volver a abandonarlo. Mi vida y mi felicidad se encuentran aquí.

Aunque ni por un momento se le pasó por la cabeza la idea de dejarle solo, rodeado de aquel Bosque que entonces podría ejercer sin trabas su influencia sobre él, al oírle decir aquello, no pudo evitar sentir una aguda y ceñida punzada de esos sutiles celos que le atormentaban. Amaba al Bosque más que a ella, lo ponía en primer lugar. Además, tras aquellas palabras se ocultaba esa idea que nunca se atrevía a formular y que tanto le inquietaba. El terror que Sanderson había traído consigo revivió y batió sus alas delante de sus propios ojos. Del conjunto de la conversación —de la que este diálogo no era sino un fragmento— se derivaba una consecuencia infame: del mismo

modo que él no podía prescindir de los árboles, tampoco ellos podían prescindir de él. La manera tan vívida que tenía su marido de ocultar y hacer patente a la vez aquel hecho, la llenaba de un profundo desasosiego que, traspasando la frontera entre el presentimiento y la advertencia, se adentraba de lleno en el terreno de la auténtica alarma.

Él se daba perfecta cuenta de que los árboles, aquellos árboles que había cuidado, protegido, vigilado y amado, le echarían de menos.

—David, me quedaré aquí, contigo. Creo que me necesitas, ¿verdad? —aquellas palabras le salieron de lo más hondo del corazón, teñidas de ansiedad

y con una nota de sentida pasión.

—Ahora más que nunca, querida. Dios te bendiga por tu dulce generosidad. Tu sacrificio —añadió— lo es aún más porque no entiendes la razón por la que tengo que quedarme.

—¿Tal vez por primavera...? — dijo con voz trémula.

—Por primavera... tal vez —le respondió suavemente, casi en un suspiro—. Entonces no me necesitarán. A todo el mundo le gustan en primavera. Es en invierno cuando se sienten solos y abandonados. Precisamente ése es el momento en que más me gusta estar con ellos. Para mí es casi un deber, una verdadera obligación.

De este modo, sin mediar más

palabras, la decisión quedó tomada. La señora Bittacy, por lo menos, no hizo más preguntas. Sin embargo, tampoco consiguió forzarse a sí misma a demostrar más comprensión de la necesaria. Creía que hacerlo podía conducir a que él se explayara con más libertad y le contara cosas de las que no quería ni oír hablar. Y ése era un riesgo que no se atrevía a correr.

Aquella conversación tuvo lugar a finales de verano y, muy poco después, entró por fin el otoño. En realidad, dicha conversación marcó el umbral entre las dos estaciones, y al mismo tiempo, trazó la línea divisoria que señaló el cambio de su marido, que de una actitud pasiva pasó a otra desafiante. La señora Bittacy casi llegó a pensar que había hecho mal en ceder; su marido se envalentonó y dejó a un lado toda ocultación. Ahora marchaba al Bosque abiertamente, olvidando todas sus obligaciones y todas sus ocupaciones anteriores.

Incluso trataba de persuadirla de que le acompañara. Lo que hasta entonces había permanecido oculto resplandecía ahora sin ningún disimulo. La energía que desplegaba su marido le daba escalofríos, y no obstante, tampoco podía dejar de sentir admiración por aquel derroche de apasionamiento viril. Hacía tiempo que los celos, relegados a un segundo lugar, habían dado paso al miedo; su deseo ahora era, ante todo, protegerle. La esposa se había convertido completamente en madre.

Aunque no solía hablar mucho... estaba claro que odiaba tener que volver a la casa. Se pasaba de la mañana a la noche vagando por el Bosque; a menudo salía incluso después de cenar. Los

árboles acaparaban todos sus pensamientos: su follaje, su crecimiento, su desarrollo; lo maravillosos, lo bellos y lo fuertes que eran; su soledad cuando crecían aislados y su poder cuando formaban grandes masas. Conocía el efecto que cada viento ejercía sobre ellos: el peligro del tempestuoso viento del norte; el esplendor que acompañaba al viento del oeste; la sequedad que traía el viento del este, y la suave y húmeda ternura que los vientos del sur dejaban en su ramaje cuando éste comenzaba a ralear. Se pasaba el día entero hablando de lo que sentían: cómo absorbían la luz del sol poniente, soñaban bajo el claro de luna o se estremecían al recibir el beso de las estrellas. El rocío podía

devolverles buena parte de su exaltación nocturna, pero la escarcha hacía que se hundieran bajo tierra con la esperanza de que en el futuro sus raíces volvieran a adquirir tersura. Hablaba de cómo protegían la vida a la que daban cobijo —los insectos, las larvas, las crisálidas—; y cuando los cielos descargaban trombas de agua sobre ellos, decía que se levantaban «inmóviles en un éxtasis de lluvia», y si los contemplaba al sol del mediodía, que «se erguían con elegancia sobre sus prodigiosas sombras».

En cierta ocasión, el sonido de la voz de su marido la había despertado en medio de la noche. No hablaba en sueños, estaba completamente despierto;

miraba hacia la ventana donde se proyectaba la sombra del cedro al mediodía, y decía:

*¡Ah!, ¿suspiras por el Líbano
siguiendo la larga brisa que fluye
hacia tu Oriente delicioso?
Suspiras por el Líbano,
oscuro cedro;*

y cuando, con una mezcla de fascinación y terror, se volvió hacia él y le llamó por su nombre, él se limitó a decir:

—Querida, me acabo de dar cuenta de lo solo y lo triste que se debe sentir ese árbol aquí, en nuestro pequeño jardín inglés, mientras todos sus hermanos del Oriente le llaman en

sueños.

Aquella respuesta le resultó tan extravagante, tan poco «evangélica», que se quedó esperando en silencio a que él se volviera a dormir. La poesía de aquellas palabras le dejó indiferente. Le parecía innecesaria y fuera de lugar. Los celos, el miedo y la desconfianza la atormentaban.

No obstante, sus temores parecieron quedar subsumidos y se disiparon en parte ante la admiración involuntaria que sentía por la arrebatadora magnificencia del estado en que se hallaba su marido. Cuando menos, su ansiedad pasó del terreno religioso al médico. Se le ocurrió que quizá comenzaba a sufrir un ligero

deterioro de sus facultades mentales. No hay forma de saber cuántas veces daba gracias en sus oraciones por la inspiración que había hecho que permaneciera a su lado para vigilarle y ayudarlo. Pero no cabe duda de que, por lo menos, lo hacía dos veces al día.

En cierta ocasión, cuando el señor Mortimer, el vicario, les hizo una visita en compañía de un doctor de cierto renombre, había llegado incluso a comentarle a aquel profesional algunos de los síntomas del extraño estado en que se encontraba su marido. Su respuesta en el sentido de que «no había nada que pudiera recetarle» no hizo sino contribuir a aumentar aquella terrible perplejidad que sentía. Sin duda nunca

antes sir James había sido consultado en unas circunstancias tan poco ortodoxas. Su sentido del decoro anuló de forma espontánea el instinto adquirido que le convertía en un instrumento cualificado para contribuir al bienestar del género humano.

—¿Está seguro de que no tiene fiebre? —insistía en preguntarle ella apresuradamente, decidida a sacar algo de aquel hombre.

—Señora, como ya le he dicho, no hay nada que yo pueda hacer —fue su respuesta.

Evidentemente no era de su agrado que se le invitara de forma encubierta a reconocer a un paciente mientras disfrutaba de una taza de té en el jardín,

sobre todo cuando la posibilidad de cobrar sus honorarios era más que problemática. Le gustaba ver la lengua y tomar el pulso, pero también conocer el abolengo y el estado de la cuenta corriente de quien le interpelaba. Aquello no sólo era algo insólito sino, además, de un gusto pésimo. Y sin duda lo era. Pero aquella mujer angustiada trataba de aferrarse desesperadamente a cualquier cosa que le diera alguna esperanza.

La actitud desafiante de su marido se había vuelto tan abrumadora que apenas se atrevía a preguntarle nada. No obstante, en la casa se mostraba en todo momento atento y cariñoso, y hacía todo lo que estaba en su mano para que su

sacrificio fuera lo más llevadero posible.

—David, de verdad, es una locura que salgas ahora. Hace una noche muy húmeda y fría. La tierra está empapada de rocío. Vas a agarrar una pulmonía doble.

El rostro de su marido se iluminó.

—¿Por qué no vienes conmigo, querida... aunque no sea más que una vez? Sólo voy hasta el recodo de los acebos para ver ese haya aislada que parece tan solitaria.

Durante las breves horas de la tarde habían salido a dar una vuelta juntos en la oscuridad y habían pasado al lado de aquel maligno grupo de acebos donde solían acampar los

gitanos. Ninguna otra planta crecía en ese lugar, tan sólo el acebo había conseguido arraigar en aquel terreno pedregoso.

—David, el haya se encuentra bien y está a salvo. —Había aprendido algo de su fraseología; el amor, aunque tardíamente, la había vuelto más espabilada—. Esta noche no hace viento.

—Pero se está levantando —respondió—. Se está levantando por el este. Lo he oído soplar entre las ramas desnudas de los hambrientos alerces. Necesitan sol y rocío; siempre gritan así cuando les da el viento del este.

Cuando la señora Bittacy oyó aquello se apresuró a dirigir una oración

a su divinidad. Ahora, siempre que él hablaba de la vida de los árboles con un tono tan familiar y tan íntimo, sentía como si una lámina de hielo se apretara contra su piel y su carne. Le temblaba todo el cuerpo. ¿Cómo era posible que él supiera aquellas cosas?

No obstante, en otros muchos aspectos —y particularmente en su trato cotidiano— se mostraba sensato y razonable; cariñoso, amable, tierno. Tan sólo daba muestras de un comportamiento desquiciado y extravagante en todo lo que guardaba relación con los árboles. Curiosamente, daba la impresión de que, desde que se produjo la desmembración del cedro — un árbol que, aunque de distinta manera,

ambos amaban— su comportamiento se había ido desviando cada vez más de la normalidad. ¿Por qué si no cuidaba de ellos como cuidaría un hombre a un niño enfermo? ¿Por qué alargaba sus estancias fuera, sobre todo a la hora del crepúsculo, para captar lo que él llamaba «su estado de ánimo nocturno»? ¿Por qué se preocupaba tanto por ellos cuando había amenaza de heladas o se levantaba el viento?

Una y otra vez se hacía la misma pregunta: ¿Cómo era posible que él supiera esas cosas?

Finalmente, su marido salió, y cuando ella fue a cerrar la puerta, oyó a lo lejos el bramido del Bosque...

Entonces otra pregunta le vino de

pronto a la cabeza: ¿Y cómo era posible que ella también las supiera?

Fue como un golpe súbito que impactara al mismo tiempo sobre su cuerpo, su corazón y su mente. El hallazgo se abalanzó sobre ella desde el lugar en donde estaba emboscado y la arrolló. Aquella verdad indiscutible hizo que se le embotaran todas sus facultades mentales. Pero aunque al principio la dejó aturdida, no tardó en reaccionar, y todo su ser se aprestó a oponer una resistencia feroz. Un valor desesperado y calculado a un tiempo, similar al que anima a los líderes de una espléndida causa perdida, inflamó a aquella pobre mujer de una fuerza grandiosa e invencible. Aunque se sabía

débil e insignificante, también sabía que la fuerza en que se apoyaba era capaz de mover montañas. Su inquebrantable fe era el arma que tenía en sus manos y, a la vez, el derecho por el cual reclamaba para sí dicha fuerza. Sin embargo, era ante todo aquel espíritu de sacrificio, desprendido y absoluto, que caracterizaba su vida, el medio que la permitía hacerla suya de forma inmediata. Guiada por una especie de intuición pura e inmaculada, marchaba al combate. Su Dios y su Biblia la respaldaban.

Que tuviera semejante revelación quizá sea motivo de asombro; sin embargo, es muy posible que la explicación resida, en parte, en la

propia simplicidad de su naturaleza. En todo caso, había ciertas cosas que podía ver con gran nitidez, aunque aquello le ocurriera tan sólo en momentos muy concretos: tras la oración, en medio de la quietud de la noche, o cuando se quedaba en la casa durante horas, a solas con su labor y sus pensamientos. Las orientaciones que recibía en esos momentos de inspiración se le quedaban grabadas aun cuando ya hubiera olvidado el modo en que se produjeron.

Aquellas revelaciones se presentaban sin forma y sin palabras. Le resultaba imposible traducirlas a cualquier tipo de lenguaje, pero por el mismo hecho de no quedar formuladas en frases, conservaban plenamente toda

su fuerza original.

Tras varias horas de paciente espera llegó la primera, y en días sucesivos, ya con más facilidad, de una en una fueron llegando gradualmente las demás. Su marido llevaba fuera desde primeras horas de la mañana y se había llevado consigo el almuerzo. Esperaba sentada junto a la bandeja del té, con las tazas y la tetera calientes, los panecillos reposando al lado de la chimenea para que no se enfriasen, y todo listo para el momento en que él regresara, cuando, de pronto, se dio cuenta de que aquello que le había hecho salir, aquello que un día tras otro le hacía pasar tantas horas fuera de la casa, aquello que se oponía a su pequeña voluntad y a sus instintos era

algo tan inmenso como el mar. No se trataba simplemente del encanto que podía tener cada árbol por separado, sino de algo masivo y descomunal. En torno a ella se alzaba hacia el cielo, a una escala gigantesca y con un poderío absolutamente prodigioso, la colosal muralla que simbolizaba su frontal antagonismo. Lo que hasta entonces le había parecido un conjunto de formas verdes y frágiles que se balanceaban y susurraban mecidas por el viento, no era —por así decirlo— más que la espuma que emerge de pronto en la distancia al borde de un abismo insondable. Los árboles, en efecto, eran los centinelas apostados en los límites de un campamento que permanecía oculto. El

espantoso rumor y el murmullo del lejano núcleo principal penetraba en aquella habitación en calma y se fundía con el crepitar del fuego de la chimenea y con el silbido del calentador de agua. Allá fuera, en las lejanas profundidades del Bosque, en su mismo centro, aquella cosa que bramaba sin parar parecía estar creciendo de una forma espantosa.

Y con aquel sonido llegaba también la sensación de que la batalla que se avecinaba —la batalla entre ella y el Bosque por el alma de su marido— sería la decisiva. Aquel presentimiento era tan palpable que no le hubiera extrañado en absoluto que Thompson entrara en la habitación para informarla, con toda tranquilidad, que la casa estaba

sitiada: «Disculpe señora, los árboles rodean toda la casa». Y su respuesta bien pudiera haber sido: «No pasa nada, Thompson. El grueso del ejército aún se encuentra lejos».

A esa primera certeza le siguió inmediatamente otra, cuya autenticidad le resultó tan incontestable que le produjo verdadero espanto. Se daba cuenta de que los celos no afectaban exclusivamente al mundo de los humanos y de los animales, sino que se extendían a la creación entera: el Reino Vegetal también los experimentaba, la llamada «naturaleza inanimada» los compartía con el resto de los seres, los árboles también los sentían. Aquel Bosque que podía ver desde la ventana,

erguido en el silencio del atardecer otoñal al otro extremo del jardín, también parecía entenderlo así. El flujo del deseo de ese poder implacable e infinitamente ramificado, cuyo objetivo era poseer él solo aquello que amaba y necesitaba, se expandía a través de sus millones de hojas, de tallos y de raíces. En los seres humanos, por supuesto, se trataba de un deseo consciente, y en los animales actuaba con la inmediatez de un instinto; pero en los árboles los celos se manifestaban mediante una especie de marea ciega de una ira impersonal e inconsciente, capaz de barrer toda resistencia que le saliera al paso como el viento barre la nieve en polvo de una superficie helada. Formaban una legión

cuyo número se veía constantemente incrementado con nuevos refuerzos, y una vez que se habían dado cuenta de que su pasión era correspondida, su poder ya no dejaba de aumentar. Su marido amaba los árboles... Ellos se habían enterado... Y terminarían por arrebatárselo... Porque también ellos le amaban.

Entonces, mientras los pasos que venían del recibidor y el sonido de la puerta de entrada al cerrarse le informaban del regreso de su marido, vio una tercera cosa con toda claridad: se dio cuenta del abismo que se estaba abriendo entre los dos. Aquel otro amor era el causante. Durante todas aquellas semanas de verano en que se había

sentido tan unida a él —especialmente tras realizar el mayor sacrificio de su vida quedándose a su lado para ayudarlo —, su marido, lenta pero firmemente, había ido alejándose de ella. Ahora ese distanciamiento era ya un hecho consumado. Había ido madurando durante todo ese tiempo hasta abrir una profunda sima entre los dos. A través del vacío que los separaba, la perspectiva que se tenía de dicho cambio era particularmente cruel. Al otro lado, la imagen de su cara y de su figura, que con tanta ternura había querido e idolatrado antes, se veía lejana, borrosa, pequeña; le daba la espalda, y mientras ella le observaba, se iba alejando... se alejaba de ella.

Tomaron el té en silencio. No quiso hacerle preguntas y él, por su parte, tampoco le contó nada sobre cómo había pasado el día. Sentía que el corazón se le encogía y que la terrible soledad de la vejez se iba esparciendo por su ánimo como una neblina gélida. Le observaba con atención, mientras trataba de atenderle en todo lo que necesitaba. Tenía el pelo revuelto y las botas estaban cubiertas de una gruesa y negra capa de barro seco. Al fijarse en sus movimientos, nerviosos y oscilantes, sus mejillas palidecieron y un espantoso escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Le evocaba el movimiento de los árboles. Los ojos de su marido fulguraban.

Traía encima un olor a tierra y a

bosque que casi la asfixiaba, obligándola a hacer un gran esfuerzo para poder respirar; entonces, a la luz de la lámpara, descubrió algo que la sumió en un paroxismo de inquietud que apenas podía controlar: en el rostro de su marido se apreciaba el tenue y leve rastro de un halo que le recordaba al parpadear del claro de luna entre las sombras de un bosque. Lo que allí brillaba era esa nueva felicidad que él había descubierto, una felicidad de la que ella no era causa ni parte.

Prendido del abrigo llevaba un ramillete de hojas de hayas de un amarillo desvaído.

—Te he traído esto del Bosque — dijo con un aire que era muy

característico de él cuando, en otros tiempos, tenía esos pequeños detalles con los que le mostraba su cariño.

Cogió mecánicamente las hojas, esbozó una sonrisa y susurró un «gracias, querido»; era como si su marido, sin darse cuenta, hubiera puesto en sus manos el arma destinada a su destrucción, y ella la hubiera aceptado.

Cuando terminaron el té y salió de la habitación, no se fue a su estudio o a cambiarse de ropa. El suave ruido de la puerta delantera al cerrarse le indicó que su marido regresaba de nuevo al Bosque.

Un poco más tarde se encontraba en su habitación, arrodillada junto al lecho —del lado de la cama donde él dormía

— hecha un mar de lágrimas y rogando fervorosamente a su Dios que le salvara y le retuviera junto a ella. Mientras rezaba, el viento golpeaba contra los cristales de las ventanas que tenía a su espalda.

Una soleada mañana de noviembre, cuando la tensión había alcanzado un punto que hacía que apenas fuera posible seguir refrenándola, la señora Bittacy tomó impulsivamente una determinación y se dispuso a llevarla a la práctica. Su marido había vuelto a salir, llevándose consigo el almuerzo. Decidió lanzarse a la aventura y seguirle. Había accedido ya a un grado de clarividencia tan poderoso, que se sentía impelida a tratar de llegar a un nivel sobrenatural de comprensión. De pronto, quedarse en la casa esperando su

regreso sin hacer nada, le resultaba imposible. Quería saber lo que él sabía, sentir lo que sentía él, ponerse en su lugar. Se arriesgaría a enfrentarse a la fascinación del Bosque; la compartiría con él. Era un riesgo muy grande, pero de esa manera comprendería mejor cuál era el modo de ayudarle y de salvarle, y además, eso le permitiría obtener mayores poderes. No obstante, antes de partir, subió un momento a su habitación para rezar.

Vestida con una falda gruesa de mucho abrigo y con unas botas muy pesadas —las botas de campo que solía usar cuando iban juntos a los montes que rodeaban Seillans— salió de la casa por la puerta trasera y se dirigió al Bosque.

En realidad, seguir a su marido era imposible, pues hacía ya una hora que había salido y no sabía con exactitud qué dirección había tomado. Sentía el apremiante deseo de estar con él en el Bosque, de caminar bajo las ramas desnudas igual que él hacía, de estar allí a la vez que él; daba igual que no fueran juntos. Se le había ocurrido que, de esa manera, quizá podría hacer suya la experiencia de esa vida terrible y poderosa que alentaba en los árboles y que él tanto amaba. Le había dicho que era en invierno cuando más le necesitaban; y el invierno ya estaba cerca. Su amor tenía que ayudarla a sentir lo que él sentía: la inmensa atracción, la succión y la fuerza de todo

ese conjunto de árboles. Así, aunque fuera indirectamente, y sin que él lo supiera, podría compartir precisamente aquello que le estaba apartando de su lado. Cabía incluso la posibilidad de que, al hacerlo, pudiera atenuar la virulencia del ataque.

El impulso le sobrevino en uno de sus momentos de clarividencia, y lo obedeció sin vacilar en lo más mínimo. Confiaba en obtener una comprensión más profunda de aquel espantoso enigma. Y ciertamente la obtuvo, aunque no fue del modo en que ella había imaginado y esperado.

El aire estaba totalmente en calma, y en el cielo, de un frío azul pálido, no había ni rastro de nubes. El Bosque

entero permanecía atento y en silencio. Sabía muy bien que ella había venido. Sabía en qué preciso instante había entrado; la vigilaba, la seguía, y una vez que se encontró dentro, algo cayó silenciosamente detrás de ella y la dejó encerrada. Sus pies no hacían ruido al pisar el tapiz de musgo que cubría las veredas; las hileras de robles y hayas le abrían paso y, a continuación, iban tomando posiciones a su espalda. No resultaba nada tranquilizador ver cómo la masa de árboles se iba espesando detrás de ella a medida que avanzaba. Se daba cuenta de que, entre ella y la casa, se estaba concentrando un inmenso y abigarrado ejército que no paraba de crecer y que le cerraba toda vía de

escape. De momento le dejaban avanzar sin oponer resistencia, pero cuando llegara la hora de salir, presentarían un aspecto muy diferente: espesos, apiñados, con todas sus ramas extendidas en actitud hostil. Su número, cada vez mayor, le abrumaba. Delante de ella el Bosque no parecía tan denso; los árboles se encontraban más desperdigados, dejando espacios abiertos en los que daba el sol. Pero cuando miraba hacia atrás, los veía a todos apiñados; formando un ejército cuyas prietas filas cegaban el sol. Impedían el paso de la luz del día, congregaban todas las sombras y levantaban una imponente muralla de ramas desnudas, tan negra como la

noche. Engullían la propia vereda que estaba siguiendo, pues al echar la vista atrás —cosa que rara vez hacía— el camino se desdibujaba hasta desaparecer.

Sin embargo, allá en lo alto resplandecía la mañana y un exaltado destello parecía recorrer con un temblor el día entero. Era lo que ella siempre había conocido como «un tiempo para niños»; despejado, inofensivo, sin ningún signo de peligro, sin nada que hiciera presagiar la presencia de algo inquietante o amenazador. Firme en su propósito, mirando hacia atrás lo menos posible, Sophia Bittacy se iba internando lenta y pausadamente en el silencioso corazón del bosque; dentro,

cada vez más dentro...

De pronto, al llegar a un espacio abierto inundado de luz, se detuvo. Era uno de los remansos del bosque. Esparcidas a trechos por el suelo había matas de helechos secos y marchitos de un gris sucio y, aquí y allá, se distinguían también algunos arbustos de brezo. Su perímetro estaba totalmente cubierto de árboles que parecían mirarla: robles, hayas, acebos, fresnos, pinos, alerces, y también algunos grupos espaciados de enebros. Al detenerse a descansar en la linde de aquel rincón del bosque había desobedecido por primera vez la voz de su instinto. Porque lo que aquella voz le decía era que siguiera. En realidad, ella no quería pararse.

Ésta fue la insignificante circunstancia que hizo que le llegara el mensaje que un vasto Emisor le había enviado por el aire.

—Han hecho que me detenga — pensó, invadida de un terrible sentimiento de aprensión.

Recorrió con la mirada aquel paraje apacible y anciano. No se advertía ningún movimiento. No había signo alguno de vida animal: no se oía el canto de los pájaros ni el corretear de los conejos que huyeran ante su proximidad. El silencio que reinaba en aquel lugar era desconcertante y sobre él, como si se tratara de una pesada cortina, flotaba una atmósfera de solemnidad. Hacía que a uno se le

encogiera el corazón. ¿Sería algo así lo que sentía su marido; esa sensación de encontrarse atrapado en una maraña de tallos y ramas, de raíces y hojas?

—Esto siempre ha estado así — pensó, sin saber muy bien por qué se le había ocurrido aquello—. Nunca ha cambiado.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, la cortina de silencio fue descendiendo y espesándose a su alrededor.

—¡Miles de años... estoy rodeada de algo que tiene miles de años! ¡Y detrás de este lugar se encuentran todos los bosques del mundo!

Aquellas ideas eran tan contrarias a su temperamento, tan ajenas a todo lo

que le habían enseñado sobre lo que había de buscarse en la Naturaleza, que trató de desterrarlas de su mente. Hizo un esfuerzo para resistirse. Pero todo era inútil, se aferraban a ella, la obsesionaban, se negaban a desaparecer. La textura de la densa y pesada cortina que colgaba sobre aquel lugar pareció volverse más tupida. Le costaba respirar.

Entonces, creyó advertir que la cortina se movía. En algún lugar se había producido un movimiento. Esa presencia oscura e indefinida que siempre acecha tras la apariencia externa de los árboles se estaba acercando. Contuvo el aliento, miró fijamente a su alrededor, y aguzó los

oídos. Aunque quizá se debiera al hecho de que ahora podía distinguir los árboles con mayor nitidez, lo cierto es que le parecían cambiados. Una ligera alteración se iba extendiendo por todos ellos. Al principio fue algo tan nimio que se resistió a aceptarlo. Después, aunque todavía de forma un tanto confusa, fue creciendo hasta que por fin se manifestó exteriormente con toda claridad. «Tiemblan y se transforman», aquel terrible verso del poema que había recitado Sanderson le vino súbitamente a la memoria. Pero lo más sorprendente era que, a pesar de la torpeza que suele acompañar a la ejecución de un movimiento de tal envergadura, el cambio se había

producido con suma agilidad. Todos se habían vuelto hacia ella. Eso era lo que había ocurrido. *La miraban.*

Era así como su mente, confundida y aterrorizada, trataba de explicarse aquel cambio. Hasta entonces las cosas habían sido muy distintas: ella los había mirado siempre desde su propio punto de vista; ahora les tocaba a ellos mirarla desde el suyo. Era una mirada fija que se clavaba en sus ojos y en su cara, que le recorría todo el cuerpo. Su forma de mirarla expresaba crueldad, rencor, hostilidad. A lo largo de su vida, los había observado de muy diversas maneras pero siempre de un modo superficial, atribuyéndoles aquellos rasgos que su propia mente le sugería.

Ahora ellos mismos le sugerían lo que realmente eran y no la mera interpretación que alguien tenía de ellos.

Aunque permanecían inmóviles y en silencio, parecían estar henchidos de vida; de una vida que exhalaba un encantamiento suave y terrible que la tenía hechizada. Se iba ramificando por su cuerpo y trepaba hasta alcanzar su cerebro. La colosal fascinación del Bosque la había atrapado. En aquel rincón apartado, inalterable a lo largo de los siglos, se hallaba ya muy cerca del lugar donde latía el corazón oculto de toda aquella gran masa de árboles. Y éstos, conscientes de su presencia, se habían dado la vuelta para lanzar sobre la intrusa una vasta e infinita mirada. Le

gritaban en medio de aquel silencio. Quería devolverles la mirada, pero era como tratar de mirarle a los ojos a una multitud, y su vista tenía que limitarse a pasar rápidamente de uno a otro sin conseguir nunca fijarse en ninguno. A los árboles sin embargo, a todos y cada uno de ellos, les resultaba muy sencillo mirarla. Incluso las hileras que tenía a su espalda la estaban observando. No podía responderles. Se dio cuenta de que su marido, en cambio, sí que podía hacerlo. A ella le resultaba imposible; esa mirada fija la turbaba demasiado, era como si la estuvieran desnudando. Veían mucho de lo que ella era... mientras que ella apenas podía ver nada de ellos.

Sus esfuerzos por devolverles la mirada eran patéticos y el continuo movimiento de sus ojos no hacía sino aumentar su desconcierto. Abrumada por aquella mirada enorme y espantosa que sentía en todas partes, clavó sus ojos en el suelo y luego los cerró. Trató con todas sus fuerzas de mantener los párpados apretados.

Pero la mirada de los árboles penetraba incluso en la oscuridad interior que se abría tras sus prietos párpados, no había manera de escapar. Sabía que allá fuera las hojas de los acebos seguían brillando suavemente bajo la luz de la mañana, que por encima de ella las hojas secas de los robles colgaban con fragilidad en el aire, que

las agujas de los pequeños enebros apuntaban todas en una misma dirección. La difusa percepción del Bosque había convergido sobre su persona y no bastaba con cerrar los ojos para ocultar esa mirada dispersa y concentrada a la vez; la visión de los grandes bosques que todo lo abarca.

No había viento, pero por doquier se oía la vibración de alguna hoja solitaria, que colgada de su seco tallo, se agitaba a gran velocidad. Era el centinela que avisaba de su presencia. De nuevo, como ya le ocurriera unas semanas atrás, percibió al Ser que formaba el conjunto de los árboles como si se tratara de una marea que le rodeaba. La marea había cambiado. Le

vino a la memoria el recuerdo de sus estancias infantiles en la costa, cuando su aya le decía: «Ya ha cambiado la marea; tenemos que volver a casa». Entonces, recordaba, veía agolparse en el horizonte las masas verdes de agua y se daba cuenta de que, lentamente, se iban acercando. Aquella masa gigantesca, cuya propia inmensidad le impedía moverse con rapidez, pero que, sin embargo, parecía estar dotada de una determinación inquebrantable, avanzaba hacia ella. El cuerpo fluido del mar se iba deslizando bajo el cielo en dirección a aquel punto de las doradas arenas donde ella estaba jugando. Esa imagen y esa idea siempre le habían sobrecogido; era como si su insignificante persona

fuera el objetivo hacia el que se dirigía todo el avance del mar. «Ya ha cambiado la marea; será mejor que volvamos a casa».

Eso era precisamente lo que estaba ocurriendo ahora con el bosque; lento, seguro, constante, y con un movimiento tan inapreciable como el del propio mar, el bosque avanzaba. La marea había cambiado. La pequeña presencia humana que había osado adentrarse en su descomunal y verde espesura era su objetivo.

Todo esto lo tenía muy claro mientras permanecía sentada, esperando, con los párpados fuertemente apretados. Pero un instante después abrió los ojos; se había dado cuenta de otra cosa. En

realidad no era su presencia la que deseaban. Era la presencia de otra persona.

Entonces lo comprendió todo. Al abrir los ojos había sonado un chasquido, pero no era ella quien lo había producido, venía de fuera. Al otro lado del claro, en un lugar que el sol inundaba de paz y de calma, vio la figura de su marido entre los árboles; un hombre, como si fuera un árbol más, caminando.

Avanzaba muy despacio, con las manos a la espalda y la cabeza erguida; parecía estar absorto en sus pensamientos. Aunque apenas les separaban más de cincuenta pasos, no daba señal alguna de haberse apercebido

de su presencia, allí, tan cerca. Pasó frente a ella con expresión abstraída y con todos los sentidos vueltos enteramente hacia dentro, igual que una figura salida de un sueño, y como ocurre en los sueños, le vio alejarse. Una tormenta de amor, de anhelos, de compasión, se levantó dentro de ella, pero como si todo aquello fuera una pesadilla, era incapaz de hablar o de moverse. Se quedó sentada viendo cómo se alejaba —cómo se alejaba de ella— hacia los lugares más recónditos de aquella espesura verde que todo lo envolvía. El deseo de salvarle, de pedirle que se detuviera y volviera la arrebatada, pero no podía hacer nada. Le vio alejarse de ella, alejarse por su

propio impulso y voluntad; vio cómo las ramas se iban cerrando a su paso y le ocultaban. Su figura se fue desvaneciendo en un temblor de luces y sombras. Los árboles le habían cubierto. La marea se le había llevado sin que él opusiera ninguna resistencia; se alegraba de irse. Sobre el suave regazo verde de aquel mar se alejó flotando hasta perderse de vista. Sus ojos ya no podían seguirle. Había desaparecido.

En aquel instante, a pesar de la distancia que les separaba, advirtió por vez primera la expresión de paz y de felicidad que tenía su rostro; estaba embelesado, henchido de gozo, aquella era la mirada de un joven. Era una expresión que, en los últimos tiempos,

nunca le había mostrado. Pero ella la había conocido. Hacía muchos años, al principio de su vida de casados, la había visto en su rostro. Ahora ya no obedecía a la llamada de su presencia y de su amor. Tan sólo los bosques podían devolvérsela; ya sólo respondía a la llamada de los árboles. El Bosque se había apoderado de su marido, se lo había arrebatado por entero... el alma y el corazón incluidos.

Su vista, que había estado sumergida en los desvaídos paisajes del recuerdo, regresó de nuevo a las realidades exteriores. Miró a su alrededor, y su amor, que regresaba frustrado y con las manos vacías, la dejó a merced de la invasión del terror más

desolador que jamás hubiera conocido. Que tales cosas fueran reales y ocurrieran era algo para lo que no estaba en absoluto preparada. El terror invadió hasta los recodos más serenos de su corazón, que hasta entonces jamás habían conocido lo que fuera sentir un temblor. No podía —al menos por el momento— acudir ni a su Biblia ni a su Dios. Desconsolada en medio de un mundo vacío donde imperaba el miedo, se quedó allí sentada, con los ojos demasiado secos y doloridos para el llanto, pero sintiendo un frío tan gélido como si tuviera una capa de hielo adherida a la carne. Miraba a su alrededor sin ver nada. El horror que acecha en la paz del mediodía, cuando

los árboles se yerguen inmóviles iluminados por un resplandor artificial, reinaba a su alrededor. Sentía su presencia delante y detrás de ella. Más allá de aquel silencio furtivo, justo en sus márgenes, discurrían aquellos seres de otro mundo. Pero ella era incapaz de percibirlos. Su marido, en cambio, sí; él sabía de su belleza y del temor reverencial que podían inspirar, pero todo aquello quedaba fuera de su alcance. No podía compartir con él ni la más humilde de esas experiencias. En pleno corazón del bosque, más allá del resplandor del mediodía invernal, se hallaba otro universo rebosante de vida y de pasión al que ella no tenía acceso. El silencio lo velaba, la quietud lo

mantenía oculto; pero su marido caminaba a su lado y lo comprendía. Su amor le permitía interpretarlo.

Se puso de pie, dio unos pocos pasos inseguros, se tambaleó, y volvió a caer sobre el musgo. No era por ella por quien sentía aquel terror; ningún miedo egoísta podía alcanzar a alguien cuyas angustias y afanes estaban volcados en la persona a la que amaba con tanta valentía. En aquel instante de total abandono, cuando ya había comprendido que la batalla estaba perdida y pensaba que hasta su Dios la había abandonado, de pronto, volvió a encontrarlo a su lado, como una pequeña presencia en el terrible corazón de aquel Bosque hostil. Al principio no advirtió que Él estaba

allí; no lo reconoció bajo aquella extraña apariencia que le resultaba inaceptable. Porque su presencia era demasiado cercana, demasiado íntima, dulce y reconfortante; y al mismo tiempo, tan difícil de comprender... como la Resignación.

De nuevo hizo un esfuerzo para ponerse en pie, esta vez con éxito, y comenzó a avanzar lentamente por la vereda que le había conducido a aquel lugar. En un primer momento le sorprendió —aunque la sorpresa no le duraría mucho— la facilidad con que encontraba el camino. Y si aquella sorpresa duró sólo un instante fue porque no tardó en comprender la verdad. Los árboles se alegraban de

verla marchar. Le estaban ayudando a encontrar el camino. El Bosque no la quería.

Sí, la marea se acercaba, pero no venía a por ella.

Y así, en otro de aquellos destellos de clarividencia que últimamente habían alzado su existencia a un plano más elevado, vio y comprendió aquel terrible asunto en su totalidad.

Hasta entonces, aunque no hubiera llegado a formularlo en pensamientos o en palabras, lo que temía era que, de una u otra manera, los bosques que su marido tanto amaba terminaran por arrebatárselo —lo absorbieran— e incluso, de algún modo misterioso, llegaran a matarlo. Ahora se daba cuenta

de lo equivocada que había estado, y al percatarse de ello, la intensa agonía de aquel horror la invadió completamente. Los celos que ellos sentían no eran los mezquinos celos de los animales y de los seres humanos. Le querían para ellos porque le amaban, pero no lo querían muerto. Rebosante de entusiasmo y de una vitalidad espléndida, así era como lo querían. Lo querían... vivo.

Era ella la que se interponía en su camino, y era a ella a quien tenían la intención de quitar de en medio.

Fue esto lo que hizo que se sintiera totalmente indefensa. Estaba en la playa, enfrentada a un océano que avanzaba lentamente hacia ella. Porque, del mismo modo que todas las fuerzas de

una persona se combinan de forma inconsciente para expulsar un grano de arena que, al contacto con la piel, produce una sensación molesta, la totalidad de aquello que Sanderson había denominado la Consciencia Colectiva del Bosque se esforzaba por expulsar a aquel átomo humano que se interponía en el camino que conducía ala satisfacción de sus deseos. El amor que sentía por su marido había hecho que entrara en contacto con la piel del Bosque. Era a ella, no a él, a quien iban a llevarse y a expulsar; era a ella, no a él, a quien iban a destruir. Querían y necesitaban a su marido; lo mantendrían con vida. Tenían la intención de llevárselo vivo.

Llegó a la casa sana y salva, pero nunca recordó cómo encontró el camino de regreso. Lo cierto es que se lo pusieron muy fácil. Hasta las mismas ramas parecían apremiarla para que se marchara.

Cuando salió de aquel sombrío recinto, sintió como si detrás de ella un majestuoso Ángel de los Bosques dejara caer sobre el umbral una espada flameante, formada por una innumerable multitud de hojas que erigían una barrera verde, reluciente e infranqueable. Nunca más volvió a entrar en el Bosque.

.....

Continuó ocupándose de sus quehaceres cotidianos con una calma y

un sosiego que a ella misma le asombraron, pues no parecían cosa de este mundo. Habló con su marido cuando regresó a tomar el té... tras la caída de la noche. A veces, la resignación viene acompañada de un extraño y formidable valor... ya no hay nada que perder. El alma se muestra dispuesta a correr cualquier riesgo y se atreve a todo. ¿Quién sabe si, en ocasiones, no será un atajo para elevarse a un plano superior?

—David, esta mañana, un poco después de que tú te fueras, yo también estuve en el Bosque. Te vi.

—¿Verdad que era maravilloso? — se limitó a responder mientras inclinaba ligeramente la cabeza. En su mirada no

se apreciaba ningún signo de sorpresa o de enfado; quizá tan sólo un tenue atisbo de fastidio. Lo que había dicho no era en realidad una verdadera pregunta. Su actitud le hizo pensar en un árbol de jardín que, al sufrir súbitamente el ataque del viento, se ve forzado a inclinarse en contra de su voluntad; algo de esa ligera renuencia con que los árboles se dejan vencer por el viento se apreciaba en él. Así era como ahora se imaginaba muchas veces a su marido, mediante algún símil arbóreo.

—Sí, querido, desde luego que era maravilloso. Pero a mí me resulta demasiado... demasiado grande y extraño —le respondió en voz baja, con una entonación poco articulada, aunque

sin llegar al balbuceo.

Aunque no se apreciaba en su tono, lo cierto es que bajo la suavidad de aquella voz, latía el temblor de las lágrimas. Sin embargo, consiguió contenerse.

Se produjo un momento de silencio y después añadió él:

—A mí cada día que pasa me parece más maravilloso.

Su voz se fue dispersando por aquella habitación iluminada como si se tratara del murmullo del viento entre las ramas. La expresión de juventud y de felicidad que había advertido en su rostro cuando estaba fuera había desaparecido por completo, en su lugar se apreciaba ahora la expresión de

hastío de quien se encuentra ligeramente molesto por hallarse en un entorno poco acogedor en el que no se siente a gusto. La casa era lo que detestaba; tener que regresar a las habitaciones, las paredes y los muebles. El techo y las ventanas cerradas le hacían sentirse preso. Sin embargo, no había en su actitud nada que indicara que la presencia de su mujer le incomodara. De hecho, más bien parecía no importarle en absoluto; era como si no se percatara de ella. Durante largos períodos de tiempo, casi daba la impresión de que se le hubiera borrado de la mente; no parecía darse cuenta de que estaba allí. No la necesitaba. Vivía solo. Los dos vivían solos.

Los signos externos que ponían de

manifiesto que reconocía que aquel espantoso combate se libraba contra ella y que aceptaba las condiciones impuestas para su rendición, eran verdaderamente patéticos. Ya no ponía el botiquín en la mesilla; mandaba que se le preparara a su marido el almuerzo para llevar, sin necesidad de que él lo pidiera; se iba a la cama sola muy temprano, sin echar el candado a la puerta de entrada; y dejaba leche, pan y mantequilla junto a la lámpara del recibidor. Todas estas concesiones se había visto impelida a hacer. Cada vez era más normal que su marido —a menos que hiciera muy mal tiempos— saliera incluso después de la cena y pasara varias horas en el bosque. No

obstante, nunca se dormía hasta que le llegaba desde el piso de abajo el sonido de la puerta de entrada al cerrarse y reconocía, al cabo de un momento, sus pasos subiendo las escaleras con cuidado y entrando finalmente en la habitación sin hacer ruido. Hasta que no oía a su lado la respiración profunda y acompasada de su marido no se dormía. Ya no le quedaba ninguna fuerza ni ningún deseo de resistirse. El contrincante al que se enfrentaba era demasiado grande y poderoso. Su rendición incondicional era un hecho consumado. Se remontaba al día en que le siguió al Bosque.

Por otro lado, el momento de la evacuación —de su propia evacuación

— parecía hallarse ya muy próximo. Se acercaba en silencio, cada día un poco más, lenta pero inexorablemente, como la marea creciente que tanto solía asustarla. De pie junto a la línea dejada por la marea alta, esperaba con tranquilidad a que la arrastrara. Durante todos aquellos días terribles del invierno, el Bosque que rodeaba la casa había estado observando desde el otro extremo del jardín cómo se iba acercando, y había guiado sus silenciosas oleadas y corrientes hacia sus pies. A lo único que ella nunca había renunciado era a su Biblia y a sus oraciones. Sin embargo, aquella resignación tan absoluta también había traído aparejada una comprensión

extraña y más profunda de la situación; y si bien no podía compartir el terrible abandono de su marido a esos poderes externos a él, sí que podía —y de hecho así lo hacía— aferrarse, siquiera fuera tentativamente, a algunas nociones vagas que quizá hicieran de aquel abandono algo... posible, sí, pero más que meramente posible, algo que, por insólito que pudiera parecer, tampoco era intrínsecamente perverso.

Hasta aquel momento ella había considerado siempre que el mundo del más allá se dividía en dos mitades bien diferenciadas: a un lado estaban los espíritus del bien y al otro los del mal. Pero ahora, con caminar vacilante y silencioso, con el mismo sigilo con que

andan los dioses, le venía a la mente la idea de que, al margen de aquellas categorías tan claramente definidas, bien podían existir otras Potencias que no pertenecían de forma clara ni a una ni a otra. Su pensamiento no iba más allá. Pero la estrechez de su mente pudo albergar esa idea grandiosa y, gracias a su gran corazón, allí se quedó. En cierto modo le servía de consuelo.

La incapacidad o —como prefería decir ella— la negativa de su Dios a interferir y a prestarle su auxilio, fue algo que, hasta cierto punto, también terminó por comprender. Seguramente —y aquello era algo que cada vez le costaba menos esfuerzo imaginar— no era éste un caso en el que estuvieran

involucradas las fuerzas del mal, sino más bien algo que suele mantenerse alejado de los seres humanos, algo ajeno y que, generalmente, pasa inadvertido. Entre aquellos dos mundos se abría un abismo, pero el señor Sanderson había tendido un puente sobre él con sus charlas, sus explicaciones y su actitud. Gracias a ello, su marido había encontrado el camino que conducía a aquel otro lugar. Su temperamento y su natural inclinación hacia los bosques habían ido preparando su alma, de modo que, cuando vio aquella vía despejada, la tomó; era el camino más fácil. Naturalmente la vida está abierta a cualquier posibilidad y su marido tenía derecho a elegir dónde quería vivirla.

Había elegido hacerlo... lejos de ella y lejos del resto de los hombres, pero no necesariamente lejos de Dios. Aquella era una concesión enorme a la que en ocasiones se acercaba, pero que nunca quiso contemplar cara a cara; era demasiado revolucionaria. Pero la posibilidad de que así fuera se asomaba a veces a su mente perpleja. Quizá aquello retrasara el progreso espiritual de su marido o quizá lo acelerara, ¿cómo saberlo? Al fin y al cabo, ¿por qué Dios, que ha ordenado todas las cosas de este mundo hasta el más mínimo detalle, desde la trayectoria del sol hasta la caída de un simple gorrión, habría de oponerse a su libre elección o tratar de interferir para ponerle trabas y

detenerle?

Contemplada bajo aquel nuevo aspecto, la resignación terminó por resultarle más llevadera. Aunque no consiguiera hacer que se sintiera en paz, al menos le reconfortaba. Luchaba contra todo lo que pudiera suponer un menosprecio de su Dios. Quizá bastaba con que Él ... lo supiera.

—Querido, ¿no te sientes solo cuando estás en el bosque? ¿Está Dios contigo? —se aventuró a preguntarle una noche mientras él entraba de puntillas en la habitación casi de medianoche.

—De una forma majestuosa, porque está en todas partes. —le respondió inmediatamente lleno de entusiasmo—. Ojalá tú...

Pero ella se tapó los oídos con la ropa de cama. Oír aquella invitación de sus labios era más de lo que podía soportar. Era como si le pidiera que marchara alegremente a su propia ejecución. Enterró su rostro entre las sábanas y las mantas, y se puso a temblar.

Así pues, la idea de que era ella quien tenía que irse se le quedó grabada en la mente y fue creciendo. Era quizá el primer síntoma de ese debilitamiento del juicio que indicaba la sin guiar forma en que se iba a producir su partida. Los árboles sabían que lo único que se interponía en su camino era su oposición mental. Una vez que hubiera sido superada y aniquilada, su presencia física carecería de importancia. Resultaría inofensiva.

Al aceptar su derrota, en la medida en que había terminado por creer que

aquella obsesión no era realmente maligna, había aceptado también las condiciones de una soledad atroz. Ahora su marido se encontraba más alejado de ella que la propia luna. No tenían invitados. Las visitas eran pocas y muy espaciadas y, además, las alentaban aún menos que antes. El oscuro vacío del invierno se abría ante ellos. No había nadie entre sus vecinos en quien pudiera confiar sin que hacerlo fuera un signo de deslealtad hacia su marido. De haber estado soltero, el señor Mortimer podría haberla ayudado a sobrellevar aquel desierto de soledad que había hecho presa en ella; pero, en aquel caso, el obstáculo era su esposa; pues la señora Mortimer llevaba sandalias, creía que el

alimento más completo para el ser humano eran las bayas, y se permitía otra serie de extravagancias que la clasificaban de forma inequívoca entre los «signos de las postrimerías» a los que había aprendido a considerar peligrosos. Estaba hundida en la más absoluta de las soledades.

Y fue precisamente la soledad, que al relajar los controles de la mente permite que ésta se alimente de sus propios delirios, la causa a la que ha de atribuirse el progresivo trastorno y derrumbe de su buen juicio.

Con la llegada definitiva de los fríos, su marido abandonó sus excursiones nocturnas. Pasaban las tardes juntos en torno al fuego del hogar;

él leía el Times e incluso volvió a sacar el tema de su aplazado viaje al extranjero de la primavera siguiente. No se le notaba inquieto por aquel cambio; parecía encontrarse satisfecho y a gusto. De los árboles y de los bosques apenas hablaba; se encontraba mucho mejor de salud que si hubiera cambiado de aires, y con ella se mostraba siempre tierno, afectuoso y solícito en todas las pequeñas cosas, como en los ya lejanos días de su luna de miel.

Pero ella no se dejaba engañar por aquella profunda calma; se daba perfecta cuenta de que lo único que quería decir era que se sentía seguro de sí, seguro de ella y seguro también de los árboles. En lo más hondo de su ser

las cosas seguían igual que antes, aquello era algo demasiado sólido y profundo, algo que estaba tan estrechamente ligado al núcleo de su ser que ni tan siquiera dejaba traslucir esas fluctuaciones superficiales que suelen acompañar a los desórdenes internos. Su vida se ocultaba tras los árboles. Incluso sus fiebres, que siempre eran motivo de preocupación cuando llegaban las humedades del invierno, le habían respetado en esta ocasión. Ahora entendía por qué. Las fiebres eran una consecuencia del esfuerzo que los árboles realizaban para apoderarse de él, y del propio esfuerzo que él tenía que hacer para responderlos y marcharse con ellos; eran el síntoma físico de una

intensa inquietud que no había comprendido hasta que llegó Sanderson con sus malditas explicaciones. Ahora las cosas habían cambiado. Se había tendido el puente. Y él... se había ido.

Entretanto, el alma valiente, leal y tenaz de la señora Bittacy, se encontraba absolutamente sola, e incluso trataba de facilitarle el tránsito lo más posible. Tenía la sensación de encontrarse en el fondo de un enorme barranco que se abría en su mente, cuyas paredes las formaban árboles en lugar de rocas; unos árboles majestuosos que se alzaban hacia el cielo y la rodeaban por todas partes. Sólo Dios sabía su paradero. Él la observaba, y lo permitía, incluso es posible que lo aprobara. Por lo menos...

Él lo sabía.

Durante aquellas tardes sosegadas que pasaban sentados en torno al fuego del hogar mientras escuchaban cómo deambulaban los vientos alrededor de la casa, su marido seguía teniendo un acceso permanente al mundo que le había habilitado su extraña pasión. En ningún momento se encontraba separado de él. Ella se quedaba mirando al periódico desplegado que le cubría desde la cara hasta las rodillas, se fijaba en las volutas de humo que emergían por encima de sus bordes, advertía que tenía un pequeño agujero en los calcetines de andar por casa, y escuchaba los párrafos que, como solía hacer antes, le leía de vez en cuando en voz alta. Pero todo

aquello no era más que un velo que su marido extendía sobre su persona a propósito. Protegido tras él... se escapaba. Era el viejo truco del prestidigitador que trata de atraer la atención hacia algún detalle insignificante, mientras lo esencial ocurre sin que nadie se dé cuenta. Lo hacía a las mil maravillas, y ella le quería aún más por las molestias que se tomaba para evitarle padecimientos. Sin embargo, tampoco ignoraba que el cuerpo que estaba apoltronado en aquel sillón que tenía delante, tan sólo contenía un pequeño fragmento de su verdadero ser. Era poco más que un cadáver. Una forma vacía. La esencia de su alma se encontraba allá fuera, en el

Bosque; o aún más lejos, junto a aquel corazón que nunca paraba de bramar.

Al caer la noche, el Bosque se acercaba con osadía y empujaba contra los propios muros y ventanas de la casa; echaba una ojeada por ellas, y aprisionaba el edificio pasando sus brazos por encima de las tejas de pizarra y las chimeneas. Los vientos no paraban de corretear por el jardín y por los senderos de grava; se oía acercarse unos pasos, luego alejarse, y al cabo de un rato volver de nuevo. Siempre parecía haber alguien hablando en el Bosque, alguien que también estaba dentro de la casa. La señora Bittacy se cruzaba con ellos en las escaleras; oía el ruido tenue y amortiguado que hacían

cuando, después del anochecer, corrían con ágiles zancadas por pasillos y rellanos; era como si algunos trozos desprendidos del día se hubieran quedado atrapados dentro, entre las sombras, y ahora trataran de salir. Andaban dando tumbos en silencio por toda la casa. Esperaban a que ella hubiera pasado de largo para lanzarse a correr en busca de alguna salida. Su marido siempre sabía donde se encontraban. En más de una ocasión le había visto evitarlos de forma deliberada... porque ella estaba presente. Varias veces había observado cómo se quedaba quieto, escuchando, cuando pensaba que ella no andaba cerca, y al cabo de un rato, había oído

cómo se aproximaban cruzando el silencioso jardín a grandes zancadas. Pero él hacía ya bastante que los había oído moverse allá a lo lejos, entre los vientos de la noche. Llegaban rápidamente, siguiendo —bien lo sabía— la misma vereda de turba por la que ella había salido del Bosque la última vez; silenciaba el ruido de sus pasos exactamente igual que había hecho con los suyos.

Tenía la sensación de que los árboles estaban siempre con él en la casa, incluso en el dormitorio. Les daba la bienvenida, ignorando que también ella lo sabía, y temblaba.

Una noche la cogieron desprevenida en su dormitorio. Acababa

de despertar de un sueño profundo, cuando se le vinieron encima antes de que tuviera tiempo de reunir fuerzas para controlarse.

El viento, tras bramar violentamente durante todo el día, por fin había amainado; sólo quedaban algunas ráfagas sueltas que seguían revoloteando perdidas en la noche. La luna llena vertía sus rayos en cascada entre las ramas de los árboles. En el cielo aún corrían retazos deshilachados de nubes con formas monstruosas; pero en la tierra, todo estaba en calma. Desde la inmóvil hueste arbórea llegaba el repicar de miles de gotas. La humedad hacía que los troncos relucieran y emitieran pequeños destellos allí donde

les daba la luz de la luna. Había un fuerte olor a moho y a hojas secas. Un intenso aroma impregnaba la atmósfera.

De todo esto se había dado cuenta nada más despertar; porque tenía la sensación de haber estado en algún otro lugar, de haber estado... siguiendo a su marido... ¡era cómo si hubiera salido fuera! Aquello no era un sueño, sino una realidad innegable e inquietante. Pero ya se había marchado, había desaparecido, se había perdido en la noche. Estaba sentada en la cama. Ella, al menos, había regresado.

Las persianas estaban subidas y la luz de la luna se filtraba en la habitación a través de las ventanas, iluminándola con un pálido resplandor. Miró a la

figura de su marido; dormía profundamente a su lado. Pero lo que le cogió desprevenida y la llenó de espanto fue que, al despertar de forma tan súbita e inesperada, sorprendió a aquellas cosas dentro de la habitación, rodeando de cerca a su marido mientras dormía. La audacia atroz que demostraban —su presencia no parecía importarles en lo más mínimo— la aterrorizó hasta tal punto que, sin darle tiempo a reunir fuerzas para controlarse, se puso a gritar. Gritó sin darse cuenta de lo que hacía; fue un aullido de terror largo y agudo que pareció llenar la habitación, aunque, en realidad, apenas si produjo sonido alguno. Aquellos seres húmedos y relucientes se agrupaban erguidos en

torno a la cama. Distinguió sus siluetas bajo el techo; la masa de verdor de sus frondas se extendía difusa por paredes y muebles. Sus formas se desplazaban de uno a otro lado, sólidas y traslúcidas, finas y voluminosas. Se movían y giraban sobre sí mismas al son de un ruido sordo similar al suave susurro de innumerables hojas. Había en aquel sonido algo dulce y subyugador que hizo que cayera en una especie de trance. Tomados uno a uno resultaban muy gráciles y, sin embargo, cuando formaban grupo eran terribles. Le invadió una intensa sensación de frío. Las sábanas que apretaba contra su cuerpo parecían haberse vuelto de hielo.

Gritó por segunda vez, pero el

sonido apenas pasó de su garganta. El hechizo iba penetrando cada vez más adentro hasta alcanzarle el corazón. Remansaba el fluir de su sangre y le extraía la vida a chorros, haciéndolos fluir en dirección a ellos. En aquel momento resistirse parecía imposible.

Entonces su marido comenzó a rebullir y se despertó. Al instante, las formas se irguieron cuan altas eran y, con asombrosa agilidad, se agruparon. Redujeron su extensión y se desperdigaron en el aire, como un efecto luminoso que quedara borrado por las sombras. Era algo impresionante y de una enorme belleza. Una capa de sombras de un color verde pálido que, sin embargo, seguía conservando forma

y sustancia, llenaba la habitación. Se oyó el rumor de un movimiento silencioso mientras aquellos Seres pasaban flotando delante de ella para, finalmente, desaparecer.

No obstante, pudo distinguir con toda claridad cómo se produjo su marcha, pues mientras huían tumultuosamente a través de la apertura que había en la parte superior de la ventana, vio aquellos mismos «rizos» — aquella especie de espirales— que ya había visto sobre el jardín varias semanas atrás cuando hablaba Sanderson. La habitación volvió a quedar vacía.

En medio de la postración que siguió a aquella escena, oyó la voz de su

marido; parecía llegarle desde una enorme distancia. También se oyó a sí misma respondiéndole. Ambas voces sonaban extrañas y su forma de hablar era completamente distinta a la que solía ser habitual entre ellos; hasta las mismas palabras le parecían antinaturales:

—¿Qué pasa, querida? ¿Por qué me despiertas precisamente ahora? —El sonido de su voz se asemejaba al suspiro del viento al soplar entre las ramas de los pinos.

—Hace tan sólo un instante algo ha pasado junto a mí, flotando por el aire de la habitación. Después ha salido para perderse de nuevo en la noche. — También el sonido de su voz se parecía al de un viento atrapado en una maraña

de hojas.

—Querida, era el viento.

—Pero te llamaba, David. Te llamaba... a ti ... por tu nombre.

—El movimiento de las ramas, querida, eso es lo que has oído. Venga, vuelve a dormirte, por favor, duerme.

—Tenía ojos por todas partes; cientos de ojos, por delante, por detrás... —al decir aquello había alzado la voz. En cambio, la voz de su marido al responderle sonaba más baja, más lejana y extrañamente apagada.

—Querida, es la luna reflejada en un mar de ramas y hojas mojadas de lluvia lo que has visto.

—Pero me ha asustado. He perdido a mi Dios... y te he perdido a ti. ¡Me

muerdo de frío!

—Es el frescor del amanecer querida. El mundo entero duerme. Vamos, duerme tú también.

Le susurraba las palabras junto al oído. Sintió cómo su mano le acariciaba. Su voz era suave y tranquilizadora. Pero sólo una parte de él le hablaba; lo que tenía tumbado a su lado, pronunciando aquellas extrañas frases y forzándola incluso a elegir las singulares palabras que ella misma empleaba, era un cuerpo semivacío. El hechizo oscuro y abominable que emanaba de los árboles se encontraba muy cerca de ellos en la habitación; solitarios y antiguos, los nudosos árboles del invierno murmuraban agrupados en torno a la

vida humana que amaban.

—¡Deja que vuelva a dormirme! —
oyó que le decía con un susurro mientras
se volvía a cubrir con las sábanas—.
¡Deja que regrese a la paz profunda y
placentera de la que me has sacado...!

El tono soñador y feliz de su voz y
aquella expresión juvenil y alegre que
podía distinguir en su semblante bajo la
luz tamizada de la luna, hizo que
volviera a sentir el hechizo que emanaba
de aquellos seres verdes y brillantes.
Penetraba en lo más hondo de su ser.
Sintió cómo el sueño la buscaba a
tientas. Cuando estaba a punto de
quedarse dormida, una de esas extrañas
voces errantes que quedan liberadas al
perder la consciencia gritó débilmente

en su corazón...

—Más se regocija el Bosque por un pecador que...

El sueño la venció antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de que estaba parodiando vilmente uno de sus textos más sagrados y cometiendo una irreverencia atroz.

Y aunque rápidamente se quedó dormida, esta vez, a diferencia de lo que era habitual en ella, sí que soñó, pero no fue con bosques y árboles. Se trataba de un sueño breve y enigmático que se repetía sin cesar. Se hallaba en el mar, sobre una diminuta roca pelada, y la marea iba subiendo. El agua le alcanzaba primero los pies, luego las rodillas y después la cintura. Cada vez

que aquel sueño volvía a comenzar la marea llegaba un poco más arriba. En una ocasión le llegó al cuello, y en otra, hasta la boca, cubriendo durante un instante sus labios e impidiéndola respirar. Entre sueño y sueño no despertaba, seguía durmiendo con monotonía, sin soñar en nada durante aquel intervalo. Finalmente, el agua superaba sus ojos y su rostro y le cubría del todo la cabeza.

Entonces llegó la explicación; una de esas explicaciones que suelen proporcionar los sueños. Por fin comprendió: bajo el agua había visto un universo de algas que ascendían desde el fondo marino formando un bosque de un intenso color verde: tallos largos y

sinuosos, ramas interminables de un enorme grosor, millones de tentáculos que extendían a través de las profundidades acuáticas el poderío de su fronda oceánica. El Reino Vegetal llegaba incluso hasta el mar. Estaba en todas partes. La tierra, el aire y el agua favorecían su crecimiento; no había manera de huir de él.

También bajo el mar escuchó aquel terrible rugido —¿era el oleaje, el viento, voces?—; sonaba a lo lejos, pero acercándose hacia ella sin cesar.

Y fue así, en la soledad de un monótono invierno inglés, como la mente de la señora Bittacy, revolviéndose contra sí misma y alimentándose de sus propios temores,

terminó por perder todo sentido de la medida. El mismo clima deprimente y sombrío de unos cielos sin sol y una humedad permanente que no conocía el tonificante alivio de las heladas se sucedía una semana tras otra. A solas con sus pensamientos y con su marido, y ausente su Dios, contaba los días que faltaban para la primavera. Se abría camino a tientas, tambaleándose por aquel largo túnel. A través de la boca que se abría al otro extremo se divisaba una brillante imagen del centelleante mar violeta de la costa francesa. Allí esperaba la seguridad y la escapatoria para ambos, siempre y cuando ella fuera capaz de resistir. A su espalda, los árboles cegaban la otra salida. En

ningún momento miraba hacia atrás.

Se sentía desfallecer. Su vitalidad, sometida a lo que parecía ser un proceso constante de succión, la iba abandonando. Aquella sensación de que le estaban drenando todas sus fuerzas era abrumadora e incesante. Le habían abierto todos los grifos. Era como si su personalidad fluyera constantemente fuera de ella, atraída por una Fuerza que nunca descansaba y que parecía ser inagotable. La atraía igual que atrae la luna a las mareas. Y ella iba decayendo, se apagaba, se rendía.

En un principio se limitó a observar el proceso y a constatar fielmente lo que estaba ocurriendo. Su vida física y ese equilibrio mental que

depende del bienestar físico, estaban siendo socavados lentamente. Eso lo tenía muy claro. Tan sólo el alma, como una estrella lejana, e independiente de todo lo corporal, se encontraba a salvo... con su lejano Dios. Lo asumía todo con gran tranquilidad. El amor espiritual que le unía a su marido estaba protegido contra cualquier ataque. Gracias a ello, cuando llegara el Día del Señor, ambos volverían a estar unidos. Pero, entretanto, todo lo que en ella estaba vinculado a lo terrenal iba poco a poco desapareciendo. Tal separación se iba consumando de manera implacable.

Toda parte de su persona a la que pudieran acceder los árboles se veía sometida a un proceso de drenaje

constante. La estaban quitando de en medio.

Pero al cabo de cierto tiempo, esa capacidad de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo también terminó por desaparecer, de tal modo que ya no «observaba el proceso» ni sabía con exactitud lo que pasaba. Su único motivo de satisfacción —el sentimiento de dulzura que le producía saber que estaba sufriendo por su marido— también la abandonó. Se encontraba absolutamente sola frente al terror de los árboles... entre las ruinas de su mente desquiciada y rota.

Dormía mal; por las mañanas despertaba con los ojos cansados y doloridos; padecía continuas jaquecas;

sus ideas se volvían cada vez más confusas y empezaba a perder las claves que rigen la vida cotidiana. Al mismo tiempo, fue perdiendo de vista aquella brillante imagen al final del túnel; se fue desvaneciendo hasta convertirse en un diminuto semicírculo de luz pálida. El mar violáceo y el sol brillante ya no eran más que un minúsculo punto blanco, tan remoto como una estrella e igual de inalcanzable. Ahora sabía que nunca llegaría hasta allí. Entretanto, atravesando la oscuridad que se extendía a sus espaldas, el poder de los árboles se acercaba y la atrapaba; se le enroscaba a los pies y a los brazos, trepaba hasta sus mismos labios. En medio de la noche despertaba con la

sensación de que apenas podía respirar. Parecía tener hojas húmedas pegadas a la boca y tiernos zarcillos anudados al cuello. Los pies le pesaban como si estuvieran echando raíces en la espesa profundidad de la tierra. A lo largo de aquel negro túnel se extendían plantas trepadoras que le tentaban el cuerpo buscando algún punto al que poder agarrarse con fuerza, igual que hacen la hiedra y las gigantes plantas parásitas del Reino Vegetal cuando se instalan en los árboles para extraerles la savia y matarlos.

Lenta e inexorablemente, aquel morbosos crecimiento se apoderó de su vida y la anuló. Hasta los vientos que corrían desbocados por el bosque

invernal le asustaban. También ellos formaban parte de aquella confabulación. Donde quiera que se encontraran siempre la apoyaban.

—¿Por qué no duermes, querida?

—Era ahora su marido quién desempeñaba el papel de enfermero, atendiendo a todas sus pequeñas necesidades con una solicitud genuina que, al menos, remedaba los cuidados propios del amor. No tenía ni la más mínima consciencia de la feroz batalla que había desencadenado—. ¿Qué es lo que no te deja dormir y te tiene tan inquieta?

—Los vientos —susurró ella en la oscuridad. Llevaba horas mirando agitarse a los árboles a través de las

ventanas—. Esta noche hablan y andan por todas partes, y no me dejan dormir. Siempre te están llamando en voz muy alta.

Durante un instante ella misma se sintió horrorizada por aquella extraña respuesta que había susurrado, pero pronto el sentido de la misma se desvaneció y volvió a quedar sumida en aquella oscura confusión que se estaba volviendo ya un estado casi permanente.

—De noche los árboles los estimulan. Los vientos son sus raudos y grandiosos mensajeros. Síguelos querida... no vayas en contra de ellos. Si lo haces recuperarás el sueño.

—Se está levantando una tormenta —comenzó a decir, sin saber muy bien a

cuento de qué venían aquellas palabras.

—Razón de más, querida, para que les sigas. No te resistas. Te conducirán hasta los árboles, eso es todo.

¡Resistir! Aquella palabra accionaba un mecanismo que se hallaba en algún texto que en tiempos le había ayudado.

«Resiste al demonio, y huirá de ti», se oyó a sí misma responder con un susurro, e inmediatamente enterró su rostro entre las sábanas y estalló en un llanto histérico.

Pero a su marido aquello no pareció molestarle. Quizá ni tan siquiera lo oyó, pues en aquel momento el viento chocaba contra las ventanas produciendo un enorme estruendo, y tras

aquella ráfaga, desde la lejanía, llegó el bramido del Bosque y entró en tropel en la habitación. Aunque también es posible que ya se hubiera vuelto a dormir. En cuanto a ella, poco a poco fue recuperando una cierta calma abúlica. Su rostro había emergido de nuevo de entre la maraña de sábanas y mantas. Invasada de una creciente sensación de espanto se puso a escuchar. Se estaba levantando una tormenta. Llegaba con una sacudida repentina e impetuosa que hacía imposible conciliar el sueño.

Sola en un mundo turbulento, permanecía tumbada, escuchando. En su mente aquella tormenta representaba el clímax definitivo. El Bosque

proclamaba su triunfo a los cuatro vientos; y éstos, a su vez, se lo comunicaban a la Noche. El mundo entero estaba enterado de su completa derrota, de su pérdida, de su pequeño dolor humano. Lo que escuchaba era el rugido y el grito de la victoria.

Porque no había equivocación posible: los árboles gritaban en la oscuridad. También se oía un sonido semejante al de millares de velas gigantes que ondearan todas a la vez, y de cuando en cuando, unas detonaciones que recordaban al retumbar lejano de unos inmensos tambores. Los árboles estaban erguidos —toda aquella hueste sitiadora se había puesto en pie— y con la barahúnda de

sus millones de ramas en movimiento transmitían el atronador mensaje a través de la noche. Parecía como si ellos mismos se hubieran arrancado de la tierra. Sus raíces barrían los prados, los setos, el tejado. Sacudían sus frondosas cabezas bajo las nubes y agitaban sus inmensas ramas con un júbilo salvaje. Corrían a saltos por el cielo con los troncos enhiestos. En aquel espantoso sonido resonaba el caos y la aventura, y su grito era como el grito de un mar que hubiera roto las compuertas y se hubiera derramado sobre el mundo...

Mientras ocurría todo aquello su marido seguía durmiendo pacíficamente como si no oyera nada. Era, bien lo

sabía ella, el sueño de quien está ya medio muerto. Pues, en realidad, él se encontraba en medio de aquel tumulto atronador. La parte de él que ella había perdido era la que estaba fuera. La forma que con tanta calma dormía a su lado no era más que la forma externa, semivacía...

Y cuando finalmente apuntó la mañana invernal, y a la marcha de la tempestad le sucedió un sol pálido y descolorido, lo primero que vio al acercarse lentamente a la ventana y mirar por ella, fueron los restos del cedro caídos sobre el jardín. Sólo había quedado en pie el tronco, tullido y descarnado. Tendida sobre la hierba estaba la mancha gigantesca y oscura de

la única rama que le quedaba; parecía como si un torbellino de viento la hubiera succionado de uno de sus extremos arrastrándola hacia el Bosque. Yacía ahí tirada como el montón de maderos de un naufragio que el reflujó de una marea primaveral hubiera abandonado en la playa; los restos de un magnífico y acogedor bajel que en tiempos debió servir de refugio a los hombres.

Y en la distancia, oyó el bramido de las voces del Bosque, allá a lo lejos. La voz de su marido era una de ellas.

EL OCUPANTE DE LA HABITACIÓN

Llegó en la diligencia amarilla bien entrada la noche, entumecido y lleno de calambres tras tres horas de fatigoso e interminable ascenso. El pueblo, una masa compacta de sombras, dormía ya. Tan sólo delante del hotel persistía aún el bullicio, la luz y la animación... aunque sería ya por poco tiempo. Las caballerías, con la cabeza gacha y paso cansino, cruzaron solas la carretera arrastrando sus arneses por el polvo y

desaparecieron en las cuadras; mientras la pesada diligencia, que parecía un gran escarabajo amarillo con las patas quebradas, se quedaba a hacer noche en el lugar hasta donde la habían conducido a rastras.

A pesar del cansancio físico, aquel maestro de escuela, que disfrutaba de las primeras horas de unas vacaciones que le habían costado diez guineas, estaba rebosante de felicidad. La paz que se respiraba en aquel alto valle alpino era maravillosa; las estrellas titilaban sobre los quebrados riscos del Dent du Midi, donde los relucientes neveros se destacaban espectrales sobre unas rocas que parecían de ébano, y el aire helado traía un aroma a pinares, a

pastos empapados de rocío y a madera recién cortada. Embargado de una sensación en la que se mezclaban el placer y el asombro, pasó varios minutos tratando de captar todos aquellos detalles, mientras los otros tres pasajeros daban indicaciones sobre su equipaje y se dirigían a sus respectivas habitaciones. Finalmente, se dio la vuelta, cruzó la basta estera de la entrada, y tras resistir a la tentación de detenerse a contemplar el mapa de las montañas que colgaba junto a la puerta, pasó al deslumbrante recibidor.

De pronto, un desagradable contratiempo hizo que bajara de las nubes y volviera a la cruda realidad. En la posada —la única posada que había

— no quedaban habitaciones libres. Hasta los sillones de que disponía estaban ocupados...

¡Qué estúpido había sido de no escribir para hacer una reserva! Claro que, ahora que lo pensaba, le había resultado imposible, pues la decisión de venir la había tomado aquella misma mañana en Ginebra de forma repentina, cautivado por el espléndido día que había amanecido tras una semana de lluvias. El portero, que lucía una chaqueta con ribetes dorados, y una vieja de facciones muy duras —le había llamado la atención la dureza de aquel rostro— no paraban de hablar y de gesticular mientras señalaban al pueblo en todas direcciones, haciéndole unas

sugerencias que sólo comprendía a medias, pues sus conocimientos de francés eran limitados y el dialecto en que hablaban era algo verdaderamente espantoso.

«¡Allí —a lo mejor encontraba habitación— o sino allá! Pero aquí, hélas, está todo completo... más de lo que nosotros quisiéramos. ¡Mañana, quizá, si tal y cual dejan su habitación!» Al final, tras mucho encogerse de hombros, la anciana se quedó mirando al portero de la chaqueta ribeteada, y éste, a su vez, se quedó mirando con expresión somnolienta al maestro. No obstante, obedeciendo a uno de esos misteriosos mecanismos que regulan la esperanza, que ni él mismo alcanzó a

comprender, y siguiendo las indicaciones, completamente ininteligibles, que le había dado la anciana, salió finalmente a la calle y se encaminó hacia un oscuro grupo de casas que ella le había señalado. De lo único que estaba seguro era de que tenía la intención de aporrear una de aquellas puertas hasta que le dieran una habitación. Estaba demasiado cansado para detenerse a planear las cosas con más detalle. El portero había hecho ademán de acompañarle, pero en el último momento se dio la vuelta y se quedó hablando con la anciana. La borrosa silueta de las casas se vislumbraba en medio de la oscuridad. Corría un aire gélido y el valle entero

retumbaba con las carreras y el estruendo de los cursos de agua. Pensaba vagamente que no tardaría en amanecer y que quizá tendría que pasar la noche dando vueltas por el bosque, cuando oyó un ruido sordo a sus espaldas y, al darse la vuelta, vio a una figura que se acercaba apresuradamente hacia él. Era el portero... que venía corriendo.

En el pequeño recibidor de la posada se reanudó una confusa conversación a tres bandas, salpicada de vez en cuando por coloquios en voz baja y apartes susurrados en dialecto entre la mujer y el portero, cuyo resultado final fue que «si a Monsieur no le parecía mal... después de todo, sí que había una

habitación, en el primer piso... sólo que, en cierto modo, estaba “ocupada”. Bueno, en realidad lo que pasaba era que...».

No obstante, el maestro se quedó con la habitación sin meterse en más averiguaciones sobre aquel embrollo, pues al fin y al cabo le había proporcionado de pronto justo lo que él quería. La ética profesional de los hosteleros no era cosa de su incumbencia. Si aquella mujer le ofrecía alojamiento no le correspondía a él ponerse a discutir sobre si estaba legitimada o no para hacerlo.

Mientras acompañaba al huésped a su habitación, el portero, que a todas luces estaba un tanto nervioso, le fue

suministrando en una mezcla de francés y de inglés los detalles que la patrona había omitido, y Minturn, pues tal era el nombre de aquel maestro, no tardó en compartir aquel nerviosismo con él y en verse envuelto en la atmósfera de una posible tragedia. Todo aquel que conozca esa emoción tan característica que producen los altos valles de montaña, uno de cuyos principales atractivos consiste en la realización de escaladas con peligro, comprenderá esa ligera sensación de alarma que suele ir asociada a tales paisajes. Cuando se alza la vista para contemplar los picos desolados que se remontan solitarios en las alturas, no se puede evitar pensar en esos hombres cuya diversión consiste en

pasarse varios días y noches seguidos escalando las peligrosas cumbres que se elevan sobre un mar de nubes, y en conquistar, centímetro a centímetro, los picos helados que blanden permanentemente el oscuro pabellón del terror en el cielo. La atmósfera de aventura, aderezada con el posible espanto de una de las tragedias más horribles que quepa imaginarse, es inseparable de cualquier contemplación imaginativa de semejante paisaje; y lo que Minturn dedujo de las palabras del alarmado portero, no perdió nada de su miga a pesar de su desconocimiento del idioma. Una inglesa, la legítima ocupante de la habitación, se había empeñado en ir a las montañas sin guía.

Había partido hacía dos días justo antes de que amaneciera —el portero la había visto salir— y... ¡no había regresado! La ruta era difícil y peligrosa, pero no imposible para un escalador experto, aunque fuera solo. Y la inglesa era una montañera curtida. Pero también era una persona terca, que desdeñaba los consejos, le aburrían las advertencias y tenía una fe ciega en sí misma. Además era un tanto rara; no se mezclaba con los demás huéspedes y, a veces, se pasaba días enteros encerrada con llave en su habitación sin dejar entrar a nadie; vamos, una «excéntrica» de tomo y lomo.

Todo esto fue lo que Minturn sacó en claro de lo que el portero le fue

contando mientras subía su equipaje y ponía un poco de orden en la habitación; pero hubo algo más. Se enteró también de que ya había salido una partida de rescate y que, por supuesto, podían regresar en cualquier momento. En cuyo caso... En fin, por eso, aunque la habitación estuviera desocupada, seguía siendo de ella. «Pero si a Monsieur no le importa correr el riesgo de tener que dejar la habitación en medio de la noche...» Dado que el locuaz portero parecía empeñado en aportar todo tipo de detalles que ponían en cuestión la validez de la transacción que acababa de realizar, Minturn lo despachó tan pronto como pudo y se dispuso a irse a la cama —que el propio portero había

arreglado a toda prisa— para tratar de dormir el máximo de horas posible antes de que viniera alguien a decirle que se tenía que marchar.

La verdad es que al principio se sintió incómodo, francamente incómodo. Estaba en la habitación de otra persona. Realmente no tenía ningún derecho a estar allí. Era una intrusión imperdonable; y mientras deshacía el equipaje, giró en varias ocasiones la cabeza para mirar hacia atrás, como si temiera que alguien le estuviera observando desde alguna de las esquinas. Tenía la impresión de que, en cualquier momento, oiría pasos en el pasillo, llamarían a la puerta y, a continuación, ésta se abriría y vería a

aquella fornida inglesa mirándole de arriba a abajo con furia. O aún peor: le oiría preguntarle qué hacía en su habitación, en su dormitorio. ¡Es cierto que podía darle una explicación convincente, pero de todos modos...!

Entonces, al darse cuenta de que ya estaba a medio desvestir, su mente captó durante un segundo la vertiente cómica de la situación, y soltó una carcajada... en voz baja. Pero, de inmediato, a la risa le sucedió aquella súbita sensación de tragedia que ya había experimentado antes. Puede que mientras él sonreía, el cuerpo de esa mujer yaciera roto y helado en esas cumbres espantosas, con los cabellos desordenados por la ventisca y los ojos vidriosos lanzando

una mirada vacía a las estrellas... Sólo de pensar en ello se estremecía. La percepción que tenía de esa mujer, a la que no había visto nunca y de la que ni tan siquiera sabía el nombre, se volvió extraordinariamente real. Casi llegaba a imaginarse que se hallaba oculta en algún lugar de la habitación, observando todo lo que él hacía.

Abrió la puerta con cuidado para dejar fuera las botas, y cuando la cerró de nuevo, echó la llave. Después, acabó de deshacer el equipaje y distribuyó las pocas cosas que había traído consigo por la habitación. No tardó mucho en hacerlo; sólo tenía un pequeño baúl de viaje y una mochila y, además, el único lugar donde se podían extender las ropas

era el sofá. No había cómoda, y el armario, un mueble excepcionalmente sólido y grande, estaba cerrado con llave. Era evidente que habían guardado a toda prisa las ropas de la inglesa en aquel mueble. El único signo que indicaba su presencia reciente en la habitación era un ramo de Alpenrosen marchitas, colocadas en un jarrón de cristal que había sobre el palanganero. Eso, y un vago olor a perfume, era todo lo que quedaba. No obstante, a pesar de la escasez de vestigios, por toda la habitación se respiraba la extraña y desagradable sensación de que ésta seguía estando ocupada. Durante un instante se palpaba en el ambiente una sutil presencia que parecía susurrar un

«acabo de salir», que al convertirse de pronto en un tajante «aún sigo aquí», hacía que se diera rápidamente la vuelta para mirar a sus espaldas.

La aversión que sentía hacia esa habitación en su conjunto era muy singular; y es precisamente la fuerza de ese sentimiento, la única excusa que quizá se pueda esgrimir para justificar el hecho de que arrojara aquellas flores marchitas por la ventana y colgara después su gabardina de la puerta del armario, procurando taparlo lo máximo posible. Lo cierto es que la visión de aquel horrible y gigantesco armario, lleno de la ropa de una mujer que en aquel momento quizá ya no necesitara nada con que cubrir su cuerpo (pues así

era como insistía en presentársela su imaginación), provocaba en él una sensación de incongruencia que no sólo le llenaba de perplejidad sino que, además, se iba abriendo paso en su mente hasta transformarse en un sentimiento de espanto verdaderamente grotesco. Sea como fuera, la visión de aquel armario le desagradaba y, casi por puro instinto, lo había tapado. Luego, tras apagar la luz, se metió en la cama.

Pero desde el preciso instante en que la habitación quedó a oscuras, se dio cuenta de que aquello era más de lo que él podía soportar; pues nada más hacerse la oscuridad, sintió una especie de corriente de aire helado que no alcanzaba a explicarse. Y lo curioso es

que, al encender la vela que había junto a la cama, advirtió también que le temblaban las manos. La verdad es que aquello era ya demasiado. Su imaginación se estaba tomando muchas libertades y había que llamarla al orden. Pero la forma en que lo hizo fue muy significativa, y el propio carácter deliberado de su acción ponía al descubierto un estado mental que ya había dado cabida al miedo. Y una vez que el miedo se ha metido dentro es muy difícil expulsarlo. Se recostó sobre su codo y se puso a enumerar con sumo cuidado todos los objetos que había en la habitación, con la intención, por así decirlo, de hacer un inventario de todo aquello que percibían sus sentidos, para

después trazar una línea, sumarlos y exclamar con decisión: «¡Esto es todo lo que hay en esta habitación! He contado todas y cada una de las cosas. No hay nada más. ¡Ahora ya puedo dormir tranquilo!».

Fue precisamente durante el absurdo proceso de enumerar los muebles de la habitación, cuando se apoderó de él una terrible y angustiosa sensación de lasitud que casi le impidió acabar sus cuentas. Le acometió con una rapidez y una virulencia asombrosas que hicieron que, sin apenas darse cuenta, se viera abrumado por una molicie atroz difícilmente descriptible. Su primer efecto fue hacerle olvidar su miedo. Ya no tenía la energía suficiente para

sentirse verdaderamente asustado o nervioso. El frío permanecía, pero la alarma había desaparecido. Por todos los rincones de aquella personalidad, por lo general vigorosa, se fue extendiendo lentamente el insidioso veneno de una fatiga muscular que, al cabo de unos segundos, pareció transformarse en inercia espiritual. Una súbita conciencia de la supina futilidad y del absurdo de la vida, del esfuerzo, de la lucha; de todo lo que hace que vivir merezca la pena, se fue infiltrando en cada fibra de su ser, dejándole en un estado de extrema debilidad. El espíritu de un negro pesimismo, al que le faltaban fuerzas incluso para manifestarse con cierta energía, invadió

las cámaras secretas de su corazón... Todas las imágenes que le venían a la mente aparecían envueltas en grises sombras. ¡Esos caballos sudorosos y aburridos, ascendiendo trabajosamente... a ninguna parte! La patrona aquella de las facciones tan duras, tomándose tanto trabajo en conseguir que su afán de lucro se impusiera sobre su sentido moral... ¡por un puñado de francos! ¡El portero del traje ribeteado; tan quisquilloso, tan locuaz, tan agotador... ardiendo en deseos de contarle todos los chismes que sabía! ¿Para qué servía toda esa gente? Y, en cuanto a él, ¿qué sentido tenía el trabajo penoso y monótono en aquella escuela de la que era maestro? ¿A dónde conducía aquello? ¿De qué

valía tanto incierto afán, cuando los secretos últimos de la vida permanecen ocultos y nadie sabe cuál es el sentido final de las cosas? ¡Qué absurdos eran el esfuerzo, la disciplina, el trabajo! ¡Qué vano el placer! ¡Qué triviales hasta las cosas más nobles de la vida!

Dando un salto que casi derribó la vela, Minturn trató de hacer frente a aquel estado de decaimiento. Ese tipo de ideas eran tan ajenas a su carácter habitual, que aquella invasión repentina y cobarde produjo una reacción inmediata. Pero sólo duró un momento. Al instante, la depresión volvió a abatirse sobre él como una ola. Su trabajo —que a fin de cuentas como mucho le permitiría aspirar al tedioso

cargo de director de colegio— le parecía tan vano y tan absurdo como aquellas vacaciones en los Alpes. Qué idiota, qué rematadamente idiota había sido de venir aquí, con su mochila a cuestas, para no hacer otra cosa que matarse de cansancio por aquellas montañas en un ascenso agotador que no conducía a ninguna parte, que nada le podía reportar. El estado de ánimo que le poseía era tan lóbrego como una tumba. ¡La vida no era más que un repugnante fraude! ¡La religión, un camelo pueril! Todas las cosas no eran más que una trampa; una trampa tendida por la muerte: ¡un juguete de vivos colores que la Naturaleza utiliza como señuelo! ¿Pero, un señuelo, para qué?

¡Para nada! Nada tenía sentido. Lo único real era... LA MUERTE. Y la gente más feliz eran aquellos que antes la encontraban.

Entonces, ¿por qué esperar a que llegue? Absolutamente aterrorizado, saltó de la cama como impulsado por un resorte. ¿Cómo era posible que la mera fatiga pudiera alumbrar un universo tan negro, una actitud tan depresiva, una cobardía que hacía que se tambalearan las raíces mismas de la vida, asestándoles semejante golpe de desesperanza? Por lo general él era una persona fuerte y alegre, rebotante de salud y de vida; pero aquella lasitud atroz arrasaba las bases mismas de su personalidad, conduciéndole a la nada y

al deseo de morir. Era como si hubiera desarrollado una Segunda Personalidad. Ciertamente que había leído que algunas personas, tras sufrir una fuerte impresión, podían llegar a desarrollar como consecuencia de ello unos rasgos de carácter distintos, otros recuerdos, otros gustos y demás cosas por el estilo. Aquella posibilidad siempre le había asustado. Sabía que algunos científicos respaldaban la autenticidad de tales historias, pero a él no le parecía que fueran muy creíbles. Y, no obstante, algo similar a eso era lo que le estaba ocurriendo ahora a su propia conciencia. Estaba, de eso no le cabía ninguna duda, experimentando todas las fluctuaciones mentales... ¡de otra persona! Era algo

inmoral. Algo espantoso. Era... bueno, la verdad es que también era algo enormemente interesante.

Y aquel interés que comenzaba a sentir fue el primer signo de que su yo normal estaba regresando. Pues quien siente interés por algo, está vivo, y ama la vida. De un salto, se plantó en medio de la habitación y encendió la luz. Lo primero que captó su atención fue... aquel enorme armario.

—¡Vaya! ¡Ahí está... esa monstruosidad de armario! —exclamó para sí sin querer, aunque en voz alta. Dentro estarían colgadas sus faldas, sus abrigos, sus blusas de verano; todas las ropas de la mujer muerta. Porque ahora sabía que —de uno u otro modo—

aquella mujer tenía que estar muerta.

En ese momento, a través de las ventanas abiertas, irrumpió el sonido del agua que caía, y con él llegó también una vívida imagen mental de la desolación de las cumbres barridas por la ventisca. Entonces vio a la mujer —¡sí, verdaderamente la vio!— en el lugar donde había caído; las mejillas cubiertas de escarcha, la nieve en polvo arremolinándose en torno a sus cabellos y a sus ojos, sus extremidades rotas aprisionadas entre bloques de hielo. Por un momento, aquella sensación de lasitud, de vacío vital, se desvaneció ante aquella imagen de un esfuerzo inútil, de la pequeña fuerza de un ser humano peleando con coraje, aunque en

vano, contra las potencias impersonales y despiadadas de la naturaleza inerte; y, de nuevo, recuperó su yo habitual. Sin embargo, un instante después, regresó otra vez el terrible frío, la nada, el vacío...

Se descubrió a sí mismo de pie frente al gran armario que guardaba las ropas de aquella mujer. De repente quería ver esas ropas; las cosas que ella había usado y llevado. Estaba muy cerca, casi podía tocarlo. Y un segundo después ya lo había tocado. Estaba golpeando con los nudillos en la madera. Es difícil saber por qué lo hizo. Probablemente se trató de un movimiento reflejo. Algo desde lo más profundo de su ser se lo había dictado...

se lo había ordenado; y él, había golpeado la puerta. El sonido sordo de la madera en medio de la quietud de aquella habitación... le horrorizó. El porqué de aquel sentimiento era algo que le resultaba tan inexplicable como la razón por la que se había sentido impulsado a llamar a aquella puerta. El hecho es que, cuando oyó una leve reverberación en el interior del armario, tuvo una conciencia tan vívida de la presencia de la mujer que se quedó de pie temblando con una terrorífica sensación de que algo iba a ocurrir; casi esperaba oír que desde el interior le respondían con un golpe —quizá sólo el frufú de las faldas colgadas— o, aún peor, que veía como aquella puerta

cerrada con llave se abría lentamente hacia afuera.

A partir de ese momento asegura que, de un modo u otro, debió perder parcialmente el control sobre sí mismo, o al menos, una parte importante de su sentido común; pues se vio poseído por un deseo tan irresistible de abrir como fuera aquel armario y de ver las ropas que había dentro, que probó todas las llaves que había en la habitación en un vano intento de abrirlo, hasta que, finalmente, antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que hacía... ¡llamó al timbre!

Pero, tras haber llamado al timbre a las dos de la madrugada, sin que hubiera ninguna razón sensata u obvia

para hacerlo, y mientras esperaba de pie en medio de la habitación a que viniera algún empleado, se dio cuenta por primera vez que algo ajeno a su ser normal le había impulsado a hacer aquello. Era como si una voz interna le dictara lo que tenía que hacer. Por eso, cuando finalmente se oyeron pasos que se acercaban por el pasillo, y tuvo frente a frente a una doncella adormilada, enojada y muy sorprendida de que la hubieran llamado a esas horas, no tuvo ninguna dificultad en encontrar palabras con las que expresar sus deseos. Aquel mismo poder que le había apremiado a que abriera la puerta del armario también le impelía a pronunciar unas palabras sobre las que, aparentemente,

no tenía control alguno.

—¡No es a usted a quien he llamado! —dijo con decisión e impaciencia—. Necesito a un hombre. Despierte al portero y envíemelo inmediatamente. ¡Dése prisa! ¿Es que no me ha oído? ¡Dése prisa!

Cuando la chica se hubo marchado, Minturn, asustado de su propia severidad, se dio cuenta de que aquellas palabras le habían sorprendido a él tanto o más que a la propia doncella. Hasta que no salieron de sus labios no supo exactamente qué era lo que iba a decir. No obstante, comprendía que alguna fuerza ajena a su personalidad estaba utilizando su mente y los órganos de su cuerpo. Aquella negra depresión que le

había poseído hacía poco también formaba parte de ello. De algún modo, el poderoso estado de ánimo de la mujer desaparecida se había apoderado de él momentáneamente; con toda seguridad debido a la atmósfera que creaba en la habitación la presencia de cosas que le habían pertenecido. Pero ni siquiera cuando el portero —sin chaqueta ni cuello duro— se hallaba ya junto a él en la habitación, consiguió comprender por qué insistía, hecho una verdadera furia y sin admitir un no por respuesta, en que buscara la llave del armario y abriera inmediatamente la puerta. La escena resultaba bastante curiosa. Tras realizar un intercambio de susurros de asombro con la doncella al fondo del pasillo, el

portero se las arregló para encontrar y traer la llave en cuestión. Ni él ni la chica sabían a ciencia cierta qué era lo que pretendía aquel inglés tan nervioso, o por qué ponía tanto empeño en que se abriera un armario a las dos de la madrugada. Le observaban con el aire de quien no puede dejar de preguntarse qué será lo que va a ocurrir a continuación. Sin embargo, algo de la extraña seriedad y del miedo que ahora apreciaban en aquel hombre se les contagió, de modo que cuando la llave chirrió al introducirse en la cerradura, los dos pegaron un respingo.

Contuvieron el aliento mientras la puerta se abría lentamente con un crujido. Todos oyeron el ruido de otra

llave al caer contra el suelo de madera del armario... por dentro. Había sido cerrado desde el interior. Pero fue la aterrizada doncella, desde su posición en el pasillo, quien lo vio primero; y lanzando un grito desgarrador se desplomó contra el pasamanos de la escalera. El portero no hizo intento alguno de rescatarla. Tanto él como el maestro salieron corriendo hacia la puerta, que ahora se hallaba completamente abierta. También ellos lo habían visto.

Colgadas de las perchas no había ropas, ni faldas, ni blusas; lo que vieron fue el cuerpo de la mujer inglesa suspendido en el aire con la cabeza caída hacia delante. Sacudida por el

movimiento que se había producido al abrir la puerta, el cuerpo había ido girando lentamente hasta darles la cara... Clavado en la parte de atrás de la puerta había un sobre del hotel con las siguientes palabras escritas con letra temblorosa:

«Cansada... infeliz... desesperada... deprimida... No puedo seguir haciendo frente a la vida... Todo es negro. Tengo que poner fin a esto... Quería hacerlo en las montañas pero tuve miedo. Volví a mi habitación cuando no vi a nadie. Así es más fácil, y mejor...».

CULTO SECRETO

Harris, un comerciante en sedas cruzaba el sur de Alemania de regreso a su país tras un viaje de negocios, cuando, de repente, se le ocurrió la idea de coger en Estrasburgo el tren de las montañas y acercarse a visitar su antiguo colegio tras una ausencia de algo más de treinta años. Este impulso fortuito del socio más joven de la firma Harris Brothers de St. Paul's Churchyard proporcionaría a John Silence uno de los casos más extraños de toda su carrera, pues daba la casualidad de que, en aquel preciso momento, recorría a

pie con una mochila a la espalda aquellas mismas montañas; y aunque ambos hombres habían partido de puntos muy alejados entre sí, el caso es que los dos se dirigían a la misma posada.

Pues bien, en lo más hondo del corazón de Harris, que durante los últimos treinta años se había ocupado casi de forma exclusiva del lucrativo negocio de la compraventa de seda, aquel colegio había dejado una marca indeleble y, aunque es posible que ni él mismo se diera cuenta de ello, había ejercido una influencia decisiva en toda su vida posterior. El colegio en cuestión pertenecía a una comunidad protestante (no es necesario especificar cual) entregada a una vida profundamente

religiosa. Cuando tenía quince años su padre le había enviado allí, en parte para que aprendiera el alemán necesario para desenvolverse en el negocio de la seda, y en parte porque la disciplina era muy estricta; y si había algo que su alma y su cuerpo necesitaban en aquel momento era, por encima de todo, disciplina.

La vida en aquel lugar había resultado extremadamente dura, y el joven Harris había sacado mucho provecho de ello, pues si bien no se practicaba el castigo físico, existía un sistema de correctivos espirituales y mentales que permitía que el alma mantuviera intacto su orgullo, a la vez que se atacaba de raíz la falta cometida,

haciendo ver al muchacho que aquélla era una forma de fortalecer y purificar su carácter y no una mera tortura a la que se le sometía con ánimo de venganza.

Todo aquello había ocurrido hacía ya algo más de treinta años, cuando Harris no era más que un adolescente soñador e impresionable. Ahora, mientras el tren ascendía con lentitud, serpenteando entre los barrancos de las montañas, su mente, no sin cierta ternura, viajaba en el tiempo saltándose los años transcurridos desde entonces y muchos detalles olvidados surgían de entre las sombras y volvían a presentarse nítidamente en su memoria. No podía parecerle más maravillosa la

vida que había llevado en aquel remoto pueblo de montaña, protegido del bullicio del mundo por el amor y la devoción de la piadosa Hermandad, a cuyo cargo estaban cerca de cien muchachos llegados de todas las partes de Europa. Vívidas escenas del pasado acudían a su pensamiento. De nuevo le llegaba el olor de los largos pasillos de piedra, de las cálidas aulas de madera de pino donde estudiaba durante las horas de bochorno del verano, mientras oía el zumbido de las abejas a través de las ventanas abiertas y en su mente se libraba un feroz combate entre los caracteres alemanes y la evocación de los prados ingleses... hasta que, de pronto, se oía el temible grito del

maestro de alemán:

—¡Harris, levántese! ¡Está usted dormido!

También se acordaba del horror de tener que permanecer de pie sin moverse durante una hora con un libro en la mano, mientras sentía cómo las rodillas le iban flojeando y la cabeza comenzaba a pesarle como si fuera una bala de cañón.

Hasta los olores de la cocina le venían ahora a la memoria: el Sauerkraut de a diario, el chocolate aguado de los domingos, el aroma de la carne llena de nervios que les servían dos veces por semana durante el Mittagessen; y sonreía al pensar en las medias raciones con que le castigaban

por hablar en inglés. También le llegaba la penetrante fragancia de los cuencos de leche; el perfume cálido y dulce que se desprendía al mojar los trozos de pan de pueblo durante los desayunos de las seis de la mañana. Aquel recuerdo le evocaba la imagen del enorme Speisesaal donde un centenar de muchachos, vestidos con el uniforme del colegio, se sentaban a comer adormilados y en silencio, tratando de tragar a toda prisa el pan basto y la leche hirviendo, temerosos de que en cualquier momento sonara la campana que daba por finalizada la hora del desayuno. Al otro extremo de la sala, donde se sentaban los maestros, veía también la estrecha hendidura de las

ventanas tras las cuales se adivinaba el cautivador paisaje de prados y bosques que rodeaba al colegio.

Estas imágenes le condujeron a su vez a la gran sala del piso más alto, tan semejante a un granero, donde tenían que dormir juntos todos los alumnos en catres de madera. Vino entonces a su memoria el repicar cruel de la campana que, en las mañanas de invierno, les despertaba a las cinco de la madrugada para que bajaran al enlosado del Waschkammer, donde maestros y muchachos, tras un lavado breve y gélido, se vestían en completo silencio.

Pasaba ligera su mente de unos recuerdos a otros ofreciéndole vívidas estampas de su pasado, cuando sintió un

fugaz estremecimiento al recordar cómo le había ido carcomiendo la inmensa soledad de no poder estar nunca a solas.

Todo —el trabajo, las comidas, el reposo, los paseos, el ocio— se hacía en compañía de los veinte muchachos que componían su «sección» y siempre bajo la mirada vigilante de, por lo menos, dos maestros. La única manera de poder estar a solas era pedir un permiso de media hora para ensayar en aquellas salas de música que parecían celdas. Harris esbozó una sonrisa al recordar el celo que ponía en sus estudios de violín.

Cuando el tren se adentraba resoplando en los grandes pinares que desplegaban sobre las montañas su

gigantesca alfombra de terciopelo, de las capas más gratas de su memoria comenzaron a resucitar otros recuerdos. Revivió entonces la admiración que sentía por la bondad de aquellos maestros —a quienes todos se dirigían llamándoles Hermanos— y volvió a maravillarse de esa devoción que les llevaba a enclaustrarse durante años en aquel lugar que, por lo general, sólo abandonaban para abrazar la vida, aún más sacrificada, de los misioneros destinados a los parajes más inhóspitos de la tierra.

Una vez más pensó en aquella religiosa atmósfera de quietud que envolvía a la pequeña comunidad del bosque con un velo, protegiéndola de las

asechanzas del mundo exterior. Recordó el colorido de las celebraciones de Semana Santa, Navidad y Año Nuevo, los numerosos días de fiesta y el encanto de los pequeños festejos. Se recreó especialmente en la Beschehr-Fest —la entrega de regalos de Navidad— cuando toda la comunidad se dividía en parejas para intercambiar presentes, que a menudo llevaban semanas preparando o habían costado los ahorros de muchos días. Le vino a la mente entonces la imagen de la misa de medianoche del Año Nuevo y, subido en lo alto del púlpito, se le apareció el rostro encendido del Prediger, el predicador del pueblo. Todas las celebraciones de la última noche del año, aquel hombre

veía en la desierta galería del coro que se encontraba tras el órgano, los rostros de las personas que morirían en los doce meses siguientes; y cuando finalmente descubrió su propio rostro entre ellos, cayó en estado de éxtasis en medio del sermón y prorrumpió en un torrente de alabanzas.

Los recuerdos acudían en tropel a su memoria. La imagen de aquel pequeño pueblo, que vivía en las cumbres de las montañas el sueño de una vida generosa y pura, sana y sencilla, mientras buscaba a su Dios con todo fervor y formaba a cientos de muchachos para que siguieran el buen camino, acudía a su mente con toda la fuerza de una obsesión. Volvió a sentir

el viejo entusiasmo místico, más profundo que el mar y más maravilloso que las estrellas; oyó otra vez el suspiro de los vientos, recorriendo leguas y más leguas de bosque hasta llegar a los rojos tejados iluminados por el claro de luna; oyó también las voces de los Hermanos, hablando de las cosas del más allá como si las hubieran experimentado en su propia carne; y mientras permanecía sentado en aquel vagón, acunado por el traqueteo del tren, un espíritu de inefable añoranza se apoderó de su alma fatigada y marchita, agitando en lo más hondo de su ser un mar de emociones que creía hace tiempo congeladas.

El contraste entre el joven e idealista soñador que un día fue y el

hombre de negocios que era ahora, le apenaba. Sentía que el espíritu de la paz y la belleza ultramundana, que sólo conoce el alma entregada a la vida contemplativa, le había rozado con la punta del ala el corazón, produciendo un misterioso movimiento en la superficie de esas aguas.

Harris sintió un leve estremecimiento y se asomó por la ventana de aquel vagón, que le tenía a él por único pasajero. Hacía tiempo que el tren había dejado atrás Hornberg; allá abajo los torrentes se precipitaban por entre las rocas calizas en un tumulto de blanca espuma. Delante de él, recortándose contra el cielo, se sucedían una tras otra las cimas redondeadas de

las montañas cubiertas de árboles. Era el mes de octubre y corría una aire frío y cortante en el que se mezclaban de forma exquisita el olor a leña quemada y a musgo húmedo con la sutil fragancia de los pinos. Allá arriba, entre las copas de los abetos más altos, vio asomar las primeras estrellas en un cielo raso con el mismo tono amatista pálido que parecía envolver todos aquellos recuerdos que le venían a la mente.

Se arrellanó en su asiento y dejó escapar un suspiro. La vida le había endurecido y hacía muchos años que no sabía lo que era tener sentimientos. Era un gran hombre, se requería mucho esfuerzo para conmoverle, tanto física como emocionalmente. Sin embargo, a

diferencia de lo que suele ser habitual, el sueño de Dios que alienta en el alma de los jóvenes, a pesar de la inmundicia acumulada en la lucha por ganarse la vida, no se encontraba en su caso completamente extinguido.

Regresaba ahora a aquel filón abandonado durante años, donde tanto oro puro se había ido amontonado sin que nadie lo tocara, con el ánimo agitado por todas aquellas emociones pseudoespirituales; y a medida que veía acercarse las cumbres de las montañas y olía los olvidados aromas de la infancia, algo se iba derritiendo en la superficie de su alma, haciendo que recobrará un grado de sensibilidad que no había tenido desde que, hacía más de treinta

años, vivió en aquel lugar con sus sueños, sus conflictos y las penas propias de la juventud.

Harris tembló de emoción cuando el tren se detuvo con una sacudida y vio, sobre el edificio de piedra gris, el nombre de aquella diminuta estación escrito con letras negras, y debajo, la altitud expresada en metros sobre el nivel del mar.

—¡El punto más alto de la línea! — exclamó—. ¡Qué bien lo recuerdo: Sommerau, El Prado del Estío! ¡La próxima estación ya es la mía!

Cuando el tren, tras cortar el vapor, comenzó a descender con los frenos echados, sacó la cabeza por la ventana y, a la luz del crepúsculo, se puso a

identificar uno por uno todos aquellos viejos lugares que le resultaban tan familiares. Le devolvían la mirada como si fueran personas muertas salidas de un sueño. Un sentimiento extraño e intenso, dulce y doloroso a la vez, palpitaba en su corazón.

«Ahí está el camino por el que solíamos dar tantos paseos a pleno sol, con dos hermanos siempre pegados a nosotros —pensó— y eso de ahí, ¡Dios mío, es el desvío que conduce a través del bosque hasta Die Galgen, el patíbulo de piedra donde antiguamente ahorcaban a las brujas!»

Esbozó una sonrisa mientras el tren iba dejando atrás aquel lugar.

«Y ése es el bosquecillo que se

llenaba de lirios de los valles por primavera; y juraría que ése es... —con un súbito impulso sacó un poco más la cabeza por la ventana— sí, es el claro donde estuve con aquel muchacho francés, Calame, persiguiendo a una golondrina, y después el hermano Pagel nos castigó a medias raciones por habernos salido del camino sin permiso y haber soltado unos gritos en nuestros idiomas».

Se le escapó de nuevo una risa, mientras un torrente de recuerdos inundaba su mente de vívidos detalles.

Al llegar a su destino, Harris bajó del tren y se quedó un rato parado en el andén de grava gris como si estuviera viviendo un sueño. Le parecía que había

pasado casi un siglo desde la última vez que había estado allí, con todo su equipaje metido en unas cajas de cartón atadas con cordeles, esperando el tren que le llevaría a Estrasburgo para, finalmente, regresar a su hogar tras dos años de exilio. El reloj del tiempo parecía haberse parado y volvía a sentirse un niño. La única diferencia era que ahora las cosas le parecían más pequeñas de como las recordaba; todo parecía haber menguado y encogido y las distancias se habían reducido de escala.

Cruzó la carretera y se dirigió a la pequeña Gasthaus. Los rostros y las figuras de sus antiguos compañeros de colegio —alemanes, suizos, italianos,

franceses, rusos— surgían de entre los árboles del bosque y le acompañaban en silencio. Flotaban en torno suyo, mirándole a los ojos con un semblante inquisitivo y triste. Pero no conseguía recordar sus nombres. También venían con ellos algunos de los Hermanos, y de los nombres de muchos de ellos sí que se acordaba: el hermano Rost, el hermano Pagel, el hermano Schliemann. Tampoco había olvidado el nombre del viejo predicador que descubrió su propia imagen en la fantasmal galería de los que iban a morir: el hermano Gysin. La oscuridad del bosque le cercaba como un mar cuyas olas de terciopelo podían encrespase en cualquier momento y anegar la escena, arrastrando

consigo los rostros de los que le acompañaban. El aire era frío y estaba repleto de deliciosas fragancias, pero cada vez que aspiraba aquel perfume le venía a la memoria la tenue evocación de un recuerdo.

A pesar del inevitable poso de tristeza que iba unido a aquella experiencia, todo le resultaba muy interesante y le producía una curiosa sensación de placer; de modo que cuando cogió una habitación en la posada y encargó la cena, se sintió muy satisfecho de sí mismo y se hizo el firme propósito de dar un paseo hasta su viejo colegio esa misma noche. El colegio estaba justo en el centro del pueblo, que se encontraba a unas cuatro millas de

distancia atravesando el bosque. Fue entonces cuando recordó que aquel lugar era un pequeño enclave protestante situado en medio de una región mayoritariamente católica. Las ermitas y los crucifijos rodeaban aquel claro del bosque como si fueran los centinelas de un ejército sitiador. Una vez que se dejaba atrás la plaza del pueblo — alrededor de la cual se desplegaban unos cuantos acres de prados y huertos — las prietas falanges de pinos se sucedían una tras otra y, justo en el lindero de aquel bosque, empezaba el territorio donde ejercían su autoridad los sacerdotes de otra confesión. Recordaba vagamente que, en algunas ocasiones, los católicos habían

mostrado cierta animosidad contra aquel pequeño oasis protestante que florecía en paz y benevolencia en medio de sus dominios. Harris tenía todo aquello bastante olvidado. Qué mezquino le parecía ahora, con su amplia experiencia de la vida y el conocimiento que tenía de otros países y del gran mundo. Era como si hubiera retrocedido trescientos años en el tiempo en vez de treinta.

A la hora de la cena sólo había otros dos huéspedes en el comedor. Uno de ellos era un hombre de mediana edad, con barba, y vestido con un traje de tweed, que se sentaba solo en un extremo de la mesa. Harris, al darse cuenta de que era inglés, procuró

mantenerse alejado de él. Temía que su presencia allí estuviera relacionada con algún asunto de negocios —incluso con el negocio de la seda— y que quizá estuviera interesado en charlar un rato sobre el tema. El otro huésped era un cura católico. Se trataba de un hombre de pequeña estatura que comía la ensalada con cuchillo, aunque lo hacía con tal delicadeza que no llegaba a resultar molesto. Fue precisamente la visión de aquel clérigo la que le trajo a la memoria el antiguo antagonismo. Cuando Harris, para sacar tema de conversación, le habló de los motivos que le habían llevado a emprender aquel viaje sentimental, el cura alzó la vista, enarcó las cejas, y se le quedó mirando

con una expresión de sorpresa y recelo que, por alguna razón, consiguió que se sintiera herido en su orgullo. Harris atribuyó aquella expresión a la diferencia de credos que existía entre ellos.

—Sí —prosiguió el comerciante en sedas, encantado de poder hablar del tema que acaparaba todos sus pensamientos—, para un muchacho inglés verse de repente en una escuela rodeado de cien extranjeros fue una experiencia muy extraña. Me acuerdo muy bien de la soledad y la insoportable heimweh que me produjo al principio. —Hablaban un alemán muy fluido.

El cura, que estaba sentado frente a él, alzó la vista del plato de ensalada y

sonrió. Tenía un rostro agradable. Le explicó, en voz baja, que se encontraba allí de paso y que estaba haciendo un recorrido por las parroquias de Württemberg y Baden.

—La vida allí era dura —añadió Harris—. Recuerdo que los chicos ingleses decíamos que era Gefängnisleben: una vida carcelaria.

Por alguna razón inexplicable, la mirada del cura se ensombreció. Tras una breve pausa, y más por cortesía que por deseo de seguir hablando de aquel tema, dijo en voz baja:

—Sí, aquélla fue la mejor época del colegio. Después, según tengo entendido...

Se encogió ligeramente de hombros

y aquella mirada extraña, casi de alarma, volvió a dibujarse en su semblante. Dejó la frase sin terminar.

Harris percibió en su voz algo que le pareció completamente fuera de lugar, un tono raro, como de reproche. No pudo evitar sentirse molesto.

—¿Cómo, qué ha cambiado? — preguntó—. No puedo creer que...

—Ya veo que no está usted enterado —señaló el cura, con mucho tacto, mientras iniciaba con las manos el gesto de hacer la señal de la cruz, pero sin llegar a completarlo—. ¿No ha oído hablar de lo que ocurrió allí antes de que lo abandonaran?

La reacción de Harris fue, sin duda, muy infantil, y quizá se debiera a que

estaba demasiado cansado y alterado, pero las palabras y los modales del cura aquel le ofendieron hasta tal punto, que ni siquiera prestó atención a la última frase que dijo. Le vinieron a la mente los viejos rencores y antagonismos y, por un momento, casi perdió los estribos.

—¡Tonterías! —le interrumpió con una risa forzada—. Unsinn! Siento tener que contradecirle, caballero, pero yo fui alumno de ese colegio. No había nada que se le pudiera comparar. Me resulta increíble que pueda haber ocurrido algo lo bastante grave como para que haya... para que haya... perdido su carácter. La devoción de los Hermanos no tenía parangón posible, era...

Bruscamente dejó sin concluir la frase; se había dado cuenta de que había subido en exceso el tono de voz y temía que el hombre que se sentaba en el otro extremo de la mesa entendiera el alemán. En ese mismo instante, alzó la vista y se encontró con la mirada fija de los ojos de aquel tipo. Tenían un brillo muy especial. Eran unos ojos fascinantes y, sin que alcanzara muy bien a explicárselo, le pareció adivinar en aquella mirada una expresión de reproche y de advertencia. El rostro de aquel desconocido le impresionó vivamente. Por primera vez se percató de que era uno de esos rostros en cuya presencia se procura no decir o hacer nada que resulte impropio. No entendía

cómo no le había llamado antes la atención.

En cualquier caso, Harris lamentó no haberse mordido la lengua en vez de dejarse llevar por su apasionamiento. El cura no volvió a dirigirle la palabra. Tan sólo en una ocasión, tras alzar la mirada, dijo como hablando para sí, pero con la clara intención de que se le oyera:

—Lo encontrará cambiado. —Y al momento se levantó de la mesa, hizo una inclinación dirigida a los dos huéspedes y se retiró.

Al otro extremo de la mesa el hombre del traje de tweed también se levantó, y Harris se quedó solo en el comedor.

Permaneció un rato en aquella sala en penumbra, bebiendo el café a pequeños sorbos y fumando un buen puro, hasta que apareció la doncella para encender las lámparas de aceite. Estaba enfadado consigo mismo por haber dejado a un lado sus buenos modales, aunque no llegaba a explicarse por qué había ocurrido. Pensó que seguramente le había molestado que el cura, aún sin querer, hubiera introducido una nota discordante en el carácter placentero de sus sueños. Más adelante tendría que buscar la ocasión de pedirle disculpas pero, de momento, estaba demasiado impaciente por dar un paseo hasta su viejo colegio y, tras coger su bastón y su sombrero, salió de la casa

de huéspedes.

Al cruzar por delante de la Gasthaus, vio al cura y al hombre del traje de tweed. Estaban tan enfrascados en su conversación que apenas si se fijaron en él cuando pasó a su lado y se descubrió para saludarles.

Emprendió la marcha a buen paso. Recordaba perfectamente el camino y tenía la esperanza de llegar al pueblo a tiempo de charlar un rato con alguno de los Hermanos. A lo mejor hasta le invitaban a tomar una taza de café. Estaba seguro de que sería bien recibido y, una vez más, los viejos recuerdos se apoderaron de él. No había ninguna prisa en volver, podía regresar a la hora que quisiera.

Serían un poco pasadas las siete, y el temprano anochecer del mes de octubre venía acompañado de un aire frío que parecía brotar de los lugares más recónditos del bosque. Nada más cruzar el claro donde se encontraba la estación de tren, el camino comenzaba a hundirse en la espesura y, al cabo de pocos minutos, Harris avanzaba ya rodeado por todas partes de árboles. El sonido de sus botas moría al chocar contra aquellos millones de abetos en prieta formación sin devolverle ningún eco. Reinaba una oscuridad casi completa que a duras penas permitía distinguir el tronco de un árbol del de otro. Caminaba con paso rápido, impulsándose con el balanceo de su

bastón de madera de acebo. En una o dos ocasiones se cruzó con campesinos que regresaban a sus casas; el sonido gutural de su saludo, Grüss Got, que hacía tanto que no escuchaba, contribuía a poner de relieve el paso del tiempo y, a la vez, le hacía sentir que nada había cambiado. Su mente se poblaba de nuevos grupos de imágenes y las figuras de sus antiguos compañeros volvían a surgir del bosque y caminaban a su lado susurrándole al oído historias de los tiempos pasados.

Los ensueños se sucedían unos a otros sin interrupción. Conocía cada curva del camino, cada claro del bosque y, a su vez, todos y cada uno de ellos, hacían que los viejos recuerdos

cobraran vida. Estaba disfrutando intensamente de aquel paseo.

Proseguía su marcha sin detenerse ni un momento. Al salir la luna, el fino polvo dorado que cubría el cielo desapareció y un viento de un tenue color plateado se fue extendiendo silencioso entre la tierra y las estrellas. Se fijó en el resplandor de las copas de las abetos y escuchó cómo susurraban cuando la brisa mecía sus afiladas hojas en dirección a la luz. El dulzor del aire de montaña era embriagador. El camino brillaba como la espuma de un río que corriera entre tinieblas. Las mariposas nocturnas revoloteaban por doquier como pensamientos silenciosos que se cruzaran en su camino y, desde las

cavernas del bosque, cientos de aromas saltaban la barrera de los años para darle la bienvenida.

Entonces, cuando menos lo esperaba, los árboles desaparecieron bruscamente de ambos lados del camino y se encontró al borde del claro del pueblo.

Aceleró el paso. Allí estaban las siluetas de las mismas casas de siempre, bañadas de una capa de luz plateada; también los árboles de la placita central, con su fuente y sus pequeñas alfombras de césped; allí se alzaba la figura de la iglesia junto al Gasthof der Brüdergemeinde; y al divisar un poco más allá, elevándose oscuramente hacia el cielo, la imponente mole del edificio

del colegio, sintió un escalofrío. Como una fortaleza, cúbica y formidable, emergía frente a él, surcada por las profundas sombras del claro de luna, tras un silencio de más de un cuarto de siglo.

Cruzó rápidamente la calle desierta del pueblo y se paró junto a la sombra que proyectaba el edificio para contemplar aquellos muros que, en tiempos, le tuvieron preso durante dos años... dos años ininterrumpidos de disciplina y de nostalgia del lejano hogar. En su mente se agolpaban las imágenes y los recuerdos; en aquel lugar se concentraban las sensaciones más intensas de su juventud, pues era allí donde había empezado a vivir y a

aprender el valor de las cosas. Ni un solo paso rompía el silencio, aunque tras las ventanas de muchas de las casas se distinguía un parpadeo de luces. Sin embargo, al alzar la vista hacia los altos muros envueltos en sombras, no le costó nada imaginarse que un tumulto de rostros conocidos se apretujaban en las ventanas para darle la bienvenida; ventanas cerradas que, en realidad, tan sólo reflejaban la luz de la luna y el resplandor de las estrellas.

Aquí estaba, por fin, el viejo edificio del colegio, aislado del mundo tras sus cuatro muros; con los postigos cerrados, la empinada cubierta de tejas y sus aguzados pararrayos apuntando al cielo desde sus cuatro esquinas cual

negras garras. Se quedó un buen rato mirando ensimismado y, de pronto, advirtió con alegría que aún había luz en las ventanas del Bruderstube.

Abandonó el camino y atravesó la verja. Subió luego el tramo de doce escalones, y se plantó frente a la oscura puerta de madera que guarnecían pesadas barras de hierro. Poseído de un deleite casi infantil, contemplaba ahora con ternura aquella puerta que antiguamente detestara y temiera con el odio y la pasión de un alma cautiva.

Un tanto cohibido, tiró de la cuerda y se estremeció de emoción al escuchar cómo se propagaba el repique de la campana por el interior del edificio. Aquel sonido, hace tanto olvidado, le

hizo evocar el pasado con tal realismo, que se puso literalmente a temblar. Era como la campana mágica de los cuentos que levanta el telón del Tiempo, convocando a los habitantes del reino de las sombras. Le embargaba un sentimentalismo que nunca antes había experimentado. Era como volver a ser joven. Pero, a la vez, comenzaba a formarse una imagen falaz de su propia valía. Al fin y al cabo era todo un personaje que venía de un mundo donde lo que contaba era la acción y la lucha, ¿acaso no causaría una gran impresión en aquella pequeña comunidad entregada a sus sueños de paz?

—Probaré de nuevo —pensó, tras una larga pausa, y volvió a coger la

cuerda de la campana. Se disponía ya a tirar de ella, cuando oyó pasos que se acercaban por el pasillo de piedra; un instante después la enorme puerta se abría pesadamente.

Un hombre alto, de semblante adusto, se encontraba frente a él mirándole en silencio.

—Le ruego que me disculpe, ya sé que es un poco tarde —dijo con un tono un tanto afectado—, pero soy un antiguo alumno de la escuela. Acabo de llegar y no he podido resistir la tentación. Tenía tanto interés... Estuve aquí en el setenta. —Su alemán no le salía tan fluido como de costumbre.

Entonces, aquel hombre abrió más la puerta, y haciendo una reverencia, le

invitó a pasar con una sonrisa que indicaba a las claras que era bienvenido.

—Soy el hermano Kalkmann —dijo con voz grave en un tono muy bajo—. Precisamente yo fui maestro en la escuela por aquellos años. Siempre es un placer recibir a un antiguo alumno. — Durante unos segundos le miró con gran atención y después añadió:

—Además creo que ha hecho usted muy bien en venir, pero que muy bien.

—Para mí es un auténtico placer —respondió Harris encantado con el recibimiento.

Aquel pasillo, pavimentado de losas grises y envuelto en penumbra, donde resonaba el eco tan familiar de

una voz alemana, con la peculiar entonación que ponían los Hermanos al hablar, le hacía flotar en la atmósfera de ensueño de unos días hace tiempo olvidados. Entró muy a gusto en el edificio, y el atronador ruido de la puerta al cerrarse, que tan bien recordaba, acabó de redondear la perfecta reconstrucción del pasado. Casi volvió a experimentar la vieja sensación de encarcelamiento, de dolorosa nostalgia, de haber perdido la libertad.

A Harris se le escapó sin querer un suspiro y se volvió hacia su anfitrión, que tras devolverle levemente la sonrisa que le había dirigido, comenzó a abrir la marcha a lo largo del pasillo.

—Los muchachos ya se han

recogido —le explicó—. Como recordará, aquí nos acostamos temprano. Pero confío que al menos se una a nosotros un momento en la Bruderstube para tomar una taza de café.

Eso era justo lo que esperaba el comerciante en sedas, que trató de atenuar la excesiva presteza en aceptar la invitación, adornándola con sus mejores modales.

—Y mañana —prosiguió el Hermano—, tiene usted que volver y pasar todo un día con nosotros. Puede incluso que encuentre a algún viejo conocido; varios alumnos de su promoción han vuelto a la escuela como maestros.

Durante una fracción de segundo,

cruzó por los ojos de aquel hombre una mirada que hizo que el visitante se sobresaltara. Pero fue visto y no visto. Era algo indefinible. Harris se convenció de que todo se debía a una sombra proyectada por una de las lámparas del muro, delante de la cual acababan de pasar, y se lo quitó de la cabeza.

—Le agradezco enormemente su amabilidad —dijo con cortesía—. No se imagina usted el placer que me causa volver a visitar este lugar. ¡Ah! —se paró justo delante de una puerta con una mampara de cristal y trató de escudriñar lo que había en su interior—. Seguro que ésta es una de las salas de música donde yo solía hacer prácticas de violín.

¡Qué bien lo recuerdo a pesar de los años que han pasado!

El hermano Kalkmann, con una sonrisa benévola, se detuvo para que su invitado pudiera echar una ojeada.

—¿Siguen teniendo la orquesta de muchachos? Me acuerdo de que yo tocaba el zweite Geige con ella. El hermano Schliemann dirigía desde el piano. ¡Caray! Es como si lo estuviera viendo ahora mismo, con su larga melena negra y... y... —Dejó sin concluir la frase con brusquedad. De nuevo había visto cruzar por el adusto semblante de su compañero aquella mirada rara y sombría que, por un instante, le había resultado extrañamente familiar.

—Sí, aún seguimos con la orquesta de muchachos —dijo—, pero siento decirle que el hermano Schliemann... —titubeó un momento y luego añadió—: El hermano Schliemann falleció.

—Entiendo, entiendo —se apresuró a decir Harris—. No sabe cuánto lo siento.

Se dio cuenta de que estaba un tanto inquieto, pero no sabía si atribuirlo a la noticia del fallecimiento de su antiguo profesor de música o a alguna otra cosa. Echó una mirada al fondo del largo pasillo que se perdía entre sombras. En la calle y en el pueblo todo le había parecido mucho más pequeño de como él lo recordaba, pero aquí, dentro del edificio del colegio, todo le

parecía mucho más grande. La altura y la longitud del pasillo, su dimensión y su amplitud no se correspondían con la imagen mental que había conservado de él. Sus pensamientos vagaron soñadores por un instante.

Alzó los ojos y vio el rostro del Hermano, que le observaba con una sonrisa de paciente indulgencia.

—Está usted poseído por los recuerdos —le comentó con tono amable; su mirada adusta había adquirido ahora una expresión casi compasiva.

—Tiene usted razón —respondió el hombre de las sedas—. En cierto modo, aquélla fue la etapa más importante de toda mi vida. Aunque entonces la

odiara... —vaciló antes de proseguir, no quería herir los sentimientos del Hermano.

—Según los criterios ingleses resultaría estricto, claro —dijo con un tono comprensivo que animó a Harris a continuar.

—...sí, en parte era eso, y en parte la incesante nostalgia y la sensación de soledad que producía el hecho de no poder estar nunca verdaderamente a solas. Ya sabe que en los colegios ingleses los muchachos gozan de mucha mayor libertad.

Se fijó que el hermano Kalkmann le escuchaba con mucha atención.

—Sin embargo, dejó en mí una huella que no me ha abandonado en toda

mi vida —dijo con cierto pudor—, y por la que siempre le estaré agradecido.

—Ach! Wie so, denn?

—Aquel sufrimiento constante que sentía en mi interior hizo que me sumergiera en la vida religiosa que practicaban ustedes hasta tal punto, que todas las energías de mi ser parecían proyectarse hacia la búsqueda de una satisfacción más profunda, de un lugar donde el alma pudiera por fin encontrar la paz. Durante los dos años que estuve aquí ansié acercarme a Dios, seguramente de una forma un tanto infantil, pero con una intensidad con la que no he vuelto a desear ninguna otra cosa. Es más, nunca he llegado a perder del todo la sensación de paz y de alegría

interior que acompañaban a esa búsqueda. Nunca podré olvidar este colegio y las profundas enseñanzas que en él aprendí.

Hizo una pausa al terminar su largo discurso y, durante un instante, se hizo el silencio entre los dos. Harris temía haber hablado demasiado y no haberse expresado correctamente en aquella lengua extranjera, y cuando el hermano Kalkmann posó una mano sobre su hombro, no pudo evitar dar un respingo.

—Sí, es posible que esté demasiado poseído por mis recuerdos —añadió a modo de disculpa—, pero este pasillo tan largo, las aulas, la lúgubre puerta de entrada con sus barrotes, en fin, todo esto me toca una

fibra sensible que... que... —No le venían las palabras alemanas; lanzó una mirada a su compañero, y con una sonrisa y un gesto trató de explicar lo que sentía. Sin embargo, el Hermano ya había retirado la mano del hombro de Harris y ahora estaba de espaldas mirando hacia el fondo del pasillo.

—Claro, claro —dijo el Hermano apresuradamente, sin darse la vuelta—. Es ist doch selbstverständlich. Todos nos hacemos cargo.

Luego se volvió, y Harris percibió en su semblante una expresión siniestra que le produjo una sensación muy desagradable. Puede que fueran de nuevo los juegos de sombras de las dichas lámparas de aceite, pues al

volver sobre sus pasos por el pasillo, aquella expresión tétrica desapareció al instante. No obstante, el inglés se quedó con la impresión de haber dicho algo que había molestado al Hermano, algo que no había sido de su agrado. Se pararon frente a la puerta del Bruderstube. Harris se dio cuenta de que se había hecho tarde y que quizá llevaba ya hablando demasiado rato. Hizo un intento de marcharse, pero su compañero no quiso ni oír hablar del asunto.

—Tiene que quedarse a tomar un café con nosotros —dijo en un tono firme que parecía sincero—. Mis colegas estarán encantados de verle. Incluso puede que alguno de ellos se

acuerde de usted.

A través de la puerta llegaba el sonido de las voces de varios hombres en animada conversación. El hermano Kalkmann hizo girar el picaporte y entraron en aquella habitación inundada de luz y repleta de personas.

—Disculpe, ¿su nombre era? —susurró el Hermano, a la vez que agachaba la cabeza para oír mejor la respuesta—. Creo que todavía no me ha dicho cómo se llama.

—Harris —dijo el inglés rápidamente mientras entraba. Cruzar aquel umbral le ponía nervioso, pero atribuyó aquella fugaz inquietud al hecho de estar transgrediendo la norma más sagrada del lugar, que castigaba

severamente a los muchachos que se acercaran a este sanctasanctórum, donde los maestros pasaban sus escasos ratos de ocio.

—¡Ah sí, claro... Harris! —repitió el Hermano como si recordara el nombre—. Pase Herr Harris, haga el favor de pasar. Ya verá la inmensa alegría que produce su visita. La idea de venir aquí ha sido estupenda, verdaderamente maravillosa.

La puerta se cerró a sus espaldas, y mientras trataba de acostumbrar su vista a aquel súbito cambio de luz, le pasó desapercibido lo exageradas que habían sido aquellas palabras. Oyó la voz del hermano Kalkmann haciendo las presentaciones. Hablaba en voz muy

alta, de hecho, aquel tono de voz le pareció innecesario y absurdo.

—Hermanos —anunció—, tengo el placer y el privilegio de presentaros a Herr Harris, de Inglaterra. Acaba de llegar para hacernos una pequeña visita y ya le he expresado, en nombre de todos, lo mucho que nos complace tenerle entre nosotros. Fue, como todos recordáis, alumno del curso del setenta.

Era una presentación muy formal, muy alemana, pero a Harris le resultó bastante satisfactoria. Le hacía sentirse importante y, además, le había agradado el detalle que había tenido el Hermano al dar a entender que le esperaban.

Aquellas figuras vestidas de negro se levantaron y les saludaron haciendo

una inclinación con la cabeza; Harris y Kalkmann respondieron a su vez con sendas inclinaciones. Todo el mundo se comportaba con mucha cortesía y refinamiento. La habitación bullía de personas, la luz, tras la oscuridad del pasillo, le deslumbraba y el ambiente estaba muy cargado por el humo de los puros. Cogió la silla que le ofrecieron y se sentó entre dos de los Hermanos, con la vaga sensación de que sus sentidos no le respondían con la precisión y agudeza habituales. Se encontraba un tanto aturdido y el hechizo del pasado hizo presa en él con tal fuerza, que los perfiles del presente inmediato comenzaron a borrarse y todo pareció menguar hasta adquirir las dimensiones

de un tiempo muy lejano. Era como si hubiera caído bajo el dominio de un estado de ánimo que venía a ser un compendio de todos los que había experimentado en su ya olvidada niñez.

Hizo un gran esfuerzo para tranquilizarse y comenzó a tomar parte en la conversación, que había vuelto a iniciarse con un animado murmullo. Lo hizo además encantado, ya que los Hermanos —de los que habría en aquella pequeña habitación cerca de una docena— le trataban con unos modales tan exquisitos que no tardaron en hacerle sentir que era uno más de ellos. Eso le producía un placer muy sutil. Era como si hubiera salido de un mundo en el que reinaba la codicia, la vulgaridad y el

egoísmo —el mundo del negocio de la seda, los mercados y los beneficios— para introducirse en un ambiente más limpio, donde lo primordial eran los ideales del espíritu y la vida sencilla y piadosa. Ese sentimiento le cautivaba hasta tal punto, que, en cierto modo, hacía que contemplara los veinte años en que su vida había estado centrada en el mundo de los negocios como algo degradante. Aquella atmósfera iluminada por las estrellas era demasiado pura, demasiado enrarecida para el mundo en que él se desenvolvía en la actualidad. Comenzó a hacer comparaciones de las que no salía muy bien parado: comparaba al pequeño soñador místico que treinta años atrás

había abandonado la austera paz de esta devota comunidad con el hombre de mundo en que se había convertido desde entonces; y el contraste le daba escalofríos y le hacía sentir un hondo arrepentimiento que le llevaba casi a despreciarse a sí mismo.

Echó un vistazo a su alrededor y se fijó en aquellos rostros que parecían flotar hacia él envueltos en humo; el humo de los cigarros que tan bien recordaba. Cuánto entusiasmo se apreciaba en ellos, qué fortaleza y qué placidez transmitían; estaban tocados de esa nobleza que otorgan las grandes aspiraciones y los propósitos desinteresados. Uno o dos de ellos le llamaban especialmente la atención,

aunque no sabía muy bien por qué. Casi le fascinaban. Tenían un aire extremadamente íntegro y severo, y aunque no fuera capaz de definirlo, percibía también en ellos algo que le resultaba extraña y sutilmente familiar. Sin embargo, siempre que su mirada se cruzaba con la de cualquiera de ellos, descubría en sus ojos una expresión llena de cordialidad y, en algunos casos, incluso un sentimiento de asombro que parecía encontrarse a medio camino entre la estima y la deferencia. El respeto por su persona que percibía en todos aquellos rostros halagaba su vanidad.

Pronto se sirvió el café, preparado por un Hermano de cabello oscuro que

estaba sentado junto al piano y que guardaba un singular parecido con el hermano Schliemann, el maestro de música de hacía treinta años. Harris intercambió con aquel hombre las acostumbradas reverencias cuando tomó la taza de café de sus pálidas manos, que, al fijarse en ellas, le parecieron las manos de una mujer. El Hermano que se sentaba a su lado, con quién mantenía una conversación muy agradable, le ofreció un puro y, al ir a encenderlo, aquel rostro iluminado por el resplandor de la cerilla le recordó por un momento al del hermano Pagel, el tutor de su clase.

—Est ist wirklich merkwürdig — dijo Harris—. Hay que ver la de

parecidos que les encuentro, no sé si reales o imaginarios. ¡Es verdaderamente curioso!

—Sí —respondió aquél, observándole por encima de su taza—, el hechizo que ejerce este lugar es muy poderoso. Me parece muy comprensible que los viejos rostros le vengan a la memoria... quién sabe si hasta borrar los nuestros.

Ambos rieron encantados. Era muy tranquilizador ver cómo entendían y sabían apreciar su estado de ánimo. Pasaron después a hablar del pueblo de la montaña, de su aislamiento, de lo apartado que estaba de la vida mundana, de lo adecuado que era para la meditación y el culto y para... cierto tipo

de desarrollo espiritual.

—Y este regreso suyo, Herr Harris —dijo el Hermano que tenía a su izquierda, uniéndose a la conversación —, no sabe usted cuánto nos agrada. Le tenemos en la más alta estima por haber venido. Le honramos.

Harris hizo un gesto con el que quería quitarse importancia, y dijo con un tono un tanto afectado:

—En lo que a mi respecta, me temo que se trata tan sólo de un placer egoísta.

—No todo el mundo habría tenido el valor —añadió el que se parecía al hermano Pagel.

—¿Lo dice por los malos recuerdos? —inquirió Harris, algo

confundido.

El hermano Pagel le miró fijamente, sus ojos expresaban de manera inequívoca su admiración y su respeto:

—Lo que quiero decir es que la mayor parte de los hombres se aferran con todas sus fuerzas a la vida y es muy poco lo que están dispuestos a sacrificar por sus creencias.

El inglés se sintió ligeramente incómodo. Le parecía que aquellos hombres tan respetables estaban exagerando la importancia de su viaje sentimental. Por otra parte, la conversación empezaba a resultarle incomprensible. Apenas si podía seguirla.

—La vida mundana todavía tiene algunos atractivos para mí —respondió con jovialidad, queriendo indicar que aún se encontraba bastante lejos de la santidad.

—Razón de más para que le honremos por haber venido por propia voluntad —dijo el Hermano que tenía a su izquierda—, y de una forma tan incondicional.

A esto siguió una breve pausa, y el comerciante en sedas se sintió aliviado cuando la conversación tomó unos derroteros de carácter más general, aunque tampoco pudo dejar de advertir que nunca se alejaba mucho de los temas de su visita y de las maravillosas posibilidades que la situación de

aislamiento del pueblo ofrecía a los hombres que deseaban desarrollar sus potencias espirituales y practicar los ritos de un culto más elevado. Otros Hermanos se fueron uniendo al pequeño grupo; alababan su dominio de la lengua y le hacían sentirse a sus anchas, aunque a la vez, un tanto incómodo por la desmedida admiración que le profesaban. Al fin y al cabo, su viaje sentimental tampoco era para tanto.

El tiempo pasaba volando; el café era excelente, los puros muy suaves, y justo con aquel sabor a nuez que Harris tanto apreciaba. Finalmente, temiendo haber abusado en exceso de la hospitalidad de los Hermanos, se levantó de mala gana para despedirse.

Pero los demás no querían ni oír hablar del tema. Rara era la ocasión en que un antiguo alumno volvía a visitarles con tanta naturalidad y sencillez. La noche era joven. Si era necesario ya le harían un hueco en el gran Schlafzimmer del piso de arriba. No les costó mucho convencerlo de que se quedara un poco más. En cierto modo se había convertido en el centro de aquella pequeña celebración. Se sentía contento, halagado, honrado.

—Además, quizá el hermano Schliemann quiera tocar algo para nosotros... ahora.

Era Kalkmann quien había hablado, y Harris dio un respingo bien patente al oír ese nombre y ver a aquel hombre de

negra melena que se sentaba junto al piano darse la vuelta y sonreírle. Schliemann era el nombre de su viejo maestro de música, que ya había fallecido. ¿Sería acaso su hijo? Eran casi idénticos.

—Si el hermano Meyer no ha acostado todavía su violín Amati le haré el acompañamiento —dijo el músico con un tono insinuante, mientras miraba a un hombre en el que Harris no se había fijado hasta entonces y que, se dio cuenta, era el vivo retrato de un antiguo maestro que respondía a ese mismo nombre.

Meyer se puso de pie y se excusó con una ligera reverencia y, en aquel momento, el inglés notó que hacía un

gesto muy peculiar; era como si, detrás del alzacuellos, su cabeza no estuviera bien unida al resto del cuerpo y temiera que se le fuera a desprender. Ese movimiento era típico del viejo Meyer. Recordaba que los muchachos solían imitarlo.

Su mirada fue pasando rápidamente de uno a otro rostro; tenía la sensación de que un proceso silencioso e invisible estaba alterando todo lo que le rodeaba. No había ni una sola cara que no le resultara extrañamente familiar. Pagel, el hermano con el que había estado hablando, era la viva imagen del otro Pagel, el tutor de su clase; y Kalkmann —por primera vez lo veía claro— bien podría haber sido el hermano gemelo de

otro maestro, cuyo nombre no recordaba, pero al que tenía mucha manía en los viejos tiempos. Los rostros de todos los hermanos que le miraban a través de aquel ambiente cargado de humo eran los mismos que había conocido y con los que había convivido hacía mucho tiempo: Röst, Fluheim, Meinert, Rigel, Gysin.

Sus sentidos habían despertado de pronto, y se puso a observar atentamente aquellos rostros: en todos veía, o creía ver, extraños parecidos, semejanzas fantasmales, o más bien, unos rostros idénticos a los de años atrás. Aquí estaba ocurriendo algo raro, algo que no encajaba, algo que le producía una gran inquietud. Trató de quitarse aquella idea

de la mente con una brusca sacudida de la cabeza, y al lanzar una bocanada de aire que disipó el humo que flotaba frente a sus ojos, advirtió con consternación que todos tenían la mirada clavada en él. Le estaban observando.

Aquella circunstancia hizo que recuperara el sentido común. En su calidad de inglés y de extranjero, no quería mostrarse mal educado o hacer cualquier tontería que llamara la atención y estropear la armonía que había reinado en la velada. Era un invitado y, además, un invitado de honor. Por otro lado, la música había empezado. Los largos dedos pálidos del hermano Schliemann acariciaban ya el teclado del piano.

Se arrellanó en su asiento y continuó fumando, pero mantuvo los ojos entornados para no perder detalle de lo que ocurría.

Sin embargo, aquel estremecimiento ya se había instalado en su ser y, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, no dejaba de repetirse. Al igual que una ciudad asentada en el curso alto de un río siente la presión del lejano mar, Harris notaba que una serie de fuerzas poderosas, provenientes de algún lugar que le era del todo desconocido, trataban de imponerse a su alma en aquella pequeña habitación llena de humo. Comenzaba a sentirse verdaderamente inquieto.

A medida que el sonido de la

música se iba expandiendo por la habitación, su mente comenzó a despejarse. Era como si se hubiera descorrido un velo que hasta entonces había oscurecido su visión. Las palabras del cura en la posada de la estación le vinieron a la memoria: «lo encontrará cambiado». Y también, aunque no alcanzara a explicarse por qué, vio mentalmente los ojos enérgicos y fascinantes del otro huésped que había en el comedor; el hombre que había oído su conversación y al que, más tarde, había visto hablando muy seriamente con el cura. Sacó su reloj y lo miró con disimulo. Llevaba allí dos horas. Ya eran las once.

Entretanto, Schliemann, totalmente

absorto en su música, había iniciado un compás solemne. El piano sonaba a las mil maravillas. La fuerza de unas convicciones profundas, la naturalidad del gran arte, la esencia del mensaje espiritual de un alma que se ha encontrado a sí misma; todo esto, y mucho más, estaba presente en aquellos acordes y, sin embargo, aquella música tenía algo que sólo se podía calificar de impuro, atroz y diabólicamente impuro. La pieza misma, aunque Harris no la reconoció, era sin duda la música de una misa: enorme, mayestática, ¿lúgubre? Se esparcía amenazadora por la habitación llena de humo a un ritmo lento y poderoso. Era como si una presencia imponente, a la par que profundamente

íntima, se estuviera abriendo camino y, al hacerlo, dejara marcada en todos y cada uno de los rostros de los presentes la huella de las enormes fuerzas de las que era el símbolo audible. Los semblantes de aquellos hombres habían adquirido una expresión siniestra, pero aquel matiz siniestro no era algo meramente pasivo o negativo, tras sus sombrías expresiones se escondía algún propósito. De pronto recordó el semblante del hermano Kalkmann en el pasillo aquella tarde. Los motivos que alentaban en lo más secreto de sus almas se reflejaban ahora con toda nitidez en sus ojos, en sus bocas, en sus frentes, como los negros estandartes de una asamblea de criaturas desventuradas y

perdidas. Demonios... fue la horrible palabra que le cruzó por la mente como un relámpago.

Cuando tuvo aquella súbita revelación, Harris perdió el control. Sin pararse a pensar o a ponderar lo insólito de aquella idea, hizo algo que era a la vez muy estúpido y perfectamente natural. Impulsado de pronto por una tensión irresistible que le impelía a actuar se levantó de un salto... y se puso a gritar. Para su propio asombro estaba de pie chillando con todas sus fuerzas.

Pero nadie se movió ni un ápice. Aparentemente no habían prestado la más mínima atención a aquel comportamiento absurdo y desmedido. Era como si nadie, aparte de él, hubiera

escuchado el grito, como si la música lo hubiera ahogado y engullido; en definitiva, como si no hubiera gritado tan alto como él creía o, simplemente, no hubiera gritado.

Entonces, mientras miraba a aquellos rostros impassibles y sombríos, sintió que un frío helador le recorría todo el cuerpo hasta llegar a su propia alma. Todas sus emociones se enfriaron de pronto, retirándose como la marea al bajar. Volvió a sentarse, avergonzado y enfadado consigo mismo por aquel comportamiento, más propio de un loco o de un chiquillo. Entretanto, de los pálidos dedos del hermano Schliemann, semejantes a pequeñas serpientes, seguía fluyendo la música, como un vino

envenenado vertido a través de las extravagantes formas de los cuellos de las vasijas de la antigüedad.

Y al igual que hacían todos los demás, Harris lo fue absorbiendo.

Trató de convencerse a sí mismo de que había sido víctima de una especie de alucinación y puso el máximo empeño en controlar sus sentimientos. En aquel momento la música cesó. Todos aplaudieron y comenzaron de inmediato a hablar, a reír, a cambiarse de sitio, a acercarse a felicitar al músico, comportándose con toda naturalidad y desenvoltura como si nada extraño hubiera ocurrido. Sus rostros volvían a ser normales. Los Hermanos se arremolinaban en torno a su invitado,

que se unió a la conversación e incluso se oyó a sí mismo felicitando al dotado pianista.

Pero, al mismo tiempo, se iba acercando poco a poco hacia la puerta, cada vez más y más cerca, cambiando de silla siempre que le era posible y procurando unirse a los grupos que se encontraban más próximos a la vía de escape.

—Quisiera darles las gracias tausendmal por esta pequeña recepción y por el gran placer que me ha causado y lo honrado que me he sentido —comenzó a decir, finalmente, con decisión—, pero me temo que ya he abusado bastante de su hospitalidad y, además, aún me queda un largo trecho

que andar hasta la pensión.

Sus palabras fueron recibidas con un coro de protestas. No querían ni oír hablar de su partida, al menos, no antes de que hubiera compartido con ellos un pequeño refrigerio. Sacaron pumpernickel de un armario, pan de centeno y salchichas de otro, y todos se pusieron de nuevo a charlar y a comer. Se preparó más café, se encendieron nuevos puros y el hermano Meyer sacó su violín y comenzó a afinarlo suavemente.

—Siempre habrá alguna cama libre en el piso de arriba, si a Herr Harris le parece bien —dijo uno.

—Y además, es difícil salir ahora que todas las puertas están ya cerradas

—dijo otro lanzando una risotada.

—Aceptemos los pequeños placeres según nos llegan —gritó un tercero—. El hermano Harris tiene que comprender lo mucho que nos honra con su última visita.

Pusieron docenas de excusas. Todos reían como si la cortesía de sus palabras fuera una mera formalidad que ocultara levemente —cada vez más levemente— un significado muy distinto.

—Y ya se acerca la medianoche —añadió el hermano Kalkmann, luciendo una sonrisa encantadora, pero con un tono de voz que al inglés le hizo pensar en el chirrido de unos goznes.

Cada vez le costaba más comprender el alemán que hablaban

aquellos hombres. Se había fijado en que le habían llamado Hermano, como si le consideraran ya uno de los suyos.

De repente lo vio claro, y sintió un escalofrío al darse cuenta de que durante todo aquel tiempo había estado interpretando de una manera errónea, completamente errónea, lo que decían. Habían hablado de la belleza del lugar, de su aislamiento, de lo apartado que estaba del mundo, de lo adecuado que era para cierto tipo de desarrollos y devociones espirituales; pero ahora se percataba de que el sentido que daban a aquellas palabras no era ni mucho menos el que él había interpretado. Se referían a cosas muy distintas. Sus poderes espirituales, su deseo de

soledad, su pasión por el culto, no eran los poderes, la soledad ni el culto en los que él pensaba. Estaba desempeñando un papel en una horrible mascarada, se hallaba entre hombres que se ocultaban bajo el manto de la religión para poder llevar a cabo sus verdaderos propósitos lejos de las miradas indiscretas.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Cómo era posible que se hubiera metido por error en una situación tan equívoca? ¿Pero, había sido un error? ¿No sería más bien que le habían conducido a ella de una forma deliberada? Sus pensamientos eran cada vez más confusos y comenzaba a perder la confianza en sí mismo. ¿Y, por qué — volvió a pensar — les impresionaba

tanto el mero hecho de que hubiera venido a visitar el colegio? ¿Qué había de admirable en algo tan trivial? ¿Por qué le daban tanta importancia a que hubiera tenido «el valor de venir», a haberse «ofrecido tan libre, tan incondicionalmente» como uno de ellos había dicho con tal exageración que parecía más bien una burla?

El miedo había hecho presa en su corazón de una forma horrible y no encontraba respuesta a ninguno de aquellos interrogantes. Sólo había una cosa que ahora le parecía muy clara: tenían la intención de que no saliera de allí. No estaban dispuestos a dejarle marchar. A partir de aquel momento se dio cuenta de que eran siniestros,

temibles y que, de un modo que aún no había conseguido descubrir, representaban una amenaza para su persona, para su propia vida. La frase que había dicho uno de ellos hacía no mucho —«su última visita»— le vino a la cabeza escrita con caracteres de fuego.

Harris no era un hombre de acción, y a lo largo de toda su carrera profesional nunca se había visto en una situación de verdadero peligro. No es que fuera un cobarde, pero sí una persona cuyo temple aún no había sido puesto a prueba. Por fin se había dado perfecta cuenta de que su situación era muy delicada y que se las tenía que ver con unos hombres que estaban

dispuestos a todo. Sin embargo, tan sólo se hacía una vaga idea de cuáles pudieran ser sus intenciones. Su mente estaba demasiado ofuscada para poder razonar con claridad, se limitaba a dejarse guiar ciegamente por su instinto. En ningún momento llegó a pensar que los Hermanos pudieran haberse vuelto locos o que fuera él mismo quien hubiera perdido temporalmente el juicio y se hallara bajo los efectos de algún tipo de delirio. Lo cierto es que su mente estaba en blanco, de lo único que estaba seguro era de que tenía que escapar de allí... y cuánto antes mejor. Sus sentimientos habían sufrido un cambio brusco y ahora le dominaban por completo.

En consecuencia, abandonó de momento cualquier intento de rebeldía. Comió pumpernickel y bebió café, mientras hablaba con los demás de la forma más natural y correcta de que fue capaz y, cuando lo creyó oportuno, se puso en pie y les anunció una vez más que ya era hora de marcharse. Habló muy pausadamente pero con un tono decidido. Nadie que le hubiera escuchado habría albergado la más mínima duda de que hablaba muy en serio. En aquel instante se encontraba ya muy cerca de la puerta.

—No saben cuanto lamento —dijo, con su mejor alemán, a una habitación que le escuchaba en completo mutismo — que nuestra encantadora velada tenga

que concluir, pero creo que ha llegado la hora de que me despida de ustedes deseándoles las buenas noches. — Entonces, en vista de que nadie decía nada, añadió, aunque en esta ocasión un tanto más dubitativo—: Y quiero que sepan que les agradezco de todo corazón su hospitalidad.

—Muy al contrario —respondió Kalkmann de inmediato, levantándose de su silla y haciendo caso omiso de la mano que Harris había extendido para detenerle—, somos nosotros los que tenemos que darle a usted las gracias, y lo hacemos con toda sinceridad y gratitud.

En aquel preciso momento, cerca de media docena de Hermanos se

plantaron entre Harris y la puerta.

—Es usted muy amable al decir eso —respondió Harris con toda la firmeza de que fue capaz, tras advertir de soslayo el movimiento que acababa de producirse—, pero de verdad que no entiendo por qué les complace tanto esta visita que he hecho un poco por casualidad.

Avanzó entonces un paso más hacia la puerta, pero el hermano Schliemann cruzó rápidamente la habitación y se puso delante de él. Su postura indicaba que no tenía intención de moverse de ahí. En su rostro se dibujaba una expresión sombría y terrible.

—Pero usted no ha venido aquí por casualidad, hermano Harris —dijo en

voz muy alta para que sus palabras se oyeran en toda la habitación—. Confío en que no habremos interpretado erróneamente su presencia aquí —añadió, arqueando sus negras cejas.

—No, no —se apresuró a responder el inglés—. Estaba... estoy encantado de encontrarme entre ustedes. No me interpreten mal, se lo ruego. —Su voz titubeaba un poco y le costaba encontrar las palabras. Además, también le costaba cada vez más entender las palabras que ellos usaban.

—Claro que no nos hemos equivocado —intervino el hermano Kalkmann con su férrea voz de bajo—. Usted ha regresado imbuido de un espíritu de auténtica y generosa

devoción. Se ofrece usted libremente y todos lo valoramos. Son precisamente su disposición y su nobleza las que han hecho que se gane usted nuestro respeto y veneración. —Un leve murmullo de aprobación se extendió por toda la habitación—. Lo que más nos complace a todos —y lo que le complacerá más sin duda a nuestro gran Maestro— es que usted se haya ofrecido de manera espontánea y voluntaria como...

Empleó una palabra que Harris no comprendió: Opfer. El inglés, totalmente desconcertado, se puso a darle vueltas a la cabeza en busca de la traducción de aquella palabra, pero fue inútil. Aunque le hubiera ido la vida en ello no habría podido recordar su significado. Sin

embargo, a pesar de ser incapaz de encontrar su traducción, aquella palabra le había helado el corazón. Aquello era peor, mucho peor, que todo lo que había imaginado. Se sentía perdido, desvalido y, a partir de aquel instante, toda su capacidad de lucha se desvaneció.

—Es magnífico que de forma voluntaria acceda a ser... —añadió Schliemann, mientras se desplazaba furtivamente hasta su lado, con un mirada lasciva en su semblante. Había vuelto a utilizar la misma palabra: Opfer.

¡Dios bendito, qué podía significar todo aquello! ¡Ofrecerse a sí mismo! ¡Auténtico espíritu de devoción! ¡De forma voluntaria! ¡Generosa!

¡Magnífico! ¡Opfer, Opfer, Opfer! ¿Dios del cielo, qué podía significar esa extraña y misteriosa palabra que le llenaba de espanto el corazón?

Hizo un heroico esfuerzo por mantener su presencia de animo y controlar sus nervios. Se dio la vuelta y vio que el rostro de Kalkmann tenía una palidez de muerte. ¡Kalkmann! Sabía lo que quería decir aquel nombre. Kalkmann significaba: hombre de caliza; sí, eso lo sabía, ¿pero qué significaba Opfer? Ésa era la verdadera clave de la situación. Un torrente de palabras fluía por su mente desordenada: palabras poco frecuentes que quizá sólo había oído una vez en la vida, pero el significado de Opfer, un término de uso

común, se le escapaba totalmente. ¡Qué cruel sarcasmo!

Entonces Kalkmann, pálido como un cadáver, pero con un semblante duro como el hierro, dijo en voz baja unas palabras que Harris no consiguió entender, e inmediatamente, los Hermanos que se encontraban junto a la pared bajaron la luz de las lámparas hasta que la habitación se quedó casi a oscuras. En aquella penumbra Harris apenas si alcanzaba a distinguir sus rostros y sus movimientos.

—Ha llegado la hora —oyó, justo detrás de él, la voz grave de Kalkmann expresándose con tono implacable—. Ya casi es medianoche. Preparémonos. ¡Ya viene! ¡El hermano Asmodelius

viene! —Su voz parecía entonar un canto.

El sonido de aquel nombre, por alguna razón inexplicable, era terrible, absolutamente terrible. Harris se puso a temblar de los pies a la cabeza al oírlo. En el momento de pronunciarlo el aire había retumbado levemente y se había hecho el silencio en toda la habitación. Sintió alrededor de él unas fuerzas que transformaban lo normal en algo espantoso, y un miedo atroz le recorrió todo su ser llevándole al borde del colapso.

¡Asmodelius! ¡Asmodelius! Aquel nombre le horrorizaba. Ya sabía a quién hacía referencia y cuál era el significado que se ocultaba tras el sonido de aquella

poderosa palabra. En aquel preciso instante supo también el significado de la palabra que había sido incapaz de recordar. La transcendencia de la palabra Opfer se le reveló a su alma con un mensaje de muerte.

Pensó hacer un último intento desesperado de alcanzar la puerta, pero la debilidad de sus rodillas, que no paraban de temblar, y la fila de figuras negras que se interponían entre él y su objetivo, le disuadieron de inmediato. Habría gritado pidiendo auxilio, pero al recordar el inmenso vacío del edificio y la soledad de su emplazamiento, comprendió que no obtendría ninguna ayuda por esa vía, de modo que no abrió la boca. Permaneció inmóvil, sin hacer

nada y, sin embargo, sabía muy bien lo que le esperaba.

Dos Hermanos se le acercaron y le cogieron del brazo con mucha delicadeza.

—El hermano Asmodelius le acepta —le susurraron—. ¿Está listo?

Entonces recuperó el habla y trató de decir algo:

—¿Pero qué tengo que ver yo con ese tal hermano As... Asmo...? — tartamudeó, mientras un torrente de palabras pugnaban por salir en vano del cerco de su titubeante lengua.

Sus labios se negaban a pronunciar aquel nombre. No sabía pronunciarlo como hacían los demás. Le era del todo imposible. La sensación de hallarse

indefenso entró en su fase más aguda; su incapacidad para decir aquel nombre hizo que su mente volviera a sumirse en una horrible confusión y entró en un estado de máximo nerviosismo.

—Vine aquí para hacer una visita amistosa —trató de decir con un gran esfuerzo, pero oyó con espanto cómo su voz decía algo muy distinto, utilizando precisamente la misma palabra que los demás habían usado—. Vine aquí por propia voluntad como Opfer —se oyó decir— y estoy plenamente dispuesto.

Ya no había salvación posible. No sólo su mente, sino también sus músculos habían dejado de obedecerle. Tenía la sensación de hallarse vacilando en los confines de un mundo fantasmal o

demoníaco, cuyo amo y señor respondía al nombre que habían pronunciado y en el cual aquella palabra constituía la suprema expresión del poder.

Todo lo que vio y oyó a partir de entonces le pareció una pesadilla.

—En la penumbra que oculta toda verdad, preparémonos para el culto y la devoción —salmodió Schliemann, que le había precedido hasta el fondo de la habitación.

—Envueltos en las brumas que protegen nuestros rostros de la presencia del Negro Trono, preparemos a la víctima voluntaria —respondió la voz grave de Kalkmann.

Todos alzaron los rostros y permanecieron a la escucha. Entonces el

aire retumbó con un estruendo similar al de un potente proyectil que llegara desde una lejanísima distancia; era un sonido impresionante, prodigioso. Las paredes de la habitación temblaron.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene!
—entonaron todos los Hermanos a coro.

El estruendo se fue apagando; una atmósfera de quietud y un frío glacial se extendieron sobre la habitación. Entonces Kalkmann, con una expresión de extrema severidad, se dio la vuelta en la penumbra y se puso de cara a los demás.

—Asmodelius, nuestro Gran Hermano, está entre nosotros —gritó con su voz férrea en la que, sin embargo, se apreciaba un cierto temblor—.

Asmodelius está entre nosotros.
Disponedlo todo.

Siguió luego una pausa durante la cual todos permanecieron inmóviles y sin decir nada.

Un Hermano muy alto se acercó al inglés, pero Kalkmann le sujetó la mano.

—No le tapéis los ojos —dijo—, en señal de reconocimiento a su entrega voluntaria. —En aquel momento Harris se dio cuenta, con horror, de que ya tenía las manos atadas a los costados.

El Hermano se retiró en silencio y, poco después, todas las formas que le rodeaban se postraron de rodillas y sólo quedó él en pie. Mientras se arrodillaban, con voces apagadas en las que se mezclaba la reverencia y el

temor, empezaron a entonar suavemente el nombre odioso y terrible del Ser cuya aparición esperaban de un momento a otro.

En el otro extremo de la habitación las ventanas parecían haber desaparecido y en su lugar resplandecían las estrellas. Recortándose sobre el cielo nocturno surgió a gran altura la silueta majestuosa y terrible de un hombre. Estaba envuelto en una nube gris de tal manera que parecía casi una estatua encerrada en una caja de acero. Aún en su distante esplendor aquella figura resultaba inmensa, imponente, horrible. Su rostro, aunque rebosaba poderío espiritual, expresaba tal orgullo y una tristeza tan

severa, que Harris, al contemplarlo, sintió que sus ojos no podrían aguantar su visión y que, en cualquier momento, su vista le abandonaría y se disolvería en la nada.

Aquella figura que se mantenía suspendida en el aire parecía tan remota e inaccesible que resultaba imposible determinar su tamaño; pero, al mismo tiempo, su presencia se sentía tan próxima que, cuando el resplandor gris de su semblante quebrado, tan poderoso y tan profundamente triste, se abatió sobre su alma, irradiando como una negra estrella los poderes de la perversión espiritual, Harris tuvo la sensación de contemplar un rostro que no se encontraba más lejos que el de

cualquiera de los Hermanos que tenía a su lado.

Entonces la habitación se llenó de sonidos y comenzó a temblar. Harris comprendió que se trataba de las voces rotas de todas las víctimas que le habían precedido a lo largo de los años. Lo primero que oyó fue un grito breve y agudo, como de un hombre que en su última agonía tratara desesperadamente de respirar, para acabar pronunciando, justo antes de expirar, el nombre de su Amo, de aquel Ser que se regocijaba al oírlo. Luego siguieron los gritos del estrangulamiento, los jadeos breves y continuos de la asfixia y el gorgoteo apagado de una garganta oprimida. Los ecos de estos gritos y de muchos otros

resonaban encerrados entre aquellas cuatro paredes, las mismas en las que Harris, la nueva víctima propiciatoria, estaba prisionero. Pero más desgarradores aún que los gritos de los cuerpos destrozados eran los de las almas golpeadas y quebrantadas. Y mientras los alaridos de aquel espantoso coro subían y bajaban de intensidad, aparecieron también los rostros de las criaturas desdichadas y perdidas a las que pertenecían las voces. Contra el telón de fondo de aquella tenue luz gris, desfilaba en el aire un cortejo de semblantes pálidos y lastimeros que balbucían palabras dirigidas a él y parecían hacerle gestos con la mano para que se les uniera como si ya fuera

uno más de ellos.

La gigantesca figura gris, mientras se alzaba el coro de voces y el pálido cortejo iba pasando de largo, fue descendiendo lentamente del cielo y se acercó a la habitación donde se encontraban sus fieles y el prisionero. Harris, en medio de la oscuridad, advirtió junto a él un movimiento de manos y se dio cuenta de que le estaban poniendo algo. Sintió el tacto helado de una diadema que le rodeaba la cabeza, mientras que, en torno a su cintura, por encima de sus manos atadas, le colocaban una correa muy apretada. Finalmente, sintió alrededor de su cuello un roce sedoso y suave; no necesitaba una luz más intensa o un espejo para

saber que se trataba de la cuerda del sacrificio... y de la muerte.

En aquel momento los Hermanos, que seguían postrados en el suelo, volvieron a entonar aquel canto lastimero a la par que vehemente y, justo entonces, ocurrió algo extraño. Aunque aparentemente la enorme figura no se había movido ni había cambiado de posición, ahora parecía encontrarse dentro de la habitación, casi a su lado, abarcando todo el espacio que le rodeaba.

Harris había traspasado las fronteras normales del miedo, en su corazón sólo palpitaba ya el sentimiento de abandono que precede a la muerte... a la muerte del alma. El pensamiento

había dejado de acuciarle para que intentara escapar. El fin estaba cerca, y lo sabía.

La espantosa salmodia de las voces se alzaba en torno suyo a oleadas: ¡Adoramos! ¡Veneramos! ¡Ofrecemos! Aquellos sonidos retumbaban en su oído y rebotaban contra su cerebro sin transmitirle apenas ningún significado.

Entonces, aquel majestuoso rostro gris se agachó lentamente hacia él, y Harris sintió que el alma se le escapaba del cuerpo y se hundía en el mar de aquellos ojos atormentados. En aquel preciso momento, una docena de manos le forzaron a ponerse de rodillas. Vio a Kalkmann alzar el brazo y sintió que la presión en torno a su garganta se hacía

más intensa.

En ese instante terrible, cuando ya había abandonado toda esperanza y cualquier tipo de ayuda, divina o humana, parecía descartada, sucedió algo extraordinario. De forma totalmente inesperada, sin ninguna explicación lógica, ante sus ojos aterrorizados a punto ya de cerrarse apareció, envuelto en un halo de luz, el rostro del otro hombre que había compartido mesa con él en la posada de la estación. La sola imagen mental del rostro sano y enérgico de aquel inglés le infundió de pronto nuevos bríos.

No había sido más que un destello fugaz que había cruzado su debilitada visión justo antes de hundirse en una

muerte oscura y terrible y, sin embargo, por alguna razón difícil de explicar, la imagen de aquel rostro le había llenado de esperanza, haciéndole sentir que su liberación estaba próxima. Era un rostro que transmitía poder, un rostro —ahora se daba cuenta— de pura bondad; similar quizá al que los hombres de la antigüedad vieron en las costas de Galilea: un rostro capaz de derrotar incluso a los diablos del espacio exterior.

Aunque estaba ya sumido en la desesperación y el abandono, lo invocó con tono decidido. En aquel momento sobrecogedor recuperó el habla. Nunca llegó a recordar cuáles fueron las palabras que empleó o si fueron

palabras alemanas o inglesas. No obstante, su efecto fue instantáneo. Los Hermanos comprendieron y aquella gris Presencia del mal también comprendió.

Durante un segundo reinó la confusión. Se escuchó un estruendo ensordecedor. Era como si la tierra entera se hubiera puesto a temblar. Pero, lo único que Harris recordaría más tarde fue que, en torno de él, se alzó un clamor de voces presas de una terrible alarma:

—¡Hay un hombre con poder entre nosotros! ¡Un enviado de Dios!

El tremendo ruido que ya oyera antes —aquel tronar de inmensos proyectiles surcando el espacio— se repitió, y entonces Harris se desplomó inconsciente sobre el suelo de la sala.

Toda la escena se disipó como el humo que sale de una chimenea al soplar el viento.

A su lado se sentaba la figura menuda y de aspecto nada alemán del desconocido que viera en la posada, el hombre de los ojos fascinantes.

Cuando Harris recobró el conocimiento sintió frío. Estaba tumbado al raso y la fresca brisa que venía de los campos y del bosque le daba de cara. Se incorporó un poco y miró a su alrededor. El horror de la última escena seguía grabado en su mente, pero de todo aquello ya no quedaba ni rastro. No estaba encerrado entre paredes, no había un techo sobre

él: ya no estaba en una habitación. No había lámparas a media luz, ni humo de puros, ni las formas oscuras y siniestras de los adoradores, ni la imponente Figura gris que permanecía suspendida en el aire más allá de las ventanas.

Se encontraba en un espacio abierto tirado sobre una pila de ladrillos y argamasa; el rocío empapaba sus ropas y, en lo alto, brillaban benignas las estrellas. Estaba tumbado, cubierto de magulladuras, y en un estado de gran agitación, entre los escombros de un edificio derrumbado.

Se puso en pie y echó una mirada a su alrededor. En la distancia se extendía el cinturón del bosque, envuelto en sombras y, muy próximas, se levantaban

las siluetas de los edificios del pueblo. Pero, a sus pies, no había absolutamente nada más que montones de cascotes; los vestigios de un edificio que hacía mucho que se había desmoronado. Las piedras estaban ennegrecidas y, sobre los escombros, se distinguían las líneas que trazaban unas vigas entre quemadas y podridas. Se encontraba entre las ruinas de un edificio destruido por el fuego; las ortigas y las malas hierbas que crecían por todas partes daban testimonio de que se hallaba en ese estado desde hacía muchos años.

La luna ya se había ocultado tras el bosque circundante, pero la luz de las estrellas que tachonaban el cielo bastaba para cerciorarse de la veracidad de lo

que contemplaba. Harris, el comerciante en sedas, rodeado de piedras rotas y quemadas, se puso a temblar.

Súbitamente se percató de una presencia que surgía de entre las sombras y se ponía a su lado. Forzó la vista y creyó reconocer el rostro del desconocido de la posada de la estación.

—¿Es usted real? —preguntó con una voz que apenas si le pareció la suya.

—Soy algo más que real... soy un amigo —replicó el desconocido—. Le he seguido hasta aquí desde la posada.

Harris se quedó un rato mirándole sin pronunciar palabra. Los dientes le castañeteaban y el más mínimo ruido le producía un sobresalto, pero el simple

hecho de oír que le hablaban en su propio idioma y el tono en que había pronunciado aquellas palabras bastaron para que sintiera un gran alivio.

—Gracias a Dios que también es usted inglés —dijo de forma incongruente—. Estos demonios de alemanes... —No pudo concluir la frase y se cubrió los ojos con las manos—. ¿Pero qué ha sido de ellos... y la habitación y... y...? —Se llevó la mano a la garganta y la pasó nervioso por el cuello. Lanzó un larguísimo suspiro de alivio—. ¿Todo ha sido un sueño... todo? —dijo con turbación.

Miró ansioso a su alrededor, y el desconocido, dando un paso adelante, le tomó del brazo.

—Venga —dijo imprimiendo a su voz un tono tranquilizador, aunque con cierto matiz de orden—, será mejor que nos alejemos de aquí. La carretera, o incluso el bosque, serán más de su agrado. Ahora estamos en uno de los lugares más hechizados —más terriblemente hechizados— de toda la tierra.

Guió el paso titubeante de su compañero por entre aquellos cascotes en dirección al sendero; las ortigas les pinchaban las manos y Harris avanzaba a tientas, como un sonámbulo. Cruzaron los retorcidos barrotes de la verja, y una vez que llegaron al sendero, se dirigieron hacia la carretera, que brillaba blanca en la noche. Cuando por

fin se hallaron fuera de las ruinas, Harris, ya más sereno, se dio la vuelta y miró hacia atrás.

—¿Pero, cómo es posible? — exclamó, con voz todavía temblorosa— ¿Cómo se explica todo esto? Cuando llegué aquí vi el edificio alumbrado por la luz de la luna. Me abrieron la puerta. Vi aquellas figuras, oí sus voces y toqué —sí, llegué a tocar— sus mismas manos y vi sus malditos rostros sombríos, con más claridad aún de como le veo a usted ahora. —Estaba profundamente aturdido. Seguía dominado por aquel embrujo hasta el punto de parecerle más real que la vida normal—. ¿Es que ha sido todo una ilusión?

De repente, las palabras del

desconocido, a las que no había prestado demasiada atención, le vinieron a la mente.

—¿Hechizado? —preguntó, clavando la mirada en el otro—. ¿Ha dicho usted hechizado? —Se detuvo en medio de la carretera y se quedó mirando a la oscuridad donde se le había aparecido por primera vez el edificio de su viejo colegio. Pero el desconocido tiró de él para que apresurara el paso.

—Será mejor que hablemos de ello cuando estemos más lejos, en un lugar más seguro —dijo—. Desde que me di cuenta de a dónde se dirigía abandoné la pensión y comencé a seguirle. Cuando le encontré eran ya las once de la noche...

—Las once —dijo Harris, agitado por un temblor al recordar lo ocurrido.

—...le vi caer. Estuve vigilándole hasta que recuperó el sentido por sí solo y ahora... bien, ahora estoy aquí para llevarle sano y salvo a la posada. He roto el hechizo, el encantamiento.

—Estoy en deuda con usted, caballero —le interrumpió de nuevo Harris, que comenzaba a hacerse una idea de por qué aquel hombre se mostraba tan amable—, pero no entiendo muy bien lo que ha pasado. Todavía estoy un tanto aturdido y afectado. —Le castañeteaban los dientes y sufría violentos espasmos que le recorrían de los pies a la cabeza. Sin darse cuenta se había aferrado al brazo

de su acompañante. De esta guisa, dejaron atrás los vestigios del pueblo abandonado y alcanzaron la carretera que, tras cruzar el bosque, conducía de vuelta a la posada.

—Hace mucho que el edificio del colegio está en ruinas —dijo en ese momento el hombre que caminaba a su lado—. Los Mayores de la comunidad ordenaron que lo quemaran hará ya unos diez años. Desde entonces el pueblo está deshabitado. Sin embargo, continúa produciéndose un simulacro de los horribles acontecimientos que tuvieron lugar bajo ese techo. Las «formas externas» de los principales protagonistas aún representan allí los terribles hechos que condujeron a su

final destrucción y al abandono de todo el asentamiento. ¡Eran adoradores del Demonio!

Mientras Harris le escuchaba su frente se iba perlado de gotas de sudor que no se debían tan sólo a su lento caminar envueltos por el frescor de la noche. Aunque no había visto a este hombre más que una vez en su vida, y nunca había intercambiado con él ni una palabra, su presencia le hacía sentir un grado de confianza y una sutil sensación de seguridad y bienestar que constituían el mejor efecto curativo que podía desearse tras la experiencia por la que había pasado. A pesar de ello, seguía teniendo la sensación de estar andando en sueños, y aunque no perdía palabra

de lo que le decía su compañero, no fue hasta el día siguiente cuando se dio plena cuenta de la importancia de lo que le había contado. La presencia sosegada de aquel desconocido, el hombre de los ojos fascinantes, que ahora más que verlos los sentía, era como un bálsamo que aliviaba a fondo su espíritu turbado. El efecto curativo que desprendía la oscura figura que caminaba a su lado, satisfacía su necesidad más imperiosa, de tal modo que apenas si se daba cuenta de qué extraño y qué oportuno había sido que se encontrara en aquel lugar.

El caso es que no se le ocurrió preguntarle su nombre, ni le sorprendió en exceso que un turista que estaba allí

de paso se tomará tantas molestias por otro turista. Se limitaba a caminar a su lado, escuchando sus sosegadas palabras y disfrutando, tras la terrible experiencia que acababa de pasar, de la maravillosa sensación de sentirse ayudado, fortalecido, reconfortado. Sólo en una ocasión, tras un comentario más extraordinario de lo habitual, recordó vagamente algo que había leído hace muchos años y, volviéndose hacia el hombre que estaba a su lado, le preguntó de forma casi involuntaria:

—Caballero, ¿no será usted por casualidad un Rosacruz?

Pero el desconocido hizo caso omiso de aquellas palabras o, quizá, ni tan siquiera las oyó, pues siguió

hablando como si tal cosa. En aquel momento, mientras caminaban uno junto al otro por los tramos más fríos del bosque, una imagen bastante singular se apoderó de la mente de Harris; le vino a la imaginación el recuerdo infantil de Jacob luchando con el ángel... luchando toda la noche contra un ser superior, cuya fuerza, finalmente, pasaba a ser suya.

—Su áspera conversación con el cura durante la cena me puso tras la pista de este extraordinario suceso — sentía la voz sosegada de aquel hombre muy próxima en medio de la oscuridad —, y fue precisamente aquel cura quien, una vez que usted se hubo marchado, me contó la historia del culto satánico que

se había implantado en secreto en el mismo seno de esta pequeña comunidad de vida tan sencilla y devota.

—¡Un culto satánico! ¡Aquí...! — balbució Harris horrorizado.

—Sí... aquí; practicado en secreto durante años por un grupo de Hermanos hasta que una serie de misteriosas desapariciones en el vecindario condujeron a su descubrimiento. ¿En qué otro lugar del mundo que no fuera este recinto protegido por el manto de la beatitud y la vida santa habrían podido sentirse más seguros para desarrollar su infame comercio y sus perversos poderes?

—¡Es horrible, horrible! —susurró el comerciante en sedas—. Cuando le

cuenta las cosas que me dijeron...

—No hace falta —le respondió con calma el desconocido—. He visto y escuchado todo lo ocurrido. En un principio mi plan era esperar hasta el último momento y, entonces, dar los pasos necesarios para destruirlos, pero por su propia seguridad —hablaba con la máxima convicción y seriedad—, por la seguridad de su alma, preferí dar a conocer mi presencia justo cuando lo hice, antes de que hubiera concluido todo.

—¡Mi seguridad! Entonces el peligro era real. Estaban vivos y... —No le salían las palabras. Se paró en la carretera y se volvió hacia su acompañante; apenas si conseguía intuir

el brillo de sus ojos en medio de tanta oscuridad.

—Era una reunión de las formas externas de unos hombres violentos, dotados de una espiritualidad muy desarrollada, aunque perversa, que buscaban a través de la muerte —la muerte de los cuerpos— la prolongación de su existencia vil y antinatural. De haber conseguido sus objetivos usted mismo, tras la muerte de su cuerpo, habría caído en su poder y les habría ayudado a acometer sus terribles propósitos.

Harris no respondió. Trataba con todas sus fuerzas de concentrar sus pensamientos en las cosas sencillas y agradables de la vida. Incluso pensó en

sedas, en St. Paul's Churchyard y en los rostros de sus socios.

—Usted reunía todos los requisitos para que le atraparan —Harris sentía que aquella voz le llegaba ahora desde muy lejos—. El estado de ánimo tan introspectivo en que se hallaba ya había reconstruido el pasado tan vívida e intensamente que, de forma inmediata, entró en contacto con todas las fuerzas de aquellos tiempos que pudieran permanecer todavía asociadas al lugar. Se le llevaron por delante sin que usted ofreciera ninguna resistencia.

Harris, al oír aquello, se agarró con más fuerza al brazo del desconocido. De momento en su corazón sólo había espacio para una emoción.

No le pareció extraño que aquel hombre tuviera un conocimiento tan detallado de sus pensamientos más íntimos.

—Es una pena, pero lo cierto es que son sobre todo los sentimientos malignos los que dejan su impresión fotográfica en aquellos lugares u objetos asociados a ellos. ¿Cuándo se ha oído hablar de algún lugar encantado por una acción noble o de un fantasma bello y encantador que regresara para visitar los escenarios sublunares? Es una auténtica desgracia, pero sólo las pasiones perversas de los corazones humanos son lo bastante fuertes para dejar de sí imágenes que persistan; el bien es siempre demasiado tibio.

El desconocido exhaló un suspiro

mientras hablaba. Sin embargo, Harris estaba tan agotado y turbado que se limitaba a seguir sus pasos sin prestar excesiva atención a lo que decía. Aún seguía caminando como en sueños. Aquel paseo de regreso bajo la luz de las estrellas, a primeras horas de la madrugada de octubre, le parecía maravilloso. Les envolvía la paz del bosque, la neblina se alzaba por doquier en los pequeños claros y el sonido del agua de cientos de regatos invisibles llenaba las pausas de la conversación. A lo largo de su vida Harris siempre recordó aquel paseo como algo mágico e increíble, algo que parecía casi demasiado hermoso —demasiado extraordinario y hermoso— para haber

sido del todo real. Y aunque mientras ocurría apenas si oyó o comprendió una cuarta parte de lo que aquel desconocido le contó, más adelante volvería a recordarlo y permanecería con él hasta el final de sus días, envuelto siempre en ese halo de encantamiento e irrealidad, como si todo hubiera sido un maravilloso sueño del que guardara tan sólo un recuerdo impreciso pero muy intenso de algunas de sus partes.

Finalmente, el horror de su experiencia anterior terminó por disiparse del todo. Cuando llegaron a la posada de la estación, a eso de las tres de la madrugada, Harris estrechó cordial y efusivamente la mano del desconocido y puso todo su corazón en

la respuesta que dio a la mirada de aquellos fascinantes ojos; después subió a su habitación, recordando vagamente, como en un sueño, las palabras con las que el desconocido había dado por finalizada su conversación al salir del bosque:

«Si los pensamientos y las emociones pueden perdurar mucho tiempo después de que el cerebro que los originó se haya convertido en polvo, es de vital importancia que sepamos controlarlos desde el mismo momento en que brotan de nuestro corazón y los sometamos a la más estrecha vigilancia».

Harris, el comerciante en sedas, durmió aquella noche mucho mejor de lo

que cabía esperar, y tan profundamente, que no despertó hasta bien avanzado el día siguiente. Cuando bajó de su habitación y se enteró de que el desconocido ya había partido, lamentó con amargura que en ningún momento se le hubiera ocurrido preguntarle su nombre.

—Sí, ha firmado el libro de registro —le dijo la chica de la recepción en respuesta a su pregunta.

Fue pasando las páginas hasta llegar a la última entrada donde, escrito con una caligrafía muy cuidada y singular, podía leerse:

JOHN SILENCE, Londres

COMPLICIDAD PREVIA AL HECHO

Al llegar a aquella encrucijada del páramo Martín se detuvo, y permaneció un rato observando perplejo los cuatro letreros del poste indicador. Aquellos no eran los nombres que esperaba encontrar y, además, no figuraban las distancias; su mapa —tuvo que admitir con fastidio— debía estar completamente anticuado. Lo extendió contra el poste y se inclinó para estudiarlo más de cerca. El viento

levantaba las esquinas y las batía contra su cara. Apenas conseguía descifrar la letra pequeña a la tenue luz del atardecer. Sin embargo —por lo que alcanzó a distinguir— parecía ser que dos millas más atrás había tomado un desvío equivocado.

Recordaba aquel desvío. El sendero tenía un aspecto muy tentador, y tras vacilar un momento, se había decidido a seguirlo, atraído —como tantos otros caminantes— por el señuelo de que «quizá resultara ser un atajo». La trampa del atajo es tan vieja como la naturaleza humana. Durante algunos minutos estudió alternativamente el poste y el mapa. Caía la noche y la mochila comenzaba a pesarle. Aquellas

dos guías no concordaban en nada y la incertidumbre iba haciendo presa en su ánimo. Se sentía desconcertado, frustrado. Cada vez le costaba más trabajo pensar con claridad. Tomar una decisión le parecía la cosa más difícil del mundo.

«Estoy hecho un lío —pensó—, debo estar cansado», y finalmente optó por seguir la indicación que le pareció más prometedora. «Tarde o temprano me conducirá a una posada, aunque no sea a la que yo pretendía llegar».

Se confió a la suerte del caminante y reanudó la marcha con energía. En el letrero podía leerse «por la colina Litacy», escrito en unos caracteres muy finos y pequeños que parecían oscilar y

cambiar de lugar cada vez que los miraba; aquel nombre no figuraba en el mapa, pero al igual que el atajo, resultaba tentador. Un impulso similar al que había sentido antes volvía a determinar su elección. Sólo que esta vez parecía ser más apremiante, casi urgente.

Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de la inmensa soledad del paisaje que le rodeaba. El camino continuaba en línea recta unas cien yardas para después curvarse, como un río plateado, y perderse en el infinito; el intenso tono verdeazulado de las matas de brezo que cubrían los márgenes se fundía con los colores del crepúsculo; y espaciados a uno y otro lado del camino,

se alzaban solitarios unos pinos pequeños muy enigmáticos. Desde que se le había ocurrido ese curioso adjetivo no conseguía quitárselo de la cabeza. Eran tantas las cosas que aquella tarde le parecían igualmente enigmáticas... el atajo, el mapa velado, los nombres del poste, sus propios impulsos erráticos o aquel misterioso estado de confusión que le iba embargando. El paisaje entero requería una explicación, aunque quizá «interpretación» fuera la palabra más exacta. Aquellos árboles solitarios se lo habían hecho ver claro ¿Por qué se había extraviado con tanta facilidad? ¿Por qué consentía que aquellas vagas impresiones le indicaran el camino a seguir? ¿Por qué se encontraba aquí,

precisamente aquí? ¿Y por qué marchaba ahora «por la colina Litacy»?

Entonces, junto a un prado verde que resplandecía como un rayo de luz en medio de la oscuridad del páramo, distinguió una figura tumbada en la hierba. Era como una mancha en el paisaje, un simple amasijo de harapos sucios a los que su propia fealdad confería cierto aire pintoresco; y su mente —aunque sus conocimientos de alemán eran muy básicos— eligió de inmediato los términos alemanes en vez de los ingleses. Las palabras lump y lumpen acudieron misteriosamente a su memoria. En aquel instante le parecieron las más correctas, las más expresivas, casi como onomatopeyas visuales, si tal

cosa fuera posible. Ni «harapos» ni «rufián» habrían hecho justicia a lo que acaba de ver. Sólo en alemán se podía describir aquello con alguna precisión.

Aquel era un mensaje que le enviaba su lado irracional. Pero, aparentemente, le pasó desapercibido. Un momento después, el vagabundo se incorporó y le preguntó la hora. Lo hizo en alemán. Y Martin, sin dudarle un instante, le respondió también en alemán:

—Halb sieben —las seis y media.

No le falló su intuición. Un vistazo al reloj, cuando lo miró un poco más tarde, se lo confirmó. Oyó que el hombre le decía, con esa solapada insolencia tan característica de los

vagabundos:

—Gracias, muy agradecido —
Martin no había enseñado el reloj; otra intuición de su subconsciente que había obedecido.

Con el ánimo agitado por una extraña mezcla de ideas y sentimientos, avivó el paso y prosiguió su marcha por la soledad del camino. De alguna manera, sabía que le harían esa pregunta y que se la harían en alemán. Aquello hacía que se sintiera nervioso y abatido. Pero había otra cosa que también había contribuido a ese estado de nerviosismo y abatimiento; por alguna extraña razón también se la esperaba... y no se había equivocado. Cuando aquel bulto marrón cubierto de harapos se incorporó para

hacerle la pregunta, una parte de él había permanecido tendida en la hierba: había otro bulto marrón y sucio. Eran dos los vagabundos. Pudo verles perfectamente la cara. Tras sus barbas desaliñadas, y medio ocultos por unos viejos sombreros, descubrió unos rostros desagradables y sagaces que le observaban con atención mientras pasaba delante de ellos. Le seguían con la mirada.

Durante un segundo los había mirado fijamente para poder identificarlos mejor. Y había comprendido con horror que sus rostros eran demasiado delicados, demasiado finos y astutos para ser los de unos simples vagabundos. Aquellos hombres

no eran ni mucho menos unos vagabundos. Estaban disfrazados.

«¡Qué manera más furtiva de mirarme!», pensó, mientras se alejaba de prisa por aquel camino ensombrecido, plenamente consciente ahora de la abrumadora soledad y desolación del páramo que le rodeaba. Lleno de inquietud y de angustia, aceleró aún más la marcha. De pronto, mientras pensaba en el inoportuno ruido que hacían sus botas de clavos al golpear en la dura superficie del camino, irrumpieron en su mente todo el conjunto de cosas que le habían obsesionado por parecerle «enigmáticas». Le comunicaban un único y categórico mensaje: que todo aquello no tenía nada

que ver con él —de ahí su confusión y su perplejidad— que se había entrometido en un escenario que no le correspondía y estaba invadiendo el territorio vital de otra persona. Al tomar algún desvío interno erróneo, se había situado en medio de un conjunto de fuerzas desconocidas que operaban en el pequeño mundo de otro individuo.

Sin darse cuenta, en algún lugar, había traspasado el umbral, y ahora ya se había adentrado demasiado: era un intruso, un entrometido, un mirón. Estaba escuchando, espiando; sus oídos captaban cosas que no tenía ningún derecho a conocer porque no era a él a quien estaban dirigidas. Como un barco en alta mar, interceptaba mensajes de

radio que no alcanzaba a descifrar porque su receptor no estaba correctamente sintonizado. Pero había algo más: ¡aquellos mensajes advertían de algún peligro!

El miedo, como la noche, se abatió sobre él. Estaba atrapado en una red de fuerzas sutiles y profundas que era incapaz de controlar, pues desconocía tanto su origen como su propósito. Le habían conducido hacia una inmensa trampa psíquica, elaborada con todo detalle, pero concebida para otra persona. Algo le había atraído hacia ella; algo en el paisaje, en la hora del día, en su estado de ánimo. Alguna oculta debilidad interna había hecho de él una presa fácil. Su miedo pasó a

convertirse en terror.

Lo que sucedió entonces ocurrió con tal rapidez y en tan corto espacio de tiempo que le pareció que todo ello se comprimía en un solo instante. Ocurrió de golpe, como en un torbellino. No hubo forma de evitarlo. Haciendo eses de un lado a otro del camino, avanzaba hacia él un hombre que sin duda fingía estar borracho: era un vagabundo. Cuando Martin se apartó para dejarle paso, los bandazos se transformaron en una acometida y el tipo se le vino encima. El impacto fue súbito y brutal; no obstante, mientras se tambaleaba, Martin pudo darse cuenta de que a sus espaldas se abalanzaba sobre él un segundo hombre que le levantó por las

piernas y le hizo caer de bruces sobre la tierra con un estrépito sordo.

Entonces comenzaron a lloverle los golpes; distinguió el resplandor de un objeto brillante; y una náusea letal le hundió en un estado de debilidad absoluta que hizo inútil toda defensa. Sintió que un objeto ardiente le penetraba en el cuello y, al instante, comenzó a brotar de sus labios un liquido dulce y viscoso que le asfixiaba. Después, se hizo la oscuridad. ...Sin embargo, en medio de todo el horror y la confusión, se había dado perfecta cuenta de dos cosas: que el primer vagabundo se había escabullido a toda prisa entre los brezales para adelantarle e ir a su encuentro; y que le arrancaban de debajo

de la ropa un objeto pesado que unos cierres mantenían firmemente ajustado a su cuerpo...

De repente, las tinieblas se rasgaron, se disiparon del todo. Se encontró de nuevo mirando de cerca el mapa que sostenía apoyado contra el poste. El viento batía las esquinas contra sus mejillas, y él estudiaba atentamente unos nombres, que ahora, podía distinguir con toda nitidez. Alzó la vista: las direcciones que figuraban en el poste eran las que había esperado encontrar, exactamente las mismas que venían en su mapa. Las cosas volvían a estar en su sitio, tal y como debía ser. Leyó el nombre del pueblo al que tenía pensado dirigirse; era perfectamente visible a la

luz del crepúsculo, dos millas era la distancia que se indicaba. Perplejo, turbado, incapaz de pensar, apretujó el mapa en el bolsillo sin doblarlo y se apresuró camino adelante como quien acabara de despertar de un sueño espantoso que, en apenas un segundo, hubiera condensado todo el tormento de una prolongada y angustiosa pesadilla.

Se echó a correr con un trote continuo que pronto se convirtió en galope; chorreaba sudor, las piernas le flojeaban y le costaba controlar la respiración. Tan sólo era consciente del deseo irrefrenable de alejarse cuanto antes de aquel poste de la encrucijada donde le había asaltado la terrible visión. Martin, un contable de

vacaciones, nunca había sospechado que existieran otros mundos llenos de posibilidades psíquicas. Para él, todo lo ocurrido había sido un auténtico suplicio. Mucho peor que aquella confabulación de jefes y empleados que, en cierta ocasión, le habían acusado injustamente de haber «amañado» un saldo en los libros de cuentas. Corría como si el campo entero, aullando, le pisara los talones. Y en ningún momento le abandonaba la increíble certeza de que nada de aquello le estaba destinado. Había escuchado los secretos de otra persona. Se había apropiado de advertencias que no estaban dirigidas a él, y al hacerlo, había modificado su curso. Había impedido que llegaran a su

verdadero destinatario. La conmoción que todo aquello le producía no se podía expresar con palabras. Desajustaba los mecanismos de aquella alma equilibrada y precisa. La advertencia estaba destinada a otra persona, que ya nunca llegaría a recibirla.

El esfuerzo físico acabó por ejercer sobre él un efecto beneficioso y le permitió recobrar hasta cierto punto la calma. A la vista de las luces del pueblo, aminoró la marcha y entró a un ritmo más pausado. Una vez hubo llegado a la posada, inspeccionó y alquiló una habitación, y encargó la cena, a la que acompañó con una sustanciosa y reconfortante jarra de cerveza que le ayudara a mitigar aquella

endiablada sed y a completar la total recuperación de su equilibrio mental. Las singulares sensaciones que hasta entonces le habían embargado acabaron por pasársele en gran medida; y de igual manera, le abandonó aquella extraña impresión de que cualquier cosa en su sencillo y saludable mundo requería una explicación. Poseído aún de una vaga inquietud, pero superada ya la sensación de miedo, entró al bar para fumar su pipa de después de cenar y charlar un rato con los parroquianos, como tenía costumbre de hacer cuando estaba de vacaciones. Entonces se fijó en dos hombres que, apoyados en la barra al fondo de la sala, le daban la espalda. Al instante vio sus rostros reflejados en el

espejo, y la pipa estuvo a punto de caérsele de la boca. Eran unos rostros bien afeitados, finos y astutos; charlaban mientras tomaban una copa, y Martin alcanzó a coger una o dos palabras de lo que decían: eran palabras alemanas. Los dos vestían bien, no había nada en su atuendo que llamara la atención; con sus trajes de tweed y sus botas de campo podrían haber sido, como él, dos turistas de vacaciones. De pronto, pagaron las copas y se marcharon. En ningún momento llegó a verlos cara a cara, pero volvió a sentirse empapado de sudor y una ráfaga febril de frío y de calor le recorrió todo el cuerpo; había reconocido sin ningún género de duda a los dos vagabundos, en esta ocasión sin

disfrazar... todavía sin disfrazar.

No se movió de su esquina, el regreso de aquel vil terror apenas si le permitía sostener la pipa, que continuaba chupando con frenesí a pesar de estar ya apagada. Con la absoluta claridad de una certeza, acudió de nuevo a su mente la idea de que aquellos hombres no tenían nada que ver con él, y aún más, que por nada del mundo tenía derecho a inmiscuirse en sus asuntos. No tenía locus standi; sería inmoral... incluso si se presentaba la oportunidad. Y tenía la impresión de que la oportunidad se presentaría. Había estado escuchando a escondidas y había accedido a una información privada de carácter secreto que no tenía derecho a

utilizar, ni tan siquiera para hacer el bien... ni tan siquiera para salvar una vida. Sentado en aquella esquina —aterrorizado, en silencio— permaneció a la espera de lo que fuera a ocurrir después.

Pero la noche no trajo explicación alguna. No ocurrió nada. Durmió profundamente. En la posada sólo había otro huésped; un hombre, ya entrado en años que, como él, debía de ser un turista. Llevaba gafas con montura de oro, y a la mañana siguiente, Martin oyó cómo preguntaba al posadero el camino para ir a la colina Litacy. Los dientes le empezaron a castañetear y las rodillas le flojearon.

—Doble a la izquierda en el cruce

de caminos —se apresuró a decir Martin antes de que el posadero alcanzara a responderle—. Encontrará el poste indicador como a dos millas de aquí; a partir de entonces es cosa de otras cuatro millas.

Con espanto se preguntó cómo diablos podía saberlo.

—Yo voy en la misma dirección —dijo a continuación—. ¡Le acompaño un rato, si no le importa!

Aquellas palabras le habían surgido de manera espontánea, de golpe; sin pensar. Su dirección era justo la contraria pero... no quería que aquel hombre fuera solo. El desconocido, sin embargo, eludió amablemente su ofrecimiento de compañía. Le dio las

gracias y le comentó que no tenía pensado partir hasta que el día estuviera más avanzado.

Los tres se encontraban junto al abrevadero que había frente a la posada y, en ese preciso instante, un vagabundo que avanzaba encorvado por el camino alzó la vista y les preguntó la hora. Fue el hombre de las gafas con montura de oro quien respondió.

—Muchas gracias; muy agradecido —dijo el vagabundo mientras se alejaba con aquel caminar encorvado y cansino. El posadero, un hombre muy locuaz, aprovechó para hacer un comentario sobre el gran número de alemanes que vivían en Inglaterra y que parecían dispuestos a

engrosar las filas de una invasión teutona que, al menos él, consideraba inminente.

Pero Martin no lo escuchó. Aún no había recorrido una milla de camino cuando se adentró en el bosque para enfrentarse con su conciencia a solas. Su debilidad, su cobardía, constituían sin duda un delito. Le atormentaba una genuina angustia. Una docena de veces decidió volver sobre sus pasos, y otras tantas veces, la singular autoridad de aquella voz que le susurraba que no tenía derecho a entrometerse, le detuvo. ¿Cómo iba a actuar basándose en un conocimiento que había obtenido escuchando algo a escondidas? ¿Cómo iba a interferir en los asuntos privados

de la vida oculta de otra persona por el simple hecho de haber escuchado, como si de un cruce de líneas se tratara, los peligros secretos que la amenazaban? Una especie de confusión interna le impedía pensar con la más mínima claridad. Aquel desconocido le tomaría por loco. No tenía ningún «hecho» en el que basarse... Reprimió un centenar de impulsos, y finalmente... siguió su camino con el corazón encogido.

Sus dos últimos días de vacaciones fueron un infierno, sembrado de dudas, interrogantes y sobresaltos. Todos ellos justificados más tarde, cuando leyó que un turista había sido asesinado en la colina Litacy. El hombre usaba gafas con montura de oro y llevaba, guardada

en un cinturón atado alrededor del cuerpo, una gran cantidad de dinero. Le habían degollado. Y la policía andaba tras la pista de un misterioso par de vagabundos, a los que se creía... alemanes.

DESCENSO A EGIPTO

Era un hombre polifacético y capaz, al que algunas personas calificaban incluso de brillante. Tras sus muchas aptitudes había tal riqueza de materiales, que de haber sido sometidos a una selección adecuada, podrían haber alcanzado la auténtica excelencia. Sin embargo, movido por una curiosidad insaciable que hacía que nunca parara quieto, se dedicaba a demasiadas cosas como para llegar a descollar en alguna de ellas. No obstante, George Isley era un hombre competente. Su breve carrera en el cuerpo diplomático así lo había

demostrado, a pesar de lo cual, cuando la abandonó para dedicarse a los viajes y las exploraciones, no hubo nadie que pensara que era una lástima. Haría grandes cosas en cualquier actividad que emprendiera. Simplemente trataba de encontrarse a sí mismo.

Entre las piedras movedizas de la humanidad, algunas terminan por coger musgo de un valor considerable. No hay por qué considerarlos unos holgazanes; viajan con poco equipaje; y las cómodas oquedades hacia las que se sienten atraídas la mayoría de las personas en el gran juego de la vida son demasiado pequeñas para retenerlos: entran en ellas y al instante ya han salido. Todo el mundo exclama:

«¡Qué pena! ¡No perseveran en nada!» Pero lo único que ocurre es que, al igual que las aves migratorias, siempre están buscando el nido que más les conviene. Es una simple cuestión de valores. Toman rápidamente una decisión, cambian la dirección de su vuelo, y antes de que llegue a sus oídos el comentario de que podrían «haberse retirado con una buena pensión», ya han desaparecido.

George Isley pertenecía sin duda a ese tipo de espíritus vagabundos y errantes. Pero no era ni mucho menos un holgazán. Simplemente sentía el anhelo insaciable de encontrar ese nido mullido en el que poder establecerse de forma permanente. Y acompañado por el coro

unánime de suspiros y lamentos de todos sus amigos, terminó por encontrarlo; y lo encontró, además, no en el presente, sino retirándose del mundo «sin una buena pensión» y desprovisto de cualquier tipo de honores y distinciones. Se alejó del presente y se fue deslizándose poco a poco hacia ese Pasado grandioso al que pertenecía. El cómo y el por qué lo hizo, o cuáles fueron los extraños instintos que le impulsaron a realizar aquello, es algo que aún se desconoce y que constituye el hondo secreto de una vida interior que no encontró acomodo en el mundo moderno. Tales instintos no se pueden desvelar utilizando el lenguaje propio del siglo veinte, ni es posible describir con exactitud los detalles de

un viaje de esa índole. Excepción hecha de unos cuantos poetas, profetas, psiquiatras y otras gentes similares, la mayoría de las personas suelen desdeñar tales experiencias clasificándolas bajo la etiqueta museística de lo «raro».

Quien esto escribe —que por puro azar fue testigo de alguno de los signos visibles y externos de ese viaje espiritual interior— también merece el honor de que se le aplique tal etiqueta. Sin embargo, la asombrosa realidad de la experiencia es innegable; y el hecho de que tan sólo el autor de estas páginas posea alguna de las posibles claves de la misma, quizá se deba a que también él, aunque de una forma menos imperiosa, se sintió tentado de

emprender un viaje similar. En todo caso, esta interpretación está destinada a aquellos pocos que son conscientes de que los trenes y demás vehículos motorizados no son los únicos medios de viajar de que dispone nuestra progresista especie.

Intimé con George Isley en su juventud, y aún hoy le sigo tratando. Pero el George Isley que conocí en el pasado, aquella personalidad arrolladora con quien compartí viajes, escaladas y expediciones, ya no se encuentra entre nosotros. No está aquí. Fue desapareciendo gradualmente hasta perderse en el pasado. George Isley ya no existe. Y que una personalidad de tal calibre se desvaneciera, cuando aún no

había cumplido los cincuenta, mientras alguien con su mismo aspecto siga paseando por las calles de siempre, aparentemente con toda normalidad, es una historia que, por más difícil que resulte, es digna de ser contada. Aunque yo fui testigo de esa lenta inmersión, y sé que fue algo muy gradual, no pretendo comprender su significado último. En todo aquel asunto hubo algo muy dudoso y siniestro que permitía vislumbrar unas posibilidades increíbles. De existir un cuerpo de policía espiritual, es posible que el caso se hubiera podido aclarar en parte, pero dado que ninguna de las iglesias existentes parece haber tomado ninguna medida eficaz en este sentido, se diría que sólo queda recurrir a una de

esas dichosas fórmulas mágicas que todo lo explican o a hacer comentarios en voz baja sobre un posible trastorno mental o cosa semejante. Como es natural, tales etiquetas, como tantos otros clichés en la vida, no explican gran cosa. En esa figura de porte marcial, vestida siempre de punta en blanco, que pasea por Picadilly, asiste a las carreras o sale a cenar, no hay signo de trastorno mental alguno. Su semblante no expresa melancolía y en sus ojos no hay ni un atisbo de furia. Sus gestos son reposados y su hablar comedido. Y sin embargo, tiene la mirada perdida y el rostro carece de expresión. Su persona transmite una sensación de vacío que invita a reflexionar. Si no llama en

exceso la atención se debe, sin duda, a que, en esta vida, son pocos los que esperan u ofrecen mucho más que eso.

Quizá una observación más minuciosa lleve a plantearse algunos interrogantes, o quizá no; me temo que más bien a esto último. En cualquier caso, alguien puede llegar a preguntarse por qué ese algo que continuamente se espera no hace nunca su aparición, o quedarse aguardando a que se presente algún signo de esa «personalidad» que la presencia general del hombre hace previsible. Quien así lo haga se llevará sin duda una decepción; pero desafío a cualquiera a que advierta el más mínimo atisbo de desorden mental, trastorno psíquico o afección nerviosa, pues no

hallará en él nada de eso. Puede que no se tarde mucho en tener la sensación de estar hablando con el muñeco de un ventrílocuo o con un autómata perfectamente entrenado; un ser insignificante carente de una vitalidad espontánea. También es posible que, más adelante, se descubra que el recuerdo de tal individuo se desvanece rápidamente sin dejar la más mínima huella en nuestra memoria. No voy a negar tal posibilidad, pero en ello no ha de verse nada patológico. Habrá a quienes esta discrepancia entre las expectativas y las realidades les despierte la curiosidad, pero la mayoría, acostumbrada a juzgar las cosas por las apariencias, se dirán: «un tipo agradable

pero sin nada de especial...» y al cabo de una hora ya le habrán olvidado por completo.

Pues como quizá ya se habrá adivinado, la verdad es que durante todo este tiempo no se ha estado sentado al lado de nadie; no se ha hablado, mirado o escuchado a nadie. De ese trato no se ha obtenido nada que pueda dar lugar a una reacción humana; buena, mala o indiferente. George Isley no existe. Y tal descubrimiento, en caso de haberse producido, ni siquiera habrá provocado un temblor de inquietud, pues el exterior de la persona resulta extremadamente grato. El George Isley de hoy en día es como un cuadro que no encierra ningún significado y que complace meramente

por la armonía cromática con que se presenta un tema insustancial. En el reducido ámbito social en el que nació pasa desapercibido, sin salirse del carril en el que unos hábitos adquiridos a edad temprana han hecho que se sienta perfectamente cómodo. Nadie sospecha nada; nadie, claro está, excepto aquellos pocos con quienes le unió una estrecha amistad en otras épocas. Sin embargo, su vida errante ha hecho que éstos se encuentren desperdigados por todo el mundo, y la mayoría de ellos ya se habrán olvidado de cómo era él. Encarna con tal perfección los modales del hombre convencional a la moda, que ninguna de las mujeres de su «círculo» se da cuenta de que hay algo que le

diferencia del tipo al que están acostumbradas. Devuelve los cumplidos ateniéndose al lenguaje establecido en los manuales que ellas manejan, da paseos en coche, juega al golf y hace apuestas, según los cánones que rigen en ese mundo concreto. Es un perfecto y excelente autómata. Es un ser inexistente. Es la forma vacía de un ser humano.

Hacia varios años que el nombre de George Isley andaba en boca de todo el mundo, cuando tras un período de tiempo considerable volvimos a encontrarnos en un hotel de Egipto, donde yo había ido por motivos de salud y él por razones que, al principio, me eran desconocidas. Sin embargo, no tardé en averiguarlo: la pasión por las excavaciones y la arqueología había hecho presa en él, aunque se había dedicado a ello con tal discreción que nadie parecía haberse enterado. No estoy seguro de que se alegrara de

verme, pues en un primer momento trató de evitarme; molesto, al parecer, de que alguien le hubiera localizado. No obstante, luego debió pensárselo mejor y, tras algunas vacilaciones, se acercó a mí. Me saludó realizando un extraño movimiento de todo el cuerpo con el que pareció sacudirse de encima algo que le había hecho olvidar mi identidad. Había en su actitud un cierto patetismo, casi como si esperara provocar un sentimiento de compasión.

—Llevo por aquí, yendo de un lado para otro, durante los últimos tres años —dijo, tras contarme alguna de las cosas que había estado haciendo—. Encuentro que es la afición más gratificante del mundo. Aspira a

reconstruir —me refiero, por supuesto, a una reconstrucción imaginaria— algo grandioso que el mundo ha perdido por completo. Créeme, es una afición maravillosa y estimulante, verdaderamente seduc... sacrificada —rápidamente cambió de palabra.

Recuerdo haberle mirado de arriba a abajo con verdadero estupor. Se apreciaba un cambio en él, una carencia; había algo que se echaba en falta en su entusiasmo, en el timbre de su voz, en sus ademanes. Los elementos que componían su personalidad no estaban combinados exactamente del mismo modo que antaño. No quise incomodarle haciéndole preguntas, pero lo cierto es que desde el primer instante advertí esa

sutil alteración en su persona. Aquel hombre presentaba una nueva faceta de su personalidad. Todo lo que en él había de independiente y de enérgico había sido sustituido por una especie de vacuidad que inspiraba compasión. Ese cambio se apreciaba incluso en su físico; producía la extraña sensación de haber empequeñecido. Volví a fijarme en él más detenidamente. Sí, empequeñecido era la palabra adecuada. Parecía haber menguado. Resultaba sorprendente y, a la vez, un tanto repulsivo.

Como era habitual en él, dominaba el tema a fondo, conocía a todas las personas importantes y había gastado el dinero a manos llenas en su afición. Reí

al recordarle que en cierta ocasión había comentado que Egipto no le atraía, pues debido a la sistemática propaganda que se hacía de sus encantos, éstos le resultaban un tanto teatrales. Reconoció su error con un gesto y, sin más, pasó por alto aquella objeción. Sus ademanes, y una especie de aura que parecía envolverle mientras respondía a mis preguntas, no hizo sino aumentar mi primera sensación de estupor. Su voz tenía una entonación muy expresiva y sugerente.

—Sal conmigo un día y ya verás lo poco que importan los turistas —dijo en voz baja—, lo insignificantes que son las excavaciones en comparación con lo que queda por hacer, qué colosal —

pronunció aquella palabra con un énfasis impresionante— es el campo de lo que queda por descubrir.

El movimiento que hizo con la cabeza y los hombros conseguía transmitir la idea de algo prodigioso, pues se trataba de un hombre fornido y de rasgos duros, y sus ojos, rehundidos en su rostro, me miraban con un oscuro fulgor que no alcanzaba a explicarme. Pero era su voz la que comunicaba una mayor sensación de misterio. Bajo su sonido se percibía una vibración que parecía proceder de algún lugar más profundo.

—Egipto ha enriquecido su sangre con el desfilar de multitud de civilizaciones —prosiguió, con una

solemnidad que, en un principio, me hizo cometer el error de pensar que elegía aposta aquellas extrañas palabras con objeto de dar mayor dramatismo a lo que decía—. Ha asimilado a persas, griegos, romanos, sarracenos y mamelucos, y a docenas de otras conquistas e invasiones... ¿Qué pueden importarle unos simples turistas y exploradores? Los arqueólogos se limitan a escarbar en la superficie y a desenterrar unas cuantas momias. ¡Y qué decir de los turistas! —sonrió con desdén—. ¡Son como moscas que se posan un instante sobre su rostro oculto, para esfumarse de inmediato al primer atisbo de calor! Egipto ni se entera de que existen. El verdadero Egipto se

encuentra bajo tierra, envuelto en oscuridad. Los turistas necesitan luz, para ver y para que les vean. ¡Y en cuanto a los arqueólogos...!

Hizo una pausa y sonrió con una mezcla de conmiseración y desprecio que no fue de mi agrado, pues a mí, al menos, los tenaces arqueólogos me merecían el máximo respeto. A renglón seguido, con un matiz de apasionamiento en la voz que parecía indicar que estaba resentido contra ellos y que se había olvidado de que también él había «excavado», añadió:

—Unos hombres que desentierran a los muertos, restauran templos y reconstruyen un esqueleto creyendo que de ese modo han interpretado la esencia

palpitante de su corazón...

Mientras decía aquello encogió sus enormes hombros; y el resto de la frase no habría pasado de ser más que la queja de un hombre que trataba de defender su afición, de no haber sido por la seriedad y la gravedad desmedidas con que se expresaba, cuyo efecto fue hacer que aumentara aún más mi asombro. Habló luego de lo rara que era aquella tierra: una mera franja de vegetación extendida a lo largo del anciano río, y el resto, nada más que ruinas, desierto y una desolación de muerte calcinada por el sol que, sin embargo, rebosaba vitalidad, fascinación y energía, y que producía la inquietante sensación de poseer algo

imperecedero. En aquella tierra donde el Pasado pervivía con tanta fuerza parecía hallar algún tipo de revelación espiritual fuera de lo común. Hablaba como si en ella el Presente hubiera dejado de existir.

Ciertamente, la solemnidad que dejaban traslucir sus palabras hacía que me resultara difícil seguir su conversación, de modo que aproveché la pausa que llegó entonces para decir algo que expresara mi sorpresa y los interrogantes que me surgían; aunque creo que, en lo sustancial, lo que vine a expresar fue, más bien, mi asentimiento. Se notaba que poseía una convicción muy profunda, una pasión que le embargaba y cuyo sentido no acababa yo

de captar. Sin embargo, aunque no le comprendiera, su enorme entusiasmo resultaba contagioso. Luego, bajando el tono de voz, se puso a hablar de templos, tumbas y deidades, y a darme detalles sobre los descubrimientos que había hecho y sobre el efecto que habían tenido en él. Pero la verdad es que no presté excesiva atención a lo que me dijo entonces, pues en aquel lenguaje tan insólito que había empleado al principio había detectado algo que despertaba más mi curiosidad... y la despertaba, además, de una forma inquietante.

—De modo que, como le ocurre a casi todo el mundo, el hechizo también ha hecho presa en ti, sólo que con más fuerza todavía —le dije, recordando el

efecto que me había producido Egipto dos años atrás.

Clavó su mirada en mí durante un segundo; en las duras facciones de aquel rostro tan sugerente se dibujaron vagos signos de inquietud. Creo que deseaba contarme más cosas pero que no se decidía a confesármelas. Vacilaba.

—De lo que me alegro es de que no se haya adueñado de mí en una época más temprana de mi vida —respondió tras una pausa—. Me habría absorbido por completo. Habría perdido interés por cualquier otra cosa. Ahora... —y mientras hablaba, como una sombra fugaz, pasó por sus ojos aquella extraña mirada de desamparo que parecía pedir comprensión—. Ahora que estoy en

declive... ya no importa tanto.

¡En declive! No me explico cómo pude ser tan torpe de dejar escapar esa oportunidad que nunca volvería a presentármeme; por la razón que fuera aquella singular expresión no me llamó la atención en aquel momento, y sólo me di cuenta del alcance último de esas palabras más adelante, cuando ya no tenía ningún sentido hacer referencia a ellas. Puso a prueba mi disposición a ayudarlo, a comprenderlo, a compartir su vida interior. Pero la pista se me pasó por alto. En ese momento sentía mayor interés por una cuestión más práctica que había apreciado en su lenguaje. Dado que yo me contaba entre aquellos que lamentaban que no hubiera llegado a

sobresalir en algo, por no haber dedicado todas sus energías a una sola actividad, me limité a encogerme de hombros. Captó de inmediato el significado de aquel gesto. ¡Sí, estaba deseando hablar! Creo que intuía la posibilidad de encontrar en mí la comprensión que buscaba.

—No, no, no me has entendido bien —dijo con tono grave—. Lo que quiero decir —¡y nadie lo sabe mejor que yo! — es que si bien la mayoría de los países te dan algo, hay otros que te lo quitan. Egipto te cambia. Nadie puede vivir aquí y seguir exactamente igual a como era antes.

Aquello me desconcertó. Una vez más había conseguido sobresaltarme.

Hablaba con la máxima seriedad.

—¿Y quieres decir que Egipto es uno de esos países que te quitan algo? —le pregunté. Lo extraño de aquella idea me tenía un tanto confundido.

—Primero se lleva algo tuyo —respondió—, pero al final es a ti mismo a quien se lleva. Hay tierras que te enriquecen —prosiguió, al ver que le escuchaba atentamente—, pero otras te hacen más pobre. De la India, de Grecia, de Italia, de todas las tierras de la antigüedad, se regresa con recuerdos de los que se puede hacer uso. De Egipto se regresa... sin nada. Su magnificencia tan sólo aturde; es inútil. Produce un cambio en lo más hondo de tu ser, un vacío, un anhelo inexplicable, y nada puede llenar

esa carencia de la que ahora eres consciente. Nada puede reemplazar lo que ha desaparecido. Te ha vaciado.

Le miré fijamente, pero hice un gesto de aquiescencia general con la cabeza. Aplicado a un temperamento sensible y artístico aquello era cierto sin duda, aunque no fuera ni mucho menos la opinión generalizada que solía admitirse de forma superficial. La mayoría de la gente sentía que Egipto les había llenado a rebosar. Sin embargo, entendía la lectura más profunda que él hacía de los hechos. Por otra parte, aquella idea me producía una rara fascinación.

—A fin de cuentas —continuó—, el Egipto moderno no es más que una civilización artificial —hablaba como si

le faltara el aliento, pero su tono de voz era reposado—; sin embargo, el antiguo Egipto permanece justo ahí debajo, oculto, esperando. Muerto y, a la vez, increíblemente vivo. Cada vez que sientes que te roza, se lleva algo de ti. Se enriquece contigo. Al regresar de Egipto... se es menos de lo que se era antes.

Es difícil de expresar lo que entonces se me pasó por la cabeza. Sentí como si un fulgor de imaginación visionaria me atravesara la mente trazando una senda de fuego. Pensé en algún antiguo héroe griego que hablara de una magnífica batalla librada contra los dioses; una batalla en la que se sabía derrotado de antemano y que, sin

embargo, le causaba un gran placer, pues sabía que tras su muerte su espíritu se uniría a aquella gloriosa compañía en su morada del más allá. En otras palabras, percibía en él una mezcla de resignación y de rebeldía. Él sentía ya el natural abandono que sigue a una lucha prolongada y desigual, como la de un hombre que, enfrentado contra los rápidos de un río, termina por rendirse ante un empuje superior a sus fuerzas y se deja arrastrar por la espantosa masa de agua que suave e indiferente le precipita hacia la paz de la caída.

No obstante, lo que hacía que mi mente se viera sumida en la oscuridad y el misterio, no eran tanto las palabras que con tanta plasticidad revestían una

verdad innegable, como la profunda convicción que se adivinaba tras ellas. He de reconocer que sus ojos, que durante todo aquel tiempo habían sostenido mi mirada, relampagueaban, y sin embargo, expresaban la misma serenidad y cordura que los de un doctor que analizara los síntomas de esa batalla diaria en la que, finalmente, todos habremos de sucumbir. Ése fue el símil que se me ocurrió entonces.

—Es cierto que... en alguna parte de este país... hay algo inconmensurable... lo reconozco.

¿Pero... no crees que exageras un poco?

—Hablaba con un ligero tartamudeo y las palabras me salían entrecortadas.

Me respondió con voz pausada,

mientras desviaba los ojos de mi rostro y los dirigía a la ventana que enmarcaba el cielo espléndido y sereno que se tendía en dirección al Nilo.

—Te aseguro que el verdadero Egipto, el invisible —murmuró—, me resulta demasiado... fuerte. Me cuesta mucho manejármelas con él. Sabes —dijo, volviéndose hacia mí y sonriendo como un chiquillo cansado—, en realidad creo que es él quien me maneja a mí.

—Arrastra... —comencé a decir, y al interrumpirme él de inmediato, di un respingo.

—Hacia el Pasado.

No me siento capaz de describir la forma en que pronunció la última de

aquellas palabras. Transmitía una magnificencia desbordante, una sensación de paz y belleza, de batallas concluidas, de un reposo al fin alcanzado. Ningún santo habría conseguido que el significado de la palabra «cielo» rebosara tal grado de pasión y de seducción. Sí, él partía por propia voluntad, y si prolongaba la lucha era simplemente para aumentar el alivio y la dicha de la consumación.

Porque de nuevo hablaba como si en su interior se estuviera librando un combate. Yo al menos tenía la impresión de que había una parte de él que pedía ayuda. Ahora comprendía mejor aquel patetismo que ya había percibido vagamente con anterioridad. Su carácter,

de por sí fuerte e independiente, parecía haberse debilitado; era como si le hubieran arrancado alguna de las fibras que lo componían. También comprendí entonces que el hechizo de Egipto, objeto de tanta cháchara sensacionalista e insustancial, pero tan desconocido en lo que es su fuerza desnuda —esa influencia indescriptible y sigilosa que, desde las profundidades, envía delicados zarcillos al exterior— lo llevaba ahora en la sangre. Yo mismo, a pesar de mi supina ignorancia, lo había sentido, no lo podía negar; en Egipto se perciben muchas cosas extrañas e incomprensibles, hasta los individuos más prosaicos pueden llegar a sentir las. El Egipto muerto está prodigiosamente

vivo...

Dirigí la mirada a los grandes ventanales que se abrían a su espalda: la monótona extensión de leguas y más leguas amarillas de desierto despedían una tenue luz y dos inmensas pirámides emergían desde la otra orilla del Nilo. De pronto —inexplicablemente, como más tarde pensaría al rememorar lo ocurrido— la robusta figura de mi compañero, que debía encontrarse a tan sólo dos palmos de mis ojos, desapareció de mi vista. Se acababa de levantar de la silla y tenía que encontrarse de pie a mi lado y, sin embargo, no conseguía verle. Algo oscuro como una sombra y etéreo como un soplo de aire se había alzado,

llevándose consigo mis pensamientos y cegando mi visión. Durante un instante me olvidé de quien era; mi propia identidad me abandonó. El pensamiento, la vista, todos mis sentidos, se hundieron en el vacío de aquellas arenas abrasadas por el sol. Se hundieron, por así decirlo, en la nada; arrancados del Presente, subyugados, absorbidos.

...Y cuando volví a mirar hacia donde él estaba para responderle, o más bien preguntarle por el significado de aquellas enigmáticas palabras, ya no estaba allí. Invadido de un sentimiento que iba mucho más allá de la mera sorpresa —pues había algo en aquella desaparición que me perturbaba profundamente— me di la vuelta para

buscarle. No le había visto irse. Se había escabullido de mi lado con sumo cuidado, se había esfumado en silencio, misteriosamente, y con una facilidad asombrosa. Recuerdo que un ligero estremecimiento me recorrió todo el cuerpo al darme cuenta de que me encontraba solo.

¿Acaso había captado por un momento un reflejo de su estado de ánimo? La simpatía que sentía hacia su persona, ¿no habría producido en mí un eco de lo que él experimentaba de forma plena; ese ir hacia atrás, esa pérdida de vigor, esa sutil y tentadora atracción que ejercían las inconmensurables arenas que ocultaban y protegían a los muertos vivientes de las negligentes

intromisiones de los vivos...?

Me senté para reflexionar un poco y, de paso, aproveché para contemplar el esplendor del crepúsculo. Una cosa que había dicho resonaba en mi mente con poderosa insistencia como si se tratara del repicar de unas campanas lejanas. Su charla sobre tumbas y templos no había dejado huella en mí, pero aquello permanecía. Me producía un extraño efecto estimulante. Recordaba que era así como solía conseguir que su conversación despertara la curiosidad de los demás. Hay países que dan y otros que quitan. ¿Qué era exactamente lo que quería decir con eso? ¿Qué era lo que le había quitado Egipto? Entonces me di cuenta

con mayor claridad de que había en él algo que se echaba en falta, algo que en otro tiempo había poseído y que ya no tenía. Su propia figura se me aparecía ya borrosa cuando trataba de pensar en ella. Mi mente se afanaba por recordarla, pero todo era en vano... Al cabo de un rato dejé mi silla y me cambié de ventana, invadido de una vaga sensación de desasosiego de la que formaba parte la inquietud que sentía por él. Había despertado mi compasión. Pero tras aquel sentimiento se escondía también una curiosidad ávida y absorbente. George Isley parecía estar perdiéndose en la distancia, y lo curioso es que yo mismo me sentía acometido por un deseo irrefrenable de alcanzarle,

de acompañarle en su viaje hacia aquel esplendor perdido que él había vuelto a descubrir. Era un sentimiento verdaderamente singular, pues iba unido a un anhelo; el anhelo de una belleza olvidada e indescriptible que el mundo había perdido. También yo lo sentía dentro de mí.

Ante la proximidad del crepúsculo la mente se complace en albergar sombras. A mi espalda, la sala, vacía de huéspedes, permanecía a oscuras; también sobre el desierto se iba extendiendo lentamente un velo de oscuridad, ahondando la serenidad de su rostro adusto e inexpresivo. El paisaje iba palideciendo en la lejanía; toda aquella inmensa sábana avanzaba

susurrando hacia la noche. Suspendidas frágilmente en el aire, como si se tratara de racimos de grosellas que pudieran arrancarse, titilaban en el cielo las primeras estrellas; el sol se había ocultado ya en el horizonte libio, donde las tonalidades doradas y carmesíes, al irse atenuando, pasaban del color violeta al azul. Me quedé contemplando el misterioso anochecer egipcio mientras un embrujo sobrecogedor hacía que mis sentidos medio embotados percibieran la inquietante proximidad de lo imposible... y entonces comprendí lo que estaba ocurriendo. Sobre George Isley, sobre su mente y sus energías, sobre su pensamiento, e incluso sobre sus propias emociones, también se

estaba extendiendo lentamente una especie de oscuridad. Aunque no era cosa de la edad, algo en él se había debilitado, se había apagado. Una noche interior se estaba apoderando del Presente y lo estaba eliminando. Y, no obstante, su mirada se dirigía al amanecer. Al igual que ocurría con los monumentos egipcios, sus ojos miraban... hacia oriente.

Se me ocurrió que quizá lo que había perdido era su ambición. Decía alegrarse de que sus estudios egipcios no se hubieran adueñado de él en una época más temprana; los términos en que se había expresado eran bastante singulares: «ahora que estoy en declive ya no importa tanto». Una base poco

sólida, sin duda, para asentar sobre ella una certeza y, a pesar de ello, tenía el convencimiento de que no andaba desencaminado. Estaba fascinado sí, pero fascinado en contra de su voluntad. En su interior combatían el Presente y el Pasado. Aunque seguía luchando, ya había perdido toda esperanza. El deseo de no cambiar le había abandonado...

Me aparté de la ventana para no ver aquel desierto gris que todo lo invadía, pues el hallazgo que acababa de hacer había provocado en mí cierta zozobra. Egipto me parecía de pronto una entidad dotada de un inmenso poder. Se agitaba a mi alrededor. En aquel preciso instante estaba sintiendo cómo se agitaba. Aquella tierra llana e

inmóvil que aparentaba carecer de movimiento, en realidad estaba constantemente realizando multitud de ademanes que, poco a poco, se iban enroscando al corazón de las personas. A él lo estaba disminuyendo. De la compleja textura de su personalidad ya había arrancado una hebra vital, cuya relación con la trama general de su ser era de crucial importancia: su ambición. Era mi mente quien había elegido ese símil, pero en mi corazón, donde las ideas palpitaban con inusitada violencia, se insinuaba otro símil aún más certero. En lugar de «hebra» la palabra era «arteria». Me alejé rápidamente de allí y subí a mi habitación para estar a solas. Había en aquella idea algo que me

resultaba repugnante.

Sin embargo, mientras me vestía para ir a cenar, aquella idea comenzó a exfoliarse como si se tratara de un ser vivo. Veía dibujarse sobre la figura de George Isley un gran interrogante que anteriormente no estaba allí. Todo el mundo, por supuesto, lleva consigo un interrogante, aunque por lo general no suele manifestarse de forma visible hasta el momento final. En su caso, tal presencia le envolvía de forma palpable cuando aún se encontraba en la plenitud de la vida. Gravitaba sobre su cabeza como una espléndida cimitarra. Aunque

estaba lleno de vitalidad, parecía haber aceptado de buen grado la muerte. Por más que mi imaginación trataba de encontrar una posible explicación, nunca iba más allá de una conclusión de carácter negativo: cierta energía, que no guardaba relación alguna con la mera salud física, había desaparecido. Creo que se trataba de algo más que la ambición, pues incluía también una falta de objetivos, de deseos, de confianza en sí mismo. Era la propia vida. George Isley había dejado de pertenecer al Presente. Ya no estaba aquí.

«Algunos países dan y otros quitan... Me cuesta mucho manejármelas con Egipto. Lo encuentro demasiado... —y después ese adjetivo tan sencillo,

tan corriente— fuerte». Por sus recuerdos y por su propia experiencia, el mundo entero no guardaba secretos para él; tan sólo le quedaba Egipto para enseñarle aquella novedad maravillosa. Pero no se trataba del Egipto de hoy en día; era el Egipto desaparecido el que le había robado las fuerzas. Había dicho que se encontraba enterrado, oculto, esperando... De nuevo volví a sentir un leve estremecimiento, como si en lo más hondo de mi corazón anidara en secreto el deseo de compartir aquella experiencia con él, como si la compasión que sentía implicara un consentimiento voluntario de que así fuera. La compasión conlleva siempre una cierta renuncia al propio yo; cada

vez que me invadía ese sentimiento tenía la sensación de que una parte de mí me abandonaba. Mi pensamiento se movía en círculos sin encontrar un punto firme donde poder apoyarse y decir: «ya lo tengo; ahora lo entiendo todo». Que un país tenga una cierta disposición a dar es algo fácilmente comprensible, pero aquella idea de un país que despoja, que roba, me desconcertaba. Me invadió una vaga sensación de alarma; no sólo por él sino también por mí.

En cualquier caso, durante la cena —que me invitó a compartir con él en su mesa— aquella impresión terminó por írseme de la cabeza, y me reproché a mí mismo haber incurrido en unas exageraciones más propias de una

mujer. Sin embargo, a medida que hablábamos de tantos días de aventura como habíamos pasado juntos en otras latitudes, me llamó la atención lo raro que era que nunca hiciéramos mención del presente. Lo ignorábamos. Se diría que a su pensamiento le resultaba más sencillo orientarse hacia el pasado. Cada una de aquellas aventuras, como impulsada por su propio peso, conducía de forma natural a una misma idea: la inmensa magnificencia de una edad desaparecida. En aquel misterioso juego entre la vida y la muerte el antiguo Egipto representaba la casilla del «hogar». La gravedad específica de su propio ser —por no hablar de momento de la mía— se había desplazado hacia

un punto inferior y más lejano, hacia atrás y hacia las profundidades, o como él mismo decía, bajo tierra. Yo mismo experimentaba literalmente la sensación de estar hundiéndome.

Empezaba a preguntarme cuál sería la razón que le había llevado a elegir un hotel como éste. En mi caso había venido aquí aquejado de una afección en un órgano de mi cuerpo que, según me había asegurado el especialista, no tardaría en sanar gracias a los maravillosos aires de Helouan; pero me parecía extraño que mi compañero también lo hubiera elegido. La clientela estaba compuesta en su mayor parte de convalecientes, alemanes y rusos sobre todo. Su gerencia vivía de espaldas al

lado más alegre y frívolo de la vida que, por lo general, los hoteles egipcios fomentan con todo entusiasmo. Era una verdadera casa de reposo, un lugar para descansar y disfrutar del ocio, donde se podía permanecer en el anonimato con la seguridad de no ser descubierto. Los ingleses no solían frecuentarlo. Era el lugar indicado —se me ocurrió súbitamente— para esconderse.

—O sea, que por ahora no estás metido en ningún proyecto arqueológico, ¿no es así? —le pregunté—. ¿Nada de expediciones o excavaciones de momento?

—Me estoy recuperando —me respondió de manera despreocupada—. He estado dos años en el Valle de los

Reyes y, la verdad, creo que he forzado un poco la máquina. Pero estoy preparándome para trabajar en un asunto aquí cerca, en la otra orilla del Nilo —y señaló hacia Sáqqara donde el inmenso cementerio menfita se extendía bajo tierra desde las pirámides de Dachur hasta las moles de Gizeh, cuatro millas más abajo—. ¡Sólo en ese lugar hay tarea para cien años de trabajo!

—Debes haber reunido una gran cantidad de material interesante. Supongo que más adelante lo utilizarás para un libro o...

La expresión de su cara hizo que no continuara; de nuevo había asomado a sus ojos aquella extraña mirada que, cuando la vi por primera vez, ya me

había producido una gran inquietud. Era como si algo dentro de él consiguiera con gran esfuerzo aflorar por un instante a la superficie, y tras echar una mirada sombría sobre el presente, volviera a hundirse y desaparecer.

—Mucho más de lo que nunca pueda llegar a utilizar —respondió con desgana—. Lo más probable es que sea ello lo que me utilice a mí. —Lo dijo todo precipitadamente, mientras echaba una ojeada por encima del hombro, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando. Luego, volvió a mirarme con una elocuente sonrisa en su rostro. Le dije que pecaba de modesto.

—Si todos los arqueólogos fueran como tú —añadí— seríamos los pobres

ignorantes como yo quienes sufriríamos las consecuencias —acompañé mi comentario con una risa, pero aquella risa no pasó más allá de mis labios.

Negó con la cabeza con una expresión de indiferencia.

—Lo hacen lo mejor que pueden; y lo cierto es que hacen verdaderas maravillas —replicó, mientras hacía un gesto indefinible que parecía indicar que prefería desentenderse de aquel tema, aunque no pudiera conseguirlo del todo —. Conozco sus libros, y también a sus autores... de muy diversas nacionalidades. —Hizo una breve pausa, y sus ojos adquirieron una expresión grave—. Lo que no llego a comprender del todo es ... como lo

consiguen —añadió con un tono de voz apagado.

—Lo dices por el esfuerzo que supone, ¿no? ¿La dureza del clima y esas cosas? —Hice aquel comentario a propósito, pues sabía perfectamente que no era a eso a lo que él se refería. No obstante, la forma en que clavó sus ojos en mi cara me turbó hasta tal punto, que creo que di un respingo. Una parte muy profunda de mí le escuchaba con la máxima atención, en actitud vigilante, casi en guardia.

—Lo que quiero decir es que tienen una capacidad de resistirse extraordinaria —respondió.

—¡Eso era! ¡Había usado justo la palabra que yo mismo llevaba escondida

en mi interior!

—Es algo que me deja perplejo — prosiguió—, pues quitando a uno de ellos, no son personas excepcionales. En cuanto a su talento, sí, claro. Pero yo me refiero a su capacidad de resistirse, de protegerse. De protegerse a sí mismos —añadió con énfasis.

La manera en que había dicho «resistirse» y «protegerse a sí mismos» había hecho que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Más adelante me enteraría de que él había realizado algunos descubrimientos asombrosos durante aquellos dos últimos años, ahondando en los misterios de la vida del antiguo Egipto sacerdotal más que cualquiera de sus predecesores o

colegas... y que después, inexplicablemente, había abandonado sus investigaciones. Pero todo aquello sólo lo supe más tarde y por boca de terceros. En aquel momento de lo único que era consciente era de aquel extraño sentimiento de turbación. Aunque no entendiera muy bien lo que quería decir, intuía que estaba tocando unos temas que afectaban a lo más profundo de su ser. Hizo una pausa, como si esperara que yo dijera algo.

—Es posible que Egipto simplemente fluya a través suyo sin dejar huella —me aventuré a decir—. Dan a conocer los datos de una forma mecánica y no se dan cuenta de la importancia que tienen. Presentan los

hechos sin interpretarlos. En tu caso es el verdadero espíritu del pasado el que se descubre y se presenta en su realidad desnuda. Tú lo vives. Sientes el antiguo Egipto y lo revelas. Siempre tuviste unas dotes de adivino que a mí, recuerdo, me parecían sorprendentes.

El destello que percibí en su sombría mirada puso de manifiesto que había dado en el blanco. Entonces tuve la sensación de que un tercero se había unido silenciosamente a nosotros en aquella pequeña mesa de la esquina. Se había entrometido invocado por el poder de algo que planeaba constantemente sobre nuestra conversación sin que nunca se llegara a mencionar. Era una presencia inmensa y difusa que parecía

vigilarnos. Egipto se deslizaba hacia nosotros y ascendía flotando a nuestro lado. Podía verlo reflejado en el rostro y en la mirada de mi compañero. El desierto se filtraba a través de los muros y del techo, emergía bajo nuestros pies, se iba depositando a nuestro alrededor; nos escuchaba, nos observaba, nos acechaba. Aquella súbita y extraña fantasmagoría parecía completamente real. Las colosales dimensiones de Egipto fluían por entre los pilares, los arcos y los ventanales de aquel moderno comedor. Un aire gélido, que los rayos del sol nunca habían alcanzado, brotaba desde debajo de los monolitos de granito y me rozaba la piel. Tras él venía la sofocante atmósfera de las

tumbas térmicas del Serapeum, de las cámaras y los pasadizos de las pirámides. Se oía un rumor como de una miríada de pasos avanzando en la lejanía y de arenas movidas sin descanso por el viento a lo largo de los siglos. Y de pronto, en asombroso contraste con esta impresión de algo descomunal, la figura de Isley pareció encoger. Durante un segundo disminuyó a ojos vistas. Se estaba alejando. Su silueta parecía retirarse y decrecer como si se encontrara envuelto en una neblina que le llegara por encima de la cintura, dejando tan sólo al descubierto su cabeza y sus hombros. Cada vez se le veía más lejos.

Se trataba sin duda de una vívida

imagen mental que, de algún modo, había adquirido una realidad objetiva. No era más que una especie de escenificación de algo que había sentido. La frase que le había oído decir antes, «ahora que estoy en declive», me vino súbitamente a la memoria, produciéndome un intenso desasosiego. Puede que, de nuevo, una especie de telepatía emocional hubiera hecho que su estado anímico se reflejara en el mío. Invadido de una sensación de opresión casi física de la que no me podía desembarazar, me quedé a la espera de que dijera algo. Parecieron pasar siglos antes de que se decidiera a hablar, y cuando por fin lo hizo, en su voz se notaba un temblor que, no obstante,

intentaba reprimir. Por alguna razón no fui capaz de levantar la vista de la mesa. Pero le escuché con la máxima atención.

—Eres tú quien tiene dotes de adivino, no yo —aquella extraña sensación de lejanía se percibía incluso en su voz; parecía retumbar como si ascendiera encerrada entre muros—. Creo que hay algo aquí que no se deja investigar más de cerca o, más bien, que se resiste a ser descubierto... es casi como si se sintiera ofendido.

Alcé rápidamente la vista y de inmediato volví a bajarla. Resultaba sorprendente oír aquello de labios de un inglés contemporáneo. Hablaba con ligereza, pero la expresión de su rostro contradecía su tono despreocupado. En

la seriedad de aquellos ojos no había asomo de burla, y tras su voz apagada se percibía un leve sonido arrastrado que de nuevo me puso la carne de gallina. Sólo se me ocurre una palabra para describirlo: «subterráneo». Todo lo que en él era mental se había hundido, parecía hablar bajo tierra; era como si tan sólo la cabeza y los hombros permanecieran a la vista. El efecto que producía era casi repugnante.

—Son tan formidables los obstáculos que se interponen en el camino cuando las pesquisas se acercan demasiado a la realidad —prosiguió—. Me refiero a obstáculos físicos, externos. O bien eso... o bien la mente pierde su capacidad de asimilación.

Siempre ocurre una cosa o la otra y, entonces, todo descubrimiento cesa automáticamente —había bajado la voz hasta convertirla en un murmullo.

En aquel preciso instante, como si fuera un muerto saliendo de una tumba, se levantó y se apoyó sobre la mesa. Estaba realizando un violento esfuerzo interno, pues se disponía —estoy convencido de ello— a realizar una declaración íntima cargada de significado. Tenía la actitud de quien va a hacer una confesión; creo que iba a hablarme de sus trabajos en Tebas y de la razón que le había llevado a interrumpirlos tan bruscamente. Yo mismo me sentía como alguien que, de un momento a otro, iba a tener que

asumir la ingrata responsabilidad de escuchar un secreto muy importante. Ésa era la sensación que me embargaba cuando, casi sin querer, le dirigí una mirada y descubrí que estaba completamente equivocado. No era a mí a quien miraba. Su vista me dejaba a un lado y se dirigía hacia los amplios ventanales abiertos que se encontraban a mi espalda. Algo le había hecho enmudecer.

De forma instintiva, me di la vuelta, y pude ver lo que él contemplaba. Al menos en lo que respecta a los detalles externos, lo vi.

Mi vista atravesó el deslumbrante resplandor de aquel comedor ostensiblemente moderno, dejó atrás las

mesas atestadas de gente, y pasando por encima del cuadro que componía aquel bosque de cabezas de alemanes alimentándose burdamente, alcanzó a ver... la luna. Su disco rojizo, inmenso e irreal, permanecía suspendido en medio del firmamento, alzando la extensa sábana del desierto hasta hacerla flotar sobre la superficie del mundo. El gran ventanal se abría hacia el este, donde el desierto arábigo se adentra en un desolador paisaje de gargantas, despeñaderos y montes de cimas aplanadas. Se trata de un territorio inhóspito y ominoso en el que, por todas partes, se siente acechar el peligro. A diferencia de lo que ocurre con las serenas dunas del desierto libio, tras

aquel mar de sombras se palpa la amenaza y la tentación. El claro de luna no hacía sino acentuar su espectral desolación, su crueldad, su severa hostilidad, hasta hacerlo parecer mortífero. Ningún río endulza con su presencia este tramo del desierto arábigo, donde las suaves arenas son reemplazadas por un paisaje erizado de colmillos de roca caliza, afilados y amenazantes. A lo lejos, como un pálido hilo gris iluminado por la luz de la luna, la vieja ruta de las caravanas parecía emitir señales. Era aquello lo que él miraba con tanta intensidad.

Me doy perfecta cuenta de que la imagen que acabo de describir parecerá quizá un tanto teatral, pero lo cierto es

que poseía una fuerza de seducción poderosísima. «Ven a probar mi belleza atroz», parecía susurrar. «Ven, piérdete, y muere. Ven a seguir la ruta que bajo la luz de la luna conduce hacia el Pasado... donde te espera la paz, la inmovilidad y el silencio. Mi reino subterráneo permanece inmutable. Baja, ven lentamente, ven a través de los corredores de arena que se esconden tras el oropel del mundo moderno. Regresa, baja a mi áureo pasado...»

Un deseo arrebatador, que parecía llegar hasta mí montado en los propios rayos del claro de luna, me traspasó el corazón; sentía un anhelo irresistible de dejarme llevar sin ofrecer resistencia. Aquella visión repentina e inquietante

del mundo exterior tenía una fuerza inusitada. El contraste que ofrecían aquellos velludos extranjeros con sus toscos atuendos, comiendo afanosamente bajo la deslumbrante luz artificial, era formidable. Sobre aquellas lejanías que se avistaban tras la ventana se cernía una de esas atmósferas que suelen calificarse de sobrenaturales. Estaba penetrada de misterio. Egipto nos contemplaba, nos observaba, nos escuchaba; y a través de las ventanas del corazón que iluminaba la luna, nos hacía señas para que nos acercáramos y lo descubriéramos. La mente y la imaginación podrán vacilar cuanto quieran, pero tanto si las palabras son capaces de expresar la verdad como si

no, es innegable que algo así estaba ocurriendo. George Isley, que se sabía observado, no podía quitar los ojos de encima a ese terrible semblante... estaba fascinado.

Sobre el bronce de su piel se había extendido una tonalidad grisácea. Por mi parte, también yo sentía crecer en mí ese sentimiento cautivador; ese deseo de salir y perderme bajo el claro de luna, de abandonar el mundo de los seres humanos y errar a ciegas por el desierto, de ver el resplandor plateado de los desfiladeros y sentir el frío cortante e intenso de la brisa. En mi caso las cosas no iban más allá, pero no me cabía ninguna duda de que mi compañero experimentaba la atracción más intensa y

profunda que se ocultaba tras aquel encanto superficial. Lo cierto es que, durante un instante, creí que iba a levantarse de la mesa. Hizo ademán de ponerse de pie, pareció luchar y resistirse... pero, finalmente, su poderosa anatomía se dejó caer en la silla. La postura que adoptó su cuerpo hacía que pareciera menos imponente, más pequeño; daba la sensación de que sus dimensiones se habían reducido a una escala mucho menor. Era como si, en aquel preciso instante, le hubiera sido arrebatada una parte de su persona, de tal modo que incluso su apariencia física parecía haber disminuido. Su voz, cuando al poco tiempo volvió a hablar con tono resignado, sonaba apagada y

carecía de timbre viril.

—Siempre está ahí —susurró mientras se retrepaba torpemente en la silla—, siempre está vigilando, esperando, escuchando. Es casi como el ogro de los cuentos, ¿verdad? Nunca se mueve, ¿sabes? Se limita a permanecer suspendido entre el cielo y la tierra como una gigantesca tela de araña. Sus presas se precipitan volando contra ella. Así es Egipto allá donde uno vaya. Dime, ¿sientes tú lo mismo, o crees que son imaginaciones mías? A mí, por lo menos, me parece que sólo espera a que llegue su hora; de ese modo te atrapa antes. Al final no queda más remedio que partir.

—Sí, desde luego tiene mucho

poder —le dije, tras hacer una breve pausa para recuperar el control sobre mí mismo, pues aquel símil morboso había hecho que aumentara mi turbación—. Incluso puede que llegue a producir terror... a alguna de esas personas débiles de carácter que son todo imaginación. —No conseguía hilvanar mis ideas ni encontrar las palabras adecuadas para expresarlas—. Una vista como ésa, por ejemplo, posee una grandeza extraordinaria —dije señalando al ventanal—. Te sientes arrastrado hacia ella y... sí, simplemente tienes que partir. —En mi mente resonaban aún sus extrañas palabras, «al final no te queda más remedio que partir». En ellas quedaba resumido el

sentir de su alma y de su corazón—. Me imagino que algo similar le debe ocurrir a una mosca o a una mariposa cuando se siente arrastrada hacia la llama destructora. ¿O será algo de lo que no son conscientes? —añadí.

Sacudió su imponente cabeza con un gesto muy expresivo.

—Bueno, bueno, pero eso no tiene por qué indicar que la mosca sea débil o que la mariposa sea una insensata —respondió—. Quizá pocas de aventureras, pero ambas obedecen las leyes que rigen los instintos más profundos de su ser. Además, están advertidas; lo que pasa es que, cuando la mariposa quiere saber demasiado, el fuego la detiene. Tanto la llama como la

araña se enriquecen al comprender la naturaleza de sus presas; y la mosca y la mariposa vuelven una y otra vez hasta que su destino se cumple.

A pesar de aquellos comentarios, George Isley estaba tan cuerdo como podía estarlo el mismísimo maître del hotel, que al advertir el interés que demostrábamos por el ventanal, se acercó para preguntarnos si había corriente y deseábamos que lo cerrara. En cualquier caso, me daba cuenta de que Isley se estaba esforzando por exteriorizar un apasionado estado anímico para el cual, dada su singularidad, no existe una forma de expresión adecuada; hay un lenguaje de la mente pero, de momento, no lo hay

del espíritu. Yo me sentía muy inquieto. Todo aquello era absolutamente ajeno a aquel carácter saludable y enérgico que yo recordaba.

—Querido amigo —le dije con un temblor en la voz—, ¿no estarás dando al pobre Egipto una mala reputación que en ningún caso se merece? Lo único que siento es una fuerza y una belleza formidables; sobrecogedoras si quieres, pero en absoluto ese resentimiento al que tú aludes de forma tan misteriosa.

—Puedes decir lo que quieras, pero yo sé que tú lo entiendes —me respondió con tranquilidad. De nuevo parecía estar a punto de hacer una confesión crucial que aliviaría el pesar de su alma. Mi sensación de

incomodidad creció. No cabía duda de que alguna parte de su ser estaba sometida a una gran presión—. Además, de ser necesario, me ayudarías. En realidad tu comprensión ya me sirve de ayuda. —Lo dijo como si hablara consigo mismo y en un tono de voz que, súbitamente, volvía a ser más bajo.

—¡Ayudarte! —exclamé con un grito ahogado—. ¡Mi comprensión! Claro, si la...

—Un testigo —murmuró sin mirarme—, alguien que comprenda, pero que no me tome por loco.

Había en su voz tal tono de súplica que no pude menos que sentirme dispuesto y ansioso de hacer todo cuanto estuviera en mi mano para ayudarle.

Nuestros ojos se encontraron, y traté de que los míos expresaran aquella disposición; pero apenas recuerdo que fue lo que dije, pues mi mente se hallaba envuelta en una nube de confusión y tartamudeaba como un colegial. Estaba absolutamente desconcertado. En medio de tal perplejidad, sólo alcancé a coger el final de otra frase que entonces me dijo: «el alivio de tener alguien en quien confiar... cuando llegue el momento de la desaparición». Aquellas palabras me produjeron la sensación de haber sido pronunciadas por una voz salida de un sueño. Pero no cogí la oración completa y tampoco me atreví a pedirle que la repitiera.

Haciendo un gran esfuerzo,

conseguí que de mis labios brotara una respuesta que expresaba mi comprensión, aunque no sé qué fue exactamente lo que dije. En cualquier caso, debí acertar en las palabras que entonces murmuré, pues al oírlas, se apoyó sobre la mesa y, durante un instante, posó su enorme mano sobre la mía y la apretó con un gesto muy elocuente. Tenía la mano helada. Una mirada de gratitud se dibujó fugazmente en aquellas facciones quemadas por el sol. Dejó escapar un suspiro y, seguidamente, nos levantamos ambos de la mesa y nos dirigimos a tomar el café a la sala de fumadores; una sala cuyas ventanas daban a unos patios rodeados de columnas que no tenían vistas al

desierto. George Isley llevó la conversación hacia temas menos personales y —gracias a Dios— sin un carácter tan intensamente emotivo y misterioso. Ya he olvidado de qué hablamos; aunque era interesante poseía un cariz completamente distinto. Su antiguo encanto y su energía aún surtían efecto; volví a experimentar con fuerza el respeto que siempre había sentido por su carácter y su talento, pero el sentimiento que ahora predominaba en mí era de pena. El cambio que se había producido en su persona resultaba cada vez más patente. Sus palabras ya no impresionaban tanto, eran menos convincentes, menos sugestivas. Aunque daba muestras de su vasta cultura, en su

conversación se echaba en falta esa nota de espiritualidad que hace que las cosas nos toquen de cerca. Por alguna misteriosa razón me parecía menos real. Cuando finalmente subí a la habitación para irme a la cama, lo hice turbado e inquieto. «No es cosa de la edad», me dije, «y aunque haya hablado de desaparecer, tampoco es la muerte lo que teme. Es algo mental en el sentido más profundo del término. Tiene que ver con eso que los creyentes llaman el alma. Algo le ocurre a su alma».

La palabra alma no iba a abandonarme ya hasta el momento del desenlace final. Egipto se estaba llevando su alma hacia el Pasado. Todo lo que en él había de valioso partía de buen grado; el resto, algún aspecto menor de su mente y de su carácter, se resistía y trataba de aferrarse al presente. Por lo tanto, sí que había lucha. Pero también ella se iba desdibujando poco a poco.

Cómo pude llegar tan alegremente a una conclusión tan monstruosa es algo que, aún hoy, me sigue pareciendo un

misterio. Es bien sabido que de una conversación se suele extraer una idea general cuyo contenido excede siempre al de las palabras que efectivamente se pronunciaron o se oyeron. Naturalmente, aquí sólo he recogido una parte de lo que nos comunicamos a través del lenguaje, y en cuanto a lo que se sugirió —mediante gestos, expresiones o silencios— quizá poco más que algún indicio suelto. Lo único que puedo asegurar es que, para mí, ese veredicto tan perturbador equivalía a una certeza. Cuando subí al piso de arriba, vino conmigo; caminaba a mi lado, observándome, escuchándome. Aquel misterioso Tercero que habíamos evocado en nuestra conversación era

más grande que cualquiera de nosotros por separado; podría denominarse el espíritu del antiguo Egipto, o generalizando todavía un poco más, el espíritu del Pasado. Lo cierto es que aquel Tercero permanecía a mi lado, susurrándome al oído aquella cosa tan increíble. Cuando salí al pequeño balcón de mi habitación para fumar una pipa y disfrutar de la reconfortante presencia de las estrellas antes de irme a dormir, aquello salió también conmigo. Estaba en todas partes. Se oía ladrar a unos perros, a lo lejos se escuchaba el monótono redoble de un tambor que parecía provenir de Bedraschien, y desde las barracas y las calles oscuras llegaba el sonsonete de

las musicales voces de los nativos. Detrás de todos aquellos sonidos tan familiares percibía la presencia invisible de aquel Tercero. El inmenso cielo nocturno, salpicado de estrellas, también me hablaba de su presencia. Estaba en la brisa helada que susurraba en torno a los muros del hotel y se cernía sobre toda la superficie del desierto insomne. Estaba tan acompañado como si el propio George Isley en persona se encontrara a mi lado... y en ese momento, me llamó la atención una figura que se movía a lo lejos. Aunque mi ventana se encontraba en el sexto piso, la estatura y el porte marcial de aquel hombre que se alejaba paseando del hotel eran inconfundibles.

George Isley se estaba internando lentamente en el desierto.

En realidad, aquella visión no tenía nada de particular. No eran más que las diez de la noche, y yo mismo, de no ser por las órdenes del médico, bien podría haber estado haciendo otro tanto. Sin embargo, mientras me apoyaba en el alféizar de la ventana y le observaba desde aquella altura de vértigo, un escalofrío me recorrió el cuerpo, y una sensación que, por más páginas que escribiera, jamás podría llegar a explicar o describir, me invadió y se apoderó de mí. Las palabras que él había pronunciado durante la cena me vinieron a la memoria con singular fuerza. Egipto le rodeaba como una

inmensa e inmóvil telaraña gris. Sus pies habían quedado atrapados en ella y había empezado a vibrar. Aquella urdimbre plateada que iluminaba la luna iba transmitiendo la noticia de Menfis a Tebas, desde la subterránea Sáqqara al Valle de los Reyes, a una y otra orilla del Nilo. Un temblor recorría todo el desierto, y una vez más, como ya ocurriera en el comedor, escuché el rumor del movimiento de miles de leguas de arena. Tuve la impresión de haberle sorprendido en el preciso instante en que iba a desaparecer.

En aquel momento me di cuenta del poderoso embrujo que se desprende de esa misteriosa atmósfera de inmovilidad que es Egipto, y sentí que una emanación

mágica de su poderoso pasado rompía súbitamente sobre mí como si se tratara de una ola. Quizá experimenté entonces lo mismo que él: la sensación de que el reflujó de aquella ola gigantesca me arrancaba una parte de mi ser y la arrastraba hacia el pasado. Un anhelo indescriptible extraía de mi corazón algún elemento vital que, embargado de una dulzura ardiente y anhelante, ansiaba alcanzar el éxtasis de una pasión espiritual que hacía mucho que había dejado de existir. No hay palabras para expresar la intensidad del dolor y la felicidad que aquello me producía; mi personalidad —o al menos una parte esencial de ella— parecía marchitarse ante aquella fuerza cautivadora.

Permanecí en aquel lugar, inmóvil como una piedra, sin poder dejar de mirarle. Firme y erguido, consciente de que cualquier resistencia sería vana, ansiando partir y, a la vez, esforzándose por quedarse, George Isley, más que andar parecía flotar en el aire avanzando hacia aquel hilo gris pálido que era la ruta de Suez y del lejano Mar Rojo. Mientras le contemplaba me invadió un extraño e intenso sentimiento de pesar, de desgarramiento y de compasión que no soy capaz de explicar; era tan misterioso como lo es el dolor en los sueños. Creo que sentí algo de la espantosa soledad que él experimentaba, una soledad que nada en el mundo podía atenuar. Despojado del Presente, su

alma buscaba la quimera de un Pasado irreal. Ni siquiera la majestuosa calma de la espléndida noche egipcia conseguía disipar aquel sortilegio; reinaban una paz y un silencio maravillosos y el dulce perfume del aire del desierto era embriagador; pero aquello tan sólo contribuía a hacerlo más intenso.

Aunque me sentía incapaz de explicar mis propias emociones, la conmoción que me producían era tan real que se me escapó un suspiro y me di cuenta de que estaba a punto de llorar. No podía dejar de observarle y, sin embargo, sentía que no tenía derecho a hacerlo. Lentamente me fui retirando de la ventana con la sensación de haber

estado entrometiéndome en su intimidad, pero antes pude ver cómo su silueta se fundía con el oscuro universo de arena que comenzaba nada más traspasar los muros del hotel. Llevaba puesto un manto verde que le caía casi hasta los talones y cuyo color se fusionaba con la superficie plateada de la oscuridad marina del desierto. Aquel brillo que, en un principio, parecía rodearle, finalmente le ocultó. Desapareció bajo uno de los pliegues de esa misteriosa vestidura, sin costuras ni cierres, que envuelve a Egipto a lo largo de miles y miles de leguas. El desierto se había apoderado de él. Egipto le había atrapado en su tela de araña. Había desaparecido.

No me sentía capaz de irme a dormir en aquel momento. El cambio que él había experimentado hacía que me sintiera menos seguro de mí. Su desintegración me había sobrecogido. Me daba cuenta de hasta qué punto yo mismo estaba nervioso.

Permanecí sentado junto a la ventana, fumando; estaba agotado físicamente pero mi imaginación se hallaba en un desagradable estado de sobreexcitación. Los grandes carteles luminosos del hotel se apagaron; una por una se fueron cerrando debajo de mí todas las ventanas; en las farolas de la calle ya no había luz, y Helouan se asemejaba al montón de piezas blancas de un juego de construcción

desperdigado sobre la moqueta de un cuarto de niños. Su aspecto en medio de aquella vasta inmensidad era insignificante. El entramado reticular de sus luces parpadeaba como si se tratara de un racimo de luciérnagas caído en una pequeña grieta de aquel formidable desierto. Parecía levantar la vista hacia las estrellas con cara asustada.

Hacía una noche serena. Sobre el paisaje flotaba una atmósfera de una belleza inmensa, tras la cual se adivinaba un matiz siniestro, apenas aliviado por el centellear de las estrellas. Pero, en realidad, nada dormía. Agrupados a intervalos sobre aquel universo de tonos pardos se alzaban solemnes y vigilantes los

guardianes eternos: las descomunales Pirámides, la Esfinge, los adustos Colosos, los templos vacíos, las tumbas abandonadas desde hace siglos. Por todas partes se sentía la presencia de aquellos centinelas apostados a lo largo de la noche. El silencio parecía susurrar: «Esto es Egipto; es en Egipto donde estás. Más allá de tu ventana palpitan ochenta mil años de historia. Bajo tierra reposa, insomne, poderoso, imperecedero; no es algo que se pueda tomar a la ligera. ¡Ten cuidado! O también a ti te transformará!».

Mi imaginación me ofreció entonces una pista. Egipto es una realidad difícil de concebir. Como si se tratara de una idea fabulosa y cuasi

legendaria, la mente no consigue darle cabida. Son tantos los elementos descomunales que lo componen que no hay forma de asimilarlos; el ánimo se queda en suspenso, trata de ganar tiempo para recobrar el aliento, los sentidos comienzan a vacilar y, finalmente, un embotamiento próximo al estupor se va apoderando del cerebro. Con un suspiro se abandona el combate y la mente capitula ante Egipto aceptando todas sus condiciones. Sólo los excavadores y los arqueólogos, al ceñirse estrictamente a los hechos, consiguen resistirse. Ahora comprendía mejor el significado que mi amigo daba a los términos «resistencia» y «protección». Mi razón vacilaba, pero la intuición no paraba de darle vueltas a

esta pista tratando de descubrir cuáles pudieran ser las influencias que estaban en juego en aquel proceso. George Isley tenía una idea mucho más clara que la mayor parte de la gente de lo que era Egipto, pero se trataba del Egipto que fue.

Recordé entonces la primera impresión que me causó aquella tierra y cómo, más adelante, había sido incapaz de sobrellevar su recuerdo. Al evocarlo, acudía a mi mente una mezcolanza impresionante, una gigantesca mancha de color que, simplemente, anonadaba. Sólo los aspectos de menor importancia encontraban acomodo en el corazón. La visión que tenía era caótica: arenas inundadas de una luz deslumbrante,

vastas naves de granito, imponentes efigies que miraban al sol sin parpadear, un río brillante y un desierto envuelto en sombras, el uno como el otro tan infinitos como el cielo; pirámides descomunales y gigantescos monolitos, ejércitos de cabezas, de zarpas y de rostros de una escala prodigiosa. Si cada uno de aquellos elementos tomados por separado aturdía, el efecto de conjunto era demasiado vasto e inabarcable para que la mente pudiera darle cabida. Su refulgente esplendor pasaba tan cerca de los ojos —y tan lejos a la vez— que no era posible distinguirlo con claridad; no había manera de comprenderlo.

Al cabo de unas semanas todo

aquello comenzó lentamente a cobrar vida. Me atacó por sorpresa y quedé atrapado entre sus formidables garras; pero ni siquiera entonces fui capaz de hablar de ello, de describirlo, de pintarlo. Cuando menos se esperaba lanzaba su ataque: de repente, en las neblinosas calles de Londres, en el Club o en el teatro, un sonido evocaba el griterío de los árabes en las calles o una bocanada de aire perfumado traía a la memoria las ardientes arenas que se extienden al dejar atrás los palmerales. Entonces, el inmenso embrujo de Egipto, que hasta ese momento había permanecido enterrado en uno de esos recodos del corazón a los que no tienen acceso las realidades cotidianas, surgía

y lo transformaba todo. Tras él se adivinaba la presencia oculta de algo inexplicable, inquietante y sobrecogedor; el atisbo de una eternidad gélida, el hálito de algo terrorífico e inmutable, una realidad sublime, fascinante y ultraterrena, perdida entre las sombras del tiempo y del espacio. La melancolía del Nilo y la grandiosidad de un centenar de templos en ruinas derramaban sobre el corazón un torrente de inefable belleza. El aire del desierto se levantaba y, con él, pálidas sombras luminosas y una desolación desnuda que, sin embargo, rebosaba de enérgica vitalidad. Por la mente pasaba rauda la vívida y colorista imagen de un árabe a lomos de un burro, hasta que, finalmente,

se empequeñecía y se perdía en la distancia. Las siluetas de una hilera de camellos se recortaban contra el cielo púrpura. Grandes vientos, espacios resplandecientes, majestuosas noches, días inmensos de un áureo esplendor surgían del suelo del patio de butacas del teatro; y, entonces, Londres, la sombría Inglaterra y la totalidad de la vida moderna quedaban reducidos a algo insignificante e irrisorio que producía un dolorido anhelo por el esplendor de aquellos millones de almas desaparecidas. Durante un instante, Egipto te traspasaba el corazón, y luego... se desvanecía.

Así pues, yo mismo recordaba haber tenido una experiencia fantástica

de ese tipo. Desde luego, parece indudable que para cierta clase de personas Egipto puede hacer que el Presente pierda en gran medida el interés que antes despertaba en ellos. En mi caso, aquel recuerdo terminó por convertirse en una parte integrante de mi personalidad; algo en mí ansiaba aquella extraña y terrible belleza. Quien ha bebido del Nilo regresará para volver a beber de sus aguas ... Y, si en mi caso esto era posible, ¿qué no sería en el de una personalidad como la de George Isley? Comenzaba a vislumbrar el significado de lo que estaba ocurriendo. El antiguo Egipto, ese Egipto que permanecía enterrado y oculto, había lanzado sus redes sobre su alma. Su

vida, cada vez más desdibujada en el Presente, estaba siendo transferida a un Pasado glorioso y reconstruido donde su existencia se iba perfilando con más nitidez. Hay países que dan y otros que quitan... y George Isley era una pieza digna de ser cobrada.

Turbado por tan singulares reflexiones, cerré la ventana y me alejé de ella. Sin embargo, aquello no bastó para dejar fuera la presencia de aquel Tercero. La cortante brisa nocturna entró conmigo. Corrí la mosquitera en torno a la cama, pero no apagué la luz; y una vez tumbado, intenté poner por escrito mis extrañas impresiones en un trozo de papel, aunque no tardé en descubrir con qué facilidad su sentido se perdía al

tratar de reflejarlo con palabras. Estas percepciones visionarias y espirituales son demasiado sutiles para poder captarlas por medio del lenguaje. Al volver a leerlo tras un intervalo de varios años cuesta trabajo recordar lo mucho que significaba para mí y la asombrosa emoción que latía tras aquellas líneas desvaídas escritas a lápiz. Su retórica resulta vulgar y su contenido muy exagerado; pero, en su momento, cada una de sus sílabas encerraba una verdad. Egipto, que desde la noche de los tiempos ha sufrido el violento expolio de manos de todo el mundo, se toma ahora su venganza eligiendo una presa. La hora de Egipto ha llegado. Tras su máscara moderna

permanece a la espera, rebosante de actividad y confiado en su poder oculto. Esta tierra, que ha sido la prostituta de tantos imperios fenecidos, descansa ahora en paz bajo las mismas estrellas de la antigüedad; con su belleza intacta, engalanada con el oro batido a lo largo de los siglos, con sus pechos al descubierto y sus magníficas extremidades tendidas al sol. Alzando sus hombros de alabastro por encima de los montículos de arena, inspecciona a las pequeñas figuras del presente... y elige.

Aunque aquella noche no tuve ningún sueño, mi mente tampoco descansó del todo. Durante las largas horas de oscuridad una imagen me venía

una y otra vez a la cabeza: la imagen de George Isley perdiéndose en el desierto bajo la luz de la luna. Con un ágil movimiento, la noche dejaba caer su capucha sobre su figura y él se fundía misteriosamente con esa entidad inmutable que envuelve al pasado con su manto. Una inmensa mano envuelta en sombras, suave como si estuviera enfundada en un guante pero labrada en granito, salía de debajo y se estiraba a lo largo de cientos de leguas de desierto para atraparlo. Entonces, él desaparecía.

¡Se habla mucho de la inmovilidad del desierto y de su falta de expresividad! Pues bien, aquella noche yo lo vi moverse, y correr. Marchaba a toda prisa en pos de él. ¿Se entiende lo

que quiero decir? ¡No, claro! Pero ésa es la extraña impresión que produce cuando comienza a agitarse; y el momento más terrible llega cuando... consciente de la propia impotencia... uno termina por rendirse y lo único que se desea es ser devorado. Se le deja acercarse sin hacer nada. George Isley había hablado de una tela de araña. Desde luego, se trata de algún poder primordial que se oculta tras el encanto superficial de eso que las gentes llaman el embrujo de Egipto. No es algo que se aprecie a simple vista. Se encuentra junto al Antiguo Egipto: bajo tierra. Tras la quietud de esos días ardientes en que no sopla el viento, tras la paz de las noches sosegadas e inmensas,

permanece al acecho, monstruoso e irresistible, sin que nadie lo advierta. Mi mente era tan incapaz de asimilar aquella idea como el hecho de que nuestro sistema solar, con toda su cohorte de satélites y planetas, recorra anualmente varios millones de millas a toda velocidad en dirección a una estrella en la constelación de Hércules, sin que, aparentemente, dicha constelación parezca hallarse más próxima de lo que estaba hace seis mil años. Sin embargo, aquello me dio una pista. A George Isley, con toda su cohorte de pensamientos, de vivencias y de sentimientos, también le estaban arrastrando. Y yo, un satélite menor, sentía igualmente esa terrible fuerza de

arrastre. Era algo impresionante... y en la cresta de aquella inmensa ola me quedé dormido.

Sin que nos diéramos cuenta fueron pasando los días, y también, creo, las semanas. Escondidos en aquel hotel cosmopolita pasábamos desapercibidos, apartados del resto del mundo. El tiempo parecía seguir su curso al ritmo que más le placía: rápido unas veces, lento otras, llegando incluso a detenerse en algunas ocasiones. Aquellos días radiantes, situados entre el esplendor del amanecer y del crepúsculo, eran tan similares que producían la impresión de no ser más que un único e interminable día. El mecanismo mental encargado de

realizar mediciones se había desajustado. El tiempo marchaba hacia atrás; las fechas se olvidaban; el mes, la época del año, incluso el siglo, se hundían en un transcurso indiferenciado.

El Presente discurría de una forma verdaderamente extraña; los periódicos y la política carecían de importancia, las noticias no tenían ningún interés. La vida inglesa resultaba tan remota que parecía irreal y los acontecimientos europeos se desdibujaban. El flujo de nuestras vidas corría en una dirección completamente distinta: marchaba hacia atrás. Los nombres y los rostros conocidos aparecían envueltos en brumas. Las gentes llegaban como caídas del cielo; de repente estaban ahí. Al encontrarlos

en el comedor se tenía la sensación de que habían llegado de un mundo exterior que, en alguna parte, debía seguir existiendo. Cierto que un vapor hacía la travesía cuatro veces por semana, y que el viaje sólo duraba cinco días, pero eso era algo que, aunque se sabía, no se tenía en cuenta. El hecho de que aquí fuera siempre verano, mientras en aquellos otros lugares reinaba el invierno, contribuía a hacer que la distancia pareciera inconcebible. Mirábamos al desierto y hacíamos planes: «haremos esto y aquello; tenemos que ir a ese sitio; visitaremos tal y cual lugar...», y, sin embargo, nunca sucedía nada. Todas las cosas pertenecían al ayer o al mañana; como

Alicia, habíamos descubierto que el hoy, en realidad, no existe. Nos bastaba con pensar en algo para que ocurriera. Con eso era suficiente. Si lo pensábamos, había ocurrido. Vivíamos inmersos en la realidad de los sueños. Egipto era un mundo de fantasía en el que el corazón vivía hacia atrás.

Así pues, durante aquellas semanas estuve contemplando cómo se iba apagando una vida, y aunque mantenía una actitud vigilante y llena de comprensión hacia él, me sentía incapaz de intervenir y de prestar ayuda. A través de pequeños detalles advertía en George Isley el progreso de aquel combate desigual, pero mi capacidad de socorrerle se veía anulada por el hecho

de que también yo me encontraba en una situación similar a la suya. Lo que él experimentaba de forma definitiva y completa, yo lo experimentaba en menor medida y solamente en algunas ocasiones. También yo parecía haber quedado atrapado en los bordes de aquella telaraña invisible. Me sentía tan implicado en aquella situación que no me costaba comprender lo que le estaba ocurriendo... y asistir a su declive era algo verdaderamente espantoso. En el proceso su carácter desaparecía; vi cómo todas sus aptitudes se iban extinguiendo, cómo menguaba su personalidad, cómo su propia alma se disolvía ante aquella influencia insidiosa e invasora. Apenas si ofrecía

resistencia. Me hacía pensar en esos insectos abominables que paralizan el sistema motriz de sus víctimas para después poder devorarlas a placer cuando aún están vivas. Aquella increíble aventura era rigurosamente cierta, pero, dado su carácter espiritual, no es posible narrarla como si se tratara de un relato detectivesco. La versión que doy de ella no es sino una interpretación personal; tan sólo una de las muchas versiones posibles. Todo aquel que conozca el verdadero Egipto, ese Egipto que nada tiene que ver con la construcción de presas, con el nacionalismo o con el bienestar material de los falaheen, lo entenderá. Esa tierra aún tiene que sufrir el despojo de sus

mueritos, y en venganza, elige tranquilamente sus presas entre los vivos.

Las circunstancias en que se delataba podían ser de lo más banales; lo que las hacía interesantes era la posibilidad que ofrecían de entrever el proceso que se desarrollaba bajo su tranquilo aspecto externo. Recuerdo que en cierta ocasión, tras comer juntos en Mena, fuimos a visitar unas excavaciones que se estaban haciendo no muy lejos de las pirámides de Gizeh, y de regreso, pasamos junto a la Esfinge. Era la hora del crepúsculo; el grueso del ejército de turistas ya se había retirado, aunque algunas docenas de visitantes pululaban todavía por el lugar entre el

griterío de los muchachos que alquilaban borricos y de los pedigüeños. De pronto, vimos emerger su cabeza y sus hombros descomunales flotando sobre aquel mar de arena. Bajo aquella luz mortecina, su figura oscura y monstruosa se destacaba tan imponente como de costumbre, como un ser cuyo linaje no fuera humano. Ningún grado de familiaridad con esa imagen puede devaluar su grandeza, el impresionante marco en donde se ubica o la expresión vacía de un semblante de unas dimensiones tan vastas que no permiten identificarlo como un rostro. Aunque se visite un millar de veces su poderío permanece inalterable. Se ha agregado a la tierra desde un mundo desconocido.

Tanto George Isley como yo nos hicimos a un lado al avistar aquella presencia ajena e inquietante. No llegamos a detenernos, pero aminoramos la marcha. Hacerlo era algo obvio, inevitable. Entonces, con una brusquedad que hizo que me sobresaltara, me señaló algo con la mano. Apuntaba a los turistas que se encontraban por allí.

—Ves —dijo en voz baja—, de día y de noche, encontrarás siempre a una multitud rindiendo pleitesía a esa cosa. Pero fijate en su comportamiento. Que yo sepa las gentes no hacen eso frente a ninguna otra ruina en el mundo.

Se refería a cómo las personas procuraban apartarse de los demás para contemplar aquel rostro formidable a

solas. Desperdigados por aquella profunda concavidad de arena se veían hombres y mujeres —de pie, tumbados, en cuclillas— que se mantenían alejados del grueso del grupo donde los dragomanes, con su proverbial labia, recitaban sus peroratas.

—Es el deseo de estar solo — prosiguió como si hablara consigo mismo, tras habernos detenido un momento— la necesaria intimidad que exige la adoración.

Aquella escena era muy significativa, pues ponía de manifiesto como, a pesar de toda la propaganda que se le había hecho, no disminuía en nada el efecto que causaba aquel semblante inescrutable cuyos ojos de piedra

contemplaban en silencio los humanos. Ni tan siquiera aquel soldado de casaca roja, de pie sobre una de sus gigantescas orejas, conseguía introducir una nota banal en aquel cuadro. Pero las palabras de mi compañero sí que añadían algo más al espectáculo, algo menos excelso y que dejaba caer una gota de horror en aquel cuenco de arena. Por un instante no era difícil imaginar que esos turistas rendían culto... en contra de su voluntad. No costaba imaginarse que el monstruo se percataba de su presencia, que lentamente hacía girar su espantosa cabeza, mientras la arena comenzaba a deslizarse visiblemente entre una de sus patas que empezaba a moverse. En una palabra, que podía apoderarse de

ellos... y transformarlos.

—Ven, se hace tarde, y quedarse a solas con esa cosa es algo que en este momento me resulta insoportable —me susurró con voz apagada, interrumpiendo mis fantasías como si las hubiera adivinado—. En fin, ya te habrás dado cuenta, de lo poco que importan los turistas, ¿no? —añadió mientras me tiraba del brazo para que nos alejáramos rápidamente de allí—. En vez de hacer que disminuya su efecto, no hacen sino aumentarlo. Los utiliza.

Una vez más un ligero escalofrío, causado posiblemente por el nerviosismo que aprecié en él al tocarme o por la seriedad con que había pronunciado aquellas extrañas palabras,

me recorrió todo el cuerpo. Una parte de mí se quedó rezagada en esa oquedad de arena, postrada ante aquella inmensidad que simbolizaba el pasado. Un anhelo misterioso e insensato se apoderó de mí por un instante, un intenso deseo de comprender exactamente por qué se sentía en aquel lugar la presencia del terror, cuál era el verdadero sentido que tuvo aquella figura para quienes la colocaron allí, esperando al sol; cuál era el papel específico que desempeñaba —a qué almas conmocionaba y por qué lo hacía— en ese sistema de majestuosas creencias y de fe del cual seguía siendo el emblema más indestructible. El pasado se agrupaba solemne en torno a aquella

amenazadora efigie. Percibía con toda claridad esa especie de fuerza de succión espiritual que arrastraba hacia atrás y a la que mi compañero, a pesar de la oposición de su yo más moderno y común, se sometía con gusto. Conseguía que el pasado pareciera algo extremadamente deseable y desligaba todas las ataduras que nos unen al presente. Encarnaba tres de los principales ingredientes del profundo embrujo de Egipto: el tamaño, el misterio y la inmovilidad.

Por fortuna, a George Isley le dejaban indiferente los aspectos más burdos de aquel hechizo. Lo convencionalmente misterioso no le interesaba; ni relataba historias de

momias ni tan siquiera hizo nunca alusión a esa cualidad sobrenatural que acude siempre a la mente de la mayoría cuando piensa en Egipto. Lo suyo no era ningún juego. Aquella influencia era algo serio y vital. Aunque yo sabía que tenía ideas muy firmes sobre la impiedad de perturbar el reposo de los muertos, estando yo presente nunca atribuyó ningún carácter supuestamente vengativo a las energías de un pasado ultrajado. Las clásicas historias de este tipo —adecuadas tan sólo para las mentes supersticiosas y para los niños— las ignoraba completamente; las deidades que querían apoderarse de su alma tenían un rango muchísimo más elevado. Él vivía ya —si es que se

puede expresar así — en un mundo que su corazón había reconstruido o recordado; la dirección hacia la que le conducían era radicalmente distinta. Con esa visión moderna y sensacionalista de la vida, su espíritu ya no tenía trato alguno: vivía hacia atrás. Observaba cómo su figura se iba alejando hacia la espaciosa y dorada atmósfera del tiempo recuperado con tristeza, pero nunca con sentimentalismo. El alma inmensa del Egipto subterráneo le arrastraba hacia abajo. Su empequeñecimiento físico era, por supuesto, una interpretación mental que yo había hecho, pero otra interpretación todavía más extraña, de carácter espiritual, maravillosa y horrible a un tiempo, corría en paralelo

a aquella. Mientras su apariencia externa y todo lo que le vinculaba con el mundo moderno y el Presente parecía disminuir, por dentro crecía y se volvía gigantesco. El tamaño de Egipto había penetrado en él. Unas dimensiones descomunales comenzaban a acompañar cualquier representación que mi visión interior se hacía de su personalidad. Se estaba agigantando. Ya se habían apoderado de él dos rasgos característicos de aquella tierra: la magnitud y la inmovilidad.

Finalmente, ese temor reverencial que el mundo moderno ignora con desprecio, se despertó en mi corazón. La mera presencia de mi compañero bastaba a veces para asustarme, pues

uno de los aspectos del embrujo de Egipto radica precisamente en su tamaño y sus dimensiones. Nuestro corazón desdeña este presente que es sólo velocidad, pero las grandes magnitudes siguen inquietándole, y en Egipto se encuentran tamaños que fácilmente pueden llegar a producir espanto.

Cada detalle de esa tierra parece empeñado en meternos esa idea en la cabeza, hasta que, por fin, el presente tiene que dejarle su sitio. Los cálculos en millas no bastan para hacer comprensible la inmensidad del desierto, y las fuentes del Nilo se encuentran a tal distancia que, más que en el mapa, se diría que sólo existen en nuestra imaginación. El esfuerzo

necesario para aprehender su realidad se paraliza; daría lo mismo que estuvieran en la Luna o en Saturno. Aún se desconoce la magnificencia desnuda del desierto, y en cuanto a las pirámides, los templos, los pilares y los Colosos, sus proporciones se quedan a las puertas de nuestra mente, pero nunca llegan a superar ese umbral. Egipto permanece fuera, revestido de las prodigiosas medidas del pasado. Sus antiguas creencias no sólo participan de ese efecto titánico sino que lo elevan a una dimensión superior. Sus dimensiones agobian y producen una desagradable sensación de inmensidad; por eso la mayoría de las personas regresa con alivio a aquellos detalles que pueden

medirse haciendo uso de una escala más manejable. Los trenes expresos, los aviones o los transatlánticos no exigen una expansión tan dolorosa de nuestras facultades como los pilares de Karnak, las pirámides o el interior del Serapeum.

Por otra parte, justo detrás de esa magnitud, acecha lo monstruoso. No es algo que se manifieste solamente en las arenas y las piedras, en los extraños efectos de luz y de sombra o en las relumbrantes puestas de sol y los mágicos crepúsculos, sino también en toda su variada vida animal. Se adivina en esos búfalos de voluminosas cabezas, en los buitres, en las miríadas de milanos o en el grotesco aspecto de esos

camellos que nunca paran de rumiar. No hay un sólo lugar de ese paisaje colosal y áspero donde no se perciba esa sensación. La lírica no tiene cabida en esa tierra de arrebatados espejismos. Una inmensidad deforme observa el diario ajetreo de los minúsculos seres humanos. Los días se suceden en una marea de un dorado esplendor, y no queda más remedio que dejarse llevar por esa corriente irresistible que arrastra hacia atrás, hacia las profundidades. Vestidos con sus coloridos ropajes, los indígenas caminan en silencio a este lado de la cortina; al otro lado habita el alma del antiguo Egipto —la Realidad, como la llamaba George Isley— observándolo

todo con sus ojos insomnes de un gris infinito. A veces la cortina tiembla y se levanta una esquina; surge una mano invisible; el alma recibe su toque... y alguien desaparece.

El proceso de desintegración debía estar ya bastante avanzado cuando aparecí yo, pues los cambios se producían con gran rapidez.

Aquel era su tercer año en Egipto, y dos de ellos los había pasado de forma ininterrumpida en las proximidades de Tebas, en compañía de un egiptólogo llamado Moleson. No tardé en descubrir que, para Isley, esa región constituía el gran polo de atracción o, como él mismo decía, el corazón de la telaraña. Naturalmente no eran Luxor ni las vistas de la reconstruida Karnak lo que le

interesaba, sino esa extensión de terreno cubierto de sombrías e imponentes montañas donde la realeza terrenal y espiritual había buscado la paz eterna para sus restos mortales. Rodeados de aquella soberbia desolación, los grandes sacerdotes y los poderosos reyes se habían creído a salvo de los sacrílegos. En aquellas cavernas subterráneas habían acudido fielmente a su cita con los siglos, protegidos por el silencio de su impresionante oscuridad. Allí esperaban dormidos, en íntima comunión con el transcurrir de las edades, a que Ra, su alegre divinidad, los convocara para dar satisfacción a su antiguo sueño. Y allí, en el Valle de las Tumbas de los Reyes, su sueño se hizo añicos, sus

maravillosas profecías fueron objeto de burla y su gloria se vio ensombrecida por la impía profanación de los curiosos.

Que George Isley y su compañero, a diferencia de sus pragmáticos colegas, no se habían limitado a emplear el tiempo en excavar y descifrar jeroglíficos, sino que se habían enfrascado en una serie de extraños experimentos de recuperación y reconstrucción del pasado, era un tema del que se hablaba abiertamente en el seno de la comunidad arqueológica. Los increíbles acontecimientos que allí habían tenido lugar habían sido la comidilla de, por lo menos, las dos últimas temporadas de excavaciones. De

todo aquello me enteraría más adelante, y las historias que entonces me contaron eran absolutamente asombrosas: hablaban de cómo aquel desolado valle rocoso se repoblaba las noches de luna llena, del humo de unas misteriosas hogueras que se elevaba hasta coronar las cumbres achatadas de los montes, de cómo se había visto salir de unas aperturas situadas en las colinas unas procesiones pertenecientes a algún culto olvidado y se había escuchado el eco de unos cánticos sonoros e increíblemente dulces que brotaban de aquellos desoladores y repulsivos precipicios. Al parecer el contenido de aquellas historias se había exagerado hasta extremos inusitados; primero las

difundieron algunos beduinos nómadas; luego los guías y los intérpretes las repitieron añadiéndoles nuevos toques de misterio y, finalmente, a través de los sirvientes indígenas de los hoteles, llegaron a oídos de los turistas aderezadas con todo tipo de anécdotas pintorescas. Según parece, también llegaron a oídos de las autoridades. En cualquier caso, el único dato fiable que obtuve en aquel momento fue que todo aquello cesó bruscamente. George Isley y Moleson se separaron; y, por lo que oí, era Moleson quien había iniciado aquel asunto. Entonces aún no le conocía personalmente; su fascinante libro, Una reconstrucción moderna del culto al sol en el antiguo Egipto, era mi único

contacto con aquella mente tan poco común. En él defendía la idea de que el sol sería la deidad de una religión científica que remplazaría en el futuro a los diversos dioses antropomorfos de unos credos pueriles y planteaba la posibilidad de que los signos del zodiaco fueran una especie de Inteligencias Celestes. La fe resplandecía en cada una de sus páginas. Tenía la teoría de que el calor, cuya fuente de procedencia exclusiva era el sol, constituía la base de la vida humana y, por lo tanto, los hombres formaban parte del sol del mismo modo que, para los cristianos, cada hombre forma parte de su deidad personal. El destino final era la absorción. La descripción que

hacia de «los ceremoniales del culto al sol» conseguía transmitir una sensación de realidad y una belleza impresionantes. Aunque este libro tan singular era lo único que sabía de su autor hasta que vino a visitarnos a Helouan, no me costó mucho darme cuenta de que, de algún modo, la influencia de aquel hombre estaba en el origen del cambio que había experimentado mi compañero.

Así pues, era en Tebas donde se hallaba el punto neurálgico de la fuerza que tiraba de mi amigo, alejándolo de las realidades de la vida moderna. Era fácil suponer que debió ser allí donde aquellos hombres se tropezaron con una serie de «obstáculos» que habían

impedido que siguieran investigando con más detalle. En aquel valle opresivo y embrujado, situado en las proximidades de la Ciudad de las Cien Puertas, donde lo blasfemo y lo reverencial se enfrentan cara a cara, donde la curiosidad moderna se halla más afanosamente organizada, y donde hasta los propios turistas son conscientes de una hostilidad latente que acosa las indagaciones de las mentes menos imaginativas, era donde Egipto había levantado el cuartel general de su irreconciliable antagonismo. Y era allí, entre las ruinas más espléndidas de su pasado, donde habían transcurrido los años que George Isley había dedicado a su mágica reconstrucción y donde se

había topado con aquella fuerza que ahora dominaba por completo su vida.

Aunque en las charlas que mantuvimos nunca se le escapó un reconocimiento explícito de aquel combate interior, recuerdo, ya entonces, algunos fragmentos de conversaciones que ponían de manifiesto su renuncia voluntaria al presente. En cierta ocasión hablábamos del miedo; aunque, como siempre hacíamos, con esa especie de vaguedad que acabo de mencionar. Yo insistía en que la mente, una vez que ha sido prevenida contra algo, puede mantener el control sobre sí misma y evitar que ocurra.

—Pero eso no quiere decir que lo que iba a ocurrir fuera irreal —objetó.

—La mente puede negarlo —dije—. Entonces se vuelve irreal.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No se puede negar algo que es irreal. La negación es un mecanismo de autodefensa infantil contra algo que creemos que va a ocurrir. —Por un momento me miró fijamente a los ojos—. Se niega lo que se teme —dijo—. Pero el miedo también atrae. Sabes que, tarde o temprano, te atraparé —al decir aquello sonrió con inquietud.

Dado que los dos conocíamos el secreto que se ocultaba tras aquella conversación, hablar de esa manera resultaba un tanto indecoroso e inadecuado, pues de hecho lo que

discutíamos eran los aspectos psicológicos de su propia desaparición. No obstante, a pesar del disgusto que me producía, lo cierto es que había en aquel tema algo que me fascinaba y que lo hacía extremadamente atractivo...

—Una vez que se lleva dentro el miedo —añadió luego—, la confianza en uno mismo comienza a socavarse, la estructura de la vida se ve amenazada y finalmente,... se parte con alegría. La fe es el cimiento de todas las cosas. Un hombre es aquello que cree sobre sí mismo; y en Egipto se pueden llegar a creer cosas que, en otro lugar del mundo, a nadie se le pasarían por la cabeza. Ataca las propias esencias de la persona.

Dejó escapar un suspiro, en el que, no obstante, se adivinaba una extraña expresión de placer; una sonrisa de resignación y de alivio pasó fugazmente por sus duras facciones. El gran placer del abandono ya se había apoderado de él.

—Pero incluso las creencias deben estar basadas en algún tipo de experiencia —objeté—. Me producía espanto hablar de su enfermedad espiritual enmascarándola tras aquellas alusiones indirectas. Mi única excusa es que era evidente que él se prestaba gustosamente a ello.

De forma inmediata expresó su asentimiento.

—Algún tipo de experiencia

siempre hay —dijo en tono misterioso—. Habla con la gente que vive aquí, pregunta a cualquiera que piense un poco o que tenga una imaginación mínimamente despierta. Sea cual sea la frase con que la formulen, siempre obtendrás la misma respuesta. Incluso los turistas y los simples funcionarios lo sienten. Y no es cosa del clima, no es cosa del estado nervioso, no es ninguna tendencia concreta que puedan nombrar o identificar. Tampoco se trata de que la mente se halle imbuida de la magia del Oriente. Es algo que empieza por arrancarte de tu vida habitual y que, más adelante, te arranca la propia vida a la que estás acostumbrado. Al final renuncias voluntariamente a un Presente

que no te aporta nada. Además, una vez que la puerta se ha abierto... ya no valen medias tintas.

Era tan innegable la verdad que encerraban aquellas palabras que no se me ocurrió ninguna réplica que fuera lo bastante consistente como para forzarle a rectificarlas. De hecho, todos los intentos que hice en ese sentido resultaron inútiles. Tenía la intención de partir; mis palabras no le iban a detener. Quería un testigo —la soledad de la marcha le horrorizaba— pero no toleraba ninguna interferencia. Lo contradictorio de aquella situación hacía que tanto nuestro corazón como nuestra mente se hallaran en un estado de perplejidad. El ambiente que se respira

en esa tierra mayestática, tan insignificante hoy en día y tan grandiosa en el pasado, contribuía sin duda a que se produjera la apertura de unos horizontes espirituales que revelaban unas posibilidades asombrosas.

Fue durante unos días sin viento de un espléndido mes de diciembre cuando Moleson, el egiptólogo, nos localizó e hizo una visita relámpago a Helouan. Aunque sus obligaciones le llevaban de un extremo a otro del país, al parecer podía disponer libremente de su tiempo. Su estancia entre nosotros se prolongó. Su llegada introdujo un elemento nuevo que no sabría muy bien cómo evaluar, aunque en términos generales el efecto que produjo en mi compañero fue el de hacer más patente su alteración. Subrayaba el cambio que se había

producido en él y lo hacía más palpable. Me pareció advertir también que su presencia no era bien recibida. «Jamás hubiera esperado encontrarte aquí», había dicho Moleson, soltando una risotada, cuando se encontraron; sin que quedara muy claro si se refería a Helouan o al hotel. Mi impresión personal fue que se refería a ambos, y recordé entonces mi fantasía sobre lo apropiado que era aquel hotel para esconderse. George Isley no había podido contener un ligero sobresalto cuando le trajeron la tarjeta de visita a la hora del té. Tuve la impresión de que había intentado escaparse de su antiguo colega. Pero Moleson le había encontrado.

—He oído decir que estabas con un amigo y que te estabas planteando la posibilidad de emprender nuevos trabajos —Moleson substituyó rápidamente la palabra «experimentos» por aquella otra.

—Como tú mismo puedes ver, lo primero es cierto, pero no lo segundo —replicó con sequedad mi compañero. En su tono se apreciaba cierto matiz de antipatía que bien hubiera podido interpretarse como hostilidad. Me cuenta no sólo de que los dos se conocían desde hacía mucho, sino que, además, se conocían muy bien. En sus palabras, en sus gestos y en sus miradas se percibía un trasfondo cuyo significado no alcanzaba a captar

¡Tramaban algo; o al menos, habían estado tramando algo; algo de lo que Isley se habría desentendido con gusto de haber sido posible!

Moleson era una persona ambiciosa y llena de energía, que vivía para su profesión, mostrándose igualmente receptivo a la vertiente poética y al lado práctico de la arqueología, y la primera impresión que me causó fue plenamente satisfactoria. Un don natural para aquella disciplina le había granjeado el éxito y una cierta fama a una edad bastante temprana. Sus conocimientos eran enciclopédicos y muy precisos; y su mente estaba empapada de la sabiduría de aquella civilización extinta. Tras una apariencia

externa ligeramente descuidada se adivinaba una naturaleza apasionada y compleja. No podía dejar de observar con interés a aquel hombre para quien el viejo culto solar de unos tiempos precientíficos conservaba una belleza tan verdadera como real. Muchos aspectos de su libro, que en su momento me sorprendieron, se volvían inteligibles ahora que conocía a su autor. No sabría dar detalles de cómo sucedía aquello, pero el caso es que había algo en su persona que lo hacía posible. Aunque se trataba de un hombre moderno hasta la médula, y estaba al tanto de todas las tendencias de última hora, parecía ocultar dentro de sí otro yo que adoptaba una actitud de desapego y

digna indiferencia hacia los intereses que centraban la atención de su espíritu «cultivado». Por así decirlo, sabía leer los secretos vitales que se hallaban tras las etiquetas de los museos. Si ha habido alguna vez un hombre que pareciera recién salido de los tiempos faraónicos ése era él. Al poco de conocernos, me di cuenta de que éste era aquel hombre que tenía una capacidad de «resistirse y de protegerse» extraordinarias, y que, dentro de los de su profesión, era «excepcional». Su disposición de ánimo solía ser ligera y alegre, tenía un gran sentido del humor, y su modo de enfrentarse a las cosas parecía indicar que consideraba que la actitud más sana ante la vida era tomárselo todo a risa.

Sin embargo, hay risas que ocultan... otras cosas. Moleson, según pude colegir por las distintas pistas que extraje de su conversación, sus actitudes y sus silencios, era un ser profundo y singular. Fueran cuales fueran sus experiencias en Egipto había sobrevivido a ellas de forma admirable. Existían por lo menos dos Moleson. Aunque su personalidad, más que doble, a veces me parecía múltiple.

Era alto, delgado y enjuto, tenía la piel reseca y unas facciones tan marchitas como las de una momia; como él mismo decía, mientras soltaba una carcajada, la Naturaleza le había elegido físicamente para aquella profesión. Lo cierto es que era fácil

imaginarle arrastrándose a lo largo de los estrechos túneles que conducen a las tumbas de arena o retorciéndose por sombríos pasadizos en medio de un calor sofocante sin sentir la más mínima incomodidad. En su mente había algo sinuoso, casi fluido, que se manifestaba también en su cuerpo. A nadie le habría causado sorpresa descubrir que era capaz de desplazarse en todas direcciones; hacia delante o hacia atrás... o incluso en dos direcciones a un tiempo.

Aquella primera impresión se fue ahondando antes de que hubieran pasado muchos días. Percibía en él una especie de irresponsabilidad, algo había en su carácter que no era sincero, casi

producía la sensación de no tener corazón. Ciertamente su moral no era la habitual en estos tiempos, y había algo escurridizo en su forma de pensar. Creo que el mundo moderno, por el cual no sentía apego alguno, le confundía y le irritaba. La mera presencia de aquel hombre bastaba para introducir una nota de inseguridad en el ambiente. El interés que sentía por George Isley no difería mucho del que se puede sentir por un «especimen» psicológico. Recordé que en su libro describía el proceso de selección de los individuos que habían de cumplir determinadas funciones en aquel maravilloso culto, y entonces, como un relámpago, se me pasó por la mente la idea de que... en fin, de que

quizá Isley era la persona idónea para desempeñar alguna función específica en sus actividades de recreación. Aquel hombre era extremadamente observador, lo miraba todo de los pies a la cabeza, pero no lo hacía sólo con la vista; parecía conocer las motivaciones y las emociones mucho antes de que éstas se manifestaran por medio de acciones y gestos. Tenía la sensación de que también yo le interesaba. Desde luego me miraba de arriba abajo con esa facultad de observación interna que parecía salirle de forma automática.

Moleson no se alojaba en nuestro hotel —había elegido otro con más vida social— pero venía con frecuencia a almorzar o cenar con nosotros, y a veces

pasaba la tarde en la habitación de Isley entreteniéndonos con sus dotes pianísticas, cantando canciones árabes o salmodiando frases de los antiguos rituales egipcios, acompañadas de ritmos de su propia cosecha. La vieja música egipcia, tanto en su armonía como en su melodía, estaba mucho más desarrollada de lo que yo imaginaba, pues según parece, la utilización del sonido tenía una importancia capital en sus ceremonias. La forma en que interpretaba las salmodias producía un efecto extraordinario, aunque no sabría decir si se debía a la sonoridad de su voz, a la peculiar entonación ascendente con que pronunciaba las vocales o a alguna otra razón más profunda. En

cualquier caso, el resultado era algo único. Conseguía que el Egipto enterrado saliera a la superficie; casi se podía sentir cómo aquel Ente gigantesco entraba en la habitación. Desde el momento en que empezaba el canto, su esplendor y su inmensidad se introducían en la mente, acompañados siempre de una sensación de algo terrible y opresivo. Aquel sonido encerraba en sí el reposo de la eternidad. Al poco rato de haber estado oyendo esa música acudían invariablemente a mi cabeza imágenes del Valle de los Reyes, de los templos abandonados, de titánicos semblantes de piedra, de grandiosas efigies tocadas con signos zodiacales, pero sobre todo

... de los dos Colosos gemelos.

Le comenté a Moleson esta última circunstancia.

—Es curioso que también usted sienta eso... quiero decir que es curioso eso que usted dice —me respondió sin mirarme, pero dando a entender que esperaba que yo hiciera aquel comentario—. En mi opinión, las efigies de Memnon expresan lo que es Egipto mejor que todos los demás monumentos juntos. Como el desierto, carecen de rasgos. Se podría decir que lo compendian, pero sin llegar a pronunciar su mensaje. Porque, vera, no pueden hacerlo —dijo, soltando una risa gutural—. No tienen ojos ni labios ni nariz; sus rasgos se han borrado.

—Y a pesar de todo, revelan el secreto... a aquellos que se molestan en escucharlo, justamente porque carecen de palabras —apostilló Isley con un hilo de voz—. Aún siguen cantando al amanecer —añadió en voz más alta, con un tono casi desafiante que me sobresaltó.

Moleson se volvió hacia él, abrió la boca para decir algo, vaciló, y se contuvo. Durante un rato permaneció en silencio. No soy capaz de describir qué había en la fugaz mirada que intercambiaron que, por alguna razón en absoluto obvia, consiguió ponerme en estado de alerta. Me puso los nervios de punta y sentí cómo un soplo de aire gélido se deslizaba entre nosotros.

Moleson volvió a girarse hacia mí.

—A veces casi tengo la sensación de haber sido un sacerdote de Amon-Ra en una vida anterior, porque esto me sale de forma natural, como si lo conociera por instinto —me dijo, riéndose, después de que yo le hubiera felicitado por la música—. Recuerde que Plotino, a quien debemos la grandiosa idea de que todo conocimiento no es sino recuerdo, vivió a tan sólo unas millas de aquí, en Alejandría —dijo con cínico regocijo—. Al menos en aquellos tiempos —añadió con un tono muy significativo—, los cultos eran auténticos y los ceremoniales sí que expresaban grandes ideas y enseñanzas. Tenían fuerza. —

Tras aquellas palabras contradictorias se adivinaban dos Molesons distintos.

Me fijé que Isley se movía inquieto en su asiento; por algunos de sus gestos se podía colegir el desasosiego que sentía. Durante un momento ocultó el rostro entre las manos, luego suspiró e hizo un movimiento como si tratara de evitar algo que iba a ocurrir. Pero Moleson se resistió a su intento de cambiar de conversación, aunque a partir de aquel momento el tono de la misma varió ligeramente de forma natural. Abundaban las ocasiones de este tipo en las que me daba cuenta de que ambos trataban de orillar algo que había ocurrido, algo que Moleson deseaba reanudar, pero que Isley

parecía estar ansioso de diferir lo máximo posible.

Por más que estudiaba la personalidad de Moleson nunca conseguía llegar más allá de un cierto punto. Era astuto, sutil, con una inteligencia más aguda que grande; y también era cínico y falso. Sin embargo, aunque no me veo capaz de explicar por qué medios, llegué a otras dos conclusiones con respecto a él: en primer lugar, me di cuenta de que no siempre había sido una persona insincera y carente de sentimientos; y en segundo, que buscaba las diversiones sociales con un propósito muy determinado y nada común. Creo estar bastante seguro de que lo primero tenía

que ver con la impronta que había dejado Egipto en él, y en cuanto a lo segundo, debía ser parte del esfuerzo que realizaba para resistir y autoprotegerse.

—Si no fuera por la diversión nadie aguantaría más de un año aquí sin venirse abajo. La vida social se vuelve desenfrenada, alocada; la gente hace cosas que nunca se les ocurriría hacer en sus propios países —señaló en cierta ocasión, con un tono frívolo que apenas conseguía velar la trascendencia de lo que decía—. Quizá ya lo habrá usted advertido —añadió mirándome de repente—. Ya sabe cómo son las cosas en El Cairo y en otros lugares; la gente se entrega de lleno a la diversión y se

cometen todo tipo de excesos.

Asentí con la cabeza, aunque la forma en que lo expresaba me producía una sensación un tanto desagradable.

—Es un antídoto —dijo, con un ligero tono mordaz—. Yo mismo solía aborrecer el trato social. Pero ahora encuentro que la diversión —un poco de juerga sana— tiene su importancia. Al cabo de cierto tiempo Egipto termina por sacarle a uno de quicio. La fibra moral comienza a fallar. La voluntad se debilita —y al decir aquello miró disimuladamente a Isley como indicando lo que quería decir—. Quizá sea el contraste entre la fealdad del presente y la magnificencia del pasado —añadió con una sonrisa.

Isley, por todo comentario, se encogió de hombros, y Moleson aprovechó para contar los casos de algunos amigos y conocidos sobre los cuales Egipto había ejercido una influencia perniciosa: Barton, un maestro formado en Oxford, que se empeñó en vivir en una tienda de campaña hasta que, finalmente, las autoridades le relevaron de su puesto. Fue entonces cuando, impulsado por una fuerza irresistible, se marchó con su tienda a vagar por el desierto, dejando a un lado cualquier tipo de consideración práctica. Aquel anhelo se había apoderado de él, aunque nunca supo definir exactamente qué era lo que le había impulsado a hacer aquello. Su

equilibrio mental terminó por resentirse.

—Pero ya se encuentra recuperado; precisamente este mismo año le vi en Londres. No sabía explicar lo que había sentido o por qué hizo aquello. Eso sí... se le ve cambiado.

También habló de John Lattin, que había padecido un terrible acceso de agorafobia en el Alto Egipto; de Malahide, a quien la fascinación del Nilo había inducido una manía suicida que le había llevado a cometer repetidos intentos de ahogarse; de Jim Moleson, un primo suyo (que había acampado en Tebas con Isley y con él), que se había visto atacado súbitamente por un extraño tipo de megalomanía en medio de aquellas inmensidades de arena. Todos

ellos se habían curado completamente tan pronto como abandonaron Egipto, aunque también, todos y cada uno de ellos, habían cambiado y sufrido una transformación en lo más profundo de sus almas.

Hablaba de un modo vago y deshilvanado, y muchas de las cosas que contaba eran descabelladas, como si pretendiera desafiar a que se le contradijera. Sin embargo, había en todo ello algo que imponía, seguramente a causa de un efecto de acumulación emotiva.

—Los monumentos no impresionan meramente por su tamaño, sino también por su majestuosa simetría —recuerdo que dijo en otra ocasión—. Basta con

fijarse en la forma que eligieron; pensemos en el caso de las Pirámides, por ejemplo. Ninguna otra forma hubiera sido posible: la cúpula, el cubo, el cono; cualquiera de ellas habría resultado del todo inadecuada. La combinación de un volumen en forma de cuña, unos cimientos inmensos y un vértice apuntado constituyen la expresión perfecta en materia de contorno. ¿Acaso cree usted que alguien que no llevara esa misma grandeza dentro de sí hubiera elegido semejante forma? No fueron unas mentes desequilibradas quienes concibieron las magníficas y armoniosas estructuras de los templos. En sus conciencias había un esplendor majestuoso que sólo puede nacer de la

verdad y la sabiduría. El poder de sus imágenes es una expresión directa de unas realidades eternas y esenciales que ellos conocieron.

Le escuchábamos en silencio. Se dejaba llevar por el entusiasmo que sentía por aquel tema. Pero detrás de su tono desenfadado y de las preguntas burlescas latía un apasionamiento que me resultaba inquietante. Tenía la sensación de que, poco a poco, se iba aproximando un clímax que tanto para él como para Isley iba a ser cuestión de vida o muerte. Sin embargo, no conseguía descifrar aquel misterio. La simpatía que sentía por Isley me permitía participar un poco de lo que estaba ocurriendo, pero no lo suficiente

como para comprenderlo del todo. Me di cuenta de que también él estaba intranquilo, aunque tampoco alcanzaba a explicarme el motivo.

—Casi es posible creer —continuó — que aún flota en el ambiente parte del espíritu de los tiempos antiguos —había entrecerrado los ojos, pero pude captar el brillo que desprendían—. Es algo que afecta a la mente a través de la imaginación. En algunos casos puede llegar a alterar la propia perspectiva sobre la realidad. Arrastra consigo las almas hacia unas condiciones de existencia radicalmente distintas a las actuales que, prácticamente, debieron representar un estado de conciencia de otro orden.

Hizo una pausa y alzó la vista hacia nosotros.

—La intensidad de las creencias en aquellos tiempos era asombrosa — prosiguió, en vista de que ninguno de nosotros le contradecía—. Eso es algo que en el mundo de hoy en día no se puede encontrar en ninguna parte. Poseían una autenticidad y una solidez que... bueno, lo que quiero decir es que no se trataban de meras especulaciones teóricas. Es como si hubiera algo en el clima, en la posición exacta que ocupa esta franja de tierra en relación con las estrellas, en su «postura» con respecto al sol, que hiciera más sutil el velo que separa a la humanidad... de otras realidades. Como es bien sabido, las

divinidades de su panteón no eran meros ídolos. Todos, los animales, los pájaros, los monstruos y cualquier otra cosa que quieran añadir, tipificaban fuerzas espirituales y energías que afectaban a su vida cotidiana. Pero lo fundamental es lo que sabían. Un pueblo científico como aquél no se traga cualquier superstición absurda. Eran capaces de fabricar colores que podían durar seis mil años, incluso al aire libre; y aun careciendo de instrumentos de precisión, medían con exactitud la precesión de los equinoccios; un cálculo enormemente difícil y complejo. ¿Ha estado en Denderah? —dijo de pronto, dirigiéndose a mí—. ¿No? Bueno, esas mentes que alcanzaron a comprender el

significado de los signos del zodiaco, ¡cómo iban a creer que Hathor era una vaca!

Isley tosió. Iba a interrumpirle, pero antes de que pudiera encontrar las palabras adecuadas, Moleson volvió a la carga; en su tono de voz y en sus ademanes se apreciaba un rasgo nuevo que resultaba casi agresivo. Lo que dejaba entrever tras aquellas palabras iba mucho más allá de las meras insinuaciones. Hablaba con una convicción extraña y profunda. Parecía estar tratando de orillar alguna cuestión crucial que su compañero y él conocían, aunque creo que, en realidad, su verdadero propósito era comprobar hasta qué punto yo era vulnerable, hasta

dónde llegaba mi identificación con ellos. En cualquier caso, aquella cuestión tan importante era algo que George Isley y él compartían. Tenía la impresión de que debía estar basado en algún tipo de conocimiento que les habría sido desvelado a través de sus experimentos.

—Piense en las grandes enseñanzas de Ajenatón, ese joven faraón que regeneró todo el país y lo condujo a una inmensa prosperidad. Predicaba el culto al sol, pero no al sol visible. Aquella deidad no tenía una figura, una forma. El gran disco de la gloria no era más que su manifestación; cada uno de sus rayos acababa en una mano que bendecía el mundo. Era el dios de la energía, del

amor y del poder eternos y, sin embargo, los hombres tenían un acceso directo a él en su vida cotidiana, podían adorarlo al amanecer y al crepúsculo con la más intensa de las devociones. ¡No hallará en eso ningún asomo de esas mascaradas antropomórficas!

Sus palabras rebosaban entusiasmo. En ese mismo instante bajó la voz y su tono cambió imperceptiblemente. Seguía mirándome con los ojos entornados.

—Y otra cosa que sabían muy bien —dijo casi en un susurro—, es que con la precesión de su deidad a través de los cambios equinocciales, nuevos poderes descendían sobre el mundo de los hombres. Cada ciclo —cada signo

zodiacal traía consigo unos poderes específicos que rápidamente eran tipificados en las monstruosas efigies que hoy en día catalogamos en nuestros aburridos museos. Cada uno de estos signos empleaba cerca de dos mil años en completar su trayecto. Pero lo verdaderamente importante es que cada uno de ellos traía aparejado un cambio en la conciencia humana. Existía una relación entre los cielos y el corazón humano. Todo eso sabían. Mientras el sol iba atravesando lentamente el signo de Tauro, adoraban al toro; cuando pasaba por Aries, sus símbolos de granito aparecían cubiertos con la figura del carnero. Entonces, como recordará, en un momento en que ellos, tras haber

alcanzado su gran cenit se hundían ya en el ocaso, con la llegada de Piscis se produjo el Nuevo Advenimiento y se eligió al pez como emblema del cambio de poderes que encarnaba en la figura de Cristo. Porque, según creían, el alma humana se hace eco de los cambios que se producen en el inmenso viaje a través del zodiaco de la deidad primigenia de la que proviene y la clave de cualquier manifestación de vida se encuentra siempre en la vieja verdad de que «lo de abajo es reflejo de lo de arriba». Ahora que el sol está a punto de entrar en Acuario, nuevos poderes se ciernen sobre el mundo. Lo antiguo —lo que ha existido durante dos mil años— de nuevo se tambalea, decae y muere. A

nuestra puerta llaman nuevos poderes y una nueva conciencia. Ha llegado la hora del cambio. También —y al decir aquello se echó hacia delante de tal modo que sus ojos me contemplaron desde muy cerca—, la hora de hacer que se produzca ese cambio. El alma puede elegir sus propias condiciones de vida. Puede...

Un repentino estruendo tapó el resto de la frase. Una silla había caído produciendo aquel estrépito al golpear contra el trozo de suelo que la alfombra dejaba al descubierto. Ignoro si Isley había tropezado con ella al ir a levantarse o si la había derribado a propósito. Lo único que sé es que se había levantado bruscamente y que, con

la misma brusquedad, volvió a sentarse. Tuve la extraña sensación de que, de algún modo, aquello era una señal convenida de antemano. Fue algo demasiado repentino. Además, cuando habló, su voz me sonó forzada.

—Muy bien, me parece que ya se ha hablado bastante del tema, Moleson —le interrumpió con un tono desabrido—. ¿Qué tal si nos tocas una canción?

Habíamos subido a la habitación de Isley después de la cena, y hasta aquel súbito arrebató, había permanecido todo el tiempo sentado en una esquina sin apenas decir palabra. Moleson se levantó lentamente y se dirigió en silencio hacia el piano. Creí ver —¿o serían simplemente imaginaciones mías? — cómo una nueva expresión pasaba fugazmente por aquel rostro ajado. Estaba maquinando algo.

Desde ese preciso instante —desde el momento en que se levantó y cruzó la gruesa alfombra— me sentí fascinado

por aquel hombre. La atmósfera que había creado su charla y sus historias permanecía. Sus finos dedos comenzaron a recorrer el teclado. Al principio, tocó diversos extractos de las comedias musicales que estaban en boga. Era una música bastante agradable, pero que no exigía que se le prestara excesiva atención; la oí sin escucharla. Tenía la mente en otras cosas: pensaba su forma de andar. La manera en que había recorrido aquel trecho de alfombra transmitía poder. Tenía un aspecto distinto, no era el mismo hombre de antes; había cambiado. Curiosamente —como aún ahora me ocurre a veces con Isley— me pareció más grande. A partir de

entonces, de un modo que era a la vez cautivador y opresivo, la autoridad que emanaba de su presencia se apoderó de mi imaginación.

Abandoné mi asiento en el otro extremo de la habitación y me dejé caer en una silla que se encontraba más cerca del piano, junto a una de las ventanas. Entonces me di cuenta de que también Isley se había vuelto para mirarle. Pero no era exactamente el Isley que yo conocía, aunque aquel cambio más que verlo, lo sentí. Ambos habían sufrido una ligera transformación. Sus cuerpos parecían haberse expandido y su silueta se había difuminado.

Isley, tenso y preocupado, alzó la vista hacia el intérprete. La expresión de

su cara ponía de manifiesto que su mente de otras épocas intentaba seguir aquella música ligera, pero que hacerlo le suponía una gran dificultad, un esfuerzo inmenso, casi un combate.

—Toca eso otra vez, ¿quieres? — se le oía decir de vez en cuando.

Trataba de apoderarse de esa música, de recuperar por medio de ella su ligazón con el presente, de aferrarse a una estructura mental que ya había desaparecido, de agarrarse a ella con todas sus fuerzas; todo para descubrir finalmente que hacía ya mucho tiempo que había caído en el olvido, que era demasiado frágil. Ya no le sostenía. Estoy convencido de que eso era lo que ocurría y de que había adivinado su

estado de ánimo. Luchaba por reencontrarse a sí mismo tal y como había sido, pero todo era inútil. Le observé atentamente mientras permanecía sentado en aquella esquina envuelto en penumbra. El gran piano negro se interponía entre nosotros. Por encima de él asomaba la figura enjuta y medio velada de Moleson, balanceándose mientras tocaba. Por la habitación parecía flotar un débil susurro: «Estás en Egipto», decía. En ningún otro lugar del mundo habría prendido en nosotros con tanta facilidad ese extraño sentimiento lleno de premoniciones y presagios. Me daba cuenta de que a los tres nos embargaba una profunda emoción. Cualquier cosa

que me recordara al presente, por nimia que fuera, me resultaba desagradable. Anhelaba un antiguo esplendor que ya había dejado de existir.

Tenía los cinco sentidos puestos en lo que estaba ocurriendo, porque había advertido que el comportamiento de Moleson respondía a un plan preconcebido y deliberado. Lo había sopesado todo cuidadosamente; y no era muy difícil imaginar el propósito que albergaba. Era Egipto lo que trataba de interpretar a través del sonido; expresaba algo que para él era verdadero para después observar cuál era su efecto, y mientras tanto, nos iba hábilmente conduciendo... hacia el pasado. Iniciaba el recorrido por el

presente, ejecutaba la música con agudeza y convencimiento, y conseguía que las notas parecieran estar cargadas de significado. Poseía la habilidad de evocar un ambiente real y, en un principio, fue ese ambiente al que solemos denominar moderno. Reflejaba vívidamente el espíritu londinense; de las ramplonas melodías de los musicales, del nervio del ragtime y de la sensualidad del tango pasaba a los acordes más elevados de las salas de conciertos y de los círculos «cultos». Pero no lo hacía con brusquedad. Cambiaba de registro con suma destreza, y al hacerlo, cambiaban también nuestras emociones. Aunque interpretadas de una forma un tanto

paródica, reconocí algunas de las grandes novedades del momento: las turbulencias de Strauss, la dulzura pagana del primitivo Debussy, las extravagancias y el éxtasis del metafísico Scriabin. Conseguía traer a aquel salón privado de un hotel situado en medio del desierto la amalgama del presente en sus dos extremos; y mientras, George Isley, que le escuchaba atentamente, se revolvía inquieto en su silla.

—Après-midi d'un faune —dijo Moleson con voz soñadora, cuando le pregunté qué había tocado—. Ya sabe, Debussy. Y lo anterior era del Till Eulenspiegel; Strauss, naturalmente.

Hablaba arrastrando las palabras y

haciendo una pausa entre cada una de ellas, sin dejar en ningún momento de balancearse suavemente al compás de la música. No parecía prestar mucha atención a sus oyentes y en su voz se apreciaba no sé qué matiz que hacía que aumentaran mi inquietud y mis temores. Isley me preocupaba. Tenía la sensación de que algo iba a ocurrir y de que era precisamente Moleson quien lo estaba provocando. Lo que su modo de andar revelaba de forma inconsciente, se manifestaba ahora conscientemente en su música; era algo que provenía de aquella parte de su personalidad que se hallaba oculta. Un hechizo, un sutil cambio, se iba extendiendo misteriosamente por la sala y, de paso,

también por mi corazón. Mi capacidad para enjuiciar las cosas me abandonaba, era como si mi mente se deslizara hacia atrás y fuera perdiendo todas las referencias que le resultaban familiares.

—Tienen ese tono inequívocamente moderno, ¿verdad? —dijo Moleson, arrastrando las palabras—. Esa especie de agudeza —intelectual, supongo— ese ingenio superficial, nada que sea profundo o permanente, tan sólo el brillo sensacionalista de lo actual —se volvió hacia mí y, durante un instante, me miró a los ojos—. Nada imperecedero —añadió con un tono imponente—. Expresa todo lo que conoce... que no es mucho.

Mientras decía aquello la

habitación pareció volverse más insignificante; una sombra mucho mayor que ella cubría ahora sus pequeñas paredes. A través de las ventanas se filtraba furtivamente un gesto de eternidad. La atmósfera se expandía visiblemente. En ese momento Moleson tocaba una parte espléndida del Prometeo de Scriabin. Sonaba pobre y banal. Aquella música moderna, toda ella, resultaba trivial y estaba completamente fuera de lugar. Era casi ridícula. De forma imperceptible la escala de nuestras emociones se revestía ahora de una profundidad cuyo nombre, por más que se busque, no se encontrará en ningún diccionario, pues pertenece a otra era. Miré las ventanas, donde

enmarcadas por columnas de piedra, se distinguían oscuras vistas del grandioso Egipto, que allá afuera nos escuchaba. No había luna, pero suspendidos en el cielo resplandecían nutridos destacamentos de estrellas. Me sobrecogí al pensar en el misterioso conocimiento que aquel pueblo desaparecido tenía de aquellas estrellas y del inmenso viaje del sol por el zodiaco...

Entonces, con la pasmosa inmediatez de un sueño, una imagen se destacó sobre el cielo estrellado. Flotando entre el cielo y la tierra, vi pasar a gran velocidad un panorama de los majestuosos templos egipcios, encabezados por los de Denderah, Edfu,

y Abú Simbel. De pronto se detuvo, se mantuvo inmóvil en el aire, y desapareció. Al desvanecerse dejó tras de sí una atmósfera de una solemnidad inconmensurable. La contemplación de algo tan vasto moviéndose por el aire pausadamente, pero con soltura, hizo que mi sentido de la medida se trastocara por completo. Traté de convencerme de que aquello no era más que un recuerdo que había adquirido una realidad objetiva debido a algo que la música había evocado, y sin embargo, no pude evitar pensar que, en breve, todo Egipto —Egipto tal y como había sido en el cenit de su irrecuperable pasado— comenzaría a desfilar por el cielo. Tras el tintineo de aquel piano

moderno sonaba el rumor de una multitud en marcha, el pesado caminar sobre la arena de innumerables pasos... la percepción había sido extraordinariamente vívida. Había hecho que se detuviera algo que, por lo general, fluía dentro de mí. Cuando volví la cabeza hacia la habitación para hacer partícipes a mis compañeros de mi extraña experiencia, vi que los ojos de Moleson estaban fijos en los míos. La luz que desprendían me traspasaba, y comprendí que, de alguna manera, era él quien habían evocado aquella ilusión. En aquel momento Isley se levantó de su silla. Lo que había estado esperando vagamente parecía estar a punto de ocurrir. Justo entonces el intérprete

decidió cambiar de música.

—Puede que ésta les guste más —susurró, como si hablara consigo mismo, pero con una especie de reverberación—. Es más apropiada para el lugar. —Su voz resonaba como si emergiera de alguna cavidad subterránea—. La otra parece casi sacrílega... aquí. —Comenzó a arrastrar la voz, siguiendo el ritmo de las modulaciones más cadenciosas que ahora estaba tocando. Su sonido se había vuelto más opaco. Además, daba la impresión de que la música no provenía del piano, sino de él mismo.

—¿Lugar? ¿Qué lugar? —preguntó al instante Isley, volviendo repentinamente la cabeza mientras decía

aquellas palabras. Su voz sonaba tan remota que me produjo escalofríos.

El músico se rió para sí.

—Lo que quiero decir es que este hotel no pinta nada en este lugar —susurró mientras atacaba las notas con suavidad y maestría—; y que, bien pensado, esto no es más que una mera fachada. Donde de verdad estamos es en el desierto. Los Colosos están ahí fuera, y todos los templos. O, al menos, así debería ser —añadió alzando bruscamente la voz y dirigiéndome una mirada.

Se irguió en su asiento y se quedó mirando fijamente al cielo estrellado por encima de los hombros de George Isley.

—¡Eso es a lo que cantamos y es ahí donde estamos! —exclamó con reveladora vehemencia; de inmediato su voz se alzó hasta convertirse en un rugido—. Eso —repitió—, es lo que arrebató nuestros corazones. —El volumen de su entonación era asombroso.

La forma en que había pronunciado aquella palabra ponía al descubierto la corriente secreta de su vida que se ocultaba tras esa capa externa de cinismo y de risas, y explicaba el porqué de su falta de corazón. También él vivía en cuerpo y alma en el pasado. «Eso» era más revelador que cientos de páginas llenas de descripciones. Su corazón vivía en las naves de los

templos; su mente estaba ocupada en desenterrar un saber olvidado; su alma se había vuelto a revestir con la seductora gloria de la antigüedad. Animado de una existencia regenerada mágicamente, moraba en el esplendor reconstruido de lo que para la mayoría de la gente no es más que un montón de ruinas. George Isley y él habían resucitado un poder que los atraía hacia el pasado; pero mientras que el primero de ellos aún se resistía, el segundo ya había establecido allí su hogar permanente. La misma facultad que me había permitido ver la procesión de los templos hacía que viera también que aquello era absolutamente irreversible. El hombre que estaba sentado al piano

se me mostraba en toda su desnudez. Ahora lo veía tal y como era. Ya no se ocultaba tras aquella máscara de burlas y risas sardónicas. Hacía tiempo que se había abandonado, que se había perdido, que se había marchado; y desde el lugar en que ahora habitaba su alma, observaba cómo George Isley se iba hundiendo para unirse con él. Vivía en el antiguo Egipto subterráneo. Aquel gran hotel se levantaba en un equilibrio precario sobre una finísima capa de desierto. En el exterior, casi al alcance de nuestras voces, se hallaban miles de tumbas, cientos de templos. Moleson se había fundido con «eso».

Aquella intuición, como las imágenes que había visto en el cielo, se

me pasó por la cabeza como un relámpago; y ambas eran ciertas.

La nueva pieza que entretanto había empezado a tocar, poseía una fuerza arrolladora que no soy capaz de describir. Era sombría, majestuosa, solemne. Transmitía la misma fuerza que se apreciaba en su forma de andar. Parecía venir de muy lejos; pero su lejanía no era meramente espacial. En aquella música alentaba también el sentimiento de un tiempo muy remoto, acompañado de esa extraña tristeza y ese anhelo melancólico que suelen evocar los largos intervalos temporales. Se desplazaba a una gran distancia; sus estribillos recogían los ritmos de las multitudes que los siglos habían hecho

enmudecer; sonaba como una canción, pero su canto discurría por pasadizos subterráneos cubiertos de múltiples capas de fina arena que apagaban su sonoridad. A través de él retumbaban los suspiros de los vientos perdidos y errantes. El contraste que producía tras haber escuchado aquella otra música moderna y vulgar era devastador. Y, sin embargo, el cambio se había producido con toda naturalidad.

—En cualquier otro lugar sonaría vacío y monótono; en Londres, por ejemplo —oí que decía Moleson, arrastrando las palabras mientras se balanceaba de uno a otro lado—. Pero aquí suena grandioso y espléndido... verdadero. ¿Oyen lo que les digo? —

añadió con gravedad—. ¿Lo entienden?

—¿Qué es? —preguntó Isley con voz sorda, antes de que yo pudiera abrir la boca—. No lo recuerdo bien. Al oírlo me entran ganas de llorar... no sé si podré soportarlo. —El final de su frase apenas si llegó a salir de su garganta.

Mientras le contestaba no era a él a quien miraba Moleson. Era a mí.

—Deberías saberlo —respondió con una voz que parecía oscilar siguiendo el ritmo de la música—. No es la primera vez que lo escuchas; es ese cántico del ritual que nosotros...

Isley se puso de pie de un salto y le detuvo. No oí el final de la frase. Como una exhalación se me pasó por la cabeza la idea de que las voces con las que

hablaban no eran las suyas. Por más descabellado que pueda sonar, imaginé que á quienes estaba oyendo era a los dos Colosos, cantándose el uno al otro al amanecer. Los más extravagantes pensamientos cruzaban por mi mente. Parecía como si esos símbolos eternos del cosmos, descubiertos y adorados en aquella antigua tierra, hubieran cobrado una espantosa vida. Mi conciencia se había vuelto envolvente. Tenía la inquietante sensación de que las edades se habían salido de su sitio y me llevaban consigo; me dominaban; me hacían perder pie y me arrastraban en su corriente. Tiraban de mí hacia atrás. También yo cambiaba... aquello me estaba cambiando.

—Ahora lo recuerdo —dijo suavemente Isley. En su tono se apreciaba la adoración de un devoto y, no obstante, denotaba también angustia y tristeza; había dejado que el presente le abandonara del todo, y al comprobar cómo las últimas ataduras que le ligaban a él se rompían, sentía dolor. Imaginé que oía cómo su alma pasaba delante de mí y se alejaba sollozando hacia las profundidades.

—La cantaré —susurró Moleson —, necesita voz. ¡El sonido y el ritmo son absolutamente gloriosos!

Inmediatamente comenzó a entonar una serie de cadencias largas y arrastradas que parecían contener los sonidos primigenios de todas las lenguas que alguna vez habían existido en el mundo. El hechizo que entonces se apoderó de mí se podía tocar y palpar. Estaba atrapado en una tela de araña; tenía los pies y los brazos enredados y un velo de finos hilos se entretejía en torno a mis ojos. La fuerza cautivadora de aquel ritmo imprimía a mi alma una especie de movimiento mágico. A mi alrededor, próxima y lejana a un tiempo,

la vida comenzaba a palpitar en las moradas de los muertos y en los corredores de las colinas de hierro. Tebas estaba en pie y Menfis florecía a orillas del río. El mundo moderno se tambaleaba y caía ante aquel sonido que restauraba el pasado; y era precisamente en aquel pasado donde los dos hombres que estaban delante de mí vivían y tenían su verdadero ser. Las tormentas de la vida presente pasaban flotando sobre sus cabezas, mientras ellos habitaban bajo tierra, desdibujados, perdidos. Montados en aquella ola de sonido descendían hacia el reino que habían recobrado.

Me puse a temblar, me revolví con violencia e hice ademán de levantarme,

pero al instante volví a dejarme caer, resignado e impotente. Según parecía, el mero hecho de estar con ellos bastaba para que quedara sujeto a los mismos términos que regulaban su extraña cautividad. Mis pensamientos, mis sentimientos, mi propia perspectiva de las cosas, habían sido transferidas a algún otro lugar. Incluso mi conciencia se estaba transformando. Veía las cosas bajo otro prisma... el prisma de la antigüedad.

Una vez que el presente cayó en el olvido y el pasado reinó soberano, perdí todo sentido de la Realidad. La habitación se convirtió en una diminuta imagen en una gota de agua, mientras el mundo subterráneo, transformado en

algo inmenso, la reemplazaba. Mi corazón comenzó a latir siguiendo el ritmo lento y majestuoso de algo que había existido en unos tiempos muy lejanos. Todas las dimensiones crecieron; quedé atrapado en unas medidas colosales y las magnitudes se volvieron tan monstruosas que borraron de un plumazo todo sentido de la proporción. Una mano resplandeciente como el sol me agarró y me depositó en aquella telaraña temblorosa junto a mis dos compañeros. Oí el crujido de los hilos al reajustarse tras recibir mi cuerpo; oí el sonido de pies que se arrastraban por la arena; oí los susurros que provenían de las moradas de los muertos. Escuché sus voces en las

oscuras cámaras excavadas en la roca. Las antiguas galerías habían despertado. La vida de unas edades olvidadas se congregaba a mi alrededor formando turbulentas multitudes.

La realidad de una experiencia tan increíble se evapora al tratar de expresarla mediante el fluir del lenguaje. Sólo puedo dar fe de una cosa verdaderamente singular: incluso el conocimiento más profundo y más satisfactorio que el Presente pueda ofrecernos palidecía al lado de la robusta majestad del Pasado que le había usurpado su puesto por completo. Aquella habitación moderna que contenía un piano y dos figuras humanas del Presente, parecía una miniatura

ridícula prendida de una inmensa cortina transparente, tras la cual se vislumbraba, en un primer plano, una multitud de símbolos de templos, esfinges y pirámides, pero que al fondo, se abría a un esplendoroso paisaje de un magnífico color gris donde las ciudades de los Muertos se sacudían la arena y abarrotaban todo el espacio hasta más allá de donde alcanzaba la mirada.

...Las estrellas, el universo todo, lleno a rebosar de una vida palpitante, se integró en aquella nueva realidad. Sentí pasar de largo vastos períodos de tiempo... Me parecía estar viviendo hace milenios... Vivía hacia atrás...

El tamaño y la eternidad de Egipto

se apoderaron de mí con toda facilidad. Su abrumadora grandeza echaba por tierra todos los parámetros del presente. El paisaje entero se elevaba, se ponía en pie. El desierto se erguía, los propios horizontes se levantaban; majestuosas figuras de granito descollaban por encima del hotel, grandiosos rostros se cernían un momento en el aire y pasaban flotando, gigantescos brazos se estiraban para arrancar las estrellas y colocarlas en los techos de laberínticas tumbas. De cada una de aquellas ruinas brotaba el colosal significado de aquella venerable tierra... reconstruido... lleno de ardiente vitalidad.

Finalmente no pude resistirlo más. Estaba deseando que aquel zumbido

cesase, que disminuyera el prodigioso empuje de aquel ritmo. Mi corazón pedía a gritos que regresara el resplandor dorado del sol iluminando el desierto, el dulzor de la brisa a orillas del río, los reflejos color violeta sobre las colinas al amanecer. Me resistí, hice un esfuerzo para regresar.

—¡Tu salmodia es espantosa! ¡Por Dios, toca una canción árabe... o algo de música moderna!

El esfuerzo fue intenso, el resultado... nulo. Puedo asegurar que aquéllas fueron exactamente mis palabras. Aunque probablemente nadie más lo oyera, yo sí que pude oír el sonido de mi propia voz, pues recuerdo muy bien el desaliento que sentí al

comprobar cómo aquel inmenso espacio se lo tragaba, convirtiendo lo que había sido un volumen considerable en un mero susurro, similar al grito de un pájaro o de un insecto. En cualquier caso, la figura a la que había tomado por Moleson, en vez de responderme o darse por aludida, se limitó a crecer y a crecer como ocurre a veces en los cuentos de hadas. Eso es todo lo que sé, que nadie me pida que lo explique. Aquella parte de mí que empequeñecía y se limitaba a observar lo que ocurría a su alrededor registró aquel efecto extraordinario como si fuera algo perfectamente natural... Moleson estaba creciendo de forma espectacular.

Inmediatamente, la enorme fuerza

de aquel hechizo entró en acción. Experimenté el gozo del más absoluto abandono y el terror de ver partir todo lo que hasta entonces me había parecido real. Comprendí la risa fingida de Moleson y la sutil resignación de Isley. Una idea sorprendente pasó volando como un pájaro por mi conciencia alterada: para que se produjera aquella resurrección en el Pasado, para que tuviera lugar aquel renacimiento del espíritu al que aspiraban, era necesario que cada uno de ellos adoptara por turnos la forma de aquellos antiguos símbolos. Al igual que el embrión va englobando cada etapa de la evolución que le precede antes de alcanzar la forma humana, las almas de aquellos dos

aventureros adoptaban los distintos emblemas de aquella apasionada creencia. El adorador devoto adopta las cualidades de su deidad. Su caracterización de toda la serie completa de las deidades del mundo antiguo era tan verídica que yo mismo podía percibir las e incluso llegar a objetivarlas sensorialmente. El presente no era para ellos más que un estado prenatal; para entrar en el pasado tenían que volver a nacer.

Pero aquella espantosa transformación no afectaba tan sólo al semblante de Moleson. Ambos rostros, agrandados hasta alcanzar la prodigiosa escala propia de todo lo egipcio, producían una sensación mareante

encerrados en aquella pequeña habitación moderna. El símil del espejo deformante no permite hacerse una idea de ello, ya que la proporción entre las distintas partes no se veía alterada. Perdí de vista sus fisonomías humanas, pero pude ver sus pensamientos, sus sentimientos y sus corazones agigantados y transformados; todo lo que Egipto ponía en ellos mientras les iba sustrayendo el amor por la vida moderna. Poco a poco fueron adquiriendo una abominable majestad que era enorme, misteriosa e inmóvil como las piedras.

El estrecho rostro de Moleson tomó primero la apariencia de un halcón, a semejanza del siniestro dios Horus.

Había sufrido una dilatación tan enorme que descollaba por encima del piano haciéndolo parecer de juguete. Era un rostro afilado, malévolo, monstruoso, ávido de presas; cada uno de sus brillantes ojos despedía unos destellos tan vertiginosos como los del sol al amanecer. La forma general que presentaba la silueta de George Isley, igualmente inmensa, resultaba aún más majestuosa si cabe. La amplitud de sus hombros hacía pensar en la Esfinge y su semblante evocaba el inescrutable poder de las hieráticas imágenes cultuales de los templos. Éstas fueron las primeras manifestaciones de aquella posesión, pero no tardarían en seguirles otras. En rápidas series, como transparencias

proyectadas en una pantalla, los antiguos símbolos pasaban como una exhalación por aquellos dos rostros humanos agigantados y luego desaparecían. Era imposible zafarse de aquello. Las sucesivas marcas parecían superponerse como si fueran fotografías compuestas; cada una de ellas aparecía y se desvanecía antes de que fuera posible reconocerlas, de modo que para interpretar aquella alquimia interna tenía que recurrir a ciertos signos externos con los que mis sentidos estaban más familiarizados. Egipto, al poseerlos, se expresaba a través de su aspecto físico de esa forma tan maravillosa, recurriendo a los símbolos de su intenso poder regenerativo...

Los cambios se fundían con tal rapidez que apenas podía captar ni la mitad de ellos; pero, finalmente, aquella procesión culminó en una sola imagen que se quedó impresa en sus rostros con una fijeza espantosa. Todas las series se fusionaron. Me di cuenta de que esa imagen reunía en sí a todas las demás en una síntesis que transmitía una sensación de sublime reposo. Aquella cosa gigantesca se alzaba formando una increíble estatua. El espíritu de Egipto, sintetizado en aquel símbolo monstruoso, los había eliminado. Vi las efigies sedentes de los adustos Colosos; medio hundidos en la arena, cubiertos por la noche, esperando el amanecer...

En aquel momento hice un supremo esfuerzo por recuperar mi identidad; un esfuerzo para concentrar mi mente en el presente. Y al tratar de buscar algún rasgo de Moleson y de George Isley, por pequeño que fuera, comprobé que no encontraba ninguno. De la imagen tan familiar de mis dos compañeros no quedaba ni rastro.

Durante un instante lo vi todo con la misma claridad con que veía aquel pequeño y ridículo piano. Pero el instante se prolongó; la Eternidad de Egipto permanecía. Aquella solitaria y

formidable pareja había agachado los hombros e inclinado sus espantosas cabezas. Estaban en la habitación. Las frágiles estructuras de los dos adoradores humanos reflejaban la imagen del poder de aquel Pasado imperecedero. La habitación, las paredes, el techo, habían desaparecido. Las arenas y el cielo abierto los habían reemplazado.

Con los ojos a punto de salirse de las órbitas contemplé a aquellos dos titanes que se alzaban el uno junto al otro. Y como un niño que desde el suelo de su cuarto tiene que hacer frente a sus propios gigantes, me quedé petrificado, incapaz de moverme o de pensar. No podía dejar de mirarlos. Me destrozaba

la vista intentando descubrir a los dos hombres con los que estaba familiarizado, pero lo único que encontraba era aquella visión simbólica. No se distinguía con claridad. Sus rostros habían sufrido una dilatación formidable, sus facciones se perdían en aquella insólita magnitud; los hombros, los cuellos y los brazos se extendían inmensos por el espacio. Les ocurría lo mismo que al desierto, conservaban cierta fisonomía, pero carecían por completo de expresión individual; todo rasgo humano se desdibujaba completamente en aquella masa de piedras resquebrajadas. No pude distinguir ni las mejillas ni la boca ni las mandíbulas; tan sólo unos ojos

cuarteados y unos labios de granito partidos. Inmenso, inmóvil y misterioso, Egipto les iba moldeando y se los llevaba consigo. Y entre ellos y yo, en una extraña perspectiva, se encontraba ese absurdo símbolo del presente: un piano. Aquello era atroz. Durante un segundo supe lo que era sentir un horror inconmensurable. Todo mi cuerpo se estremeció. Me atravesaban oleadas de frío y de calor. Las fuerzas me abandonaron, y junto a ellas, la capacidad de hablar y de moverme; era como si me encontrara en un estado de absoluta parálisis.

Además, aquel hechizo no afectaba solamente a la habitación, sino que se extendía también al exterior, estaba en

todas partes. El Pasado se agolpaba contra los propios muros del hotel. Todas las lejanías, espaciales o temporales, se aproximaban. Aquella salmodia convocaba a aquellos titanes en todo su antiguo esplendor. Un mar de sombras se agrupaba sobre las arenas a nuestro alrededor. Advertí que aquel poderoso ejército, sin hacer ningún ruido, cambiaba constantemente de posiciones: las pirámides se remontaban hacia el cielo; las deidades pétreas adoptaban una postura vigilante; los templos, con la misma solemnidad que debieron tener en la noche de los tiempos, se alineaban en toda su prístina belleza; y la silueta de la Esfinge, inmóvil pero amenazadora, se erguía en

el aire. Una inmensidad llamaba a otra.

...Transcurrían vastos intervalos de tiempo y las distancias eran enormes, pero sin embargo todo sucedía en un mismo instante y dentro de un espacio muy reducido. Todo aquello estaba ocurriendo aquí y ahora. La eternidad susurraba en cada segundo, en cada grano de arena. Captaba múltiples detalles de un golpe, pero en realidad tan sólo era consciente de una cosa: tenía frente a mí al espíritu del antiguo Egipto, representado en aquellas dos formidables figuras, y mi conciencia expandida, con gozo y dolor a un tiempo, era capaz de abarcarlo todo, del mismo modo que Aquel espíritu nos incluía a mis compañeros... y a mí.

Porque yo también guardaba cierto parecido con ellos. Un símbolo menor, aunque de un tipo similar, también me había poseído. Traté de moverme, pero tenía los pies encajados en una piedra; mis brazos estaban inmovilizados; mi cuerpo entero se hallaba empotrado en una roca. La arena se estrellaba violentamente contra mí, arrastrada hacia arriba en pequeños remolinos por un viento helador. Aunque no sentía nada, podía oír el tamborileo de los granos que chocaban desperdigados contra mi cuerpo endurecido...

Esperábamos la llegada del alba, cuando se produciría la resurrección de la inmutable deidad que era la fuente y la inspiración de toda nuestra gloriosa

vitalidad... Soplaban un aire cada vez más fresco y penetrante. En la lejanía, una franja rosada de cielo pasaba al violeta y al oro; pronto una delicada luz rosácea se extendió por el desierto. En las alturas, el pálido brillo de las pocas estrellas aún visibles se iba desvaneciendo y el viento que anunciaba el amanecer comenzaba a levantarse. La tierra entera se detenía, esperando la llegada de su poderoso Dios...

En medio de aquella pausa se escuchó un curioso sonido que, al parecer, debíamos estar esperando, pues no me produjo ninguna sorpresa. En un primer momento hubiera jurado que era George Isley que se había unido al canto de su compañero. Tras aquel volumen

atronador resonaban, aumentadas de manera prodigiosa, las mismas notas y ritmos que antes había escuchado. Si en un principio había sido la salmodia de Moleson la que había despertado aquella voz, era ahora ella quien cantaba desde la lejanía de forma autónoma. Las resonantes vibraciones de aquel canto habían alcanzado las profundidades donde dormía. Ahora, ambas cantaban al unísono. Era la voz de Egipto lo que oía. Se distinguía en aquella voz el rugir ronco de un millar de tambores, como si el propio desierto estuviera articulando aquellas portentosas sílabas. Mientras la escuchaba, sentía que mi corazón de piedra se paraba. Las dos voces sonaban en el cielo. Sostenían un majestuoso

diálogo a medida que iba amaneciendo:

«Qué fácil nos es seguir siendo los señores de esta tierra...

...mientras los siglos pasan rugiendo sobre nosotros y se desvanecen».

Las palabras iban brotando con suavidad y llenas de poder, aunque con un sonido retumbante como si salieran de las profundidades de una caverna.

«Nuestro silencio ha sido perturbado... Marchamos con la multitud hacia el Oriente... Al amanecer, inmóviles, cantamos la sabiduría del mundo antiguo... Nuestro discurso se oirá, mas no con los oídos de la carne. Al alba nuestras palabras brotan y recorren inmensidades de tiempo y de

arena, atravesando la luz del día... Al crepúsculo, con alas de águila, regresan de nuevo a nuestros labios de piedra... Cada siglo, una sílaba, sin que aún se haya completado ni una sola frase. Entretanto, nuestros labios se van quebrando al pronunciarlas...»

Mientras escuchaba desde mi lecho de arena, me pareció que horas, meses e incluso años pasaban junto a mí. Los fragmentos de su discurso se perdían en la distancia y después volvían a sonar muy cercanos. Era como si por encima de las nubes los picos de las montañas hablaran entre sí. Un viento atrapaba aquel rugido sordo y se lo llevaba. Y otro viento volvía a traerlo... Entonces, durante un instante vacío que pareció

durar años y que transmitía de una forma espectacular el paso de largos períodos de tiempo, pude oír su discurso con más claridad. La lenta declamación de aquella voz grandiosa se propagó por todo mi ser como un torrente:

«En soledad esperamos, observamos, y escuchamos. Nuestros ojos nunca se cierran. La luna y las estrellas navegan sobre nosotros y nuestro río alcanza el mar. Traemos eternidad a vuestras vidas fragmentadas... Vemos las pequeñas líneas de acero que tendéis sobre nuestro territorio, ocultas tras una fina nube de humo blanco. Oímos el silbido de vuestros mensajeros de hierro propagarse por el aire... Las naciones se

alzan y caen. Los imperios marchan en un revuelo hacia Occidente y perecen... El sol se va haciendo viejo y las estrellas palidecen... Los vientos alteran la línea del horizonte y nuestro río cambia su lecho. Pero nosotros permanecemos; inalterables, imperecederos. De agua, de arena y de fuego es nuestro ser esencial, construido en el seno de la atmósfera del universo... No hay pausa en la vida, no hay ruptura en la muerte. Los cambios no conocen final. El sol regresa... La resurrección es eterna... Mas nuestro reino permanece bajo tierra entre las sombras, ajeno a la brevedad de vuestro día. ¡Venid! ¡Venid! Los templos siguen repletos y nuestro Desierto os bendice. Nuestro río

os hace perder pie. Nuestra arena os purificará y arderéis dulcemente en el fuego de nuestro Dios hasta alcanzar la sabiduría ... Venid, pues, y adorad, la hora se acerca. Amanece...»

Las voces se fueron extinguiendo en las profundidades, apagadas por las arenas de los siglos, mientras el encendido amanecer del Oriente se extendía rápidamente por el cielo. La salida del sol, el gran símbolo de la perpetua resurrección de la vida, estaba a punto de producirse. A mi alrededor, envuelta en sombras, se desplegaba toda la inmensidad del antiguo Egipto, esperando ansiosamente la llegada del momento de la adoración. Desprovistas ya del terrible y severo esplendor de su

largo abandono, aquellas efigies se alzaban erguidas en toda su arrebatada grandeza como un bosque de majestuosas piedras; los labios de granito entreabiertos, los ancianos ojos dilatados. Todos estaban de cara al oriente. Y el sol se iba aproximando al borde del Desierto que aguardaba expectante.

No sentía ninguna emoción, al menos no lo que yo entiendo por emoción. Si es que experimenté algo fueron los secretos primordiales de dos sensaciones muy primitivas: el gozo y el sobrecogimiento. El brillo de la mañana se difundía con rapidez. El día llegaba bañado en oro, como si las arenas de Nubia derramaran su fulgor sobre cada partícula de luz; lleno de gloria, como si el reflujó de la marea estelar vertiera su espuma luminosa sobre la tierra; y lleno de pasión, como si las creencias de todas las edades del mundo regresaran

flotando con abandono... hacia el núcleo del sol. Las ruinas de Egipto se fundían para crear un único templo de una inmensidad primigenia cuyo suelo era el desierto desnudo, pero cuyos muros se elevaban hacia las estrellas.

De pronto, el canto y los ritmos cesaron; se hundieron bajo tierra. Las arenas les hicieron enmudecer. Y el sol bajó la vista para contemplar su antiguo mundo...

Me sentí invadido de una calidez radiante y descubrí que de nuevo podía mover mis extremidades. Un flujo de exaltación vital recorría mi cuerpo de piedra. Durante una milésima de segundo oí la lluvia de partículas arenosas que chocaban contra mí, como

si se tratara de arena levantada por una ráfaga de viento; aunque en esta ocasión sí que sentí cómo se me clavaban en la piel. Pero el instante pasó. El calor sofocante me empapaba de sudor de los pies a la cabeza mientras mi conciencia recobrada me permitía darme cuenta de que mi insensibilidad pétrea daba paso a una vuelta de la sangre y de la carne. El sol había salido... Yo estaba vivo, sí, pero... transformado.

Creo que entonces abrí los ojos. El alivio que sentí fue inmenso. Me di la vuelta y aspiré una profunda bocanada de aire fresco; estiré una pierna sobre una gruesa alfombra verde. Algo me había abandonado, y otra cosa había regresado conmigo. Me retrepé en mi

asiento, embargado de la reconfortante sensación de quien se sabe libre y a salvo.

El final llegó de forma violenta y desordenada. Me encontré a mí mismo, y a Moleson, y también a George Isley. Sin que yo lo hubiera advertido, este último había sufrido un cambio dentro de la propia habitación. Isley se había elevado, y desde su altura, se precipitó hacia donde yo estaba. Vi que movía los brazos. De debajo de sus manos pareció brotar una llamarada; entonces me di cuenta de que estaba dando las luces. Se fueron encendiendo en distintos lugares de la habitación: a lo largo de las paredes, en la hornacina, junto al escritorio y, finalmente, una de ellas,

que se encontraba en un estante situado justo encima de donde yo estaba, me deslumbró. Me hallaba de nuevo en el Presente, rodeado de todos aquellos objetos modernos.

Mientras que la mayoría de los detalles se fueron presentando de forma gradual a mis sentidos recién recobrados, el regreso de Isley vino acompañado de ese extraño efecto de distancia y velocidad; el impacto que aquello me produjo fue terrible. Había caído desde la altura de su inmenso tamaño. Tuve la sensación de que venía lanzado hacia mí. En cuanto a Moleson, él simplemente estaba «ahí»; a diferencia de lo que ocurría con su compañero no daba la impresión de

haber sufrido un cambio súbito y veloz. Permanecía inmóvil junto al piano, con sus largas y finas manos extendidas sobre el teclado, pero sin llegar a tocarlo. Isley, en cambio, había caído como un rayo en la pequeña habitación y en sus facciones alteradas se apreciaban todavía signos de la monstruosa posesión que había sufrido. En la mirada de sus ojos rehundidos se confundían el combate y la devoción. Sus labios, aunque de manera un tanto forzada, esbozaban una sonrisa. Sentí un escalofrío al advertir con toda claridad cómo se iba desprendiendo de su rostro aquella sensación de inmensidad, igual que se desprenden las sombras de los cortados de un acantilado. Todas las

proporciones parecían estar espantosamente mezcladas. La fuerza descomunal que había vuelto a reabsorber su ser se replegó lentamente hacia el interior. Isley parecía haberse derrumbado. Por las mejillas quemadas por el sol de aquel rostro ajado vi resbalar una lágrima.

Durante un instante me embargó un sentimiento de intensa repulsión. El presente se me aparecía a los ojos cubierto de harapos. La reducción de escala resultaba terriblemente dolorosa. Suspiraba por aquel esplendor perdido que, no obstante, parecía hallarse todavía misteriosamente próximo. La vulgaridad de aquella habitación de hotel, la chillona fealdad de su

decoración, la bajeza de los ideales que gobernaban la vida del presente — donde la utilidad suplanta a la belleza y la ganancia prima sobre la devoción— unido al hecho de que mis compañeros parecieran haber disminuido hasta alcanzar el tamaño de unas ridículas marionetas, me producía un dolor tan intenso que, en un primer momento, no creí que fuera capaz de soportarlo. Me fijé en el reloj que se destacaba sobre el mantel de la mesa, iluminado por el resplandor de las luces, marcaba las once y media de la noche. Moleson había estado dos horas al piano. La recuperación de mi facultad de medir completó mi sensación de desengaño. Sí, me encontraba de regreso entre los

objetos del mundo moderno. Volvía a ser un prisionero del espíritu maquinal del Presente.

Durante un largo intervalo de tiempo ninguno de nosotros se movió o abrió la boca para decir algo; el cambio repentino nos tenía confundidos; habíamos saltado desde las alturas, desde la cúspide de una pirámide, desde una estrella... y al chocar contra el suelo nuestros pensamientos se habían desperdigado por todas partes. Lancé una mirada furtiva a Isley, mientras mi mente se interrogaba distraídamente cómo era posible que siguiera allí. Una expresión resignada había sustituido a la energía que antes desprendiera su rostro; se había limpiado la lágrima. Ahora no

se apreciaba combate alguno en él, no había ningún indicio de resistencia, tan sólo abandono; tenía un aspecto insignificante. El verdadero George Isley estaba en otra parte: su yo más auténtico no había regresado.

Torpemente, como si avanzáramos a empujones, fuimos superando sucesivas etapas hasta que, por fin, los tres regresamos de nuevo a la realidad cotidiana. De pronto, volvíamos a hablar como si nada hubiera pasado; haciéndonos preguntas los unos a los otros y respondiéndolas, encendiendo cigarrillos y todo ese tipo de cosas. Moleson tocaba unos acordes bastante vulgares en el piano mientras se recostaba con desgana en su silla,

salpicando de vez en cuando la música con algunas frases, y dando conversación a cualquiera que estuviera dispuesto a hacerle caso. Isley cruzó lentamente la habitación, se acercó a donde yo estaba, y me ofreció tabaco. En el intenso bronceado de su rostro se descubrían profundas sombras. Parecía agotado, exhausto, como un soldado curtido en mil batallas.

—¿Te ha gustado? —oí que me preguntaba con un hilo de voz. Su tono no demostraba ningún interés, carecía de expresividad; no era el verdadero Isley quien hablaba, no era más que aquel fragmento de su persona que había regresado. Sonreía como un verdadero autómeta.

Cogí mecánicamente uno de los cigarrillos que me ofrecía, mientras pensaba confusamente qué respuesta le podía dar.

—Es irresistible —susurré—. Comprendo que resulte más sencillo partir.

—Y también más dulce —me respondió con un suspiro— ¡Y tan maravilloso...!

Me fijé en la mano que me daba fuego; estaba temblando. De repente sentí dentro de mí un deseo de hacer algo violento, de realizar un movimiento brusco, de empujar o tirar algo.

—¿Qué ha sido todo esto? — pregunté abruptamente, alzando la voz en un tono casi desafiante, con la intención de que me oyera el hombre que se sentaba al piano—. Cómo se ha atrevido a hacer semejante experimento... con otras personas... sin haberles pedido previamente permiso... Me parece algo intolerable... es...

Fue el propio Moleson quien respondió. Pasó por alto el final de la frase como si no lo hubiera oído. Se acercó con aire despreocupado hasta donde nos encontrábamos, sosteniendo en la mano un cigarrillo al que daba cuidadosamente forma entre sus finos dedos.

—Pregunte cuanto quiera — respondió tranquilamente—, pero explicarlo no es tan sencillo. Lo descubrimos —y con un gesto de la cabeza señaló hacia Isley— hará dos años en el Valle. Estaba caído junto a un sacerdote que tenía todas las trazas de haber sido un personaje muy importante. Formaba parte del ritual que se utilizaba para la adoración del sol. En el museo

(puede verlo cuando quiera en el Boulak) lo han catalogado simplemente con una etiqueta que dice «Himno a Ra». Pertenece al período de Ajenatón.

—Las palabras sí —apuntó Isley que escuchaba atentamente.

—¿Las palabras? —repitió Moleson con un extraño tono de voz— No hay palabras. En realidad todo consiste en una manipulación de diversos sonidos vocálicos. Y en cuanto al ritmo, la salmodia o como quiera llamarlo, yo mismo la compuse. Sabe, los egipcios no escribían su música. — De repente se puso a estudiar mi rostro durante un instante con ojos escrutadores —. Cualquier palabra que haya oído o haya creído oír habrá sido producto de

su propia interpretación —añadió.

Me le quedé mirando fijamente sin responderle.

—En sus rituales se servían de lo que llamaban una «lengua raíz» — prosiguió— que estaba compuesta enteramente de sonidos vocálicos. No había consonantes. Verá, los sonidos vocálicos tienen un fluir ininterrumpido, carecen de principio o de fin, mientras que las consonantes interrumpen ese flujo, lo rompen y lo limitan. Las consonantes carecen de sonido propio. El verdadero lenguaje es un continuo.

Nos quedamos un rato fumando en silencio. Comprendí entonces que lo que había hecho Moleson se basaba en unos conocimientos muy sólidos. Era la

versión de un fragmento de un ritual antiguo que Isley y él habían desenterrado, cuyo efecto, bien conocido ya con respecto al primero, quería probar en mí. Tenía la impresión de que sólo de esa manera cabía explicarse los espectaculares resultados que había obtenido conmigo.

En la fe y en la poesía de una nación reside la vida de su alma; y era precisamente la descomunal fe de Egipto lo que latía tras el ritmo de aquel canto monótono e interminable. Tenía sangre, nervio, corazón. Millones de personas lo habían oído cantar; millones habían llorado, rezado y suspirado al escucharlo; la pasión de aquella civilización prodigiosa, que veneraba a

la divinidad solar y aún seguía viva aunque permaneciera oculta bajo tierra, le había insuflado su propia alma. Aquel cántico hacía que brotara la majestuosa fe del antiguo Egipto; ese desarrollo formidable y apasionado de todos los aspectos relacionados con la vida de ultratumba y con la Eternidad que constituía el eje de la existencia en aquellos tiempos grandiosos. Durante siglos inmensas multitudes, guiadas por el sacerdocio regio, habían entonado ese mismo ritual, esas mismas fórmulas; lo habían creído, lo habían vivido y sentido. La salida del sol seguía siendo su momento culminante. Sus grandes símbolos en ruinas seguían impregnados de aquel poder espiritual. La fe de una

civilización sepultada había vuelto a prender en el presente, y también en nuestros corazones.

Un extraño respeto por el hombre que había sido capaz de producir semejante efecto sobre dos mentes modernas se fue apoderando de mí y se mezcló con la repulsión que a su vez me producía todo aquello. Lancé una mirada furtiva a aquel rostro arrugado y reseco. Todavía conservaba algún rastro desdibujado y borroso de lo que, hasta hacía un momento, había llevado dentro de sí. Sus mejillas contraídas tenían cierta apariencia pétrea. Me dio la impresión de que era más pequeño. Parecía haber menguado. Seguía pensando en él tal y como había sido

hacía un rato, cuando aún estaba aprisionado en los grandes captores de piedra que le habían poseído...

—Tiene un poder tremendo... un poder espantoso —tartamudeé, más por romper aquel silencio opresivo que por deseo de hablar con él—. Hace que reviva Egipto —el antiguo Egipto— de una forma extraordinaria, lo introduce en los corazones. —Las palabras salían de mis labios de forma casi espontánea. Aunque no era consciente de ello hablaba en voz muy baja. Estaba sobrecogido. Isley se había alejado de mí y se había acercado a la ventana dejándome cara a cara con aquella extraña encarnación de unos tiempos pretéritos.

—No podía ser de otra manera — replicó; sus ojos brillaban aún con un oscuro resplandor—; contiene en sí el alma de los tiempos antiguos. Dudo que alguien, tras escucharlo, pueda seguir siendo la misma persona. Verá, expresa la pasión y la belleza esenciales de aquel culto gozoso, de esa fe espléndida; el culto razonable e inteligente del sol, la única creencia científica que ha conocido el mundo. Naturalmente, en su vertiente popular había grandes dosis de superstición, pero en su versión sacerdotal —es decir, en la que practicaban los sacerdotes— que comprendían la relación existente entre el color, el sonido y los símbolos, era...

Se interrumpió súbitamente, como

si aquello fuera algo que se estuviera contando a sí mismo. Nos sentamos. A nuestra espalda, George Isley, asomado a la ventana, contemplaba la noche sin luna.

—¿Ha probado sus efectos... sobre otros? —le solté a bocajarro.

—Los he probado sobre mí —respondió de manera cortante.

—He dicho sobre otros —insistí.

—Sobre otro... sí —reconoció.

—¿Intencionadamente? —mientras hacía aquella pregunta sentí estremecerse algo dentro de mí.

Se encogió ligeramente de hombros.

—No soy más que un arqueólogo especulativo —sonrió— y... bueno, un

egiptólogo con algo de imaginación. Tengo el deber ineludible de reconstruir el pasado para que aparezca vivo a los ojos de los demás.

Me entraron ganas de abalanzarme sobre su cuello.

—Como es natural, usted sabía perfectamente el efecto mágico que con toda seguridad —o al menos con toda probabilidad— tendría, ¿no es así?

Me miró fijamente a través del humo de su cigarrillo. A día de hoy sigo sin saber qué había en aquel hombre que me producía escalofríos.

—Yo no estoy seguro de nada —replicó con voz suave—, pero considero que es perfectamente legítimo probar. En cuanto a ese adjetivo que usted ha

utilizado, «mágico»; no tiene ningún sentido para mí. Si algo así existe no es en realidad más que conocimiento científico, olvidado o aún por descubrir. —Mientras hablaba sus ojos despedían un fulgor desafiante, insolente; su actitud era casi agresiva—. Supongo que se refiere a nuestro común amigo más que a usted.

Haciendo un gran esfuerzo traté de responder a aquella mirada tan singular. Aún emanaba de su persona algo que imponía, pero que, al mismo tiempo, resultaba terriblemente atractivo. Me hacía pensar de nuevo en aquella Red invisible, en aquella oscura cortina de gasa, en el poder que aguardaba inmóvil en el centro a su presa, en aquellas

Entidades enigmáticas y monstruosas que se mantenían alertas y vigilantes a lo largo de los siglos.

—¿Se refiere usted al cambio que se ha operado en su actitud hacia la vida, a su marcha? —añadió Moleson en un tono más bajo.

Al oírle utilizar aquellas palabras, aquella frase precisamente, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No obstante, antes de que pudiera responderle, y a buen seguro mucho antes de que pudiera controlar aquel súbito terror que se había apoderado de mí, oí cómo continuaba en un susurro. Una vez más parecía hablar consigo mismo más que conmigo.

—Imagino que el alma tiene

derecho a elegir las condiciones de vida y el entorno que más le convengan. El paso a otro lugar supone una traslación, no una extinción. —Se quedó un rato fumando en silencio; luego alzó la vista y, mirándome a la cara con una expresión de profunda seriedad, me dijo otra cosa francamente extraña. De nuevo su auténtico ser reemplazó a su pose cínica.

—El alma es eterna y puede elegir establecer su morada allí donde desee, sin tener para nada en cuenta la duración temporal. ¿Qué tiene este Presente superficial y vulgar para pretender arrogarse derechos exclusivos sobre ella? Hoy en día, ¿en qué lugar del mundo moderno va a encontrar las

creencias, la fe y la belleza que son la misma esencia de su vida? ¿Dónde en medio del tráfago y la confusión de esta era de la vulgaridad va a encontrar su hogar? ¿Está acaso condenada a revolotear por toda la eternidad sobre este valle de huesos secos, cuando tiene un Pasado vivo al alcance de la mano, que la espera lleno de amor, lleno de fuerza y de gloria? —Se acercó más a mí y posó su mano sobre mi hombro. Sentía su aliento pegado a mi cara.

—¡Venga con nosotros, regrese con nosotros! —fue su terrible susurro—. ¡Aleje su vida de esta inmundicia, de esta anodina fealdad! Regrese y adore con nosotros imbuido del espíritu del Pasado. Haga suyos ese esplendor

inmemorial, esa gloria, esos conceptos grandiosos; la maravillosa certidumbre, el inefable conocimiento de las esencias. Aún sigue estando alrededor de usted; llamándole, llamándole siempre; está muy cerca; le arrastra día y noche... le está llamando, llamando, llamando.

Su voz parecía irse perdiendo en la distancia mientras repetía aquellas últimas palabras; aún hoy a veces creo oírlas, con esa misma cadencia suave y monótona, intensa y apagada a la vez: le está llamando, llamando, llamando. Pero sus ojos tenían ahora una mirada perversa. Entonces sentí todo el siniestro poder de aquel hombre. Me di cuenta de que en su corazón y en su

mente habitaba la locura. El Pasado que él trataba de glorificar yo lo veía negro, envuelto en la intimidatoria oscuridad egipcia de una plaga. Lo que me estaba llamando, llamando y llamando no era la belleza, sino la Muerte.

—Es real, no es un sueño — prosiguió, sin apenas percatarse de que yo me iba echando para atrás—. Esos símbolos en ruinas siguen en contacto con lo que existió en tiempos. Son tan potentes hoy como lo fueron hace seis mil años. Detrás de ellos rebosa aún la asombrosa vida de aquella época. No son simplemente unas moles de piedra que parecen aplastarnos, sino la expresión visible de grandes poderes a los que todavía es posible... acceder. —

Bajó la cabeza, estudió detenidamente mi cara, y susurró algo. Por sus ojos pasó la expresión de quien se sabe conocedor de un secreto.

—Le he visto cambiar, igual que usted nos vio cambiar a nosotros —sus palabras parecían brotar desde algún lugar muy profundo—. Y ese cambio sólo lo puede producir la adoración. El alma asume las cualidades de la deidad a la que adora. Los poderes de su deidad la poseen y la transforman a su imagen y semejanza. Usted también lo sintió. También usted estaba poseído. Vi el rostro de piedra de la deidad impreso en el suyo.

Creo que entonces sacudí todo mi cuerpo, igual que un perro que tratara de

quitarse el agua de encima. Me levanté. Recuerdo que estiré mis manos hacia delante como si quisiera apartarle de un empujón y expulsar así de mi mente su insidioso influjo. Pero también recuerdo otra cosa. De no ser por la realidad de lo que sucedería más adelante y por el resultado práctico al que aún hoy tengo que hacer frente —la desaparición de George Isley, la pérdida para el tiempo presente de todo lo que George Isley alguna vez fue— lo que vi entonces bien podría haber sido motivo de risa. Sin lugar a dudas tenía algo de cómico. Sin embargo, era a la vez repugnante y terrorífico. Bajo una apariencia absurda acechaba un profundo horror, porque tras aquel mimetismo externo se

ocultaba una gran verdad. Era espantoso porque era real.

En el gran espejo que reflejaba la parte de la habitación que se encontraba a mi espalda, vi la figura de Moleson y la mía, y algo más al fondo, junto a la ventana abierta, la de Isley. Los tres teníamos la postura de unos jeroglíficos que hubieran cobrado vida. Ciertamente yo tenía las manos estiradas, pero no en ademán defensivo, como había creído. Estaban estiradas de una forma... antinatural. Los antebrazos formaban un extraño ángulo obtuso, idéntico al que se puede observar en los antiguos relieves tallados en granito: las palmas de las manos estaban vueltas hacia arriba, la cabeza inclinada hacia atrás, las piernas

adelantadas y el cuerpo rígido, en una postura que confería expresión a unas mentes antiguas y olvidadas. La configuración física de los tres era monstruosa y, no obstante, la tosquedad de aquellos gestos venía dictada por la reverencia y la verdad. Algo que se hallaba presente en los tres inspiraba la formas que nuestros cuerpos habían asumido. Nuestras posturas expresaban anhelos, emociones, inclinaciones ocultas —no sé muy bien cómo llamarlas— que el espíritu del Pasado había evocado.

Sólo vi aquella imagen refleja durante un instante. Inmediatamente dejé caer los brazos, consciente de lo ridícula que era aquella postura.

Moleson se acercó a mí dando una de sus largas y elocuentes zancadas, y en aquel mismo instante, Isley, desde el lugar que ocupaba junto a la ventana, se aproximó rápidamente y se unió a nosotros. Nos quedamos mirándonos a la cara sin pronunciar palabra. Aquella breve pausa no debió de durar más de diez segundos, pero durante ella sentí que el mundo entero pasaba deslizándose a mi lado. Oí a los siglos precipitarse a toda velocidad. El presente se iba hundiendo en la distancia. La existencia ya no transcurría a lo largo de una línea tendida en dos direcciones; era un círculo en cuyo centro, nosotros mismos, en compañía del Pasado y el Futuro, permanecíamos

inmóviles, pero con la posibilidad de acceder a cualquier instante temporal de forma inmediata. Los tres caíamos, caíamos hacia atrás...

—¡Venga! —exclamó la voz de Moleson con solemnidad, pero con la dulzura de un niño que ya anticipa un futuro gozo—. ¡Venga! Marchemos juntos, la barca de Ra ya ha cruzado el mundo subterráneo. La oscuridad ha sido subyugada. Marchemos juntos al encuentro del amanecer. ¡Escuche! Está llamando, llamando, llamando...

Sentí como un movimiento muy rápido; era mi propia alma que se aceleraba. Se estaba viendo sometida a unas transformaciones vertiginosas, indescriptibles. Las más variadas e intensas emociones fluían a través de mí a la velocidad del rayo, y antes de que pudiera ponerles un nombre, ya las había experimentado en toda su plenitud. La vida de varios siglos caía conmigo hacia atrás y, como ocurre al hundirse, aquel arquetipo de la existencia superó en pocos segundos las empinadas laderas que con tanto esfuerzo había

erigido el Pasado. Los cambios pasaban como una exhalación. Lloré, recé y adoré; amé y sufrí; combatí, perdí y triunfé. Descendiendo por la gigantesca escala de las edades, comprimidas en unos pocos instantes, mi alma se precipitaba hacia el reposo y la inmovilidad del Pasado.

Recuerdo algunos detalles nimios que interrumpieron el inmenso descenso... me puse el abrigo y el sombrero. Recuerdo unas palabras que alguien dijo... su extraño sonido me evocó el canto de un pájaro que despierta a medianoche: «Salgamos por la puerta trasera; a estas horas la puerta principal ya estará cerrada». También guardo un vago recuerdo de la silueta

del gran hotel, con sus columnatas y terrazas, que se iba difuminando a medida que lo dejábamos atrás. Aquellos detalles oscilaban un instante ante mis ojos y después desaparecían; era como si estuviera cayendo desde una estrella hacia la tierra y, en mi caída, fuera encontrando las plumas y hojas secas que el viento había barrido. Mi alma no experimentaba ningún rozamiento mientras se hundía hacia atrás en el tiempo; era un vuelo ágil y silencioso, como el de un sueño. Me sentía absorbido hacia abismos cuyo vacío no oponía resistencia alguna... hasta que, finalmente, aquella velocidad escalofriante comenzó a aminorar y el vuelo vertiginoso se convirtió en un

suave flotar. De forma imperceptible se transformó en un movimiento deslizante, como si se hubiera producido una variación en el ángulo de la caída. Mis pies tocaron tierra sin ningún problema y comenzaron a andar por una superficie que se agarraba a ellos, acompañando cada uno de sus movimientos con un sordo rumor.

Alcé la vista y vi los brillantes ejércitos de estrellas. Delante de mí reconocí los sombríos montes de crestas aplanadas; a un extremo y a otro de ellos se abrían amplias parameras que también me resultaban familiares; junto a mí, uno a cada lado, avanzaban mis dos compañeros. Estábamos en el desierto, pero era el desierto de hace

miles de años. Aunque una parte de mí seguía reconociendo a mis compañeros, tenía también la sensación de que eran unos desconocidos o, al menos, unas personas a las cuales sólo conocía muy superficialmente. Traté en vano de recordar cómo se llamaban: Mosely, Ilson; éstos eran los nombres que se me venían a la cabeza, los mezclaba. Cuando les eché una mirada furtiva, lo que vi fueron los contornos oscuros de unos muñecos carentes de sustancia. Sus movimientos reproducían los grotescos ademanes de unos jeroglíficos vivientes. Durante un instante me pareció que tenían los brazos atados a la espalda en una postura imposible y que las cabezas describían un ángulo cerrado sobre la

línea de sus hombros.

Pero aquella impresión sólo duró un instante. Cuando los miré por segunda vez sus figuras volvían a ser sólidas y compactas, y sus nombres me vinieron de nuevo a la memoria; los tres caminábamos agarrados del brazo. Debíamos haber cubierto ya una gran distancia; me dolían las piernas y me faltaba el aliento. Corría un aire muy frío y por todas partes reinaba un silencio sepulcral. Más que avanzar con nuestros propios pasos, bajo aquella luz mortecina, la sensación que se tenía era que el desierto fluía bajo nuestros pies. Nos sobrepasaban riscos con crestas en forma de capucha; montículos de arena y enormes peñascos iban pasando de

largo. Entonces, a mi izquierda, oí una voz; sin lugar a dudas era Moleson quien hablaba:

—Hacia Enet se encaminan nuestros pasos —dijo con un tono que era mitad canto mitad susurro—, hacia Enette-ntore. Allí, en la Casa del Nacimiento, consagraremos de nuevo nuestros corazones y nuestras vidas.

Tanto su lenguaje como la entonación musical de su voz me embelesaron. Comprendí que se refería a Denderah, en cuyo majestuoso templo hacía no mucho que unas manos habían pintado con colores imperecederos los símbolos de nuestra relación cósmica con los signos del Zodíaco. Denderah era el grandioso centro donde rendíamos

culto a la diosa Hathor, la Afrodita egipcia, la portadora del gozo y del amor. Su consorte, Horus, el dios de cabeza de halcón, era quien nos había imbuido de briosa energía en su mansión de Edfu. Además... nos encontrábamos en las fechas del Nuevo Año, la gran festividad durante la cual todas las fuerzas vitales de la tierra brotan en gozoso crecimiento.

Caminábamos por el desierto hacia Denderah, pisando las arenas de hace miles de años.

La detención del tiempo y del espacio venía acompañada de una sorprendente ligereza del espíritu, similar, imagino, a la que se experimenta en un estado de éxtasis. El

alma estaba embriagada. Nada me separaba de las estrellas ni de aquel desierto que avanzaba con nosotros. El viento brotaba sin trabas de mis nervios y de mi piel; y las acariciantes ondas del Nilo, que brillaba con luz trémula a nuestra derecha, se recogían entre mis manos. Conocía la vida de Egipto porque la llevaba dentro de mí, me cubría, me rodeaba; yo formaba parte de ella. Marchábamos felices como pájaros que se dirigen hacia el amanecer. A nuestro paso, el tiempo no abría fosos ni intervalos que pudieran detenernos. Fluíamos, pero permanecíamos en reposo; estábamos infinitamente vivos; el presente y el futuro eran algo inconcebible; aquello era el Reino del

Pasado.

Las pirámides estaban en construcción, y el ejército de obeliscos desplegaba su mirada en torno a sí, orgulloso de su equilibrio recién estrenado. Tebas abría sus cien puertas al mundo; Menfis, nueva y resplandeciente, se reflejaba con una miríada de destellos en las aguas que las lágrimas de Isis habían endulzado, y los cantiles de Abú Simbel ignoraban aún la gigantesca progenie que engendrarían. Tan sólo la Esfinge, uniendo la eternidad y el tiempo, se alzaba ajena y enigmática en un mundo propio. Marchábamos por la antigüedad camino de Denderah.

Cuánto estuvimos andando, a qué

velocidad marchábamos o qué distancia recorrimos, son cosas de las que guardo tan poco recuerdo como del maravilloso torrente de palabras que fluía a través de mí mientras mis dos compañeros hablaban entre ellos. Lo único que sé es que, de repente, una oleada de dolor puso fin a aquella dicha maravillosa e hizo que esa paz, que yo creía imperturbable, se disipara. De pronto el sonido de las voces de mis compañeros me produjo espanto. Una sensación de temor, de pérdida, un desconcierto de pesadilla me fue invadiendo como si se tratara de un viento helado. Lo que ellos vivían de forma natural y sentían como verdadero en lo más hondo de sus corazones, yo lo vivía simplemente

gracias a una afinidad temperamental. Había llegado la fase en que mis poderes ya no daban más de sí. Aquella desmesurada expansión de la conciencia hacia atrás que me había sido impuesta por otra persona había alcanzado su límite; la cuerda se había tensado en exceso y se había roto. A mis oídos sus voces sonaban ahora lejanas y horribles. Mi gozo había terminado. Un resplandor de horror alumbró el desierto y las estrellas cobraron una apariencia perversa. Un deseo angustioso de regresar a la seguridad y a la sanidad del Presente usurpó el puesto de todos aquellos anhelos descabellados de recuperar el Pasado. Perdí el paso de mis compañeros. El desierto detuvo su

apresurada marcha. Me solté de su brazo. Entonces los tres nos detuvimos.

Aún hoy recuerdo perfectamente aquel lugar. Más tarde volvería a localizarlo e incluso lo fotografié. De hecho no se encuentra muy lejos de Helouan; a no más de una milla de la Palmera Solitaria, donde las laderas de ondulante arena marcan el comienzo de un valle misterioso y cautivador que recibe el nombre de Wadi Gerraui. Y si aquel valle resulta tan cautivador es porque al llegar a él parece hacer señas y tirar de uno. Entre las desgarradas gargantas de ese desolado paisaje calizo se encuentra súbitamente un trecho de unas arenas amarillas muy finas que parecen fluir y arrastrar los pies hacia

delante. No hay nada más sencillo que dejarse llevar por ellas; la siguiente cadena de montes y la siguiente cuenca se ven cada vez un poco más lejos. Actúa como un señuelo. Los peñascos parecen decir: «deténte»; pero la corriente de arena te invita a seguir. El flujo de sus meandros dorados posee una rara fascinación.

Fue allí, justo al borde de aquel valle, donde nos detuvimos cuando el ritmo de nuestra marcha se rompió y nuestros corazones dejaron de latir al unísono. Mi arrobamiento temporal había pasado. Sentía miedo. El Presente me embestía con fuerza y tenía la sensación de que mi mente se había detenido a un solo paso de la locura. Las

brumas de mi cerebro se habían disipado y veía las cosas con más claridad.

Es cierto que el alma puede «elegir su morada», pero vivir en un lugar tan radicalmente ajeno era elegir la locura, y vivir divorciado de todas las dulces y saludables realidades del Presente era un exilio aún peor que la locura. Era la muerte. Se me partía el alma al pensar en George Isley. Recordé aquella lágrima que había visto caer por su mejilla. En aquel instante compartí con él la agonía de su combate. Sin embargo, él lo experimentaba en realidad, mientras que lo mío no era más que un mero reflejo fruto de la simpatía que me inspiraba su persona. Él ya había

llegado demasiado lejos para seguir luchando...

Nunca olvidaré la desolación de la extraña escena que se desarrolló entonces bajo la luz de las estrellas matinales. El desierto se recostó y se quedó observándonos. Nos encontrábamos al borde de una pequeña cadena de colinas quebradas mirando a las doradas arenas de aquel valle. Unos veinte metros más abajo, iluminadas por el cielo estrellado, las arenas despedían una luminosidad tenue y maravillosa. El descenso no presentaba ninguna dificultad, pero yo no me moví. Me negué a dar un paso más. Distinguí la figura de mis compañeros bajo aquella luz mortecina; oteaban el espacio que se

extendía más allá de aquel promontorio. Moleson se había adelantado un poco.

Me dirigí hacia donde él estaba, convencido de cuál era el papel que me correspondía desempeñar y, a la vez, dolorosamente consciente de la inutilidad del mismo. Me sentía como una brizna de paja que, en medio de una corriente, gira sobre sí misma en un fútil intento de detener el torrente de agua que la arrastra. El silencio que reinaba en aquel momento estaba preñado con todo el dilema de un intenso conflicto humano. Era un remolino detenido durante un instante en la gran masa de la marea. Entonces hablé. ¡Qué vergüenza sentí ante la insignificancia de mi voz y la fragilidad de mi pequeña persona!

—Moleson, nosotros no seguimos. Ya hemos ido demasiado lejos. Nos volvemos.

Mis palabras las respaldaban treinta míseros años. Su respuesta arrojó contra mí sesenta siglos. Su voz parecía recoger el sonido del viento que pasaba susurrando sobre las corrientes de arena que se encontraban por debajo de nosotros. Me sonrió.

—Nuestros pasos se encaminan hacia Enet-te-ntore. No hay marcha atrás. ¡Escuche! ¡Nos está llamando, llamando, llamando!

—Volvemos al lugar que nos corresponde —grité en un tono que, en vano, intenté que sonara imperativo.

—Nuestro hogar está ahí —

salmodió mientras señalaba con uno de sus largos y flacos brazos en dirección al resplandor del oriente—. El Templo nos llama y el Río endereza nuestros pasos. Llegaremos a la Casa del Nacimiento para encontrarnos con el amanecer..

—¡Miente! —grité de nuevo— ¡Ésas son las mentiras de la locura, y ese Pasado que busca no es más que la Casa de la Muerte! ¡Es el reino de los muertos!

La impotencia hacía que mis palabras brotaran de mis labios violentas y desesperadas. Agarré a George Isley del brazo.

—Regresa conmigo —le rogué con vehemencia, embargado de un dolor

indescriptible por él—. Volveremos sobre nuestros pasos. ¡Vuelve a donde perteneces ¡Vuelve! ¡Escucha! ¡La dulce voz del Presente te está llamando!

Aunque creía tenerle bien agarrado, comprobé con espanto cómo su brazo se me escurría de entre las manos. Moleson se encontraba ya en aquellas arenas amarillas y comenzaba a perderse en la distancia. Se alejaba deslizándose con una rapidez sobrenatural. La disminución de su figura resultaba repugnante. Parecía un muñeco. Su voz llegó débilmente a nuestros oídos como si un abismo le separara de nosotros.

—Está llamando... llamando... Se la oye eternamente llamando...

El viento se llevó sus palabras

hacia aquel valle arenoso y el Pasado inundó como un torrente el cielo que se iba volviendo cada vez más brillante. Sentí como si una tormenta se abatiera contra mi espalda, y perdí el equilibrio. Me tambaleé. También yo estuve a punto de caer a las arenas desde la altura de aquel inestable promontorio.

—¡Regresa conmigo! ¡Regresa a tu lugar! —grité, ya más débilmente—. Sólo el Presente es real. En él hay trabajo, ambición, obligaciones. También hay belleza, ¡la belleza de una vida digna! ¡Y hay amor! ¡Hay una mujer... llamándote, llamándote...!

Allá abajo aquella otra voz volvió a tomar la palabra. Desde detrás de los muros de arena se escuchó cómo

entonaba suavemente un cántico. Estaba traspasado de una emoción dulce y arrebatada que me impresionó hondamente.

—Nuestros pasos se encaminan hacia Enet-te-ntore. ¡Nos está llamando, llamando...!

Mi voz se desvaneció en la nada. George Isley se encontraba ya por debajo de donde yo estaba, su diminuta silueta se destacaba sobre las sábanas de arena amarilla. Las arenas comenzaron a moverse. El desierto volvía a ponerse rápidamente en marcha. Las figuras humanas se alejaban raudas hacia el Pasado que habían reconstruido con el anhelo creador de sus almas.

Me quedé solo, observándoles con impotencia desde el borde de aquel promontorio de caliza que se iba desmoronando poco a poco. Comenzaban a alzarse en el cielo los rayos púrpura del amanecer, cuando fui testigo de algo asombroso. Envuelto en un resplandor de tonos dorados, azules y plata, el desierto, en toda su inmensidad, estaba cobrando vida en el horizonte. Las sombras púrpura se volvían grises. Los montes aplanados resplandecían. Los destellos de enormes mensajeros de luz aparecían por todas partes a la vez. El resplandor de la salida del sol deslumbraba mi vista externa.

Pero al estar mis ojos cegados, mi visión interior pudo concentrarse con

mayor intensidad aún en lo que ocurrió entonces. Fui testigo de la desaparición de George Isley. La imagen que contemplé poseía una magia terrible. Aquellas dos figuras, pequeñas y distantes, se destacaban nítidamente sobre la concavidad de arena, como si fueran unos hombres en miniatura. Sus terribles siluetas, que parecían un repugnante parche, se distinguían con toda claridad, recortadas contra aquel inmenso paisaje de fondo. Aunque en términos de espacio real se encontraban bastante cerca de donde yo estaba, en materia de tiempo nos separaban siglos. A su alrededor se extendía una sombra difusa e inmensa que era algo más que la sombra de los montes. Se desplazaba

reptando sobre la arena; los engullía, los borraba. Habían quedado encerrados dentro de ella, como insectos atrapados en una gota de ámbar. Su tamaño disminuía, se los llevaba a las profundidades, los absorbía.

Entonces reconocí sus perfiles. De nuevo, aunque en esta ocasión reclinados y tendidos sobre el rostro del desierto, identifiqué las monstruosas formas de aquellos obsesionantes símbolos gemelos. Llegada la hora del amanecer, el espíritu de Egipto se esparcía formidable por todo el territorio. Había acudido a la llamada del sol. Se postraba ante la deidad. Las sombras de los imponentes Colosos también se postraban. Los dos pequeños

seres humanos, con sus corazones devotos y entregados, estaban engastados en ellos.

Era a George Isley a quien se distinguía con más claridad. La nitidez y la viveza de aquella imagen producían un efecto devastador. Le habían desnudado, despojado; nada le cubría. Lo que vi era un esqueleto, cuyos huesos estaban tan limpios como si se les hubiera aplicado un ácido. Su vida se hallaba oculta en el ser de aquel poderoso Pasado. Egipto le había absorbido. Se había marchado definitivamente...

Apreté los ojos, pero no conseguí mantenerlos cerrados mucho tiempo. No tardaron en volver a abrirse sin que

podiera hacer nada para evitarlo. Los tres nos acercábamos al gran hotel; aquel gran volumen amarillo, con todas las contraventanas cerradas, se alzaba frente a nosotros iluminado por la luz del amanecer. Desde el norte soplaban con brío el viento que atravesaba los montes de Mokattam. Nubes con forma de balas de cañón aparecían desperdigadas por el cielo, y al otro lado del Nilo, sobre el que se extendía un fino hilo de blanca niebla, vislumbré los vértices de las Pirámides, reluciendo como si fueran los picos de unas montañas de oro. Una hilera de camellos cargados de piedras blancas pasó a nuestro lado. Desde las calles de Helouan llegó a mis oídos el griterío de

los lugareños, y mientras íbamos subiendo las escaleras, llegaron las recuas de borricos y se instalaron a un lado de la polvorienta carretera junto a su bersim para esperar a que los turistas los reclamaran.

—¡Buenos días! —gritó Abdullah, su dueño—. ¿A dónde irán hoy, a Sáqqara o a Menfis? ¡Día bonito, burros muy buenos!

Moleson subió a su habitación sin decir palabra. Isley hizo otro tanto. Creo que se tambaleó durante un instante mientras doblaba la esquina del pasillo y se perdía de vista. Su rostro lucía esa expresión de vacío que algunos dicen que expresa paz. Su figura parecía irradiar un resplandor. Al apreciarlo

sentí un escalofrío. Con el cuerpo y la mente doloridos, y sin haber dicho tampoco ni una palabra, me decidí a seguir su ejemplo. Subí a la habitación, y dormí hasta pasado el anochecer, sin soñar en nada...

Desperté invadido de un sentimiento de pérdida y de tristeza, como si el reflujó de una marea me hubiera abandonado en la costa, dejándome solo y desconsolado. Mi primer pensamiento fue para mi amigo George Isley. Entonces me fijé en un sobre blanco en el que figuraba mi nombre escrito con su letra. Antes de abrirlo ya sabía perfectamente qué palabras iba a encontrar dentro: «Nos vamos a Tebas —se limitaba a informarme aquella nota— partimos en el tren de la noche. Si quieres...». Las

últimas palabras habían sido tachadas, aunque no de forma que impidiera su lectura. A continuación venía la dirección de la casa del egiptólogo con quien se iban a alojar y la firma, escrita con trazo muy firme: «Estimadamente tuyo, George Isley». Le eché un vistazo al reloj; eran ya las siete pasadas. El tren nocturno salía a las seis y media. Ya habían partido...

El dolor de sentirme abandonado, de haber sido dejado atrás, era muy profundo y amargo, pero el que sentía por él, por mi viejo amigo y camarada, era aún más intenso, porque ya no tenía remedio posible. El miedo y las emociones del tipo más convencional me habían detenido a las mismas puertas

de una oportunidad asombrosa; de un estado de conciencia que permitía hacer del Pasado una realidad y despojarse del Presente, que permitía deslizarse fuera del tiempo y experimentar la Eternidad. Ésa era la seducción a la que había escapado debido a la mezquina resistencia de mi alma prosaica. En cambio él, mi amigo, al haber aceptado doblarse para así poder mejor conquistar, había obtenido una recompensa espantosa. Sí, con una pena inenarrable, comprendía también cuál era la otra cara de la moneda: la recompensa de la inmovilidad que no es más que puro estancamiento, la dicha imaginaria de una salida en falso, el sueño de encontrar la belleza lejos de

las cosas del presente. Despertar de un sueño como ése debe ser verdaderamente duro. Al aferrarse a estrellas extinguidas, había abrazado el sueño más viejo de la humanidad. A mi modo de ver se había dejado llevar por ese engaño que consiste en negar la vida. La tristeza que aquello me producía me abrasaba por dentro.

Pero no quise «acompañarlos». Esperé su regreso en Helouan, llenando los días vacíos con explicaciones aún más vacías si cabe. Me sentía como un hombre que ha visto cómo un ser querido se hundía en unas aguas cristalinas y profundas, que le permitían seguir viéndolo allí cerca, aunque ya no hubiera posibilidad alguna de

rescatarlo. Moleson lo había llevado de vuelta a Tebas; y Egipto, esa monstruosa efígie del Pasado, había capturado a su presa.

El resto es fácil de contar. A Moleson no le volví a ver. A día de hoy sigo sin haberle visto, aunque estoy al tanto de los libros que ha ido publicando, así como de la circunstancia, más bien banal, de que se cuente entre esos fanáticos ilusos y llenos de energía que instauran una nueva religión, obtienen cierta notoriedad, unos cuantos adeptos históricos y, finalmente, caen en el olvido.

En cuanto a George Isley, tras quince días de ausencia regresó a

Helouan. Le vi, le reconocí, hablé y comí con él; incluso llegamos a hacer algunas pequeñas expediciones juntos. Se comportaba con la delicadeza y el encanto propios de una mujer que ha amado un ideal maravilloso y lo ha alcanzado... en el recuerdo. Toda aspereza había desaparecido de su persona; su carácter era tan suave y estaba tan pulido como la superficie de un cristal que refleja todo aquello que se acerca lo bastante como para permitirle capturar su imagen.

Sin embargo, su aspecto me produjo una impresión que apenas puedo expresar con palabras: no había nada en él... nada. Lo que volvió de Tebas fue una mera efigie de George Isley, una

máscara; la misma forma vacía que hoy pasea por las calles de Londres. No encontré ningún vestigio del hombre que en tiempos conocí. George Isley había desaparecido.

Con tan fabuloso autómata pasaría todavía un mes más. Ese ser espantoso fue mi acompañante en aquel hotel. Se movía entre aquella humanidad cosmopolita como un fantasma que visita la luz del día, pero cuyo hogar se encuentra en alguna otra parte.

Aquella imagen hueca de George Isley vivió conmigo en nuestro hotel de Helouan hasta que los primeros vientos de marzo debieron transmitir a su cuerpo el mensaje de que se avecinaban incomodidades, y que haría mejor en

desplazarse a algún otro lugar; que en este caso resultó ser hacia el norte.

Y se marchó del mismo modo en que había estado... mecánicamente. Su cerebro obedeció a los estímulos convencionales a los que sus nervios, y en consecuencia, sus propios músculos, estaban acostumbrados. Todo esto podrá sonar ridículo, pero lo cierto es que sacó mecánicamente su billete; dio las razones habituales y adecuadas en tales ocasiones mecánicamente; eligió barco y destino igual que lo hace la gente corriente; y como cualquier persona que deja a un conocido, se despidió expresando su «confianza» en volver a verlo pronto. Vivía, por así decirlo, completamente encerrado en su cerebro.

Su corazón, sus emociones, su temperamento y su personalidad; esa suma total inefable de la que es responsable la gran empatía de nuestro sistema nervioso, o dicho en otras palabras, su alma, estaba en otro lugar. Aquel ser que en tiempos estuviera lleno de vigor y de talento, se había convertido en una persona normal y acomodaticia a la que todo el mundo podía entender: un hombre vulgar y corriente. Era precisamente lo que la mayoría esperaban de él: una vulgaridad, un buen tipo, un hombre mundano; «un verdadero encanto». Se limitaba a reflejar la vida cotidiana sin tomar parte en ella. Para la mayoría pasaba desapercibido: «muy

agradable», era el veredicto general. Su ambición, sus inquietudes, su fervor habían desaparecido; ese entusiasmo inagotable cuyo motor es el anhelo le había abandonado, dejando tras de sí un vigor físico desprovisto de todo impulso espiritual. Su alma había encontrado su nido y había volado a él. Vivía sereno, indiferente y distante en la quimera del Pasado. A mis ojos se me aparecía inmenso, como una figura mayestática y borrosa que se mantenía erguida —¡sin moverse, ay!— en un reposo que era satisfactorio precisamente porque no podía cambiar. El tamaño, el misterio y la inmovilidad que le tenían enjaulado me parecía... terrible. No me atrevía a entrometerme en el espanto de su vida

privada y entre nosotros no existía intimidad alguna. De sus experiencias en Tebas no le hice ni una sola pregunta; en cierta manera me parecía que no era posible ni legítimo; por su parte, él tampoco se dignó ofrecerme ni una sola explicación; al fin y al cabo era algo incomunicable a un habitante del Presente. Entre nosotros se levantaba una barrera que los dos respetábamos. A través de una oscura cortina de gasa, miraba la vida moderna sin curiosidad, apáticamente, con indiferencia. Él se encontraba al otro lado.

Las gentes a nuestro alrededor iban a Sáqqara y a las Pirámides, a ver la Esfinge a la luz de la luna, a soñar a Edfu y a Denderah. Otros describían sus

viajes a Asuán, Jartum y a Abú Simbel, dando toda suerte de detalles sobre sus acampadas en el desierto. ¡Viento, viento, viento! Los vientos de Egipto soplaban, cantaban, suspiraban. Del Nilo Blanco llegaban los viajeros; y del Nilo Azul y del Fayum y de tantas otras excavaciones sin nombre. Hablaban sin parar y escribían libros. Tenían esa ávida forma de conocimiento propia de los tiempos presentes. Los egitpólogos, tanto los grandes como los pequeños, leían lo que estaba escrito en los muros y vertían los jeroglíficos y los papiros a las lenguas modernas. Sólo George Isley conocía su secreto. Él lo vivía.

Y esa apasionada calma, esa elevada belleza, la fascinación y el

encanto que constituyen el embrujo de esta tierra triplemente hechizada, también estaban en mi alma; al menos lo bastante como para hacerme una idea de cuál era su estado. No podía abandonar aquella tierra, y ni siquiera cuando finalmente me marché conseguí mantenerla lejos de mí. Anhelaba el Egipto que él había conocido. Nunca hablé de ello; las palabras no podían expresar aquel sentimiento. Vagábamos juntos por el Nilo y cruzábamos los bosques de palmeras que se alzaban donde en tiempos se hallara Menfis. Las inmensidades de arena que se encontraban más allá de las Pirámides conocieron nuestros pasos; los montes de Mokattam, púrpuras al anochecer y

dorados al alba, reflejaron nuestras sombras errantes cuando pasamos junto a ellos en silencio. No hubo ni un solo día en que se quedara en el hotel cuando llegaba la hora del amanecer o del crepúsculo, y acabó siendo para mí un hábito acompañarle; el gozo que experimentaba su alma en aquellos momentos de adoración era algo maravilloso. Los cielos egipcios, grandiosos e inmóviles, nos contemplaban con sus racimos de estrellas, con su gigantesca bóveda azul; sentíamos juntos el ardiente viento del sur; la dulzura dorada del sol latía en nuestras venas cuando veíamos a los grandes barcos coger la brisa del norte para remontar la corriente. Por todas

partes nos rodeaba la inmensidad y la magia dorada del sol...

Pero era sobre todo en el desierto, donde tan sólo el sol y el viento obedecen las débiles señales del Tiempo, donde el espacio no es nada porque no está dividido y donde ningún detalle le recuerda al corazón que este mundo se llama Presente; era, sí, en el desierto, donde aquella cortina que colgaba entre nosotros se hacía más patente, él a un lado y yo al otro. Entonces se volvía transparente. Él se encontraba junto a una multitud que ningún hombre jamás será capaz de contar. Alzándose hacia la luna y extendiéndose a la vez hacia atrás en dirección a la fuente ardiente de su vida,

el espíritu de George Isley, arrastrado por el sol y por el aire cristalino hacia el interior de una vasta magnitud, permanecía suspendido a mi lado, próximo y sin embargo muy lejano, envuelto en las brumas de los tiempos pasados.

Y alguna vez se movía. Alzaba la cabeza como si escuchara algo. Balanceaba uno de sus brazos en dirección a aquel mar de montes quebrados. Desde muchas leguas de distancia una línea de arena se levantaba lentamente. Se oía como un rumor. Otro brazo inmenso surgía para encontrarse con el suyo, y las dos fabulosas figuras se acercaban la una a la otra. Suspendidos sobre el Tiempo, y

presidiendo los siglos desde sus tronos: conocían la eternidad. Qué fácil les resultaba seguir siendo los señores de aquella tierra. Esperaban el amanecer mirando al oriente. Y su maravilloso canto olvidado se derramaba sobre el mundo...